

150
THE
LINA

MAESTRAS
DE
CANTO
Y
MUSICA
DE
MADRID

A
9

CENTRO NACIONAL DE LECTURA

BIBLIOTECA

Sala

Estante C-3

Signatura 81



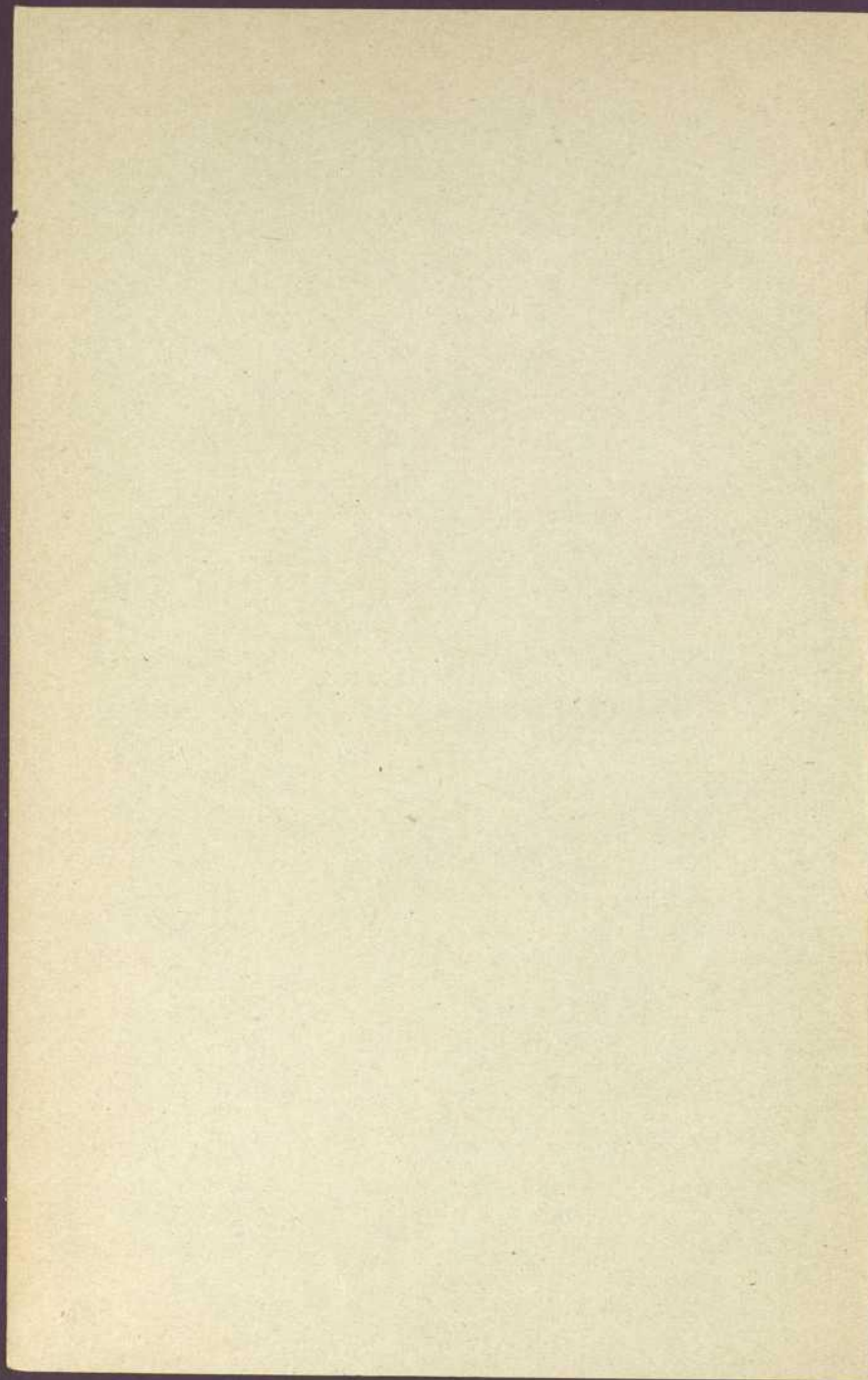
MAESTRAS *

OBRAS



MAESTRAS *

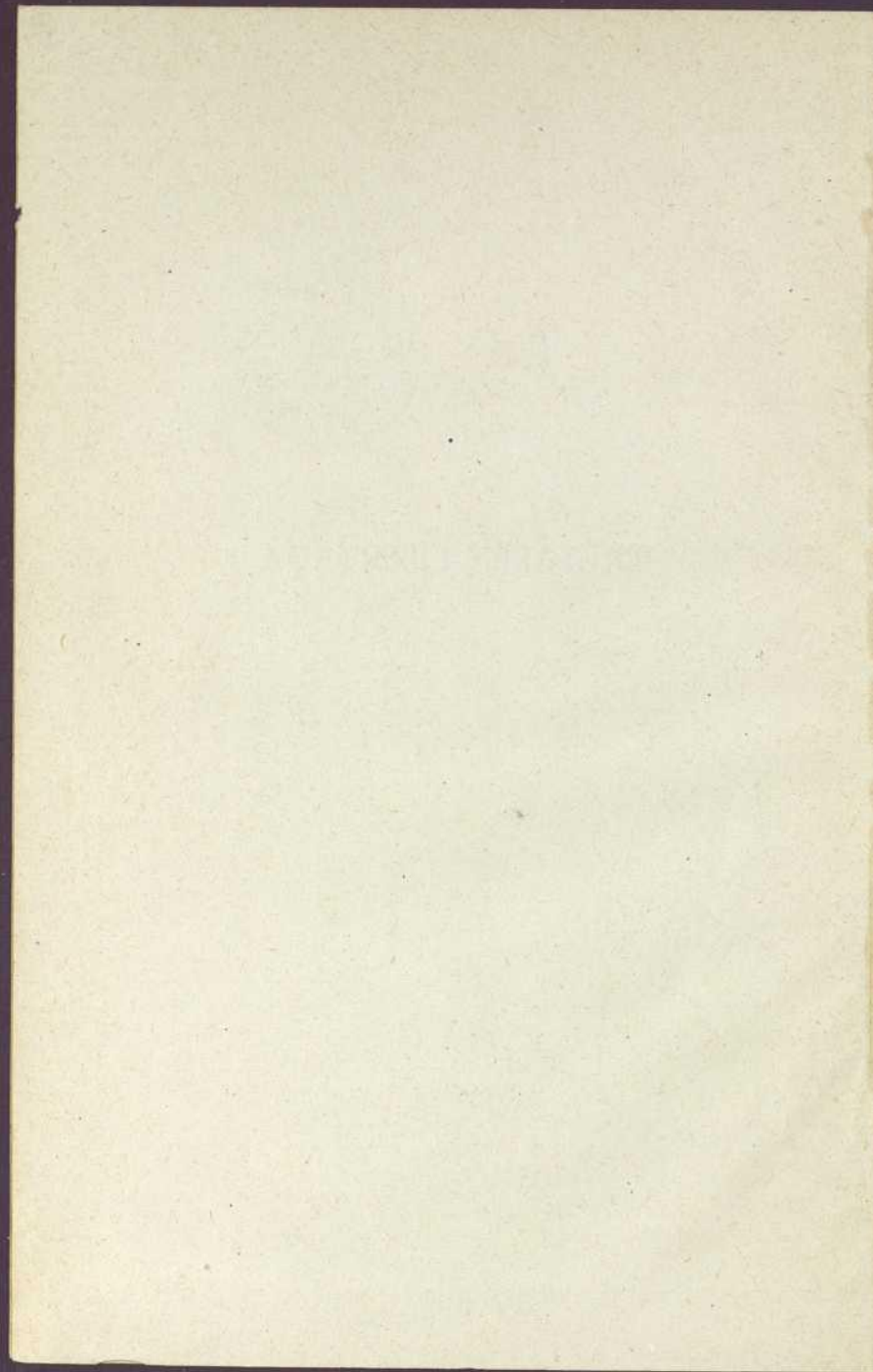
* OBRAS



F.A. 4539



JERUSALÉN LIBERTADA



F.A. 4539

TORCUATO TASSO

JERUSALÉN
LIBERTADA



OBRAS MAESTRAS

~~R-8549~~
M.R.-11825

*Derechos literarios y artísticos reservados para todos los países.
Copyright by Editorial Iberia, S. A. 1947 - Muntaner, 180 - Barcelona*

Talleres Gráficos AGUSTIN NÚÑEZ - Paris, 208 - Teléfono 70600 - Barcelona



PRÓLOGO

Torcuato Tasso nació en Sorrento en 1544. Pertenecía a una nobilísima familia bergamesa, y su padre Bernardo Tasso gozó ya alguna fama de poeta como autor del *Amadigi* (1).

La educación de Tasso fué errante, por decirlo así, como su vida. Estudió, en efecto, en Bérgamo, en Roma, en Nápoles, pasando finalmente a Venecia con su padre, que había ido allí para cuidar de la impresión de su *Amadigi* (2).

En 1565 entró al servicio de la casa de Este, una de las más ilustres de Italia. En aquella corte alcanzó el poeta sus más brillantes éxitos. Su *Rinaldo en doce cantos* (3) fué admirado por toda Italia. La academia de Ferrara aplaude sus Discursos (principalmente sobre el poema épico), y sus poesías amorosas, fáciles y a menudo amaneradas, satisfacían el gusto del público, siendo recitadas en todas partes. La fama de Tasso alcanzó su apogeo en la representación de la *Amin-tia* (4), su famosa fábula pastoral, que se llevó a cabo después, en la corte del duque de Ferrara, con un fasto y una brillantez inigualados.

En la corte de los Este conoció Tasso a la princesa Leonor, hermana del duque Alfonso. Lleno el poeta de un espíritu caballeresco, alimentado con la lectura de los trovadores y troveros, nada tuvo de extraño que Tasso, apasionado y vehementemente, hiciera de la princesa Leonora, hermosa y de exquisita sensibilidad, la dama de sus pensamientos. A partir de entonces la presencia de esta mujer se adivina en todos los momentos del poeta; todos los pensamientos de Tasso giran en

(1) Publicado hacia fines de 1560, cuando nuestro poeta contaba ya dieciséis años.

(2) Sabido es el trabajo y el tiempo que entonces requería la impresión de un libro.

(3) Publicado en 1562.

(4) En 1573.

torno de ella. De ella habla en sus cartas; la celebra en sus canciones, la exalta en sus poemas, y hasta en la Gerusalemme podemos hallar el rastro inconfundible de la espiritual Princesa. Dicese que el poeta fué correspondido y hay quien afirma que en ello estuvo el encono con que el Duque persiguió a partir de entonces al poeta. Sin embargo, en concreto nada ha podido averiguarse.

Entre tanto el poeta se ocupaba en su Gerusalemme liberata, inspirada sin ninguna duda en recuerdos muy vivos de su infancia: en la visita a la tumba del papa Urbino; en la actividad de los turcos en el mar, con las incursiones de la piratería, que sembraban el terror en las poblaciones costeras de Italia, y de las cuales hubo de ser víctima una hermana suya. Trabajó en ello de una manera intermitente, pero sin desmayo; con fervor y entusiasmo, y en 1575 Tasso había dado fin a su poema.

A partir de aquí empieza la tragedia del poeta; la vida se le hace de vez en vez más difícil, más atormentada. Acaso influyeron en ello sus amores con Leonor de Este, de que hemos hablado; pero no hay duda que la principal preocupación de su vida de después fué su poema con las dudas y las inquietudes que le suscitó, dudas e inquietudes que ocuparon y atormentaron toda su existencia.

Después de su terminación, Tasso instituyó una especie de Tribunal de críticos y de religiosos, a cuyo examen sometió su poema a fin de verificar si se ajustaba tanto a los cánones aristotélicos por un lado, como a la ortodoxia católica por otro. Las censuras de aquéllos y la defensa desesperada que hace él de sus criaturas ocupan gran parte de su existencia de después, ensombrecen cada vez más su carácter. La huella que deja en su alma esta disputa la vemos al final de su vida, cuando, descontento de su poema, trata de componer su Gerusalemme conquistata, que es el mismo poema, purificado de su carácter profano, y que queda naturalmente muy por debajo de su gran obra.

El 17 de junio, creyéndose espiado por un criado del duque, Tasso le hiere con un cuchillo. Se le encierra, pero consigue huir y se traslada a Sorrento, donde al lado de una hermana suya, a la que quiere entrañablemente y entre los recuerdos de su infancia, recobra un poco la paz del espíritu. Vuelve a Ferrara y parte de nuevo, arrastrado por su terrible inquietud, que le impelirá ya para siempre a huir de una parte a otra sin hallar descanso. Vaga por el norte de Italia, perse-

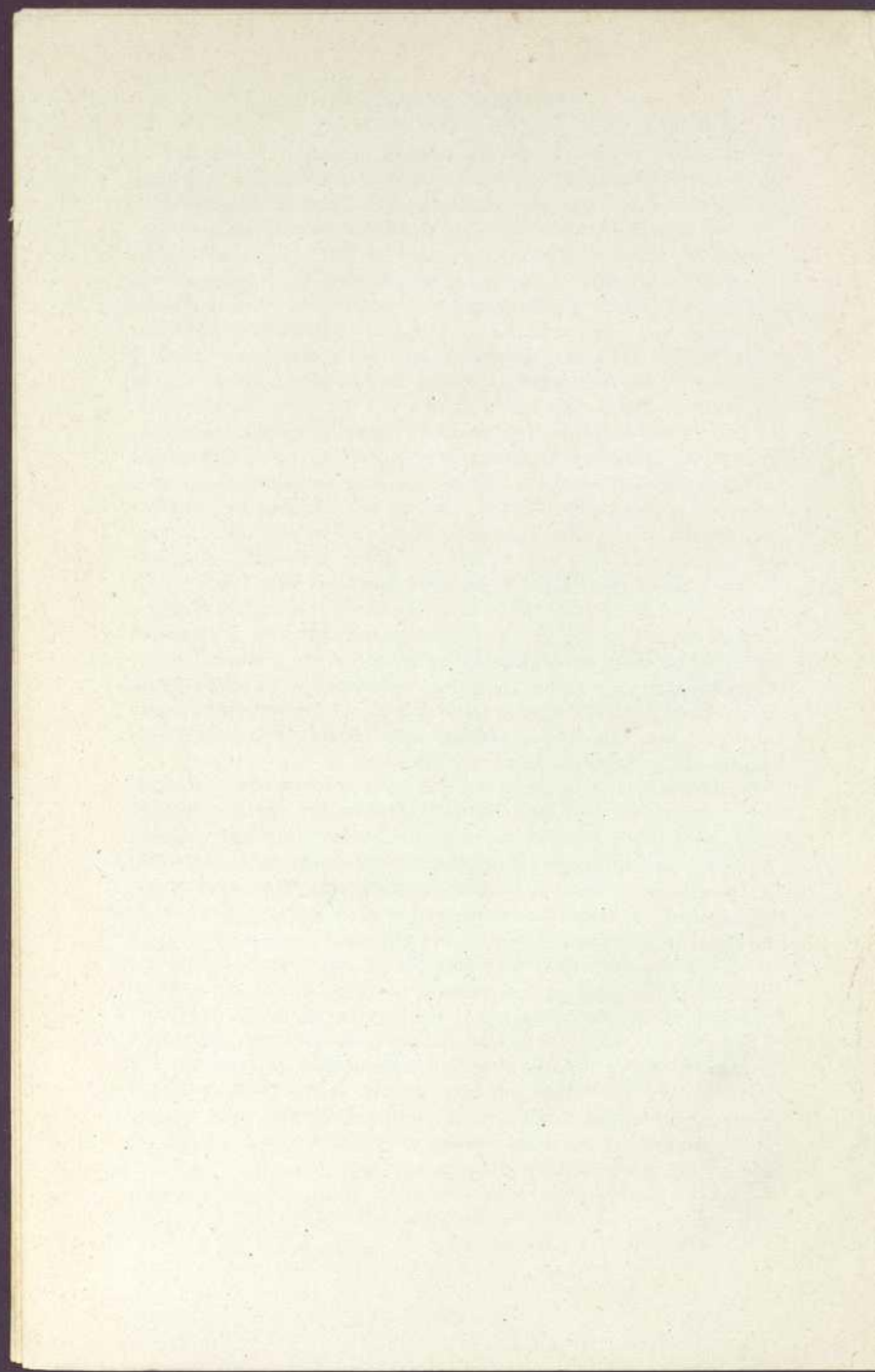
guido siempre por su terror; marcha errante y a pie por el camino del Piamonte y llega a las puertas de Turín en tan miserable estado que los centinelas le niegan la entrada a la ciudad, confundiéndole con los ladrones que infestaban entonces la Saboya... Vuelve a Ferrara en 1579. La corte estaba en aquel momento en fiestas, celebrando el tercer matrimonio del Duque. Nadie presta atención al poeta y el mismo Duque le rebusa una audiencia. Tasso, irritado, se entrega entonces a toda suerte de extravagancias entre los cortesanos, grita y declama y profiere injurias contra el Duque. Entonces se le encierra en Santa Ana como loco.

Tasso permaneció siete años en aquel encierro; en él escribió sus Diálogos, notables por la belleza de la forma, la claridad de las ideas, la lógica del razonamiento. Liberado, por fin, de su prisión, Tasso volvió a su vida errante; publicó en Mantua la tragedia *Torrismondo* (5). En Nápoles compuso un poema que dejó sin terminar, *Monte Oliveto*; se le encuentra luego en Roma, Florencia, Mantua, y en Nápoles de nuevo, donde escribe su poema *Mondo Creato* (6). Trabaja aún en la corrección de su *Gerusalemme*, que con gran dolor suyo, había sido publicada sin su autorización durante su internamiento, y es entonces cuando llevado por su disgusto de aquel poema lo rebace con el título de la *Gerusalemme conquistata*, quedando convertido en una epopeya fría y lánguida que nadie se cuida de leer.

Preparábase a la sazón un hermoso triunfo con que honrar al poeta. El cardenal Cintio Aldobrandini había suplicado al papa Clemente VIII que renovase en favor de Tasso la antigua costumbre pagana de coronar a un poeta en el Capitolio en presencia de toda la ciudad. El papa accedió a aquel deseo, y mientras se tejían las coronas en el Vaticano, llegaba ya tarde, a la metrópoli del mundo cristiano, el cantor de Godofredo. Una calentura lenta devoraba su existencia, de manera que no pudo asistir a su triunfo. Ordenó que le llevasen al monasterio de San Onofre, y allí expiró el 25 de abril de 1595. Roma entera se vistió de luto y el cadáver del poeta, revestido con la toga, y con la frente ceñida de laureles, fue expuesto en las plazas públicas, donde la multitud acudía a reverenciar al gran difunto. El cardenal Bevilacqua consagró a la memoria de Tasso un mausoleo magnífico que se ve todavía en la iglesia de San Onofre.

(5) En 1587.

(6) Publicado en 1607.





CANTO PRIMERO

Dios envía al ángel Gabriel a Tortosa. — Godofredo reúne a los caudillos de los cristianos y es elegido capitán. — Pasa revista a sus tropas y las conduce a una llanura en el camino de Sión. — La proximidad de los cruzados alarma al rey de Judea.

CANTO el piadoso ejército, y el caudillo que liberó el santo sepulcro de Cristo: mucho alcanzó con su ingenio y con su brazo; mucho sufrió en aquella gloriosa empresa. En vano se le opuso el infierno; armáronse en vano contra él Asia y África; favorecióle el cielo, y reunió a sus errantes compañeros a la sombra de los santos estandartes (7).

¡Oh, Musa! tú que no circundas las sienas con los mustios laureles de Helicon, sino que en el cielo y en medio de los bienaventurados ciñes la áurea corona de estrellas inmortales, enciende en mi corazón la celeste llama, embellece mi canto y perdona si adorno la verdad y si engalano mis versos con otros encantos que los tuyos.

Sabes que el mundo corre allí donde el Parnaso vierte

(7) Reina una indecible confusión histórica en la grande epopeya de Tasso. El poeta no se ha limitado a describir el sitio de Jerusalén y sus operaciones: este asedio, que, según la crónica, duró cuarenta días, no arroja de sí ningún episodio notable y, por lo tanto, ha celebrado hechos que habían ocurrido muy anteriormente; siendo esto tan cierto, como que algunos de los personajes que nombra al describir el ejército de Jerusalén habían muerto hacía más de dos años en Nicea o Antioquia. Casi todos los combates singulares que se describen y principalmente la batalla contra los musulmanes, cual la refiere Tasso, pertenecen igualmente al sitio de esta última ciudad. Godofredo de Bullón marchó hacia Palestina en agosto de 1096, y la toma de Jerusalén acaeció en el mes de julio de 1099. Tal es el período que abraza y recorre Tasso con sus poéticos caprichos.

en mayor abundancia sus dulzuras, y que la verdad reproducida en blandos versos persuade y aprovecha al más esquivo. Así presentamos a un niño enfermo la medicina amarga en un vaso cuyos bordes estén bañados de un licor dulce: ¿qué importa que se le engañe si del engaño recibe la vida?

Y tú, magnánimo Alfonso, tú que librades de los furores de la fortuna y guiaste al puerto a ese errante peregrino por en medio de los escollos y del mar alborotado que amenazaba sumergirle, acoge con benigno rostro estos cantos que te consagra casi como en voto. Tal vez llegará un día en que mi pluma profética osará decir de ti lo que no hace más que indicar ahora.

Y si, quiéralo el Cielo, se viesse un día en paz el pueblo de Cristo, e intentase con sus naves y caballos arrancar su preciosa e injusta presa al fiero Tracio, justo será entonces que se te encargue el mando del ejército, o el alto imperio, si lo prefieres, de los mares. Mas, entre tanto, émulo de Godofredo, oye mis versos y prepárate para los combates (8).

Hacía seis años que los cristianos habían pasado a Oriente para aquella alta empresa. Nicea había caído en sus manos por asalto (9), y por astucia, la fuerte Antioquía (10), que

(8) El poeta dirige sus cantos a Alfonso II, duque de Ferrara, de la antigua e ilustre familia de los Este. Publicóse la *Jerusalén* en la época misma en que las grandes invasiones de Solimán y Amurates en Hungría y los amagos sobre Italia del pirata Barbarroja tenían consternada a la cristiandad. Todas las potencias católicas se disponían a emprender nuevas cruzadas contra el Turco, y resonaban por doquiera las palabras de los misionistas excitando a los reyes y a los pueblos, a los señores y prelados a la guerra santa. La *Jerusalén libertada* fué por consiguiente un canto de guerra, un poema de circunstancias para llamar a la cristiandad a las armas; siendo curioso observar que fué publicada casi en la misma época del combate de Lepanto en que las escuadras de la cruz, mandadas por don Juan de Austria, derrotaron a la de los musulmanes, siendo ésta, independientemente de la belleza del poema, una de las causas de su gran popularidad.

(9) Nicea cayó en poder de los Cruzados el 20 de junio de 1097. Fué la primera ciudad de importancia de que se apoderaron.

(10) Todos los pormenores históricos de la toma de Antioquía (3 de junio de 1098) parecen pertenecer a la epopeya; ¿qué extraño, pues, que Tasso haya sacado de ellos las ideas principales de la suya? Es indecible el entusiasmo de los Cruzados a la vista de esta capital que ocupa un lugar tan distinguido en los anales de la cristiandad; de esta capital que fué considerada por los cristianos como la hija mayor de Sión, y que hasta llevó el nombre de Thopoles, *ciudad de Dios*. Alberto de Aix, en su *Chronicon Hierosolymitanum*, y Guillermo de Tiro nos ha transmitido una descripción muy circunstanciada de la misma; el primero se ocupa especialmente en su situación y en su fortaleza; el otro habla de su historia y antigüedad. Gobernábala en la época de la cru-

defendieran después contra el innumerable ejército de los persas. También Tortosa había sido sitiada; mas el invierno les tenía en la inacción esperando que viniese el Año Nuevo.

Acercábase el fin de la lluviosa estación que impone treguas a las armas, cuando el Eterno desde su solio colocado en la parte más pura del Empireo y tan distante del cielo de las estrellas cuanto éste del abismo, volvió los ojos a la Tierra y abrazó de una mirada y en un momento cuanto se encierra en ella.

Lo examina todo, y fija en seguida su mirada en los príncipes cristianos reunidos en Siria. Descubre allí a Godofredo, y su vista, que penetra los más recónditos afectos de los mortales, ve en su alma el deseo en que arde de arrojar al musulmán impío de la ciudad santa, y que lleno de fe y de celo desprecia toda gloria mortal, el mando y las riquezas. Ve en Baldovino un espíritu ambicioso que sólo aspira a las

zada Akhy-Sian (hermano del Negro), príncipe turco Selyúcida, quien se portó valerosamente y murió en el asalto. Kemal-Eddin, único historiador árabe que trata del primer período de las Cruzadas, habla con indignación de la toma de Antioquía. «Moraba en esta ciudad, dice, un hombre conocido por el nombre de Zerrab, o forjador de corazas. Habiéndole confiado la defensa de una de las torres, y anhelando vengarse de Akhy-Sian, que le arrebatara sus riquezas, escribió a uno de los jefes del campo cristiano, llamado Boemundo, lo siguiente: «Tengo en mi poder tal torre: te entregaré Antioquía si me prometes la vida y tal y tal cosa». Boemundo convino en todo, y en la noche del jueves I de regeb (junio), el forjador de corazas, a quien Alá maldiga, echó una cuerda a los soldados de aquel caudillo, los cuales escalaron las murallas, ayudaron a subir unos a otros, y degollaron, cuando estuvieron reunidos, a los descuidados centinelas. De esta suerte se apoderó Boemundo de Antioquía. Sería imposible enumerar los musulmanes que padecieron martirio en aquel día; los francos saquearon la ciudad y la redujeron a la esclavitud.» Esta narración no discrepa en nada de las que dan los autores cristianos. Ramón de Agiles, capellán del conde de Tolosa, que le acompañó en la cruzada, termina la relación de la toma de Antioquía con estas palabras: «Difícil fuera, y bárbaro además, decir el número de sarracenos y turcos que fueron muertos, y las diversas maneras como lo fueron. Imposible sería también decir el botín que se sacó de la ciudad; imaginaos cuanto queráis y estad seguros de que no llegaréis aún a la realidad.» *Raimundus de Agiles, historia Francorum qui ceperunt Jherusalem*. Algunos días después de la entrada de los cristianos en Antioquía, vióse aparecer un formidable ejército de infieles que venía en su socorro, el cual, si hemos de dar crédito a Abulfarage en su crónica siríaca, contaba más de cien mil caballeros. Era una inmensa reunión de tribus árabes y de turcomanos del Asia Menor, acaudillados por Kerboga, príncipe de Mosul, al cual se habían reunido Deccac, príncipe de Damasco; Genah Eddaulé, que lo era de Emeso, y Socman y Vatab, jefes de algunos escuadrones de árabes errantes. Este ejército fué dispersado en una batalla al pie de los muros de Antioquía.

grandezas humanas; a Tancredo mirando con hastío su existencia, ¡tanto le aflige y martiriza un amor desgraciado!, y a Boemundo, en fin, echando los grandes cimientos de su nuevo reino de Antioquía, dictando leyes, e introduciendo en él sabias costumbres y las artes y el culto del verdadero Dios. Absorbido en estos trabajos olvida al parecer toda otra empresa. Descubre en Reinaldo un ánimo guerrero y que se aviene mal con el reposo; ve cómo arde en fogosa e inmoderada ambición, no de riquezas y de mando, sino de honores, y que dócil discípulo de Güelfo está pendiente de sus labios escuchando los hechos preclaros de sus abuelos.

Después que el rey del mundo hubo examinado los más íntimos sentimientos de estos y otros corazones, llama a sí desde los angélicos coros a Gabriel, el segundo entre los más sublimados, y que, intérprete fiel y alegre mensajero entre Dios y las almas puras, lleva a la Tierra los decretos del Cielo y sube al Cielo el amor y las preces de los mortales.

«Ve a encontrar a Godofredo — dice Dios a su nuncio —, y dile en mi nombre: ¿por qué permanece inactivo? ¿Por qué no se renueva la guerra para libertar a Jerusalén que gime cautiva? Que llame a los caudillos a consejo; que mueva a los perezosos a la ardua empresa, y que sea su capitán. Como lo elijo yo en el Cielo elegiránlo en la Tierra los que hasta ahora fueron sus compañeros y ya, en la guerra, súbditos suyos.»

Así dijo, y Gabriel se dispone veloz a ejecutar sus mandatos. Rodea de aire su forma invisible y la sujeta a los sentidos de los mortales: toma figura y rostro humanos y de celeste majestad la envuelve; fíngese en la edad que separa la juventud de la infancia y ciñe de resplandores sus rubias guedejas.

Sobre sus alas blancas con remates de oro y de una ligereza y agilidad infatigable, hiende los aires y las nubes y se cierne sobre la tierra y los mares. Ha franqueado ya las celestes barreras, y sosteniéndose en sus iguales alas, ha puesto el pie primero en el monte Líbano. Luego, precipitando el vuelo, enderezóse hacia las llanuras de Tortosa. Salía el nuevo sol de las olas, mostrando sus primeros rayos; la mayor parte de su disco se perdía aún debajo de las aguas. Godofredo, según su costumbre, dirigía a Dios sus preces matutinas, cuando a la par del sol, aunque más brillante, apareciósele el ángel por la parte de Oriente.

«Godofredo — le dice —, ha llegado la estación oportu-

na para los combates. ¿Por qué, pues, te detienes en libertar a la oprimida Jerusalén? Reúne a los príncipes a consejo, y excita a los más desidiosos a esta empresa. Dios te ha elegido ya para su caudillo, y ellos se sujetarán gustosos a tu decisión.

»Enviado de Dios, te revelo su voluntad en nombre suyo. ¡Cuánta esperanza no debes tener en la victoria! ¡Cuánta fe en el ejército que te ha sido confiado!» Dijo, y desapareció volando a la parte más excelsa y serena del Empíreo. El resplandor que emanaba del arcángel, sus razones, dejaron a Godofredo con los ojos deslumbrados y atónito el corazón.

Mas después que volvió en sí y que hubo reflexionado sobre el mensajero, sobre quién lo enviaba y sobre sus palabras, si antes deseaba, arde ahora en afán de dar cima a una guerra cuya dirección se le ha encargado. Y no porque su pecho se hinche de vano orgullo por verse antepuesto a los otros por el Cielo, sino porque su querer se inflama con el de su Señor, cual la pavesa en el fuego.

Al momento llama a reunión a los caudillos, sus amigos, que andaban dispersos no lejos de allí; envíales cartas sobre cartas, mensajes sobre mensajes, mas siempre a la par del ruego va el consejo. Parece que encuentra todos los medios capaces de despertar a la virtud aletargada, y de tal suerte los adorna que obliga y agrada.

Vinieron los caudillos, y les siguieron los demás; sólo Beomundo dejó de concurrir (11). Parte de ellos plantó sus tiendas fuera de los muros, parte se alojó en Tortosa y en sus arrabales. Los grandes del ejército se reunieron, glorioso senado, en un día solemne, y el piadoso Godofredo, con majestuosa faz y voz sonora les habló el primero (12).

(11) Boemundo, hijo de Roberto Guiscardo, aventurero normando que se elevó a sí mismo al rango de duque de la Apulia y de la Calabria, fué uno de los más apuestos y valientes capitanes de su siglo. Partió para Tierra Santa en 1096 a la cabeza de veinte mil combatientes, debiéndose a sus intrigas y a su valor la toma de Antioquía. En vez de seguir al ejército cristiano a Jerusalén, se ocupó en asegurar su dominación en aquella ciudad y extenderla hasta Laodicea, que defendían los griegos. Cuando la ciudad santa hubo caído en poder de los Cruzados, Boemundo fué a ella para recibir de manos del patriarca la investidura del principado de Antioquía.

(12) Godofredo de Bullón, duque de la Baja Lorena y primer rey cristiano de Jerusalén, era de la ilustre familia de los condes de Bolonia y descendiente por línea femenina de Carlomagno. Había empezado su carrera militar en las guerras del emperador de Alemania contra el Papa; mas habiéndole sobrecogido una grave enfermedad después de su

«Guerreros de Dios a quienes eligió el Rey del Cielo para restaurar su fe; a quienes ha escoltado y conducido con seguridad por entre los peligros de la tierra y del mar, de suerte que en pocos años habéis subyugado tantas provincias rebeldes, desplegando vuestros estandartes vencedores y extendido vuestro nombre entre tantos pueblos domados y vencidos.

»Si no me engaño, no hemos renunciado a nuestras dulces prendas y al suelo que nos vió nacer, ni expusimos nuestra vida a los peligros del inconstante piélagos y de una guerra lejana, sólo para alcanzar un renombre vulgar de breve duración y apoderarnos de una tierra bárbara; pues en verdad nos hubiéramos lanzado tras una recompensa bien pobre y escasa, y derramado la sangre en daño de nuestras almas.

»El fin principal de nuestros proyectos fué sitiar los nobles muros de Sión, y substraer a los cristianos al yugo indigno de una esclavitud tan triste como dura, fundando en Palestina un nuevo reino donde la piedad tenga seguro asilo; donde no haya quien impida al devoto peregrino adorar al gran sepulcro y cumplir sus votos.

»Mucho hicimos hasta ahora, si se atiende a los peligros; más, si al trabajo; pero poco para nuestro honor y nada para nuestro intento. Sea que nos paremos aquí, sea que volvamos a otra parte el ímpetu de nuestras armas, ¿de qué nos servirá haber arrastrado a toda Europa contra Asia, haber llevado el incendio a estas vastas comarcas, si tan grandes

entrada en Roma, la miró como un castigo del Cielo por su conducta para con la Santa Sede, he hizo voto de pasar a Jerusalén, no como peregrino, sino como defensor de la cruz. Godofredo de Bullón se cruzó, pues, y partió para Constantinopla el 15 de agosto de 1096, acompañado de la mayor parte de la nobleza de Francia y de las orillas del Rin que corrió a alistarse bajo su estandarte. Desplegó un valor extraordinario delante de Nicea, Antioquía y Jerusalén, siendo suyas muchas de las hazañas que Tasso atribuye a Tancredo y a Reinaldo. Reunía a una fisonomía marcial una talla elevada y una fuerza nada común.

Trasladamos todos los discursos que pone Tasso en boca de los Cruzados, sean cuales fueren su extensión y elegantes repeticiones. Esas arengas poéticas dan a conocer el espíritu de la época a que se refieren: Guillermo de Tiro, historiador predilecto de Tasso, multiplica los razonamientos que atribuye a los caudillos de la Cruzada. La *Jerusalén libertada* fué, como diremos más adelante, una predicación para llamar a la cristiandad a las armas; qué extraño, pues, que se encuentren de vez en cuando en ella esa especie de sermones, los cuales, más bien que discursos de los Cruzados en el siglo XI, son alocuciones dirigidas por el poeta a los pueblos cristianos para moverlos a empuñar las armas contra el Turco en el siglo XVI. Respetamos demasiado el texto para que nos permitamos suprimir ni una sola frase.

movimientos sirven sólo para derribar imperios y no para fundarlos nuevos?

»No edifica, el que quiere erigir nuevos reinos, sobre terrenos fundamentos. Lejos de los suyos, rodeado de infinitos pueblos paganos enemigos de nuestra fe, y donde ni pueda esperar en los auxilios de Grecia ni en la protección lejana de Occidente, habrá removido sólo ruínas, envuelto en las cuales hallará su propio sepulcro.

»Los turcos y los persas vencidos, Antioquía domada, nombres famosos, magníficas hazañas. Pero no fueron obra nuestra, sino don del cielo, victorias milagrosas. Ahora bien, si las desviamos del fin para que nos fueron concedidas, temo que nos las quite el mismo que nos las dió, y que nuestro preclaro renombre venga a ser una fábula para los pueblos.

»¡Ah! que ninguno de nosotros desperdicie y malgaste dones tan preciosos. Que la continuación y el fin de tamaña empresa correspondan a sus principios. Ahora que están los pasos libres y expeditos, ahora que la estación nos es propicia, ¿por qué no volamos a la ciudad, término de nuestras victorias? ¿Quién nos lo impide?

»Príncipes, yo protesto, y oirán mi protesta los que son y los que serán, cual la oyen en el Cielo los celestes espíritus, que ha llegado ya el tiempo de la empresa. Cuando más se retarde es menos oportuno, y lo que es seguro pasa a ser incierto. Me atrevo a predecirlo: si procedemos con lentitud, socorrerá el Egipto al Sarraceno.»

Dijo, y siguió a sus palabras un breve murmullo. Pónese en pie Pedro el Ermitaño, primer motor de aquella grande empresa, que tenía asiento en el consejo privado de los príncipes (13). «Lo que propone Godofredo, exclama, yo lo

(13) Pedro el Ermitaño, ese hombre extraordinario que dió la señal de las Cruzadas, nació en la diócesis de Amiens a mediados del siglo XI. Nada se sabe de fijo acerca de los primeros años de su vida, y hasta se ignora el nombre de su familia. Pedro el Ermitaño se distinguió en su juventud en el ejercicio de las armas y sirvió a los condes de Bolonia en la campaña de Flandes en 1071. Habiendo perdido a su mujer después de algunos años de matrimonio, retiróse del mundo y se consagró a la soledad. Atraído por el rumor de las peregrinaciones al Oriente pasó a Jerusalén cerca del patriarca Simeón, a quien manifestó cuánto le dolía el cautiverio en que estaba la ciudad santa. De regreso al Occidente fué a Roma. El soberano pontífice le recibió como a un profeta, aprobó su misión y le encargó que anunciase la próxima restauración de la ciudad de Cristo. El cenobita atravesó Italia, pasó los Alpes, recorrió Francia y la mayor parte de Europa, y estuvo presente en el concilio de Clermont, donde Urbano II proclamó la Cruzada delante de una infinidad de caballeros cristianos. Los primeros cruzados

apruebo. No puede haber vacilación, puesto que la verdad ha sido tan claramente demostrada por él. Vosotros lo sentís; vosotros lo aprobáis; sólo unas palabras añadiré a lo dicho:

»Al recordar las tristes discordias, origen de tantos males, que se han producido entre vosotros, y los pareceres encontrados, y los trabajos más lentos cuando más próximos estaban a su fin, no puedo atribuir el origen de tantas dudas y de tantas desavenencias más que a una sola causa: a esa autoridad repartida entre muchos, tan varia en opiniones y casi igual en todos.

»Vaga el gobierno errante donde no manda uno solo de quien dependen los premios y los castigos, y el cual distribuya los trabajos y los empleos. ¡Ah! reunid en un solo cuerpo los cuerpos que tienden ya por sí mismos a juntarse; nombrad un jefe que dirija y refrene a los demás: poned el cetro y el poder en manos de uno solo que haga las veces de rey y sostenga su dignidad.»

Calló el anciano. ¿Qué pensamientos, qué emociones pueden ocultársete, espíritu sagrado, ardor divino? Tú inspiras las palabras al Ermitaño, y las imprimes en el corazón de los caballeros; tú ahogas en ellos los afectos innatos de mando, libertad y honor, y Guillermo y Güelfo, los más sublimados, proclaman los primeros a Godofredo por caudillo suyo.

Apruébanlo los otros; sólo a él toca desde ahora deliberar y mandar. Dicte leyes a su grado a los vencidos; lleve las armas a donde y contra quien quiera; los otros, sus iguales hasta entonces, y obedientes ahora a sus órdenes, no serán más que los ejecutores de sus mandatos. Concertado esto, vuelva la fama y esparce la noticia del nombramiento por las lenguas de los hombres.

Preséntase Godofredo a sus soldados, y le juzgan digno del puesto a que lo han elevado. Recibe con semblante plácido y compuesto los saludos y aplausos militares, y después

capitaneados por Pedro el Ermitaño y por Gualtero Sans-Avoir, fueron destrozados antes de llegar a Jerusalén, quedando apenas tres mil hombres de los cien mil de que es compañía el ejército, según las crónicas. El apóstol de la cruzada no poseía ninguna de las cualidades necesarias para ser su jefe. Pedro, después de haber preparado los grandes acontecimientos de la guerra santa, no hizo en ella más que un papel secundario: y en lo sucesivo apenas gozó de ninguna consideración en aquella cruzada que era obra suya. Asistió sin embargo, al sitio de Jerusalén, y Roberto el Monje nos ha transmitido el discurso que dirigió a los cristianos en el monte de los Olivos, que es con corta diferencia, el mismo que Tasso le hace pronunciar seis meses antes. (Rob. Monach., lib. VI.)

de haber contestado a sus humildes y gratas demostraciones de amor y obediencia, ordena que al día siguiente se reúna en un espacioso campo el ejército formado en orden de batalla.

Brilla ya el sol en el Oriente, más puro y luminoso que nunca, cuando, con sus primeros rayos, se presentaron armados los guerreros alrededor de sus pendones, y mostráronse lo mejor adornados que pudieron al piadoso Bullón, girando por el ancho prado. Paróse aquél y miró desfilar ante sus ojos a infantes y caballeros.

Memoria, vencedora de los años y del olvido, guarda y dispensadora de todo lo que existe, ayúdame para que recuerde y cuente todos los caudillos y estandartes de aquel campo; para que vuelva a proclamar y hacer resplandecer su antigua fama, muda y oscurecida por los años, y para que mi lengua adorne con tus tesoros lo que deben oír todas las edades, lo que no debe extinguirse nunca.

Mostráronse primero los francos, nacidos todos en la provincia de Francia (14), bello y espacioso país que bañan cuatro ríos. Mandábales poco antes Hugo, hermano de su rey. Después de su muerte, siguieron el orgulloso pendón de las lises de oro bajo las órdenes de Clotario, ilustre capitán a quien, si algo falta, es tan sólo un nombre regio (15).

Mil son y todos bien armados, y otros tantos son los caballeros que le siguen, iguales a los primeros en disciplina,

(14) Si bien se lee en el original *Isola di Francia*, isla de Francia, hemos preferido usar el nombre de provincia a fin de evitar toda confusión. La antigua provincia de la isla de Francia estaba rodeada de cuatro ríos, a saber: el Asne al Norte, el Sena al Mediodía, el Marne al Este, y el Oise al Oeste.

(15) Hugo el Grande, conde de Vermandois y hermano de Felipe I, partió para Tierra Santa a la cabeza de un brillante ejército en el año 1096. Al principio fué retenido prisionero en Constantinopla por el emperador Alejo, debiendo el haber recobrado la libertad a las demostraciones hostiles que hizo a éste Godofredo de Bullón. Encontróse en el sitio de Nicea y en la toma de Antioquía. Después de esta victoria fué enviado por el conde de Hainaut al emperador griego para darle esta fausta noticia, mas cayeron en una emboscada de turcos, junto con una escolta, no lejos de Nicea. El de Hainaut fué preso o muerto, mas Hugo escapó del peligro a uña de caballo. No puede asegurarse si concurrió al sitio de Jerusalén, mas no cabe duda que no había muerto aún en esta época, como lo afirma Tasso. Dos años después de la toma de la ciudad santa emprendió un segundo viaje a Oriente, en cuya expedición perdió más de doscientos mil hombres, según los cronistas, en diferentes ataques que le dieron los infieles, muriendo él mismo, después de haber recibido muchas heridas, el 18 de octubre de 1101, en Cilicia.

en naturaleza, en armas y en semblante; son todos normandos, obedecen a Roberto, príncipe de su raza. Luego, Guillermo y Ademar, pastores de pueblos, despliegan en pos de ellos sus escuadrones (16). Uno y otro se habían consagrado a los oficios divinos; ahora ciñe el yelmo sus largos cabellos y se ejercitan en el uso fiero de las armas. El primero conduce cuatrocientos guerreros escogidos en la ciudad de Orange y en sus confines; guía el segundo otros tantos de Puy, no menos avezados a las armas.

Preséntase detrás de éstos Baldovino, capitaneando a sus boloñeses y a los de su hermano, que le cedió éste cuando fué nombrado caudillo de caudillos. Síguele el conde de Chartres, tan poderoso en el consejo como animoso en las batallas. Van con él cuatrocientos, y tres veces más con Baldovino.

Güelfo ocupa el puesto inmediato. Su mérito en nada cede a su fortuna. Italiano de origen, cuenta una larga serie de abuelos en la Casa de Este; Alemania le da un sobrenombre y le da feudos, y sostiene la gloria de los Güelfos que lo han adoptado. Rige a Carintia y cuanto los primitivos suecos poseen y conservan entre el Danubio y el Rin.

A esta herencia, que tiene por parte de la madre, añade las mayores y más gloriosas conquistas. Los que militan a sus órdenes tiene como diversión el ir a buscar la muerte donde él quiere, por más que estén acostumbrados a pasar el invierno en calientes albergues y a celebrar sus festines entre alegres comensales. Eran cinco mil al embarcarse; hoy presenta apenas en la revista el tercio de su gente. Los demás cayeron bajo la cimitarra de los persas.

(16) Ademar de Monteil, obispo de Puy de Velay, lo mismo que Pedro el Ermitaño, había ejercido la profesión de las armas antes de abrazar el estado eclesiástico. Partió para Tierra Santa a la cabeza de un numeroso clero y de una infinidad de guerreros de las provincias de Auvernia, Provenza y Lemosín, que corrieron a alistarse bajo sus banderas. Distinguióse en Nicea y en muchos combates contra los sarracenos; mas donde desplegó principalmente las cualidades de un hábil caudillo fué delante de los muros de Antioquía. Guillermo de Tiro y todos los historiadores de las cruzadas ponen en las nubes su moderación, valor y elocuencia. Tasso se desvía aquí de la verdad histórica al comprenderle entre los jefes que marchaban contra Sión, pues había muerto algunos días después de la batalla de Antioquía, ocho meses antes de la marcha de los cruzados hacia la ciudad santa. Más adelante se verá que Tasso hace morir a Ademar de un flechazo de Clorinda en el sitio de Jerusalén. Algunos escritores le atribuyen el cántico que empieza: *Salve Regina*. Los obispos de Puy, sus sucesores, llevan en el escudo de sus armas, en un lado, la espada, y en el otro, el báculo pastoral.

Seguía a éstos la sencilla y rubia nación que habita entre el mar, los francos y los germanos, tierra fértil en trigo y animales, y a la cual riegan el Mosa y el Rin. Vienen con ellos los isleños, que se guarecen tras altas rocas contra los furios de océano, que no sólo devora las mercancías y las naves, sino las ciudades y los reinos. Ascienden a mil unos y otros, y marchan juntos a las órdenes de otro Roberto (17). El escuadrón britano, algo mayor que éste, obedece a Guillermo, hijo menor de su rey. Los ingleses son todos hábiles arqueros, y va con ellos el pueblo que vive más próximo a las regiones del Polo; salvajes habitantes de los bosques, proceden de Islandia, que toca a los límites del mundo (18).

Viene después Tancredo. Ninguno entre tantos guerreros, excepto Reinaldo, es, cual él, tan diestro en el herir, de tan hermoso semblante, más noble en sus modales y más intrépido. Si alguna ligera sombra obscurece su fama es solamente el frenesí de un amor, de un amor nacido entre las armas, que apenas tuvo tiempo para ver al objeto adorado y que se alimenta y robustece con los pesares.

Es fama que el día en que el pueblo franco derrotó con gloria a los de Persia, cansado Tancredo de seguir victorioso el alcance a los fugitivos, detúvose para refrescar sus ardientes labios y descansar sus miembros fatigados en un soto delicioso y sombrío donde corría entre asientos de césped una fuente viva. Apareciósele de repente una joven armada toda excepto la cabeza. Era pagana y había ido allí también buscando la paz y el descanso. Tancredo la ve, la ve y la admira, y al punto se siente abrasado. ¡Oh, maravilla! El amor nacido apenas, subyuga ya el ánimo al guerrero. Cúbrese ella con el yelmo; dispónese a atacar al héroe, cuando la llegada de otros la estorbó en sus propósitos.

Alejóse la altanera virgen del que acaba de vencer, cediendo tan sólo a la fuerza; mas él guarda grabado en su corazón su imagen a la vez dulce y belicosa, tal cual la viera, y recuerda siempre su actitud, y el sitio en que se le apareció, alimento eterno del fuego que le consume.

Los continuos suspiros que se escapan de su pecho, la tristeza que brilla en sus miradas, su abatido continente, anun-

(17) Roberto II, conde de Flandes. Sus hazañas en Palestina le valieron el nombre de *Jerosolimitano*.

(18) Tasso ha seguido la geografía de los libros de caballerías que consideran a Islandia como el país más inmediato al Polo. Esta opinión se encuentra también en el *Orlando Furioso*.

cian claramente que gime en un amor sin esperanza. Los ochocientos caballos que acaudilla dejaron las risueñas campiñas que son la pompa mayor de la Naturaleza, y los amenos collados que embellecen el Tíber.

Venían en pos de éstos doscientos griegos, armados a la ligera. Cuelgan en sus costados cortos aceros y en sus espaldas suenan los arcos y la aljaba. Sus flacos corceles acostumbrados a la carrera, son tan parcos en el alimento como invencibles en la fatiga. Tan pronto en el ataque como en la retirada, combaten huyendo, errantes y dispersos. Latino los gobierna. Él fué el único griego que acompañó al ejército cristiano. ¡Oprobio y mengua! ¿por ventura, oh Grecia, no te amagaban de cerca aquellas guerras? Y, sin embargo, te sentaste, como a un espectáculo, esperando tranquilamente el fin de tan grande acontecimiento! No te quejes si gimes en vil esclavitud: más que ultraje, es justicia tu servidumbre (19).

Un escuadrón le sigue, postrero en el orden, pero primero en el honor, en la intrepidez y astucia. Compónese de aquellos héroes aventureros, terror de Asia y rayos de la guerra. Calla Argos con sus Minos, y Artús con sus caballeros andantes, que llenaron las historias de tantas quimeras, y desaparecen los recuerdos antiguos ante estos campeones; mas ¿cuál será el caudillo digno de ellos? Dudón de Consa es su jefe. Aquellos que habían dado cima a tantos hechos y presenciado muchos más, se sujetaron a él unánimes, porque vieron que hubiera sido vano buscar quién descollase entre ellos en sangre y en virtud. Aunque de edad madura, su cabeza cana conserva aún el vigor de la juventud, y muestra, como dignos blasones del honor, las cicatrices de hondas heridas.

Van detrás de él Eustaquio, famoso por su valor y más aún por su hermano Godofredo, y Gernando, hijo del rey de Noruega, que hace alarde de su poder, de sus títulos y coronas. Rugiero de Barnavilla y Enguerreando mantienen su an-

(19) En la época en que Tasso escribía, no existía ya el antiguo Imperio de Oriente. Hacía más de un siglo que Constantinopla estaba bajo el dominio de los Turcos, después de haber sido asiento de los emperadores griegos por espacio de mil ciento veintitrés años. Todos los pueblos cristianos tenían fijos los ojos en Oriente, y las palabras de Tasso contra los griegos resonaron como un reproche político por su inacción durante la primera cruzada. Ocupaba el trono de Bizancio Alejo I cuando desembarcaron en Grecia Godofredo y los cruzados, y su aparición cerca de los muros de aquella capital le llenó de terror. Concurrió con ellos a la toma de Nicea; mas tuvieron que quejarse muy pronto de que se ocupaba sólo en mantener sus conquistas y no les suministraba víveres, a pesar de lo estipulado en los tratados.

tigua gloria, y Gentonio, Raimbaldo y los dos Gerardos brillan entre ellos por su audacia y su valentía.

Vense entre los más celebrados a Ubaldo, y a Rosmundo, heredero del gran ducado de Láncaster; no debe tampoco quedar sepultado en el olvido Obizo el Toscano, ni robarse al mundo los nombres de los tres hermanos lombardos, Aquiles, Esforcia y Palamedes, ni el fuerte Otón, que conquistara el escudo en que un niño desnudo sale de la garganta de una serpiente (20).

No pasará en silencio a Gasco y Rodulfo, ni a los dos Guidos, ambos famosos; tampoco Eberardo y Gerniero quedarán sepultados en las sombras de un silencio injurioso. ¿Do me lleváis, abrumado por el peso de tantos nombres célebres, Gildipe y Odoardo, a la vez amantes y esposos? Compañeros y consortes en la guerra, ni la muerte podrá separaros. Mas, ¿qué no se aprende en la escuela del amor? En ella se hizo Gildipe guerrera atrevida. Siempre al lado de su esposo, sus vidas dependen de un solo destino. Jamás hiere a uno ningún golpe sin que entrambos participen del dolor. Si el uno cae herido, el otro desfallece; y si éste derrama su sangre, aquél se muere.

Sobre éstos y sobre cuantos figuran en la formación des-cuella el joven Reinaldo, alzando su real frente dulce y fiera a la vez, atrayéndose todas las miradas. Sobrepuja a la edad y a las esperanzas, y apenas brillaron en él las flores cuando ya diera sazonados frutos. Quien le viese en los combates cubierto de sus armas, le tomaría por Marte, y por Amor si descubriese su rostro. Nació en las riberas del Adigio, de la bella Sofía y Bertoldo el poderoso, y antes que fuese arrancado, niño todavía, de los maternos pechos, fué robado por Matilde, que le crió, y se educó en el arte de reinar; ella le tuvo siempre a su lado, hasta que llegó a sus tiernos oídos la trompa que resonaba por Oriente. Entonces, apenas contaba los tres lustros, huyó solo por sendas desconocidas. Pasó el mar Egeo, desembarcó en las playas de Grecia y alcanzó el campo en remotas regiones; fuga ilustre y digna de que la imitara alguno de sus magnánimos descendientes. Hace tres años que está en la guerra, y apenas cubre aún su barba un leve bozo.

(20) Era el blasón de Volucio, príncipe turcomano. Otón le mató en combate singular y se apoderó de su escudo como trofeo de su victoria. Estas armas pasaron después a los Visconti y Esforza, duques de Milán.

Tras los caballeros, desfilan ahora los infantes. Adelántase el primero Raimundo, que gobierna a Tolosa y ha escogido a sus soldados entre los Pirineos, el Garona y el Océano. Son cuatro mil; todos bien armados e instruídos y avezados a las privaciones y a los sufrimientos. Buenos son los soldados, y mejor aún, más fuerte y experimentado, el jefe que los guía.

Esteban de Ambosa acaudilla cinco mil de Bles y de Tours. Aunque cubiertos de brillante acero, no son robustos y temen la fatiga. Su patria, tierra de molicie y de placeres, sólo soldados semejantes a ella produce; impetuosos en el primer arranque, su ardor se enfría fácilmente y acaba por extinguirse.

Sigue el tercero Alcasto, con amenazador aspecto; así apareció en otros tiempos Capaneo sobre los muros de Tebas. Recogió de los pueblos de los Alpes seis mil helvecios, gente fiera y audaz, que ha dado nueva forma y destinado a un uso más noble el hierro que le servía para trazar surcos y roturar la tierra. Acostumbrada a conducir rebaños, se dispone ahora a desafiar reyes.

Vese en seguida ondear el ancho lábaro con la tiara y las llaves de San Pedro, a cuya sombra conduce el buen Camilo siete mil infantes con pesadas y lucientes armaduras. Muéstrase ufano el héroe de que el Cielo le haya elegido para tan alta empresa, en que pueda restablecer el antiguo honor de los suyos, o en la que pruebe al menos que nada falta al valor latino sino la disciplina.

Habían pasado ya en buen orden todas las legiones, siendo ésta la postrera, cuando Godofredo llama a los jefes principales y les revela sus intentos. «Quiero — les dice —, que al brillar mañana la nueva aurora marche el ejército con tanta ligereza que llegue a la ciudad cuanto más pronto pueda y menos se le espere. Preparaos, pues, para el viaje, para los combates y para la victoria.» Tan osadas razones en varón tan prudente excitan y dan valor a los jefes. Todos están dispuestos a marchar al día siguiente y esperan con impaciencia la salida del nuevo sol. El previsor Bullón, empero, no deja de temer, si bien oculta su inquietud en su pecho.

Sabía con certeza que el sultán de Egipto se había puesto en camino para Gaza con un brillante y poderoso ejército, para proteger las fronteras de Siria. Bullón no puede creer que caudillo como aquél, creado en los ásperos combates, se mantenga ahora en el ocio. Seguro, pues, de encontrar en él un enemigo difícil de vencer, habla así a Enrique su fiel mensajero:

«Quiero que partas en un buque ligero y que te dirijas a Grecia, donde, según me ha escrito quien no acostumbra errar en sus avisos, debe llegar pronto un joven de familia real y de ánimo invencible, que desea luchar a nuestro lado en esta guerra. Es príncipe de los daneses, y trae consigo un numeroso ejército desde los países que están debajo del Polo. Mas como el falso emperador de los griegos tal vez empleará con él sus acostumbrados engaños para hacer que desista de su empeño o que dirija sus pasos a otra parte lejos de nosotros, tú, mi nuncio y consejero veraz, dispónle en mi nombre a que haga lo que exigen mi interés y el suyo; dile, además, que no demore su venida, ya que cualquier retraso vendría en desdoro de su nombre.

»Tú, empero, no vengas con él, sino quédate cerca del emperador y solicita de él los auxilios que más de una vez nos prometiera y que nos debe aún por los tratados.»

Así le habla y le aconseja, y tras haber recibido cartas y las instrucciones del héroe, parte Enrique, mientras Bullón, tranquilizado, empieza a gustar el reposo.

Al día siguiente, apenas se abrieron al sol las puertas del luminoso Oriente, óyese sonido de trompetas y tambores que llama a los guerreros a la marcha. No es tan grato en los días calurosos el trueno que anuncia al mundo la lluvia deseada, como lo fué a aquellos bravos escuadrones el vibrante sonido de los bélicos instrumentos. Animados todos de un ardiente afán se ciñen sus armas, y en un instante aparece reunido todo el ejército. Cada soldado se junta a su capitán, y los ordenados escuadrones despliegan al viento sus banderas sobre las cuales se eleva la triunfante cruz que extiende sus brazos sobre el grande estandarte imperial.

Entre tanto, el sol se eleva recorriendo ya las celestes regiones; se refleja en las armas y arranca de ellas llamas y rayos trémulos y los hacen brillar hasta lo lejos deslumbrantes. El aire chispea por doquier, y diríase casi que arde como en un amplio incendio, y el rumor de las armas se confunde con los relinchos de los corceles y atruena las campiñas.

Temeroso Godofredo de emboscadas y deseando poner a cubierto de ellas a su ejército, envía por todas partes jinetes armados a la ligera a explorar el país circunvecino. Entre tanto, los peones allanan los caminos, colman las zanjas, nivelan las pendientes, y abren pasos en las espesuras.

No hay ejército pagano, ni muro ceñido de profundo foso, ni impetuoso torrente, ni áspero monte, ni espesa selva, en fin,

que pueda detener su marcha. Así el rey de los ríos, si hincha tal vez su orgullosa corriente, invade y siembra de escombros sus riberas, sin que nada pueda resistir su furia.

Sólo el rey de Trípoli, que encierra en bien almenados muros sus gentes, sus tesoros y sus armas, hubiera podido retardar la marcha del ejército latino, mas no se atrevió a provocarle al combate; antes al contrario, procuró aplacarlo con mensajes y dones y le admitió voluntariamente en sus Estados, recibiendo las condiciones de paz como Godofredo tuvo a bien imponérselas (21).

Del monte Deir, que domina la ciudad por la parte de Oriente, descendió de pronto una inmensa muchedumbre de fieles de todos sexos y edades; llevan sus ofrendas al vencedor cristiano; contéplanle maravillados, hablan con él, examinan atónitos sus extrañas armas, y guías fieles y seguros, muestran a Godofredo el camino.

El caudillo conduce siempre el ejército por rectos senderos sin alejarse nunca del mar; la flota cristiana costea, en efecto, las cercanas playas presta en todo momento a abastecer el campo de las provisiones necesarias y traerle los trigos de las islas de Grecia, y los vinos de Creta y de la pedregosa Quío.

Gime el vecino piélagó bajo el peso de las altas naves, brilla la espuma al avance de los buques ligeros; en adelante ya no le será dado al sarraceno abrirse seguro paso por el Mediterráneo, pues, además de las galeras que armaron Jorge y Marcos en las playas de Venecia y Génova, Inglaterra y Francia, Holanda y la fértil Sicilia han enviado también las suyas. Una sola voluntad une a esta flota, un mismo impulso la guía. En ellas van para el ejército provisiones cargadas en distintas riberas.

Entre tanto, Godofredo, encontrando libre el paso de las fronteras enemigas, avanza rápido hacia los campos que regó con su sangre el Salvador. Mas la fama, mensajera de rumores veraces o mentidos, hábiales ya precedido; trátase que se ha reunido ya el afortunado ejército vencedor, que está en camino y que nada hay que pueda detenerle; repite cuántas y cuáles son las legiones; dice el nombre y pondera el valor

(21) Trípoli, llamada por los turcos *Tarabolus*, ciudad antigua y populosa de Fenicia, estaba cuando llegaron a ella los cruzados, gobernada, según el historiador *Ibn-Giouzi*, por un tal *Facr'Elmole-Ibn-Ammar*. No se sometió de grado a Godofredo, como dice Tasso, y sólo después de una derrota que sufrió convino en mantenerse neutral.

de los más célebres; cuenta sus hazañas y amenaza con semblante airado a los opresores de la ciudad santa.

La perspectiva del mal es a menudo más temida que el mal mismo. Todos los oídos, las imaginaciones todas, están como pendientes del rumor que trae el viento. Un ligero murmullo llena la ciudad consternada y recorre los campos vecinos, y al ver el riesgo que le amenaza, el viejo rey revuelve en su interior los más fieros proyectos.

Su nombre es Aladino (22). Vive en continuo sobresalto por la conservación de aquel reino, cuyo solio ocupaba desde hacía poco. Cruel en otro tiempo, la vejez había suavizado un tanto la ferocidad de su carácter; mas al oír que los latinos intentan asaltar los muros de la ciudad, añade al antiguo temor nuevas sospechas, y recela de los suyos y de los enemigos.

En la misma ciudad se albergan, en efecto, dos pueblos de distintas creencias: la parte débil y menos numerosa cree en Cristo; la grande y fuerte, en Mahoma. Mas cuando el rey la conquistó y estableció en ella su asiento, aligeró a los infieles de las cargas públicas, agravando más y más a los míseros cristianos. El temor irrita y exaspera, pues, su natural fiera, adormecida y enfriada por los años, y la hace revivir de tal manera que más que nunca muéstrase sedienta de sangre. Así los ardores del estío devuelven su fiera a la serpiente que se mostraba mansa entre los fríos; así el león doméstico recobra, si le irritan, su furor innato.

«Veo — decía —, evidentes señales de alegría en esa turba infiel por las nuevas noticias. Sólo ellos se regocijan en el daño de todos; sólo ellos ríen en medio del llanto público. Tal vez están maquinando perfidias y traiciones; tal vez están ideando cómo deshacerse de mí, o cómo abrir ocultamente las puertas a su pueblo aliado y enemigo mío. Mas no será: yo frustraré sus designios impíos; ahogaré en su sangre mi furor; los haré perecer; haré en ellos un terrible escarmiento; en el propio seno de sus madres degollaré a sus pequeñuelos. Daré a las llamas sus casas y sus templos, y sus escombros serán dignas piras funerarias para los muertos; y en medio de

(22) El emir egipcio que gobernaba en Jerusalén durante el sitio puesto por Godofredo no se llamaba Aladino, sino Yftikbar-Eddaulé, o la *Gloria del Imperio*. Después de las grandes victorias de Saladino sobre los cruzados, en el siglo XII, este nombre tenía en la cristiandad un eco tan extenso como espantoso; y tal vez Tasso se ha servido de él para contraponer un Aladino o Saladino, vencido por los cruzados, al otro del mismo nombre, su vencedor.

sus sepulcros y de sus ritos serán mis primeras víctimas sus sacerdotes.»

Así dijo en sus adentros el inicuo, mas no sigue tan infame pensamiento. Con todo, si perdona a aquellos inocentes no es efecto de la piedad, sino de cobardía. El miedo le aconseja ser cruel, pero otro temor más poderoso le contiene: tiembla ante la idea de quitar todo medio de concordia y de irritar así a las vencedoras huestes enemigas.

Templa, pues, el pérfido su furor insano, o más bien, busca dónde poder desahogarlo. Destruye y arrasa los edificios rústicos y entrega a las llamas los campos cultivados. Nada deja intacto o en pie de lo que pudiera servir de sustento o albergue a los francos; enturbia los ríos y las fuentes y mezcla a sus puras aguas mortíferos venenos. Es cauto y no conoce la piedad.

Entre tanto, no se olvida tampoco de fortificar la ciudad. Bien defendida por tres lados ofrecía, sin embargo, una parte débil hacia el Norte. Apenas se esparció el primer rumor de la amenaza, reforzóla con nuevas murallas y reunió apresuradamente en su recinto un fuerte ejército compuesto de mercenarios y de súbditos suyos.

CANTO SEGUNDO

Ismeno recurre en vano a sus encantos, y Aladino ordena que sean degollados todos los fieles. — Sofronia y Olindo se ofrecen a la muerte para aplacar la cólera del tirano, pero Clorinda toma a los dos jóvenes bajo su protección. — Los francos desechan las proposiciones de Alecto, y Argante les declara la guerra.

MIENTRAS el tirano se apareja así para los combates, se le presenta un día Ismeno; Ismeno, que puede hacer que un cuerpo muerto salga del helado sepulcro y que sienta y respire; Ismeno, quien, con el solo rumor de sus conjuros, hace estremecer a Plutón en su mismo palacio y convierte los demonios en esclavos suyos con sus maleficios, y los encadena o suelta a su placer.

Cristiano en otro tiempo, sigue al presente la ley de Mahoma; pero no ha podido con todo abandonar de tal suerte sus primeros ritos que no confunda todavía en sus usos sacrílegos y profanos las dos creencias que tan mal conoce. Acaba de salir de las cavernas donde ejerce, apartado del vulgo, sus artes desconocidas, y, consejero detestable de un rey malvado, se presenta a su amo en el común peligro.

«Señor — le dice —, el victorioso ejército temido se acerca velozmente; hagamos lo que conviene, y el Cielo y la Tierra favorecerán nuestro esfuerzo. Tú lo has previsto y acudido a todo, a fuer de rey y capitán aventajado; si cada uno de nosotros cumple así su deber, será esta tierra la sepultura de tus enemigos. En cuanto a mí, vengo a auxiliarte y a aliarme contigo en los peligros y en los trabajos. Cuanto puede aconsejar la vejez, y cuanto dan de sí las artes mágicas, todo te lo prometo. Yo forzaré a los ángeles desterrados

del Cielo a que tomen parte en nuestras fatigas. Mas antes debo decirte de qué manera quiero dar principio a mis encantamientos (23).

»En el templo de los cristianos élévase oculto un altar subterráneo, en el cual hay una imagen de la que ellos llaman su diosa y madre del Dios que nació y fué sepultado. Arde una lámpara continuamente delante esta imagen cubierta con un velo, y a su derredor cuelgan las ofrendas que le presentan los crédulos devotos.

»Quiero que se les robe esta imagen, que la traslades por tu propia mano y la pongas en tu mezquita. Yo emplearé en seguida tan potentes hechizos, que mientras que esté allí encerrada será temible guarda de nuestras puertas, y, por un sublime y nuevo milagro, se conservará seguro tu imperio entre sus murallas inexpugnables.»

Así dijo, y le persuadió. Impaciente Aladino corre a la morada de Dios, violenta a los sacerdotes, roba irreverente la casta efigie, y la lleva a aquel templo donde se ultraja tan a menudo al Cielo con un culto insensato y culpable. En ese recinto profano sobra la imagen sagrada; el mágico susurra al punto sus blasfemias.

Mas apenas brilla en el cielo la nueva aurora, cuando el encargado de custodiar el inmundo templo, al ir a ver la imagen, no la encuentra ni en el lugar donde fué colocada ni en parte alguna. Da noticia de ello al rey, que se muestra fieramente airado con tal nueva, y sospecha al momento que algún cristiano ha cometido el robo y lo oculta en su casa.

¿Fué, en efecto, obra de la mano de un creyente, o fué que el Cielo, indignado de que cobijase tan vil lugar la imagen de la que es su diosa y soberana, quiso dar una prueba de su poder? Es dudosa aún la fama de si debe atribuirse a la astucia humana o a milagro; si bien será mejor que, cediendo la piedad y celo de los mortales, se crea obra del Cielo.

El rey manda al instante registrar con minuciosas pesquisas los templos y las casas; impone grandes premios o castigos al que manifieste el robo o el culpable, o al que lo

(23) Aquí empiezan los encantamientos, que ocupan un lugar tan principal en el poema de Tasso. La Edad Media estaba llena de tradiciones, de hadas y magas, y nada ofrece de extraño que las emplee el poeta cuando estaban atestadas de ellas los libros de caballerías, donde, lo mismo que Boyardo y Ariosto, bebió aquél principalmente sus inspiraciones.

esconda. El mágico, por su parte, no deja de indagar con todos los artificios de sus artes. Todo fué en vano, pues el Cielo, ora fuese obra suya, ora humano artificio, se la ocultó a pesar de sus encantos.

Viendo, pues, que cuando más lo busca más se oculta, se abrasa en ira; un furor desmedido le arrebató. Olvida todo humano respeto, y, suceda lo que suceda, quiere vengarse y desahogar su enojo. «Morirá — dice —, el ignorado ladrón en el común estrago: no será vana mi cólera. Perezca el inocente con tal que no se salve el reo; mas ¿qué digo el inocente? Culpables son todos; no hubo jamás entre esa gente quien fuese amigo de nuestro nombre, y si hay alguna que no tenga parte en este último delito, sus antiguos crímenes justificarán los nuevos castigos. ¡Sus, sus, mis fieles! Destruid y matad.»

Así habla a los suyos. Corre al momento entre los fieles la terrible nueva, escúchanla aterrados, y es tan grande el temor de la muerte, que miran ya cercana, que no osan huir ni defenderse, ni emplear las excusas o los ruegos; tímidos e irresolutos hallan, no obstante, su salvación por donde menos la esperaban.

Había entre ellos una virgen de alma sublime y noble. Era hermosa, mas o no se cuida de su hermosura, o si lo hace es sólo como de un adorno de su honestidad. Su mérito mayor es que oculta sus relevantes prendas entre las paredes de una humilde vivienda, donde ignorada y sola evita los halagos y las miradas de los galanes.

Mas ¿qué guarda puede ocultar a la belleza que no aparezca en fin y no se admire? Ni tú, Amor, lo consientes, y por esto la descubristes a los castos deseos de un joven. Amor, que ora ciego y ora Argos, ya vendas tus ojos, ya los abres y los vuelves a todas partes, tú dirigiste al casto albergue de la virgen las miradas de aquél por entre mil guardas.

Llámase ella Sofronia y Olindo él; son entrambos de una misma ciudad y siguen una ley misma. Es él tan modesto cual ella hermosa; anhela mucho, espera poco y nada pide, y ni sabe ni se atreve a declararse. Ella o lo desprecia o no lo ve, a finge no verlo. Así que el triste le ha servido hasta ahora, o no visto, o no conocido o mal pagado (24).

Entre tanto, se divulga la nueva de que se prepara una

(24) ¿Por qué no podría referirse este pasaje a los amores de Tasso con la princesa Leonor, hermana de Alfonso, amores desgraciados, y que, habiendo sido descubiertos, causaron la desgracia del poeta?

horrible mortandad a su pueblo, y ella, tan generosa como honesta, concibe el proyecto de salvarlo. Anímale esta idea, mas la detiene luego el temor y virginal decoro. Vence al fin la fortaleza, o más bien, por un feliz concierto, la audacia se hace ruborosa y el rubor audaz.

Sale sola la virgen de su morada, y ni oculta ni hace alarde de su belleza: camina con la vista recogida, y envuelta en un velo. Su continente es noble y generoso, y es difícil decir si va adornada o si con desaliño, o si es el arte o la casualidad quien ha compuesto su semblante. Su descuido y su andar son artificio de la Naturaleza, del amor y de los Cielos.

Todos la admiran, mas la altiva joven pasa sin mirar a nadie, y llega a donde está el Rey. No retrocede ante su ira, antes sostiene intrépida su feroz mirada. «Vengo, señor — le dice — (y entre tanto ruégote que suspendas tu enojo y refrenes a tu pueblo), vengo a descubrirte y a entregarte al culpable que buscas y que te ha ofendido.»

Casi confuso, casi vencido el Rey por tan honesto valor y por el esplendor repentino de tan nobles y santos atractivos, refrena su despecho y compone su fiero semblante. Si ella hubiese tenido un alma menos noble y hubiera sido él menos severo, la hubiese amado. Mas una belleza rígida no seduce jamás a un corazón esquivo, pues el amor se alimentó siempre de dulzuras.

La admiración, el deseo, la voluntad, ya que no el amor, conmovieron su rudo corazón. «Cuéntalo todo — dijo — y te prometo que nadie ofenderá a tu pueblo cristiano.» «El culpable — repuso ella —, está en tu presencia; el hurto, señor, es obra de esta mano; yo la imagen robé; yo soy la que buscas y a quien debes castigar.»

De esta suerte se ofrece al público castigo y el peligro se atrae sobre su cabeza. ¡Magnánima mentira! ¿Cuándo fué tan bella la verdad que pueda comparársete? Queda suspenso el tirano, no se entrega esta vez a su furor con la rapidez que acostumbra. Luego, empero, le dice: «Quiero que me reveles quién te aconsejó y fué tu cómplice en el hurto.» «No quise — contestó — ceder a nadie ni una mínima parte de mi gloria. Sola me aconsejé y sola lo llevé a cabo.» «Pues en ti sola — repuso él —, caerá mi vengador enojo.» «Es justo — dice ella —, pues fuí sola en la gloria que sea sola en el castigo.»

Renuévasse a estas palabras el furor del tirano. «Dónde

ocultaste la imagen — le pregunta —.» «No la escondí — responde —: la quemé, y creí hacer quemándola un acto digno de alabanza. Así, al menos, no podrán profanarla, pensé, las impuras manos de los infieles. ¿Buscas, señor, el hurto o el ladrón? Éste aquí está; al otro nunca volverás a verle. Si bien ni es hurto aquello ni soy ladrona yo: ¿no es por ventura lícito recobrar lo que nos fué quitado injustamente?» Tiembla el tirano, y arrebatado de furor, le dice: «¡No esperes ya encontrar perdón, corazón púdico, noble y sublime rostro!» En vano el amor la escuda con sus atractivos contra su enojo fiero.

Presa está ya; el cruel tirano la ha condenado a perecer en la hoguera. Rásganle su velo y casto manto, y aprisionan sus delicados brazos con ásperas cadenas. Calla; se siente conmovida, mas no cabe temor en su heroico pecho; por su hermoso semblante se esparce un solo tinte que más bien es candor que palidez.

Divulgóse en seguida el gran suceso; congregóse a la nueva todo el pueblo, y con él acudió también Olindo. Cierto era el rumor, pero la heroína era aún desconocida; acaso, piensa Olindo, se trate de ella. Llega y la ve; su actitud es de condenada; mas no de rea; ve a los verdugos disponiéndose ya a la cruel tarea, y gritando se lanza presuroso entre la turba.

«No — grita al rey —, esta joven no es culpable del hurto, del que hace neciamente alarde. Una joven sola e inexperta no pudo idear, ni atreverse, ni ejecutar en fin tan grande empresa. ¿Cómo engañó a los guardas? ¿Con qué artificios pudo substraer la imagen santa? Cuéntelo si lo hizo; yo soy, señor, quien robó la efigie.» ¡Ah! ¡tanto amó a la que no le amaba!

Luego añadió: «Yo subí de noche al lugar por donde recibe tu mezquita luz y aire, y pasé por un pequeño hueco avanzando a tientas por caminos inaccesibles. A mí se debe el honor, a mí la muerte. No usurpe ella mi suplicio. Mías son estas cadenas, sólo para mí se prepara esta hoguera; para mí se elevan estas llamas.»

Levanta Sofronia la vista y lanza a Olindo una mirada llena de dulzura y de piedad: «¿A qué vienes aquí, infeliz inocente? ¿Qué consejo te guía o qué furor te arrastra? ¿No soy bastante poderosa sin ti para soportar todo lo que pueda la cólera de un hombre? Corazón también tengo, bastante por sí solo para arrostrar la muerte.»

Así habla al amante, mas no logra ni hacerle retroceder ni cambiar de intento.

¡Oh, espectáculo grande, en que la virtud más generosa lucha con el amor más tierno, en que la muerte es el premio del vencedor, y la pena del vencido, la vida! Cuanto más porfían en acusarse entrambos, más acrecen el enojo del rey.

Siéntese envilecido por su audacia; tanto desprecio del suplicio, parécete una injuria. «Créase — dio — a entrambos; entrambos venzan y lleven el premio merecido. Hace al punto una seña a sus verdugos que encadenan al joven y lo atan con ella al mismo palo. Así quedan espalda contra espalda y el rostro oculto al rostro.

Elevan en torno de ellos la pira, y ya los fuelles avivan la llama, cuando el joven, prorrumpiendo en dolorosas quejellas, dice así a su compañera de suplicio: «¿Son estos los lazos con que esperaba estar unido a ti toda la vida? ¿Es éste el fuego que creí que debía inflamar en igual ardor nuestros corazones? Otras llamas, otros lazos nos previno amor, y estos nos prepara una suerte adversa. Sobrado ¡ay de mí!, sobrado nos tuvo separados, y ahora nos une cruel en la muerte. Pláceme al menos, puesto que debes morir por tan extraño caso, ser tu compañero en la pira ya que no pude serlo en el tálamo. Duéleme tan sólo tu destino, no el mío, pues muero a tu lado. ¡Oh muerte para mí infeliz! ¡Oh martirios para mí afortunados, si pudiese exhalar mi último suspiro sobre tus labios, y si muriendo tú conmigo despidieses sobre los míos tus postreros alientos!» Así dice llorando; y ella, dulcemente, le contesta así consolándole:

«El tiempo, amigo, y el trance en que nos hallamos exigen otros pensamientos y otras lágrimas. ¿Por qué no piensas en tus culpas? ¿Por qué no recuerdas los grandes premios que Dios promete a los buenos? Sufre en su nombre, y te será dulce la muerte. Aspira alegre a la celeste silla. Mira el cielo, ¡cuán hermoso es! Mira el sol que parece que nos llama a sí y que nos consuela.» (25).

(25) Al presentarse los cruzados en el Oriente, los sarracenos, alarmados, no vieron en los cristianos más que enemigos, y les hicieron sufrir las más atroces persecuciones. Guillermo de Tiro menciona entre otros muchos un acto de barbarie que tal vez ha sugerido a Tasso la idea de su episodio de Olindo y Sofronia.

«Hubo un infiel, hombre pérfido y de dañinas entrañas, el cual animado de un odio insaciable contra los nuestros, buscó un medio de lanzar la muerte contra nosotros. A este fin vino a deponer en secreto el cadáver de un perro en la puerta de una mezquita, cuya entrada pro-



Aquí la multitud de los paganos prorrumpió en llanto; lloran también los fieles en secreto. Penetra en el duro pecho de Aladino un no sé qué de inusitado y tierno; avergüenzase y se irrita por haberse enternecido; mas no quiere dejarse vencer, y vuelve los ojos a otro lado y se retira. Tú sola no tomas parte en el duelo común, ¡oh Sofronia! ¡Tú sola no lloras cuando todos vierten lágrimas por ti!

En medio de este peligro se presenta un guerrero, al menos lo parece, de noble y digno continente. Sus armas y su extraño porte revelan que viene de país remoto. Atrae todas las miradas el tigre que corona su casco por cimera, ilustre enseña usada en los combates por Clorinda; por ella reconocen todos a la ilustre guerrera, y no se engañan (26). Desde su tierna edad despreció ella las costum-

curaban, con todo esmero, los guardas y todos los habitantes de la ciudad, que se conservase pura de toda inmundicia. Al día siguiente, los que fueron a aquel templo a rezar sus oraciones, se pusieron furiosos y como locos al encontrar aquel cadáver inhumano y fétido, y empezaron a alborotar la ciudad con sus clamores. Agolpóse el pueblo en el lugar contaminado y pronto circuló de boca en boca la voz de que los cristianos eran los autores del crimen. ¿Qué más podemos decir? Se declaró que tan atroz desecato sólo podía vengarse con la muerte, y se expidió una orden condenando a todos los fieles al último suplicio. Fuertes éstos en su inocencia, estaban dispuestos a perecer por Jesucristo, mas al ir a empezar los soldados tan bárbara carnicería, presentóse un animoso joven dirigiéndose a sus compañeros: «Peligra mucho, hermanos, que muramos todos: vale más que uno solo se sacrifique por el pueblo y que éste sea salvado. Prometedme bendecir todos los años mi memoria y hacer eternamente a mi familia los honores que le serán debidos, y con el auxilio de Dios voy a desviar la muerte de vuestras cabezas».

«Los fieles acogen estas palabras con la mayor gratitud, y le prometen cumplir con lo que les pide; en su consecuencia, resuelven que, a fin de conservar para siempre su memoria, se lleve en adelante en la procesión, solemnemente y en medio de las palmas, el olivo emblema de nuestro Señor Jesucristo. Al momento se presenta él ante los magistrados y, confesándose culpable, sostiene al propio tiempo la inocencia de todos los demás, a cuya declaración mandan los jueces que no se moleste en modo alguno a los cristianos y envían al joven al suplicio. Entregóse éste tranquilo al sueño de la muerte, después de haber dado la vida por la salvación de sus hermanos, pues había escogido la mejor parte en el seno del Señor.» (*Willelm. Tyr., lib. I, apud Bongars, Gesta Dei per Francos, t. II.*)

(26) Hase dicho que el episodio de Clorinda estaba en oposición manifiesta con las costumbres de los musulmanes, y que jamás se había visto en Oriente una mujer armada en los combates: «Esta ficción, escriben, puede tener un gran mérito poético, mas es enteramente contraria a los usos guerreros de los orientales. Si algún día se tradujese la *Jerusalén libertada* en uno de los idiomas asiáticos, lo que más admiraría a sus lectores, lo que creerían menos, sería lo que dice el poeta

bres y ocupaciones femeniles, y jamás se dignó inclinar su soberbia mano a las labores de Aracne y a manejar la aguja o el huso. Huyó los blancos vestidos y los lugares cerrados, pues también en el campo puede guardarse la honestidad. Armó el rostro de orgullo, y se complugo en presentarlo severo; mas severo y todo, agrada.

Joven aún su mano delicada supo embridar y refrenar un fogoso corcel. Manejó la lanza y la espada, y endureció sus miembros en los combates, y acostumbrólos a la carrera. Más adelante siguió las huellas del fiero león o del oso por las montañas o a través de las selvas. Ejercitose, en fin, en los combates, y en ellos y en los bosques pareció a los hombres fiera, y a las fieras, hombre.

Viene ahora de los confines de Persia, para oponerse con toda su fuerza a los cristianos. Muchas veces ha sembrado ya pedazos de ella por el llano y ha teñido los ríos con su sangre. Apenas llegada aquí, ofrécese a sus ojos el aparato del suplicio, y deseosa de ver y averiguar el crimen de los reos, ábrese con el caballo paso entre la turba. Cede ésta, y Clorinda se para a contemplar de cerca a las dos víctimas, y ve que la una calla y gime el otro, y que el sexo menos fuerte se manifiesta más sufrido. Sin embargo, las lágrimas del joven son de hombre a quien aqueja la compasión más que el dolor, y que no llora por sí; mientras que su callada compañera, con los ojos elevados al cielo, parece que aun antes de morir no pertenece ya a la tierra.

Clorinda se siente enternecida; se compadece de entrambos y hasta derrama lágrimas por ellos, pero su dolor es más vivo por aquella que no se muestra afligida. El silencio la conmueve más que los gemidos. «Por favor — dice volviéndose a un anciano que tenía a su lado —, dime por favor, ¿quiénes son y qué muerte o qué delito les ha llevado al suplicio?»

Así le preguntó, y la respuesta del viejo, aunque breve, la dejó satisfecha. Pásmase aquélla al escucharle, y creyen-

italiano de Clorinda.» Esta observación es exactísima; mas debe notarse que Tasso ha estudiado mucho más las crónicas francesas, y sobre todo los libros de caballerías, que las costumbres árabes, y que la mayor parte de sus ideas y episodios están sacados de aquéllos, en los cuales se atribuyen siempre a las nobles damas las más arriesgadas empresas. Antes de Tasso, Ariosto había confiado los principales papeles de su poema a Marfisa y Bradamante.

do en la inocencia de entrambos, se propone arrancarles de la muerte, ora deba rogar, ora valerse de las armas. Acércase a la pira que iba ya a ser presa de las llamas, y habla así a los verdugos:

«Que ninguno de vosotros se atreva a pasar adelante en su atroz ministerio antes de que haya hablado al rey, el cual os prometo que no ha de reprimirnos por la tardanza.» Su noble y regio continente impone a los verdugos, los cuales la obedecen. Dirigióse en seguida hacia Aladino, y hallóle en el camino que venía ya a su encuentro.

«Yo soy Clorinda — le dice —, a quien habrás oído nombrar alguna vez, y que vengo, señor, para defender contigo la fe común y tu reino. Manda: estoy dispuesta para todo, y ni temo a las empresas atrevidas ni desprecio las humildes. Empleame en campo abierto o en el cerrado y almenado muro: nada rehusó.»

Calló, y repuso el rey: «¿A qué tierra, por más apartada que esté del Asia o del camino del sol, no ha llegado tu nombre, joven gloriosa, o no ha volado la fama de tu valor? Ahora que puedo contar con tu espada nada temo y estoy tranquilo; no me infundiera más esperanza todo un ejército que se hubiese reunido en mi defensa. Ya me parece que Godofredo tarda más de lo justo en llegar. Me pides que te emplee; mas como sólo creo dignas de tu valor las grandes y arriesgadas empresas, te concedo el mando de nuestros guerreros. Tus órdenes serán su ley.» Así habló, y Clorinda, ofreciéndole sus elogios con corteses razones, continuó diciendo:

«Sin duda te parecerá extraño y nuevo que haga preceder el galardón al servicio, pero tu bondad me alienta. Quiero que en premio de los servicios venideros me entregues aquellos dos delinquentes; los reclamo como un don; no hay por otra parte razón para condenarlos siendo incierto el delito. Mas no quiero hablar de esto, ni de las grandes y evidentes pruebas de las cuales deduzco su inocencia. Sólo diré que la voz común acusa a los cristianos de haber robado la imagen, y que no estoy conforme con ella, y que fundo mi opinión en altas razones. Fué profanar nuestras leyes hacer lo que aconsejó el mágico, pues no nos es lícito tener en nuestras mezquitas nuestros ídolos y mucho menos los de otros.

»Así que juzgo que debe atribuirse tan sólo a Mahoma este milagro, el cual lo hizo para demostrar que no se debe contaminar sus templos con una religión nueva. Dejemos sus

encantos a Ismeno, ya que son sus únicas armas las artes malignas; nosotros los caballeros manejamos nuestras cimataras. Ésta debe ser nuestra única arte, y en ella sólo debemos cimentar nuestras esperanzas.»

Dice, y si bien el airado pecho de Aladino cede difícilmente a la piedad, quiera complacerla y se deje vencer por la razón y por la autoridad de los ruegos. «Vivan — exclama —, y sean libres; sea esto justicia o perdón, nada debe negarse a tal intercesor. Los absuelvo si son inocentes; si reos, te los entrego.»

Así fueron libertados entrambos jóvenes. Feliz fué, ciertamente, el destino de Olindo, que pudo demostrar con aquella ocasión su amor y despertarlo a la vez en el pecho generoso de Sofronia. Pasa de la hoguera al altar, de mártir a esposo, aunque no de amante a amado. Quiso morir con ella, y ésta no rehusa, ya que con ella no muere, que viva con ella.

Pero el tirano teme, por sus Estados, la unión de tanto valor y tanta virtud, y ambos, por orden suya, salen hacia el destierro lejos de Palestina. Él prosigue, entre tanto, la persecución: destierra a los unos; encierra a los otros; se muestra implacable con todos.

Cruel separación. Destierra tan sólo a los de robusto cuerpo, a los de ánimo audaz, y retiene a su lado, como en rehenes, al débil sexo o a los que los años hacen inaptos para la guerra. Muchos vagaron errantes; pero no pocos en quienes pudo más el enojo que el temor, tomaron las armas, y fueron a reunirse con los francos, a quienes encontraron en el mismo día en su entrada en Emaús (27).

La ciudad de Emaús dista tan poco de la real Jerusalén, que un hombre que parta de ella por la mañana, puede, sin ir aprisa, llegar allí por la tarde. ¡Oh Emaús! ¡cuánto se alegraron los francos al verte! Tu vista redobló su ardor (28);

(27) Emaús, ciudad considerable en tiempo de los macabeos, no era a la sazón más que una aldea llamada Nicópolis.

(28) Todos los cronistas refieren la llegada al campo de los cruzados de los fieles arrojados de Jerusalén, los cuales vinieron a pedir socorros y un asilo a sus hermanos de Occidente. «Los infelices cristianos, dice Alberto de Aix, habían sido amenazados y acusados de traición con motivo de la llegada de los peregrinos a ese país, y suplicaban al ejército que prosiguiese su marcha sin demora para socorrerles. Los musulmanes habían puesto en cadenas al jefe del principal hospicio de los peregrinos; las mujeres, los niños y los viejos eran retenidos en rehenes, y en fin, se abrumaba todos los días a los cristianos con nuevos ultrajes, habiéndose visto amenazados no pocas veces con ser entregados todos a las llamas y de que tendrían que mirar arrasados el

mas como el sol había llegado ya a la mitad de su carrera, Godofredo mandó plantar allí sus tiendas.

Estaban ya puestas; brillaba el sol no lejos de su ocaso, cuando se vieron venir dos varones de extraño porte y en traje desconocido. Su actitud pacífica revela que vienen a Godofredo como amigos; son mensajeros del sultán de Egipto, y llevan un lucido acompañamiento de escuderos y de pajes.

Uno de ellos es Aleto, y aunque nacido en humilde cuna, de la hez del pueblo, su brillante y fecunda elocuencia, sus maneras fáciles y su talento, le elevaron a las primeras dignidades del Imperio. Pronto en fingir, hábil en engañar, es gran urdidor de calumnias y las adorna de tal suerte que son acusaciones y parecen alabanzas. El otro es Argante el Circasiano. Llegó como aventurero desconocido a la Corte de Egipto y en ella se vió elevado al rango de Sátrapa del Imperio y obtuvo los más altos grados en la milicia (29). Impaciente, inexorable, feroz, incansable e invencible en las armas; despreciador de todas las creencias, lleva escrita su ley y su razón en la hoja de su espada.

Pidieron audiencia; fueron admitidos y llevados en seguida ante Godofredo. Estaba el caudillo sencillamente vestido y sentado en humilde silla entre sus capitanes; mas el verdadero valor resplandece tanto por sí mismo que no necesita de ornamentos. Argante le saluda con una leve inclinación, con la altivez del grande a quien nada impone. Aleto, por el contrario, pone la diestra sobre el pecho, inclina la cabeza y clava los ojos en el cielo, honrándole como es cos-

Santo Sepulcro y la iglesia de la Resurrección. El duque Godofredo acogió sus súplicas, e informado por los proscriptos del peligro que corrían sus hermanos, escogió de entre sus tropas unos cien jinetes bien armados, y envióles delante de sí para que fuesen a los desgraciados discípulos de Cristo, los cuales les salieron al encuentro cantando himnos de alabanza y haciendo aspersiones con agua bendita, y los recibieron con grandes demostraciones de júbilo, besándoles los ojos y las manos, y diciéndoles: «Demos gracias a Dios por haber venido en nuestros días lo que por tanto tiempo habíamos deseado; a saber, que hayáis venido vosotros, hermanos en Jesucristo, para librarnos del yugo de la servidumbre; para restaurar los santos lugares y para hacer desaparecer de la sagrada Sión los ritos y ceremonias impuras de los Gentiles.» (*Chronicon Hierosolymitanum*, lib. VI.)

(29) Tasso alude aquí sin duda a los mamelucos, hijos todos de esclavos, los cuales, educados en tres campamentos, se encumbraban a las primeras dignidades militares. Más adelante, en tiempo de las cruzadas de San Luis, gobernaban Egipto sultanes mamelucos, tales como Bibars, Kelaun, etc.

tumbre hacerlo entre los suyos. Empieza en seguida su razonamiento, y manan de su boca raudales de elocuencia más dulce que la miel. Los francos sabían ya la lengua de Siria, y entendieron lo que les dijo:

«¡Oh tú, único digno de regir esta cohorte de héroes famosos, a quien y a cuyos consejos deben el haber alcanzado tantos triunfos y visitado tantos reinos! Tu nombre ha traspasado ya las columnas de Hércules y llegado hasta nosotros, y la fama ha derramado por todo el Egipto las brillantes nuevas de tu valor. No hay quien no las escuche sin pasmarse y como maravillosos portentos. Pero mi rey no sólo las ha sabido con admiración, sí que también con gusto, y se complace en repetir las muchas veces, amando en ti lo que temen y envidian los otros; estima tu valor y anhela vivamente que, ya que no la fe, le una contigo el aprecio. Con tan propicia ocasión solicita tu alianza y la paz, siendo la virtud el lazo de esta unión ya que la fe no puede serlo. Mas habiendo sabido que te disponías a arrojar de su trono a su amigo y compañero de religión, quiso que antes que el mal se agravara te reveláramos sus intentos.

»Y éstos son, que si te contentas con las tierras que hasta ahora conquistaste, y dejas en paz a la Judea y a todos los pueblos que protege su cetro, promete asegurarte tu reino vacilante. Y ¿cuándo podrán los turcos y los persas esperar reparar sus desastres, si os aliáis entrambos?

»En poco tiempo, señor, llevaste a cabo cosas que no podrán los siglos sepultar en el olvido. Tú vencistes y ganaste ejércitos y ciudades; allanaste los mayores obstáculos; recorriste sendas nunca trilladas, y a la fama de tu nombre tiemblan de miedo y admiración las provincias cercanas, y hasta las más remotas; puedes conquistar aún nuevos Imperios, pero esperarías en vano añadir nueva fama a la que tienes. Sí; tu gloria tocó ya a su apogeo y no debes exponerte en una guerra de éxito dudoso, donde si vences no haces más que aumentar tus Estados sin acrecentar tu nombre, y en la que, si eres vencido, perderás el honor y el Imperio conquistado. Ya ves, pues, que es un juego de azar aventurado y, me atrevo a decirlo, necio arriesgar lo mucho y cierto por lo poco y dudoso.

»Sé que el consejo de muchos, a quienes pesa tal vez que otro conserve por mucho tiempo lo conquistado; el haberle seguido la fortuna en cuanto has emprendido, y este deseo innato de avasallar y hacer esclavos a los pueblos que

fermenta y crece en los pechos animosos, harán tal vez que huyas la paz, cual otros la guerra.

»Sé que te excitarán a seguir la senda que te ha abierto de par en par el hado, y a no deponer esta famosa espada a cuyo esfuerzo no hay victoria dudosa, hasta que sucumba la ley de Mahoma y hasta haber convertido el Asia en un desierto; razones halagüeñas y dulces consejos de los cuales nacerán tal vez terribles daños. Mas si el odio no venda tus ojos; si no se ha extinguido en ti la luz de la razón, conocerás que al emprender la guerra tienes mucho que temer y poco que esperar, que la fortuna aquí abajo es asaz inconstante, que tan pronto nos dispensa bienes como llueve males, y que el suceso que nos eleva más altos es el que más cerca nos pone del precipicio.

»Dime: si Egipto, poderoso en armas, en riquezas y en experiencia, se mueve contra ti; si el Persa, el Turco y el hijo de Casán (30) renuevan la guerra, ¿qué fuerzas opondrás a tanta furia?, ¿adónde acudirás para ponerte a cubierto de tan gran peligro? ¿Cuentas tal vez con el malvado y falso rey de los griegos y con los vínculos sagrados que os unen?

»Mas ¿quién no conoce la fe griega? Traicionado ya una vez, o más bien mil veces por esta nación pérfida y avara, aprende a no fiarte de ella. ¿Crees que el que poco antes te negó el paso por sus tierras querrá ahora exponer su vida por vosotros? ¿Os dará su propia sangre el que os rehusó un camino abierto a todo el mundo?

»Tal vez tienes puesta tu confianza en las huestes que te rodean, y crees vencer a tus contrarios reunidos con la misma facilidad con que los vencistes separados, por más que hayan disminuído tu ejército las guerras y el cansancio, y por más que crezca el número de tus enemigos si el Egipto se alía con el Persa y el Turco.

»Mas aun cuando estuvieses cierto de que no puedes ser vencido por el hierro, y que los decretos del Cielo te sean tan propicios como presumes, ¿cómo podrás vencer el hambre? ¿Qué refugio, qué asilo encontrarás contra esa plaga?

(30) Hay aquí una repetición viciosa. El hijo de Casán es lo mismo que habitante de la Persia. Causa admiración encontrar este nombre en un discurso pronunciado el siglo XI, siendo así que Ilzum Cassán no se apoderó del imperio de Persia hasta mediados el siglo XV, en cuya época fundó la dinastía de los turcomanos Ah-Roionlu (del cordero blanco).

En vano blandirás la lanza y moverás la espada contra ella; no por eso huirá menos de ti la victoria.

»La próspera mano de los habitantes ha destruído y quemado los campos en torno tuyo, y ha encerrado sus cosechas en las ciudades y en las altas torres muchos días antes de tu llegada. Ahora bien, ¿con qué esperas alimentar tus gentes de a caballo y tus infantes, a quienes tu audacia ha traído hasta aquí? Dirás que la armada cuida de eso; ¿luego tu existencia depende de los elementos? ¿Manda, quizá, tu fortuna a los vientos y los suelta y encadena a su placer? ¿Se dobla y sujeta por ventura a tu voz ese mar siempre sordo a los ruegos y a los lamentos? ¿Y no podrán nuestras gentes aliadas con los persas y los turcos juntar una armada tan poderosa que baste a oponerse a la tuya?

»Necesitarás, señor, una doble victoria para salir de esta empresa con honor; una sola derrota te envuelve en una grande afrenta y en daños mucho mayores. Si nuestra flota destruye la tuya es fuerza que tu ejército perezca de hambre; si, por el contrario, eres vencido, ¿de qué aprovechará a tus naves la victoria?

»Y si aun en tal estado rehusas la paz y las treguas que te ofrece el gran rey de Egipto, permite que te diga, pues es la verdad, que esta determinación no está en armonía con tus virtudes. ¡Quiera, pues, el Cielo cambiar tus intentos, si estás decidido a la guerra, y los incline a la paz; que descanse por fin el Asia de tantos desastres y que saborees los frutos de tus victorias!

»Y vosotros, sus compañeros en los peligros y fatigas y en la gloria, no os dejéis seducir tanto por el favor de la fortuna que os mueve a provocar nuevas guerras, sino que así como el cauto piloto encamina de nuevo al puerto deseado las naves que libró de los escollos, debéis plegar las anchas velas y no confiaros otra vez a las inconstantes y crueles olas.»

Calló Aleto, y aquellos fuertes héroes acogieron su discurso con sordos murmullos; en sus gestos de desprecio revelan la irritación que les produce la propuesta. Godofredo paseó tres o cuatro veces sus miradas en torno suyo y procuró leer en el semblante de cada uno, y fijando en seguida sus ojos en Aleto que aguardaba la respuesta, le habló en estos términos:

«Mensajero: tú acabas de incitarnos a la paz con palabras ora blandas, ora amenazadoras. Si tu rey me ama y alaba

nuestros hechos de armas, respondo a su merced agradecido, al paso que contestaré, como acostumbro, con libertad y en breves palabras, a las amenazas que me hiciste de hacerme la guerra en unión con los paganos.

»Sabe que cuanto hemos sufrido hasta ahora por mar y tierra, de día y de noche, ha sido para abrirnos camino hasta los sagrados y venerables muros; para contraer un mérito ante Dios y ganar su gracia arrancándoles de la dura servidumbre que pesa sobre ellos; y que para nosotros significa muy poco exponer los honores de este mundo, el cetro y la vida para alcanzar tan digno objeto.

»Ni nos excitaron, ni nos guían en esta empresa mezquinas ambiciones. Desvíe el Padre del Cielo sentimientos tan bajos de nuestros pechos, si en algunos anidan, y no permita que los esparzan ni infesten a los demás con ese veneno dulce, que agradando mata; y que su mano, que ablanda los corazones más duros, los suavice y enardezca.

»Esta mano es la que nos ha conducido y guiado, sacándonos con bien de todos los peligros y obstáculos. Ella es la que allana los montes y seca los ríos; la que despoja de sus ardores al estío y al invierno de sus hielos; la que aplaca las tempestuosas olas, y comprime o suelta los vientos; por ella se derrumban y abrasan los altos muros; por ella, en fin, son destruídos o dispersados los ejércitos. Ella es la que inspiró nuestro ardor y sostuvo nuestra esperanza: no nuestras frágiles y cansadas fuerzas, no la armada, ni las huestes de los francos, ni los soldados que sustenta Grecia. Mientras que esa mano no nos abandone, nada nos importa que todo lo demás nos falte. El que sabe cómo ella protege y cómo hiere ya no busca otro apoyo en los peligros.

»Mas aun cuando nos retirase su auxilio, o por nuestros pecados o por sus ocultos juicios; ¿quién de nosotros temerá hallar sepultura donde la tuvo el santo cuerpo de nuestro Dios?

»Moriremos aquí sin envidiar a los que nos sobrevivan; moriremos, mas no sin quedar vengados; y ni el Asia podrá reírse de nuestro destino, ni se nos verá llorar por nuestra suerte.

»No creáis, sin embargo, que rehusamos la paz, como se rehusa o teme una guerra cruel, no: la amistad de tu rey nos es grata, y no rechazamos su alianza. Mas si, como sabes, no forma parte la Judea de sus dominios, ¿por qué se interesa

tanto por ella? No nos estorbe conquistar ajenos reinos, y rija los suyos en paz y contento» (31).

Así dijo, y sus razones llenaron el corazón de Argante de ponzoñosa ira. No la ocultó ya, antes se puso delante del capitán, y despegando sus labios hinchados de orgullo: «Quien rehusa la paz — exclamó —, tendrá la guerra, pues jamás faltan motivos de querellas; y tú muestras a las claras que no la quieres, puesto que desoyes nuestras primeras ofertas.»

Cogió al punto su manto por un borde, lo dobló en un pliegue presentándolo a Godofredo, y prosiguió diciendo: «¡Oh, tú, que desafías los peligros más inciertos! Aquí te ofrezco la paz y la guerra; a ti toca elegir: resuelve sin tardanza y escoge lo que quieras.»

Su fiero ademán, sus razones, llenan de indignación a los presentes; se levantan y aclaman a una voz la guerra, sin aguardar la respuesta del magnánimo Godofredo su caudillo. «Pues yo os desafío a guerra mortal» — dijo el cruel Argante, desdoblando y sacudiendo su manto; y lo dijo con ademán tan fiero, con tan aterrador aspecto que se hubiese dicho un romano abriendo el templo de Jano.

Cualquiera hubiera dicho que al desdoblarse su manto daba salida al furor insensato y a la feroz discordia, y hubiera creído ver en sus ojos la horrible tea de Alecto y de Megeira (32). Tal debió de ser el orgulloso que erigió contra el Cielo la alta torre de confusión, y en tal actitud le debió de contemplar Babel alzando la soberbia frente y amenazando las estrellas.

Entonces añadió Godofredo: «Id y decid a vuestro rey que venga, y que venga sin tardanza; que aceptamos la guerra con que nos amenaza, y que, si no viene, que nos aguarde en las riberas del Nilo.» Despidióles en seguida con afabilidad y dulzura; les colmó de exquisitos regalos; dió a Alecto un riquísimo yelmo ganado en Nicea entre otros varios despojos. Argante recibió una espada, cuyo artífice adornó con labores de oro y salpicó de perlas la guarnición y el pomo con tanta maestría, que el precio del trabajo excedió al de la materia. Después de haber examinado detenidamente el temple, la riqueza y los adornos, dijo Argante a Bullón:

(31) Los embajadores del califa llegaron al campo de los cristianos a fines del año 1097, esto es, durante el sitio de Antioquía y seis meses antes de la toma de esta ciudad.

(32) Dos de las Furias, la tercera llamábase Tisifone; eran hijas de Aqueronte y la Noche.

«No tardarás en ver el uso que hago de tu presente» (33).

Despidense en seguida, y Argante dice a su compañero: «Partamos ya, yo hacia Jerusalén esta noche, tú hacia el Egipto con el sol de la mañana. Inútiles serían donde tú vas mi presencia y mis discursos. Lleva tú la respuesta de Godofredo, pues no quiero apartarme del que debe ser teatro de la guerra.»

Así pasa de embajador a enemigo; y, ya sea su precipitado furor intempestivo o deliberado, ni piensa ni se cuida de que falta con eso al derecho de gentes y a los antiguos usos. Parte sin aguardar respuesta en el silencio de la noche y a la luz de las estrellas hacia los muros de la ciudad santa, mientras los francos quedan no menos impacientes por la tardanza en marchar sobre la misma.

Era la noche. Las olas y los vientos reposan sosegados y la tierra parece muda. Duermen los cansados animales unos en el undoso mar, otros en el fondo de los cristalinos lagos; en sus cavernas unos, y los demás allí en sus rediles; y las pintadas aves dan tregua a sus penas o las olvidan en las dulzuras del sueño en oculto sitio y en medio del misterioso silencio de los bosques.

Mas bajo las tiendas de los fieles, ni los francos ni su caudillo se entregan a las delicias del sueño, ni hallan reposo en ellas, tanto les aguija el deseo de que brille pronto en el cielo la tan esperada como risueña aurora que debe mostrarles el camino y conducirles a la ciudad, término y objeto de la grande empresa; y miran a cada instante si despunta algún rayo de luz que disipe la obscuridad de la noche.

(33) Al hablar de las riquezas de las armas de los cruzados y de la impresión que produjeron en los infieles, la narración de Tasso está muy distante de conformarse con las crónicas. He aquí lo que se lee en Roberto el Monje: «Estando sentado en el suelo Kerboga, jefe del ejército sarraceno, le trajeron una espada y una lanza de los francos, a cuya vista exclamó: «¿Dónde se han encontrado estas armas, y por qué las han traído a nuestra presencia? —Glorioso príncipe, honor del reino persa, le contestaron los que las trajeron, las hemos quitado a los francos y te las traemos a fin de que veas y conozcas con qué armas pretenden esos arambelosos despojarnos a nosotros y a nuestro país y hasta devastar el Asia. Entonces Kerboga dijo sonriéndose: «No cabe duda que esas gentes son locas o no piensan, pues que se imaginan subyugar con tales instrumentos el reino de los persas.» (*Rob. Monach.*, lib. V.)



CANTO TERCERO

Los cristianos llegan a la vista de Jerusalén. — Escaramuza con Clorinda. — Renace el amor de Herminia hacia Tancredo y el de éste se inflama a la vista del rostro de Clorinda. — Muerte y funerales del jefe de los aventureros. — Con el fin de obtener madera para sus ingenios guerreros, manda Godofredo que se destruya una selva antigua.

LA brisa mensajera anunciaba ya la llegada de la aurora, la cual engalana la dorada frente con las flores del cielo, cuando el campamento, disponiéndose para los combates, murmuraba en alta y sonora voz; y llama a las trompetas, y muy pronto sus alegres y vibrantes sonos resonaban por todo el campo.

El prudente capitán secunda y refrena a la vez su ardor guerrero, si bien más fácil fuera hacer retroceder las hirvientes olas que corren hacia el Caribdis, o parar en su curso al fuerte bóreas cuando azota los costados de los Apeninos o sumerge las naves bajo los mares. Godofredo los ordena y los guía en la marcha; la marcha es rápida, pero prudente a la vez y ordenada.

Diríase que el ardor que les impulsa ha puesto alas a sus pies y a su corazón, pues no sienten ni por un momento la fatiga.

De repente, cuando el sol brillaba ya en lo alto abrasando con sus ardientes rayos las áridas campiñas, se presentó a su vista Jerusalén. ¡Jerusalén!, señalan todos con el dedo, y mil voces unidas saludan a Jerusalén a un tiempo mismo.

Así una turba de osados marineros que va buscando desconocidas playas y recorre el inconsistente mar en ignorado polo, siendo juguete del viento infiel y de las falaces olas,

si al fin descubre la deseada tierra, la saluda de lejos con gritos de alegría; la muestra el uno al otro alborozado, olvidando molestias y peligros pasados.

Al gran placer, al dulce entusiasmo que inspira en los cruzados esa primera vista, sucedió un sentimiento de suma contrición, mezclado de un tímido y reverente afecto, y apenas se atreven a levantar los ojos hacia la ciudad elegida por Cristo para su morada, donde murió y fué sepultado, y en la que volvió a tomar su forma humana.

Los sofocados acentos, las sordas palabras, los sollozos interrumpidos y los suspiros del ejército, que se entrega a la vez al dolor y a la alegría, llenan el aire de un confuso murmullo, semejante al que se exhala de la espesa selva cuando el viento suspira entre sus ramas, o al que se levanta cerca de los escollos o de la playa cuando se estrella el mar rugiendo entre sus rocas.

Caminan todos con los pies desnudos, movidos por el ejemplo de los jefes, y despojan de adornos de seda y oro sus trajes, y de sus plumas y cimbras los soberbios cascos. Arroja cada cual de su pecho la altivez y vierte ardientes lágrimas; y en seguida, cerrando el camino al llanto, se acusa a sí mismo rompiendo en estas o semejantes razones:

«¿Cómo, Señor, no riego el suelo que dejaste bañado con raudales de sangre, con dos fuentes de acerbo llanto al traer a la memoria tan amargos recuerdos? ¿Es de hielo mi corazón, puesto que no sale por mis ojos deshecho en lágrimas? Corazón insensible, ¿cómo no te ablandas o no te rompes? ¡Bien mereces llorar eternamente si hoy no lloras!»

En esto, uno de los guardas de la ciudad, que desde una de las altas torres vigilaba los montes y los campos, ve alzarse allí cerca y extenderse por el aire un torbellino de polvo; muy pronto es una nube centelleante, inflamada, que parece llevarse en su seno el trueno y el rayo; y ve en seguida el resplandor de los metales y distingue claramente los hombres y los caballos.

«¡Ah! — grita el infiel —; ¡veo una nube de polvo que se extiende por la atmósfera y que resplandece! Pronto, ciudadanos, armaos todos y subid a defender el muro: el enemigo está aquí.» Y luego, redoblando sus gritos: «Aquí está el enemigo; ved el polvo que, cual hórrida nube, oscurece el cielo.»

Los inocentes niños, los débiles viejos, las mujeres amedrentadas, que no saben ni herir ni manejar las armas, corren

suplicantes y tristes a las mezquitas, mientras que los de robusto cuerpo y animoso espíritu se arman precipitadamente. Unos vuelan a las puertas, otros a las murallas, y Aladino recorre todos los puntos y lo examina y vigila todo.

Dadas sus órdenes se retira a una torre que se alza entre dos puertas, desde la cual puede acudir a donde sea más necesaria su presencia. Quiso que Herminia fuese allí con él; Herminia, la bella a quien recogió en su corte después que los cristianos se hubieron hecho dueños de Antioquía y dieron muerte a su padre.

En tanto Clorinda, al frente de los suyos, sale al encuentro de los francos, mientras que por otra parte, Argante, oculto en una puerta secreta, se prepara a caer sobre el enemigo. La amazona, con sus razones y su intrépido continente, infunde ánimo a los que la acompañan. «Hoy conviene — les dice — cimentar la esperanza del Asia con un principio glorioso.» Entre tanto que así habla a los suyos ve no lejos de sí un escuadrón de francos que, según el uso de la guerra, iba saqueando la campiña, y cargado de botín, conduciendo ganado y rebaños, volvía a unirse con el ejército. Clorinda se lanza contra él, al tiempo que el jefe de la tropa, que la ve venir, corre hacia ella. Llámase éste Gardo, hombre de bríos, mas no tal que pueda resistirla. Al primer encuentro cae Gardo sin vida a la vista de los francos y de los paganos, los cuales saludan la victoria con grandes gritos, creyendo ver en aquel hecho un feliz augurio; mas el resultado hizo ver si fué o no vana su alegría. Incitando en seguida a los demás, cierra con los otros, y hace ver que su diestra vale por cien manos: sus guerreros la siguen por la senda abierta por ella con su espada y allanada con sus esfuerzos.

Un momento después ha quitado ya al robador su presa. El escuadrón franco cede poco a poco y se refugia por fin en un collado, en que el terreno sirve de ayuda a las armas. Entonces, bien así como se desprende un rayo de la tempestuosa nube, a una seña de Godofredo, mueve el bravo Tancredo su escuadrón y enristra su lanza.

De tal guisa maneja la ferrada asta, tan veloz avanza, que viéndole el rey desde su torre, juzga que es de los más ilustres entre los héroes cristianos, y dirigiéndose a Herminia, que junto a él siente ya palpar su corazón, le dice: «Sin duda, después de haberlos tratado tanto tiempo, debes de conocer a todos los cristianos, a pesar de sus armaduras. ¿Quién es, pues, éste, que tan gallardo y de tan fiero continente se

ostenta en el combate?» Quiere contestar, pero los suspiros acuden a sus labios y las lágrimas inundan sus párpados; domina, sin embargo, su llanto y sus suspiros, mas sus pupilas húmedas y brillantes, sus labios temblorosos, delatan el esfuerzo y la traicionan. Y en seguida, ocultando bajo el velo del odio otro más tierno sentimiento, exclama:

«¡Ay de mí! sobrado le conozco y hartos motivos tengo para distinguirlo entre ciento, pues le vi no pocas veces anegando los campos y los profundos fosos con la sangre de mi pueblo. ¡Ah! sus golpes son crueles, y ni la medicina ni la magia alcanzan a cerrar las heridas abiertas por él. Es el príncipe Tancredo. Ojalá la viese un día mi prisionero; y no, no lo querría muerto, sino vivo, para hallar en el placer de la venganza un consuelo a mis fieros deseos.» Así dijo, mezclando en sus últimos acentos un suspiro que no pudo reprimir; mas el rey, que la escuchaba, no comprendió el verdadero sentido de sus palabras.

Clorinda en tanto se precipitaba lanza en ristre contra Tancredo. Hiriéronse los dos en las viseras y volaron las robustas astas hechas astillas. Ella quedó con la cabeza descubierta, pues rotos los lazos del yelmo, Tancredo se lo quitó de un solo golpe, y dando al viento la dorada cabellera, apareció joven y hermosa en medio del combate.

Si tan dulces son sus ojos lanzando rayos y chispeando de ira, ¿cuánto más lo serán cuando sonría? ¿En qué piensas, Tancredo? ¿Qué es lo que miras? ¿No reconoces el hermoso semblante por el que te abrasa? Dígalo tu corazón donde está grabada su imagen: ésta es la misma que viste un día refrescando su frente en la fuente solitaria.

Tancredo, que no había reparado primero en su cimera, ni en su pintado escudo, queda pasmado al ver su hermoso rostro, mientras que ella cubre como mejor puede la indefensa cabeza y le ataca. Huye aquél blandiendo contra los demás su temible acero, mas no consigue que ella lo deje; pues le persigue y le grita que se vuelva, amenazándole a la vez con dos muertes.

Herido el caballero no se venga; no se para tanto en resguardarse de su acero como en mirar sus mejillas y hermosos ojos desde donde el amor lanza sus flechas. «Caen en vano —decía para sí— los golpes de tu brazo armado; mas los que lanza tu desnudo rostro van siempre derechos al corazón.»

En fin resuelve, si bien no espera hallar compasión, no perecer callando su oculto amor. Quiere que ella sepa que

hiere a un prisionero inerme, suplicante y lleno de temor, y le dice así: «Oh tú, que al parecer no ves entre tantos guerreros más enemigo que a mí! Salgamos de esa confusión y vamos donde podamos probarnos mutuamente. Así se verá, añade, si tu valor es igual al mío.»

Clorinda acepta el desafío, y cual si no le importase haber perdido el yelmo, se adelanta ufana, al paso que el otro le sigue abatido.

Ya la guerrera se había lanzado al ataque, ya le había herido, cuando: «Cesa — le dijo el caballero —; dispongamos antes las condiciones del combate.» Paróse ella, y el amor, en su despecho, vuelve en aquel instante de cobarde en animoso a Tancredo. «Sean los pactos — dice —, supuesto que no quieres paz conmigo, que me arranques el corazón; ese corazón que ya no es mío y que morirá contento si te desagrada que viva. Tiempo es ya que me lo quites, pues no he de impedirte. Heme aquí con los brazos caídos y con el pecho sin defensa: ¿por qué no lo traspasas? ¿Pretendes que ayude a tu mano? Yo me despojaré contento de mi coraza si lo quieres desnudo.» Tal vez iba a explicar el infeliz Tancredo sus dolores con nuevos lamentos, mas se lo impidió una turba de paganos y de francos que sobrevino en aquel instante.

Sea miedo o astucia, huyen los sarracenos perseguidos por el escuadrón cristiano. Uno de éste, hombre inhumano, viendo flotar la cabellera de Clorinda, alzó la mano al pasar por detrás de ella para hierla en la parte indefensa, mas Tancredo que lo ve lanza un grito y para el terrible golpe con su acero.

El golpe no se dió con todo enteramente en vano; hirióla entre la cabeza y el cuello; la herida fué levísima, mas no tanto que no enrojeciesen sus rubios cabellos algunas gotas purpurinas, bien así como bajo la mano del hábil artífice brilla el oro entre los fuegos de los rubies. Furioso el príncipe se lanza tras el soldado con la espada en alto. Huye aquél, y Tancredo lo sigue ardiendo en ira, y vuelan entrambos cual dos flechas por el aire. Ella queda suspensa, mirándoles cómo se alejan, sin pensar en seguirles; mas, retirándose con los suyos, ora muestra la frente y cierra contra los francos, ora se vuelve y se revuelve; tan pronto embiste como retrocede, sin que pueda decirse si va en derrota o vuelve vencedora.

Así en la espaciosa arena el fiero toro si torna el asta contra los perros que le siguen los tiene a raya, y hace que

le persigan atrevidos si huye de ellos. Clorinda se defiende retirándose y cubre la cabeza con su escudo; así se ve a los moros en sus juegos defenderse, huyendo de la pelota que les lanzan.

Los unos huyendo y los otros dándoles alcance, se habían aproximado a los elevados muros de Jerusalén; de pronto, los infieles, lanzando grandes gritos, vuelven el rostro y se lanzan en semicírculo contra sus enemigos, atacándoles por detrás. En tanto, Argante allá en el monte desplegaba sus tropas para atacarlos de frente. El feroz circasiano se adelanta a sus filas deseoso de entrar el primero en combate. Preséntasele un guerrero y lo derriba juntamente con su caballo; muchos otros le hacen compañía, antes de que su lanza vuele hecha astillas; el héroe blande luego el acero, y cuantos se oponen a su paso caen muertos o heridos.

Clorinda, su émula en la guerra, dejó sin vida al intrépido Ardelio, varón de edad madura, sin que le valiesen su indómita ancianidad ni sus dos hijos que por él combatían; Alcandro, que era el mayor, recibió una herida mortal, que le impidió defender a su padre, y Poliferno, que peleaba a su lado, pudo salvarse no sin esfuerzo.

Entre tanto, Tancredo, que no pudo alcanzar al bárbaro montado en caballo más ligero, vuelve los ojos y ve que los suyos se han dejado llevar demasiado de su audacia y que se hallan cercados de enemigos. Vuelve las riendas, y espoleando el caballo, se dirige hacia allí; una muchedumbre de guerreros, tropa que vuela hacia donde la llama el peligro, se precipita en pos de él.

Es éste el escuadrón de aventureros que acaudilla Dudón, flor de los héroes y sostén y honor del ejército. Reinaldo, el más bello y magnánimo, se adelanta a todos más veloz que el rayo. Herminia reconoce al momento su ademán guerrero y el ave que lleva en campo azul, y dice al rey, que fija en él su mirada: «He aquí al vencedor de los más bravos. A pocos, acaso a ninguno, reconoce como rivales en manejar la espada, a pesar de ser casi un niño aún; si tuviesen seis como él nuestros contrarios, la Siria toda gemiría ya vencida y esclava; no se librarían de su yugo en los reinos más australes ni los que primero ven salir la aurora, y hasta el Nilo tal vez ocultaría en vano a su dominio su origen remoto e incógnito. Llámase Reinaldo, y su brazo armado es más temible para las murallas que todas las máquinas de guerra. Mas vuelve los ojos al que lleva la armadura verde con adornos

de oro: éste es Dudón, capitán del escuadrón de los aventureros, guerrero de alto linaje y de gran experiencia, que vence a todos en edad y a quien nadie vence en mérito.

»Aquel alto, que viste una armadura de color obscuro, es Fernando, hijo del rey de Noruega. No hay en la tierra hombre de más orgullo, con lo que deslustra el brillo de sus hechos. Los dos que le siguen vestidos de blanco y con adornos del mismo color, y que siempre van juntos, son Odoardo y Gildipe amantes y esposos a la vez, famosos por su lealtad y por su valor en los combates.»

Hablando así vieron aumentarse más y más el estrago; Tancredo y Reinaldo habían roto el denso círculo de hombres y de aceros que les rodeaban, y Dudón con los suyos habían caído sobre él y lo arrollaban. Argante, el mismo Argante, derribado en un rudo encuentro con Reinaldo puede levantarse apenas. Y hubiera sin duda perecido a no caérsele en aquel instante el caballo al hijo de Bertoldo. El pie derecho del guerrero queda prendido en el estribo, y mientras le ayudan sus soldados, la turba infiel derrotada, se acoge huyendo a la ciudad, y sólo Argante y Clorinda les sirven de muro y detienen el furor de los vencedores que les persiguen. Marchan ambos detrás, reprimiendo el ímpetu de los cristianos, para que puedan librarse más fácilmente del peligro los que huyen delante.

Dudón, enardecido con la victoria, da rebato a los fugitivos, empuja con su bridón al fiero Tigrante y hace rodar de una cuchillada su cabeza por el suelo. No le vale a Alazar su bien templada coraza, ni el fuerte yelmo al robusto Corcán; hirióles, en efecto, con tanto brío en el cuello al uno, y al otro en la espalda, que les salió el acero por el rostro y por el pecho. Por su mano arrancó de su dulce albergue el alma de Amurates, de Mehemet y del cruel Almanzor, y ni el intrépido circasiano puede mover el paso seguro de su acero.

Tiembla Argante de cólera; párase de vez en cuando y cierra con él, pero pronto cede. Mas, de repente, revuelve contra Dudón y le alcanza el costado de un revés, con tanta fuerza, que le entra el acero hasta el corazón y deja sin vida al caudillo de los francos. Cayó, y esparcióse en sus ojos medio apagados la inmovilidad y el sueño de la muerte. Tres veces los entreabrió, como queriendo gozar de los rayos del sol; tres veces probó a sostenerse sobre un brazo y tres veces también volvió a caer. Obscureció sus ojos un denso velo, y

cerráronse por fin para siempre. El feroz circasiano pasa delante sin fijar siquiera la mirada en él.

Se vuelve, de pronto, a los francos: «Caballeros — dice —, esta espada sangrienta es la que me dió ayer vuestro caudillo; decidle el uso que he hecho de ella, pues no dudo que le será tal nueva lisonjera; y con gusto habrá de saber que la eficacia de su presente iguala al menos a su riqueza. Decidle también que se prepare, pues quiero probarlo en él, y que si no se apresura a atacarme iré a buscarle donde y cuando menos me espere.» Irritados los cristianos por tan soberbias razones, se precipitan sobre él a porfía, más en vano, pues estaba ya a salvo con los demás bajo el abrigo de las murallas amigas.

Los sitiados empezaron entonces a arrojar piedras desde los muros, y a disparar contra el escuadrón franco tal nube de saetas, que le obligaron a detenerse, mientras los sarracenos se refugiaban en la ciudad. Entre tanto, Reinaldo, que ha logrado desembarazarse del caballo, llega hasta allí.

Venía a castigar al bárbaro homicida de Dudón, y puesto entre los suyos les dice con temible acento: «¿A qué viene tal tardanza? ¿Qué esperamos? ¿Acaba de perecer el que fué nuestro caudillo, y no corremos a vengarle? ¿Se desvanecerá nuestro justo furor a la sola vista de tan frágiles muros? No, ciertamente; y aunque fuesen de hierro o de diamante y mucho más espesos e impenetrables, no estuviera dentro de ellos el feroz Argante a cubierto de nuestra ira y de nuestro poder. ¡Al asalto!» — gritó, y lanzóse el primero delante de todos, sin temor a la tempestad de piedras y de dardos que estalla sobre su cabeza sólidamente defendida.

Sacude la espaciosa frente, y levanta la faz llena de audacia con tan terrible aspecto, que siembra el espanto hasta entre los que se guarecen tras las murallas... Mientras que da aliento a los unos y amenaza a los otros, llega quien viene a reprimir sus ímpetus. Godofredo le envía al buen Sijero, severo nuncio de sus resoluciones más importantes. Sijero en nombre del caudillo le reprende su arrojo temerario y le ordena que se retire. «Volveos — dice —; lo manda Godofredo; ni el lugar ni el momento son los más oportunos para dar suelta a vuestro enojo.» A estas palabras, Reinaldo, que había excitado a los demás, se para, bien que en su interior tiembla de coraje, y demuestra con más de un signo exterior su mal oculto despecho.

Vuélvense los cristianos sin que los enemigos les molesten en su retirada. El cuerpo de Dudón no quedó privado de

los últimos honores. Sus fieles amigos llevaron en sus piadosos brazos su cadáver, peso querido y venerado. En tanto, examina Bullón desde un sitio elevado la posición y los medios de defensa de la fuerte ciudad.

Jerusalén está sentada sobre dos colinas de desigual elevación, colocadas una enfrente de la otra y separadas por un valle que divide la ciudad. Es de difícil acceso por tres de los lados, mas tiene por el otro un declive suavísimo que se extiende por la parte del Norte, protegido por altísimos muros. Tiene la ciudad en el interior cisternas donde guarda las aguas pluviales, lagos y fuentes; mas sus cercanías son áridas y desnudas, sin arroyos ni riachuelos. No se ven crecer en ella árboles frondosos y altaneros, de aquellos que desprecian los ardientes rayos del sol del verano; sólo a distancia de unas seis millas se levanta un bosque horrendo, de oscura y ponzoñosa sombra.

Por el lado del Oriente se deslizan las nobles y afortunadas ondas del Jordán, y por el de Occidente extiéndense las arenosas playas del Mediterráneo. Al Norte está Samaria, y Betel, la que erigió el altar al becerro de oro, y en la parte donde suele amontonar el austro sus lluviosas nubes vese Betlem, célebre por haber presenciado el nacimiento de Jesucristo (34).

Mientras examina Godofredo los elevados muros y la situación de la santa ciudad y del país, y medita dónde asentará

(34) Jerusalén está edificada sobre dos montañas: los muros que la rodean encierran casi enteramente los puntos más elevados de esas montañas, separadas por un estrecho valle que corta también la ciudad en dos mitades. Una de ellas, la que está situada al Occidente, se llama Sión, y ha dado muchas veces su nombre a Jerusalén; la otra se llama Moriah. La iglesia dicha de Sión está edificada casi en la cima del monte de este nombre, no lejos de la famosa torre de David, obra extremadamente sólida, guarnecida de torreones, de murallas y de parapetos, que domina toda la ciudad, y que le sirve como de alcázar. El sitio en que está edificada Jerusalén es árido y seco: no se encuentran en él ni fuentes ni arroyos, y los habitantes se ven en la precisión de servirse de las aguas de lluvia, que recogen durante los meses de invierno las numerosas cisternas que hay en la ciudad, guardándola en ellas para todo el año. Fuera de la misma, y a unas dos o tres millas de distancia, hay algunas fuentes, que además de ser pocas dan muy poca agua. No obstante, hacia la Puerta del Mediodía, en el punto en que se unen los dos valles, y a una milla todo lo más de la ciudad, hay una fuente célebre, llamada Silóé, no muy abundante, que mana del fondo del valle, y cuyas aguas no tienen sabor ni son perennes. (*Willelm, Tyr.*, lib. VIII).—Los musulmanes llaman a Jerusalén, *el Cods* (la santa), *Beit-ül-Moccadés* (la casa santa), y a veces *El Chérif* (la noble).

los reales y por qué parte le será más fácil atacar las murallas enemigas, vió Herminia, y señalándolo al rey pagano, continuó diciendo: «Aquel que ves vestido con su manto de púrpura, de tan noble y augusto continente, es el caudillo Godofredo. Verdaderamente ha nacido para el mando, pues posee en alto grado el arte de reinar y hacerse obedecer; tan intrépido caballero como gran capitán, reúne todas las partes de este doble mérito. No hay quien le iguale en el valor ni en los consejos, entre tantos guerreros, sólo Raimundo puede compararsele en la prudencia y sólo Tancredo en los combates.»

«Le conozco — repuso el rey de los infieles —, pues le vi en la Corte de Francia, cuando fuí allí como embajador de Egipto, manejar con destreza la lanza en los torneos. Y si bien era entonces muy joven y aun no cubría el bozo su barba, su talante, sus discursos y sus acciones le auguraban, sin embargo, los más encumbrados destinos.

»Aquel presagio, ¡ay de mí! ha sido asaz verdadero» (35). Y al decir esto inclina Aladino los turbados ojos,

(35) Las crónicas contemporáneas que nos han transmitido el retrato de Godofredo de Bullón, nos dicen que reunía a todas las cualidades de un guerrero la sencillez de un monje. *Tantum lenis ut magis in se monachum quam militem figuraret*. La fisonomía de Godofredo era imponente, su talla elevada, y su fuerza prodigiosa. Cuéntase acerca de esta última dote, que habiendo ido al campamento un emir árabe que había oído ponderar su destreza y el vigor de su brazo, quiso convencerse de la verdad de lo que decían, a cuyo fin le presentó un camello, rogándole que probase en él su fuerza, y Godofredo le cortó la cabeza de un solo fendiente. El árabe atribuyó este prodigio al buen temple del acero de Godofredo. Y habiéndole entregado su arma para que repitiese la prueba, la cabeza de otro camello vino al suelo separada de su tronco como lo había sido la primera. El emir confesó entonces que la gran reputación del jefe franco era muy inferior todavía a la verdad. En el sitio de Antioquía, apenas restablecido de sus heridas, se señaló por una hazaña que han reproducido la historia y la poesía. En lo más recio de la acción se le presentó un sarraceno de elevada estatura para combatir con él, y a la primera arremetida le hizo pedazos el escudo. Godofredo se levantó sobre los estribos, se arrojó sobre su adversario y le descargó un golpe con tanto vigor que le dividió de arriba abajo, rodando una mitad al suelo y quedando la otra sobre la silla. No es fácil poder creer en hechos tan extraordinarios, que al fin y al cabo no son más que leyendas maravillosas inventadas en los campamentos. En fin, todas las crónicas hablan del combate de Godofredo contra un oso hambriento que había logrado derribarle. Godofredo no se dejó por eso intimidar, y estrechando con un brazo el furioso animal, le hundió con el otro su acero en las entrañas. El valeroso capitán, gravemente herido, fué conducido al campo en medio de las aclamaciones de todo el ejército. Godofredo debió su elevación al trono de Jerusalén a su grande nombradía de hazafioso y fuerte. Había entre los cruzados diez

mas pronto los levanta y dirigiéndose a Herminia: «¿Quién es aquél — pregunta —, que está a su lado con su sobrevesta encarnada? Su talla es inferior a la de Godofredo, pero se le parece en la fisonomía» «Es Baldovino, su hermano — responde aquélla —; harto lo indica la semejanza de sus facciones, pero mucho mejor lo dicen sus hazañas» (36).

caballeros de más elevada alcurnia y de más antigua nobleza que la suya, tales eran entre otros el hermano del rey de Francia, el duque de Normandía y el conde de Tolosa; mas en una época en que dominaba la fuerza era natural que fuera elegido caudillo el más robusto.

(36) Baldovino, hermano de Godofredo de Bullón y su sucesor en el trono de Jerusalén, no tuvo parte alguna en la toma de la ciudad santa, y por consiguiente Tasso incurrió en error histórico al hacer mención de él en este lugar. Desde el año 1097 estaba separado del grueso del ejército cristiano, y había entrado en Armenia y penetrado hasta Edeso al frente de una partida de combatientes. Esta ciudad, capital de la Mesopotamia, que estaba gobernada a la sazón por un príncipe griego, acababa de librarse de la invasión de los turcos y había servido de asilo a los cristianos de los países vecinos que se habían refugiado en ella con sus riquezas. La llegada de Baldovino y de los cruzados produjo tan viva sensación, y fué acogida por la población con tanto entusiasmo, que el gobernador empezó a concebir sospechas y a ver en ellos enemigos más temibles para él que los mismos sarracenos. Thoros era viejo y no tenía hijos, y por lo tanto y a fin de estimular a los cristianos a que defendiesen su autoridad, resolvióse a adoptar a Baldovino y a nombrarle su sucesor. Mas no tardó en verse envuelto en una sedición en que perdió la vida. Si hemos de dar crédito a Mateo de Edeso, Baldovino estaba en el secreto del complot: lo cierto es que todos los cronistas le acusan de haber, en aquella ocasión, hecho traición a su bienhechor. Sucedióle en el gobierno, fundando de esta suerte un principado, que conservaron los latinos por espacio de cincuenta y cuatro años, y que fué su baluarte hasta la segunda cruzada. Desde entonces ya no se acordó Baldovino de Jerusalén, pensando tan sólo en defender y aumentar sus Estados. En el año 1100 dejó el condado de Edeso a su primo Baldovino de Bourg y sucedió a su hermano en el trono de Jerusalén. El reinado de este príncipe transcurrió en continuas guerras y sin dar reposo ni a sus soldados ni a sus enemigos, en las cuales añadió a su reino de Jerusalén las ciudades de Sidón y Berite. En el mes de mayo de 1104 se apoderó de Tolemaida, llamada después San Juan de Acre, al cabo de veinte días (y no veinte meses, como dicen algunos) de sitio. El año anterior lo había intentado con menor éxito. Habiendo caído enfermo en Egipto, en el asedio de Faramia, falleció en Laris, en el desierto. Sus entrañas fueron enterradas en un lugar llamado *Hegiarat Barduil* (el sepulcro o la piedra de Baldovino), y su cadáver fué trasladado a Jerusalén para ser sepultado con el de Godofredo. Los historiadores árabes están discordes entre sí y con los latinos acerca del año de su muerte. Ben-Kalecan la pone en el año 504 de la Hégira (1110 de J. C.). Romualdo de Salerno y Foucher de Chartres en el mes de abril de 1118. Esta última opinión es la más verosímil, si es cierto, como indica Alberto de Aix, que el cuerpo de Baldovino entró en Jerusalén el domingo de Ramos del mismo año en que murió el patriarca Arnaldo. Nos hemos extendido al hablar de este guerrero

»¿Ves aquel guerrero que está a su izquierda, en ademán de un hombre que aconseja? Éste es Raimundo, anciano lleno de canas y cuya previsión te he pondetrado tantas veces. No hay ninguno entre los latinos y los francos que sepa cual él urdir las tramas de la guerra. Aquel otro que está más lejos y que ciñe un casco dorado es el valeroso Guillermo (37), hijo del rey de Inglaterra.

»Güelfo va con él, émulo de los más intrépidos, e ilustre por su cuna y por su estado: le reconozco por sus anchas espaldas y su pecho redondo y levantado; mas no alcanzo a ver entre tantos guerreros, por más que le busco, a mi mayor enemigo, a Boemundo, el homicida y destructor de mi real linaje.»

Así hablaban Aladino y Herminia. El capitán, en tanto, examinado ya todo y convencido de que fuera vano todo ataque intentado por la parte en que el terreno es escabroso, se vuelve hacia los suyos y les ordena que planten las tiendas en el llano que conduce a la puerta del Norte; avanza luego desde ella hasta cerca de la torre que llaman Angular y sitúa allí el resto de su gente.

La extensión del campamento abraza de esta suerte la tercera parte de la ciudad o poco menos; pues es tan vasta que hubiera sido imposible ceñirla enteramente. Godofredo, sin embargo, se apodera de todos los pasos por donde puede ser socorrida, y manda ocupar los caminos por donde se entra o se sale de ella.

Ordena en seguida que se defienda las tiendas con profundos fosos y trincheras, para ponerlas a cubierto, por una parte, de las salidas de los sitiados, y por otra, de las correrías de los montañeses (38). Concluidos estos preparativos

para explicar los versos de Tasso en que le acusa de ambicioso y de que aspiraba a las grandezas humanas.

(37) Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra, tenía tres hijos: Roberto, duque de Normandía, del cual hablaremos más adelante; Enrique y Guillermo el Rojo, que sucedió a su padre. Tasso parece referirse aquí a este último, quien sin embargo no estuvo nunca en Tierra Santa.

(38) Los cruzados fijaron sus reales delante de Jerusalén el 7 de junio de 1099. Su ejército, según los cronistas cristianos, no contaba más que cuarenta mil personas de ambos sexos, entre los cuales había a lo más veinte mil infantes y mil quinientos caballeros, componiéndose el resto de hombres del pueblo, de desarmados, enfermos y otros individuos incapaces de tomar las armas. Los historiadores árabes distan mucho de estar acordes en este punto con nuestras crónicas, pues Ibn-Giouzi hace subir a quinientos mil hombres en estado de combatir el

quiso rendir su postrero homenaje al cadáver de Dudón, y encaminóse a donde estaban sus restos, rodeados de una multitud triste y llorosa.

Sus amigos adornaron con noble pompa el féretro donde reposa el héroe. A la llegada de Godofredo su dolor se manifiesta con redoblados gemidos, con llanto más ardiente. El piadoso Bullón se presenta, ni agitado ni tranquilo, reprimiendo su dolor y silencioso. Tras haberlo contemplado un breve espacio pensativo, prorrumpió en estas razones:

«Ya no se te deben lágrimas y suspiros, pues periciste en la tierra para renacer en el Cielo, dejando nobles huellas

número de los francos que sitiaron Jerusalén. Kemal-Eddin, menos exagerado, los evalúa en trescientos veinte mil. Cuando estuvieron los caudillos delante de la ciudad, consultaron a todos los que tenían un conocimiento exacto de las localidades para fijar los medios más fáciles y seguros de apoderarse de ella. Pronto se convencieron de que hubiera sido inútil cualquiera intentona hecha por la parte de Oriente o por la de Mediodía, a causa de la profundidad de los valles que la rodean por estos lados, y se determinaron a emprender el sitio por la parte del Norte. «Plantaron, pues, sus tiendas, dice Roberto el Monje, desde la puerta de San Esteban, que mira al Nordeste, hasta la otra situada bajo la torre de David, que lleva el mismo nombre y está situada al Occidente. Establecióse primero el duque de Lorena; después de él, y siguiendo la misma dirección, venía Roberto, conde de Flandes; en seguida Roberto, duque de Normandía. Tancredo ocupó el cuarto lugar delante de una torre angular, a la cual dió después su nombre. En fin, el conde de Tolosa y los suyos se apoderaron del terreno que se extiende desde esta torre hasta la puerta de Occidente. Más adelante, el conde de Tolosa trasladó una parte de sus fuerzas a la misma montaña donde está edificada la ciudad, entre las casas y la iglesia de Sión y a un tiro largo de ballesta de aquélla, con el doble objeto de alejarse de aquella torre que dominaba su campamento y protegía completamente la puerta de su nombre y de ganar el valle que le separaba de la ciudad. Se dice que al ejecutar este movimiento no tuvo otra mira que la de facilitar a sus soldados los medios de atacar a la ciudad más de cerca y al propio tiempo poner la iglesia de Sión a cubierto de toda ofensa de los enemigos. — Después que los cristianos hubieron establecido su campamento, quedó sin cercar toda la parte de la ciudad que se extiende desde la puerta del Norte, llamada vulgarmente de San Esteban, hasta la torre anular que domina el valle de Josafat; desde ésta hasta el ángulo que forma la ciudad por el mismo lado, y desde este ángulo hasta la puerta del Mediodía, llamada ahora de la montaña de Sión; de suerte que había más de una mitad de la circunferencia de la ciudad que no estaba bloqueada.» (*Rob. Monach.*, lib. IX. *Willelm. Tyr.*, lib. VII. — Raoul de Caen, *Gesta Tancredi*, cap. CXVI, y Guberto de Nogent, lib. VII.) Comparando la descripción del sitio de Jerusalén por los cruzados, como se encuentra en las crónicas, con la del sitio que la pusieron los romanos, se ve que las tropas de Godofredo ocupaban las mismas posiciones que las de Tito cuando éste dirigió sus primeros ataques contra la ciudad. (Véase el lib. V de la *Historia de Flavio Josefo*, y el lib. V *Taciti Historiarum*.)

de tu gloria en este suelo donde dejaste tus despojos. Viviste como guerrero cristiano y santo, caíste como tal. ¡Ah!, regocíjate, alma bienaventurada, y goza de la presencia tan deseada del Señor, recibiendo la corona y la palma que merecen tus nobles acciones.

»Vive feliz. No excite nuestro llanto tu desventura, sino nuestra suerte, puesto que tu pérdida nos ha privado de tan robusta y digna parte de nosotros mismos. Mas si la que el vulgo llama muerte nos ha arrancado tu auxilio en la tierra, puedes implorar para nosotros el del Cielo. Acoge nuestros votos cuantas veces recurramos a ti; acórrenos en los peligros, anuncianos la victoria, y cuando hayamos triunfado nos verás devotos cumplir en el templo nuestras promesas.»

Así dijo. La noche oscura había apagado en tanto todos los rayos del día, poniendo treguas al llanto y a los sollozos con el olvido de los afanes; mas el piadoso caudillo que nunca creyó poder expugnar las murallas sin el auxilio de los instrumentos bélicos, cierra apenas los ojos pensando dónde podrá hallar madera y qué forma dará a las máquinas destructoras.

Levantóse con el sol y quiso asistir a los funerales. No lejos del campamento y al pie de una colina erigen a Dudón un sepulcro de odorífero ciprés sobre el cual tiende sus ramas una gigantesca palmera. Depositáronle allí, en tanto que los sacerdotes imploraban con sus melancólicos y sagrados cantos la paz para su espíritu.

Colgaron de las ramas sus trofeos y las armas que tomara en empresas más afortunadas a las gentes de Persia y de Siria. Cubrieron el tronco con la coraza y otras piezas de su arnés y escribieron al pie: «Aquí yace Dudón. Honrad al campeón valiente.»

Después de haber cumplido Godofredo con este santo y noble deber, envía con nutrida escolta a todos los operarios al bosque inmediato; estaba oculto entre dos valles y su existencia había sido revelado a los francos por un hombre de la Siria; los hombres se trasladan allí para construir máquinas contra las cuales de nada habrán de servir las murallas.

Anímanse los unos a los otros a derribar árboles y a abrir en el bosque anchurosas brechas; caen a los repetidos golpes de las cortantes hachas las sagradas palmeras, los fresnos salvajes, los fúnebres cipreses, los pinos y los cedros, las frondosas encinas; caen también los altos abetos y las hayas, y los

olmos por cuyo tronco se encarama la vid con su torcido tallo hasta las nubes.

Los unos abaten los tejos, los otros las robustas encinas que renovarán más de mil veces sus cabelleras, y que, impávidas, habían despreciado y domado otras tantas el furor de los vientos; cargan los otros en rechinantes carros los ébanos y cedros olorosos. Al ruido de las armas y a los gritos confusos de los trabajadores las aves abandonan sus nidos y las fieras huyen de sus guaridas.

CANTO CUARTO

Plutón reúne todos los monstruos del infierno y les excita a que empleen sus artificios para destruir el ejército cristiano. — Hidraot traza un horrible proyecto, y encarga su ejecución a Armida, la cual no debe emplear otras armas que sus artificios, su belleza y la dulzura de sus palabras.

MIENTRAS preparaban los cristianos los bélicos instrumentos, lanza sobre ellos furibundo sus torvas miradas el mayor enemigo del género humano; y viéndoles tan aplicados en sus trabajos, mordióse de coraje entrambos labios y cual toro herido exhaló su dolor en sordos mugidos.

Luego, meditando en su mente la manera cómo acabar con los cristianos, manda juntar su pueblo en su cámara real, ¡reunión horrible!, creyendo en su necedad empresa fácil resistir a la voluntad divina. El insensato quiere igualarse al Cielo, sin acordarse de los rayos que lanza la mano airada de Dios.

El ronco son de la infernal trompeta convoca a los habitantes de las sombras eternas. Retiembla a aquel rumor la espaciosa y obscura caverna, y se estremece el aire tenebroso. No resuena tan horriblemente el trueno al precipitarse de las más elevadas regiones, ni la tierra experimenta jamás un estremecimiento como aquel cuando la agitan los vapores que encierra en su seno. Los habitantes del abismo se agolpan en seguida en horrible turba ante las puertas. Sus formas son extrañas y espantosas, y llevan escritos en sus ojos el terror y la muerte. Muchos imprimen en el suelo sus pezuñas de fieira; tienen rostro humano y cabellera de serpientes, colgán-

doles por detrás una inmensa cola que se repliega y extiende cual un látigo (39).

Vense allí inmundas Arpías, y Centauros, y Esfinges, y pálidas Gorgonas, e innumerables voraces Escilas que ladran sin cesar, Hidras que zumban, Pitones que silban, y Quimeras que vomitan llamas; vense Polifemos y Geriones horrendos, y en nuevos y nunca vistos monstruos mezclados y confundidos diversos aspectos (40).

Corren todos a colocarse parte a la izquierda, parte a la derecha delante de su fiero monarca. Plutón se sienta en medio de ellos empuñando un cetro tosco y pesado. Los más altos escollos del mar, los elevados riscos y hasta el mismo Calpe y el excelso Atlante parecen a su lado humildes colinas cuando levanta su ancha frente y desmedidos cuernos.

La horrible majestad de su feroz semblante aumenta el terror que inspira y le hace parecer más orgulloso; sus ojos rojizos, llenos de un ponzoñoso veneno, brillan cual infausto cometa. Una larga y espesa barba toda erizada le cubre media faz y descende sobre su pecho velludo; y su boca, llena de sangre inmundada, se abre como caverna espantosa.

Bien así como se exhalan del Mongibelo ríos de azufre entre hedor y estruendo, sale de su espantosa boca su negro aliento envuelto en fetidez y centellas. A su acento, Cerbero contuvo sus ladridos, enmudeció la Hidra, el Cocito detuvo su curso; retemblaron los abismos, y los ecos del infierno repitieron las siguientes palabras (41):

«Númenes infernales, más dignos de estar sentados sobre el sol, de donde traéis el origen, que en esta horrible morada donde os arrojó conmigo el destino desde los reinos celestiales: harto conocéis las antiguas sospechas y los terribles

(39) Parece extraño que Tasso emplee y se sirva tan a menudo de las formas y de los nombres de la mitología en un poema enteramente cristiano, mas esto se explica por la historia del arte en Italia; la poesía estaba, en efecto, llena de los recuerdos de Grecia y Roma, cuyos monumentos permanecían aún en pie en el antiguo Lacio. A más de esto es preciso no olvidar que Tasso escribía en el siglo XVI, época en que el gusto de la mitología de Homero y Virgilio dominaba todos los talentos.

(40) La descripción del infierno que hace Tasso es enteramente pagana, como que está sacada de la que hace Virgilio, y de la de los monstruos que defienden el palacio de Alcina en el *Orlando furioso*.

(41) En la composición de Tasso domina constantemente el infierno mitológico. Milton se desprendió del todo de las formas de la antigüedad para reproducir con sus colores sombríos el infierno cristiano; pero Milton era puritano, y debía despreciar toda poesía que no fuese la de los santos libros.

desdenes que nos abruman y la grande empresa que intentamos. Ahora, sin embargo, el vencedor gobierna a su albedrío las estrellas, mientras que nosotros somos tratados como almas rebeldes. En vez del resplandor puro del áureo sol y de las brillantes estrellas, nos ha encerrado en este abismo obscuro privándonos hasta de aspirar a los primeros honores; y luego, ¡recuerdo terrible y que aun irrita más mis martirios!, ha llamado a sus celestiales asientos al hombre; a ese ser vil nacido del fango de la tierra.

»Mas esto era todavía poco para su venganza; necesitaba nuevos tormentos, y para ello entregó a la muerte su propio hijo. Vino éste y quebrantó las puertas del infierno, y osó poner el pie en nuestro reino y arrancar de él las almas que nos deparara la suerte, trasladando al Cielo tan rica presa, y desplegando de este modo en él, cual vencedor, las insignias del derrotado averno.

»Mas ¿a qué acibarar mis dolores con estos recuerdos? ¿Quién no ha oído contar nuestras injurias? ¿Y cuándo y en qué lugar ha desistido aquél de sus empresas en nuestro daño? No es tiempo de ocuparnos en las ofensas antiguas; pensemos en las recientes. ¡Ah! ¿No veís sus tentativas para atraer los pueblos a su culto? ¿Pasaremos los días y las horas en el ocio sin que un digno conato inflame nuestros pechos? ¿Sufriremos que su pueblo fiel se arraigue con mayor fuerza en Asia? ¿Que sucumba toda la Judea, que se extienda y dilate más y más su honor y su nombre, y que sea éste celebrado en nuevas lenguas, se escriba en otros versos, y se grabe en nuevos mármoles y bronces? ¿Sufriremos que sean derribados nuestros ídolos y que el mundo le consagre nuestros altares? ¿Que solamente a él se ofrezcan votos y se le tribute incienso, oro y mirra? ¿Que donde no se nos cerraban ni siquiera los templos no quede abierta a nuestras artes senda ninguna? En fin, ¿que se nos arrebate el antiguo y crecido tributo de las almas y que habite Plutón un reino desierto?

»¡Oh! no será; pues no están aún tan apagados en nosotros los bríos de aquel valor nativo con que armados de hierro y llamas, combatimos contra el poder del Cielo. Fuimos vencidos en aquel trance, no lo niego; mas no nos faltó valor para acometerlo: los más afortunados llevaron la victoria; a nosotros nos quedó la gloria de haber combatido hasta el fin con un invencible denuedo.

»Mas ¿por qué os detengo? Partid, mis fieles compañe-

ros, mi poder y mi fuerza; id veloces; domad a los impíos antes de que su poder se robustezca, y sofocad esa llama naciente antes de que abrase todo el reino de los hebreos. Penetrad entre los cristianos y emplead en su daño la fuerza o la astucia. Cúmplase así mi voluntad: haced que los unos vaguen dispersos, que perezcan los otros, y que otros, sumergidos en amores lascivos, conviertan en sus ídolos una dulce mirada o una sonrisa. Que la hueste dividida en bandos vuelva sus aceros contra sus caudillos. Perezca él con ellos sin que quede rastro de su existencia.»

Las almas rebeldes a Dios no aguardaron a que fuesen pronunciadas estas palabras, sino que levantando su vuelo, se lanzaron de aquella profunda noche a la morada de la luz; del mismo modo como salen los vientos impetuosos de sus grutas para obscurecer el cielo y llevar la destrucción al gran imperio de los mares y de la tierra, así se lanzaron aquellas almas.

Luego, desplegando sus alas se dispersaron por el mundo, y dieron principio a fabricar nuevos y diversos engaños y a usar desusadas artimañas. Musa, dime de dónde, de qué suerte llevaron los primeros males a los cristianos; tú lo sabes mejor que nosotros, hasta quienes apenas ha llegado un débil rumor de la fama de tantos y tan remotos trabajos.

Gobernaba Damasco y las ciudades vecinas un célebre y noble mágico llamado Hidraot; desde su más tiernos años es había dedicado éste a las artes adivinatorias, habiendo llegado a constituir ellas su pasión. Mas ¿de qué le sirvieron si no pudo prever el fin de aquella guerra incierta; si no pudo conocer la verdad ni por la observación de las estrellas fijas o errantes ni por las respuestas del infierno?

¡Oh ciega mente humana! Cuán vanos y errados son tus juicios. Hidraot (42) había anunciado que el Cielo aparejaba muertes y destrozos al invencible ejército cristiano. Creído que debía de alcanzar la palma de la empresa, quería que su pueblo tuviese parte en la gloria y en las conquistas.

Pero como no desprecia el valor de los francos y teme

(42) El nombre de Hidraot es otra de sus creaciones debida a los libros de caballerías publicados en el siglo XVI. A la llegada de los cruzados a Palestina gobernaba a Damasco, que los autores árabes llaman Demesk, un tal Deccac, que tomó el título de Sultán en perjuicio de Reduan, su hermano, que estaba confinado en Alepo. Toda esta parte del poema de Tasso es imitación de los grandes libros de caballerías en los cuales se ve siempre un viejo rey mágico que conspira para perder a los buenos caballeros del ejército cristiano.

los daños de una victoria que ha de costar ríos de sangre, va meditando una astucia para debilitar en parte el poder de aquéllos, a fin de que puedan vencerlos más fácilmente sus gentes y las de Egipto. En medio de estos pensamientos le sorprende el ángel malo, y le instiga y aguijonea a seguir en su inicuo propósito. Hidraot tenía una sobrina a la que el Oriente daba el primer lugar en la bellena, instruída en todo género de astucias, y en los artificios más ocultos de que puede usar una mujer o una maga (43). Llámala a sí, le comu-

(43) Voltaire ha criticado a Tasso por haberse servido demasiado del bello ideal. «Su poema, ha dicho un historiador, pinta más bien las costumbres del tiempo en que escribía que las del siglo XII, época de los acontecimientos que son asunto de su epopeya. La magia no fué conocida hasta mucho tiempo después de la primera cruzada.» Nosotros no pensamos de la misma manera. No hay duda que Tasso se dejó dominar por las ideas del siglo XVI, en el cual andaban muy en boga las creencias de la magia, en los sábados, en las brujas y en los espíritus cubos e incubos; todas las obras de esa época llevan, en efecto, el sello de la superstición que dominaba hasta a las inteligencias más elevadas. Es evidente que el poeta quiso halagar el gusto de sus contemporáneos hablándoles con profusión de magia y encantamientos, a los cuales se sentían aquéllos tan inclinados, mas es inexacto decir que no se conociese aquella ciencia oculta hasta mucho después del siglo XII.

Si consultamos los monumentos religiosos, vemos que se habla de mágicos hasta en la Sagrada Escritura. En los primeros siglos del Cristianismo se miraban como sospechosas las ciencias matemáticas, porque se creía que conducían a la magia, cuyo estudio estuvo prohibido por la Iglesia desde el reinado del emperador Constantino hasta el del emperador Federico II. San Agustín dice que los matemáticos son gente perdida y condenada, y creía que el diablo podía transformar a los hombres en duendes, y en su *Ciudad de Dios* nombra a dos personas de su iglesia de Hipona a quienes había sobrevenido esta desgracia. (Edición de los Benedictinos, en fol.)

Si recorremos las Crónicas de los siglos XI y XII, contemporáneas de las Cruzadas, vemos igualmente que los francos creían en los mágicos y en las brujas. «He aquí un hecho, dice Raimundo de Agiles, que no quiero pasar en silencio: mientras que dos mujeres se esforzaban en hechizar a dos pedreros que había delante de la muralla de Jerusalén, alcanzólas una piedra disparada por una de aquellas máquinas, e hizo pedrazos a las dos y a tres niños y arrancándolas el alma desvió el efecto de sus encantamientos.» Encontramos también el siguiente pasaje en la crónica de Bernardo el Tesorero, documento precioso para la historia de la segunda y tercera cruzadas: «Antes de hablarlos más del ejército, quiero referiros un suceso maravilloso que pasó. Los de la retaguardia encontraron una vieja hechicera, esclava de un Tirio de Nazaret, montada en una burra, y la prendieron y pusieron en cuestión de tormento hasta que les hubo dicho quién era y qué venía a buscar. en el ejército. La vieja les respondió que iba alrededor del campamento para hechizarlo con sus sortilegios y palabras; que los había ya rodeado dos noches consecutivas y que si hubiese podido hacerlo por tercera vez hubiesen quedado todos tan ligados que ni uno hubiera salido

nica sus proyectos, y le ordena que los ponga en ejecución.

«¡Querida mía! — le dice —. Sé que bajo tus rubios cabellos y tu gracioso semblante ocultas la prudencia de un anciano y un corazón viril, y que me aventajas en mis artes. Abrigo un gran proyecto, y si tú me secundas el efecto corresponderá a mis esperanzas. Teje, pues, la tela que te presento preparada, y sé la atrevida ejecutora de los planes de un astuto viejo. Parte al campo enemigo; emplea todas las artes de tu sexo y que dan pábulo al amor; ruega y llora a la vez; rompe y ahoga tus razones con suspiros. Cual hermosa doliente e infeliz, rinde a tu voluntad los corazones más obstinados, velando con el rubor tu bien probada audacia y cubriendo con el manto de la verdad la horrible mentira.

»Cautiva, si te es dable, a Godofredo con tus tiernas miradas y con tus seductoras razones, y haz que, hechizado por ti, sienta haber empezado la guerra y la termine; mas si no lo alcanzas, procura seducir a los más grandes del ejército y condúceles a sitios de donde no puedan salir jamás.» Y después de explicarle todos sus proyectos, concluyó diciendo: «Por la patria y la fe nada está vedado.»

La bella Armida, orgullosa de su hermosura, de las ventajas de su sexo y de su edad, toma a su cargo la empresa, y parte al anochecer por sendas ocultas y desconocidas. Sola, con sus cabellos trenzados y con ricos atavíos, espera subyugar a un pueblo de invencibles guerreros. En tanto, a sabiendas y con astucia, van esparciendo entre el vulgo los más fantásticos rumores acerca de su partida.

Pocos días después llega la hermosa joven al campamento de los francos. Levántase a su aspecto un ligero murmullo, y todos fijan su mirada en ella, como en un cometa o en una estrella nueva que se viese brillar en medio del día, ro-

del combate a que marchaban. Preguntáronle si podía desatarlos, y respondió que sí con tal que volvieran todos a sus tiendas como cuando les ligó. Entonces los arqueros encendieron con sus barracas una grande hoguera para quemarla, y habiéndola echado a ella salió ilesa sin haberse chamuscado siquiera; volvieron a echarla al fuego y tornó a salir como antes; en fin, viendo que no podían ponerla en ella de modo que no saliese, un hombre de armas la dió un hachazo y la mató.» (Tom. V de la colección de *Dom Martenne y Durand*, V. asimismo a Muratori, *Rerum Italicarum scriptores*, t. VII, pág. 659, edición de 1725.) Creemos, en fin, que no tenemos necesidad de recordar que los libros de caballerías están atestados de mágicos y de encantamientos, y que medio siglo antes que Tasso, Ariosto había poblado de ellos su inmortal poema.

deándola a porfía para saber quién es la bella peregrina y quién la envía.

Ni Argos, ni Chipre y Delos vieron jamás beldad como ella ni adornada con tanta riqueza. Sus cabellos dorados ora brillan a través del blanco velo, ora se muestran al descubierto. Así al volver a serenarse el cielo, ora brilla el sol tras transparente nube, ora sale de ella y despide por doquier sus rayos más brillantes y da más luz al mundo.

Sus cabellos flotan en ondas sobre sus espaldas, y un aura ligera los agita y forma en ellos nuevas ondas. Sus ojos, avaros de sus propios tesoros y los del amor, se ocultan bajo sus párpados. Derrámase y confúndese el color de la rosa con el del marfil en sus mejillas; y tan sólo en sus labios, que exhalan un suave perfume, brilla el encarnado del clavel. Muestra el hermoso pecho su blancura de nieve, que alimenta y despierta el fuego del amor, dejando ver el delicado seno, desnudo en parte y en parte cubierto con el envidiado traje; cierra éste el paso a las miradas, pero no basta a detener el amoroso pensamiento, que no satisfecho con la belleza exterior penetra hasta los más recónditos secretos.

Y así, del mismo modo como el sol brilla a través del agua o del cristal sin romperlo o dividirlo, pasa el osado pensamiento por el cerrado manto y advina lo que queda oculto a las miradas; se extasía allí recorriendo los ocultos encantos, y los cuenta y describe al deseo, y aviva más y más su ardiente llama.

Adelántase Armida por entre la turba que la alaba y la devora con los ojos; repara en la impresión que causa, finge no notarlo, pero se goza en ella interiormente y se regocija de sus triunfos. Ruborosa pide Armida un guía que la presente al capitán, y se adelanta hacia ella Eustaquio (44), hermano del soberano príncipe de los francos.

Cual mariposa en torno de la luz, así gira al resplandor de aquella belleza divina, y quiere mirar de cerca aquellos ojos que el pudor mantiene inclinados. Su alma recoge sus rayos y se abrasa en ellos cual la yesca en el vecino fuego, y deján-

(44) Eustaquio es aquí un tipo de espíritu caballeresco, según el cual ningún caballero podía rehusar el apoyo de su brazo y de su espada a una dama perseguida o desgraciada, sin pasar por la nota de cobarde y descortés. Las viudas, los huérfanos, aquellos a quienes oprimía la justicia, tenían todos derecho de reclamar la protección de un caballero y hasta exigirle que sacrificase su vida en su defensa. Substraerse a esta obligación era faltar a una deuda sagrada y deshonorarse para siempre.

dose llevar por el atrevimiento que nace de los pocos años y del fuego del amor, le dirige estas palabras:

«Mujer, si es que te conviene este nombre, pues no parece cosa terrena, ni jamás el cielo prodigó tanto su luz serena a una hija de éste suelo: ¿qué es lo que buscas? ¿De dónde vienes? ¿Es tu felicidad o la nuestra lo que aquí te trae? Dime quién eres y no permitas que sufra un error al honrarte, pues me postraré ante ti si es necesario.»

«Altas son tus alabanzas — responde Armida —; y más de lo que merece mi mérito. Mira en mí una infeliz muerta para los placeres y viva tan sólo para los pesares. Mis desgracias me han traído aquí errante y fugitiva. Godofredo es mi única esperanza, y acudo a él, llevada por la fama de su bondad. Si cual parece eres tan compasivo como caballero, alcánzame licencia para ver al capitán.» «Es justo — repuso Eustaquio — que un hermano te presente al otro e interceda por ti. Virgen hermosa, no le implorarás en vano; mucho privo con él, y si te place, será tuyo, señora, el poder de su cetro o el de mi espada.»

Así habló, y la condujo al punto donde, apartado de la muchedumbre importuna, estaba el piadoso Bullón rodeado de los más famosos de sus capitanes. Saludóle la hermosa con respeto, mas el rubor la vedó pronunciar ni una palabra. El capitán sosiega sus temores, le devuelve la calma y la consuela, y ella por fin, con una voz tan dulce que arroba los sentidos, le expone sus pensados engaños.

«Príncipe invicto — dice —, cuyo nombre sublime vuela adornado de brillantes blasones que los reyes y las provincias se gloríen de que les venzas y subyugues con las armas: tu valor es conocido en todas partes; él te hace querer y admirar de todos, e inspira al paso confianza, y convida a que se acerque a ti el necesitado y a que solicite tu apoyo (45).

»Y yo que naciera en una religión tan diferente a la tuya, en esa religión que humillaste y que intentas destruir, espero

(45) Si fuese lícito mezclar algunas ideas festivas a la versificación siempre grave y elevada de Tasso, podrían compararse las primeras palabras de Armida a Godofredo con el discurso que pone Cervantes en boca de la Dueña Dolorida que viene a implorar el auxilio de don Quijote en la quinta de los Duques. Sus expresiones son casi las mismas. Cervantes ha hecho tal vez un disfavor a la literatura y a la Humanidad matando con su sátira el espíritu caballeresco, el cual significaba en muchos casos grandeza y nobleza en las acciones, desinterés, respeto hacia lo bello, lo santo y lo justo, y que era, en una palabra, el antiguo carácter nacional.

con tu auxilio reconquistar el noble trono y el cetro real de mis abuelos. Otros buscan los socorros de sus aliados contra el furor de extraños enemigos; mas yo, que no espero encontrar piedad en los míos, invoco el acero de mis contrarios contra mi propia sangre.

»Te imploro y en ti espero, pues sólo tú puedes volver a sentarme en el alto sitio de que fuí lanzada. Tu diestra no debe estar menos avezada a derribar enemigos que a levantar a los caídos. No es menos digna de elogio la piedad que el triunfo de los adversarios; y pues lograste quitar a otros el reino, no será menos glorioso para ti que me restituyas el mío. Mas si la diversidad de nuestra fe te mueve tal vez a despreciar mis honestas súplicas, valga contigo la confianza que tengo en tu piedad, y que no es justo quede desairada. Pongo por testigo a este Dios, tan grande para todos, que jamás habrás dado tu auxilio a una causa más justa; para convencerte, escucha, te lo ruego, la triste relación de mis cuitas y de las ajenas perfidias.

»Yo soy la hija de Arbilán, que empuñó el cetro de Damasco la hermosa. Nació en humilde cuna, mas alcanzó la mano de la bella Caricha, que le hizo heredero de su trono. Ésta previno mi nacimiento con su muerte, pues falleció al salir yo de su seno, siendo el día fatal que alumbró mi nacimiento el mismo que alumbró también su muerte. Apenas había transcurrido un lustro desde que ella abandonara sus mortales despojos, cuando mi padre, cediendo a su destino, fué quizá a reunírsele en el Cielo. Antes de morir fió mi suerte y la del Estado a un hermano a quien quería tanto, que si la virtud reside en el corazón de los hombres debía de estar seguro de su fe. Encargóse éste del cuidado de mi infancia; mostróse tan celoso de mi bienestar que era citado por doquier como modelo de fidelidad incorruptible, de amor paterno y de inmensa piedad; acaso, bajo la máscara de la impostura, ocultaba el infame sus negros designios; quizá fuese también, que destinando a su hijo mi mano y mis Estados, su alma no estaba aún abierta al crimen.

»Crecí yo y crecía el hijo, el cual ni tenía nada de caballero ni aprendió jamás las artes nobles, ni le gustaba lo nuevo y peregrino ni dió nunca alto vuelo a sus pensamientos. Ocultaba bajo un aspecto deforme un ánimo vil y un corazón altanero, que ardía en envidia; era grosero en sus maneras y costumbres, y en los vicios sólo igual a sí mismo. ¡Éste era el esposo que me destinaba mi tutor! Éste era el hombre con el

cual debía yo compartir mi tálamo y mi trono, según me lo indicó muchas veces. Echó mano de las razones, de la astucia y del ingenio para que me conformase con sus deseos; mas nunca me arrancó una promesa, antes al contrario, o callé o me negué a ello.

»Un día se separó de mí con semblante tan torvo, que dejaba traslucir toda la maldad de su corazón. Entonces me pareció ver escrita en su frente la historia de mis males futuros. Desde aquella época extraños sueños y fantasmas turbaron el reposo de mis noches, y un fatal horror que llevaba impreso en el alma me parecía presagio cierto de mis infortunios. A veces se presentaba a mis ojos la sombra de mi madre, pálida y en actitud dolorosa. ¡Ah, cuán poco se parecían sus fcciones a las que había visto en sus retratos! «Huye, hija mía — exclamaba —, de la muerte cruel que te amenaza. «Parte al instante, pues veo ya el tósigo y el hierro que en tu »daño prepara el pérfido tirano.»

»Mas ¿de qué me servía, ¡ay de mí!, que el corazón me presagiase los riesgos que me amenazaban, si el temor hacía más y más indecisa mi tierna edad? Me parecía tan doloroso desterrarme voluntariamente y abandonar desnuda el patrio suelo, que prefería cerrar los ojos donde por vez primera los había abierto. Temía la muerte y, ¿quién lo creyera?, no tenía valor para evitarla. Temía asimismo revelar mis sobresaltos por no apresurar la hora de mi fin. Así, inquieta y turbada, pasaba mi vida en un continuo martirio, semejante al que espera que de un momento a otro caiga la segur suspendida sobre su cuello.

»En este estado, o ya fuese un favor de mi sino o que el hado me reservase para peores males, supe por uno de los ministros de palacio, a quien mi padre educara desde niño, que se acercaba el tiempo fijado por el tirano para mi muerte, y que él mismo había prometido al bárbaro presentarme el veneno en aquel día. Añadió en seguida que sólo podía alargar mi existencia con la fuga, y puesto que yo no podía prometerme auxilio de nadie, se me ofreció a servirme de guía. Tanto me alentó, que despreciando el temor, dispuse partir con él, abandonando de noche a mi tío y a mi patria.

»La noche se elevó, una noche densa y sombría, cubriendo nuestra fuga con el secreto de sus sombras. Así pude salir sin ser vista, en la única compañía de dos de mis criadas, que escogí para compañeras de mis infortunios. De vez en cuando volvía los ojos anegados en llanto hacia los muros de mi pa-

tria, y no podía saciarme de mirarla. Mi vista y mis pensamientos se dirigían de continuo a un mismo punto, mientras el pie iba por otro, mal de su grado, semejante a la nave a la que una terrible y súbita tempestad arrebató de súbito de la playa querida. Caminamos aquella noche y todo el siguiente día por sendas desconocidas, refugiándonos por fin en un castillo situado en los confines de mi reino. Era aquel castillo de Aronte, de Aronte que me libró del peligro. Cuando notó el tirano que había escapado a sus mortales asechanzas, rugiendo de furor nos acusó a los dos del crimen que meditaba, haciéndonos reos de aquel exceso que quiso cometer contra mí.

»Hace correr la voz de que Aronte, seducido por mis presentes, debía mezclar un veneno a sus bebidas, para no tener después de muerto quien me prescribiese leyes o pusiese freno, y poderme entregar, siguiendo mi lascivo instinto, al primero que se me acercara. ¡Ah! primero me abrase el fuego del cielo, ¡oh santa honestidad!, que faltara a tus leyes.

»Duéleme, ¡ay de mí!, que tuviese el infame tanto deseo de mis riquezas y tanta sed de mi sangre; pero me oprime mucho más el corazón el que hubiese intentado mancillar mi honra. El impío teme la ira de mi pueblo, y trama y adorna sus mentiras para que las ciudades, suspensas en la duda, no se levanten en mi defensa. Ni porque ocupe el trono y brille en su frente mi real corona cesa el pérfido de perseguirme y de deshonorarme. Tanto le aguija su ferocidad, que amenaza abrazar a Aronte dentro de su propio castillo si no se entrega prisionero; y no contento ¡ay de mí!, con declararnos la guerra a mí y a los que me siguen, nos amenaza con los suplicios y la muerte.

»Quiere — dice él — lavar con mi sangre la vengüenza que puse en su rostro y devolver a mi rango y a mi familia el honor y el lustre de, que yo les había privado. El motivo real es, sin embargo, el temor de perder el cetro que me ha arrebatado, y del cual soy la única heredera; pues sabe que tan sólo puede afirmar su imperio con mi muerte.

»Mira, señor, que sus inicuos deseos tendrán el fin apetecido y que apagará con mi sangre los enojos que no hubiesen logrado apagar mis lágrimas, si tú no proteges a esta mísera huérfana inocente. Que este llanto con que baño tus plantas me ahorre, señor, el que corra mi sangre. Por estos pies con que hollaste a los soberbios e impíos; por este brazo, sostén de la justicia; por tus altas victorias y por los templos santos que liberaste y pretendes liberar acoge mis súplicas, pues que

lo puedes, y salven tu piedad mi vida y mi reino, esta piedad que nada mueve si no se funda en el derecho y la razón.

»Uno de los principales de mi reino a cuya fidelidad está confiada la custodia de una puerta secreta ha prometido abrirmela e introducirme de noche en mi real cámara, exhortándome a que implorase tu auxilio, en el cual, por corto que sea, confía más que en todo un ejército. Tanto estima tu fuerza y tu renombre.»

Dicho esto calló esperando la respuesta en actitud del que callando ruega. Godofredo, con el corazón agitado y suspenso entre varios pareceres, no sabe qué partido adoptar. Teme los artificios de los bárbaros, pues conoce que no puede confiar en la fe de los que no la tienen en Dios, mientras que por otra parte se despiertan en él los sentimientos de piedad que nunca duermen en un pecho generoso.

No quiere sin embargo, que su sólo instinto de bondad le determine en favor de Armida; consulta antes la utilidad que le resultaría de que reine en Damasco quien dependiendo de él abriese un nuevo camino al ejército franco, facilitase el cumplimiento de sus designios y le proporcionase armas, dinero y hombres contra los egipcios y sus auxiliares.

Mientras que el capitán, dudoso y con los ojos fijos en el suelo, medita en su mente lo que debe resolver, la joven le observa atentamente, mira y escudriña sus movimientos, y suspira y teme no le sea favorable una respuesta que tanto se hace esperar. Négóle Godofredo en fin la gracia que pedía, haciéndolo empero con cortesés y suaves razones:

«Si no estuviesen consagrados nuestros aceros al servicio de Dios, que nos eligió para esta empresa, podrías fundar tu esperanza en nuestras armas, y encontrar en ellas no tan sólo piedad, sino un auxilio; mas no es justo retardar nuestra marcha victoriosa diseminando nuestras gentes, hasta haber puesto en libertad el rebaño del Señor y sus santas murallas. Te prometo, con todo, dándote en prenda mi fe, en la que puedes descansar segura, que si algún día arrancamos de su indigno yugo esos muros sagrados y queridos del Cielo, te restituiremos tu reino usurpado, como me exhorta a hacerlo mi piedad. Al presente la compasión me hiciera menos piadoso si primero no tributase a Dios lo que debo.»

Inclinóse la hermosa al oírle y permaneció algún tiempo inmóvil, con la vista clavada en el suelo; levantóse al fin, ruborosa: «Infeliz de mí — exclamó, acompañando con lágrimas sus razones —: ¿A cuál otra condenó el Cielo a una

existencia tan mísera y tan invariable en la desgracia, que primero que ésta se cambie se mudan en los demás las inclinaciones y la naturaleza?

»En vano me lamento, pues no me queda ya ni la esperanza. Mis súplicas no hallan eco en el pecho del hombre. ¿Quién sabe si tal vez mi dolor, que no te entenece, conmovirá al tirano que me persigue? No quiero acusarte de inclemencia porque me niegues tan corto auxilio; sólo acuso al Cielo, origen de mis males, y que vuelve tu santa piedad inexorable.

»No, señor; no eres tú, no es tu bondad lo que me niega tu apoyo, sino mi destino. Destino cruel, hado tirano, arrancame esta vida que aborrezco. ¿No fué por ventura desgracia bastante, ¡ay, infeliz de mí!, el haberme privado de mis queridos padres en lo más florido de su edad, pues me quitas mi reino y me retienes cautiva como una víctima bajo la segur?

»Y ¿a quién recurriré, puesto que las leyes de la honestidad no me permiten permanecer aquí por más tiempo? ¿Dónde podré ocultarme? ¿Dónde ponerme al abrigo del tirano? No hay ningún sitio debajo del Cielo tan oculto, que no le esté abierto a él: ¿a qué fin, pues, más dilaciones? Veo la muerte, y supuesto que la huyo en vano, saldré a encontrarla con mi brazo.»

Así habló; un majestuoso y noble desdén inflamó al parecer sus miradas, e hizo además de partir llena de despecho y de tristeza. Corrían sus lágrimas en abundancia, cual suele verterlas la ira mezclada con el dolor, y a los rayos del sol brillaban en su rostro como lucientes perlas. Sus mejillas inundadas de un vivo llanto que resbalaba sobre sus vestidos, semejaban a encendidas y a la vez blancas flores, sobre las cuales hubiese derramado la aurora su brillante aljófara, cuando al herirlos los primeros rayos abren su cáliz al suave beso de la brisa. Y la aurora, que las besa y las admira, quisiera adornarse con ellas sus cabellos.

Pero el dulce llanto que de tal manera adorna sus mejillas y su seno producen el mismo efecto que el fuego que penetra oculto en los corazones y los abrasa. ¡Oh, milagro de amor, que saca centellas del llanto y enciende con lágrimas el pecho! Siempre poderoso sobre la naturaleza, te excediste a ti mismo en favor de Armida. Su fingido dolor arranca lágrimas sinceras a muchos ojos, y entenece los más duros corazones. Todos toman parte en su aflicción. Todos murmuran entre

si, que si ni aun con esto mueve a compasión a Godofredo fuerza es que haya mamado la leche de un tigre o nacido de una roca de los Alpes o de las olas que se estrellan y deshacen en espuma, cuando no vacila en hundir en la desesperación a tan hermosa mujer.

Mas él joven Eustaquio, en cuyo seno arde con más fuerza la llama de la compasión y del amor, mientras los demás callan o murmuran por lo bajo, adelántase y habla con audacia: «¡Oh, mi hermano y señor — dice a Godofredo —. Demasiado tenaz en tu propósito te mostrarías si no cedieses en algo al común sentir, que murmura y te ruega. No pretendo que príncipes que representan aquí a pueblos sojuzgados se alejen de estos muros que sitian y descuidan su misión; mas ¿por qué no elegir para una causa tan justa diez defensores entre nosotros, aventureros sin empleo especial, y que no estamos sujetos a nadie?»

»No abandona el servicio de Dios quien defiende a una inocente virgen, ni son menos gratos al Cielo los despojos que se le ofrecen de un tirano; así, pues, aun cuando no me moviese el interés general a tomar a mi cargo esta empresa, me obligaría a ella el deber que nos impone nuestra Orden de ayudar en cualquier trance a las doncellas.

»Por Dios, que no se diga jamás en Francia, o donde se tenga en prez la cortesía, que hemos temido despreciar los riesgos y fatigas por tan justísima y piadosa causa. En cuanto a mí, depongo aquí desde ahora mi yelmo y mi coraza, y me descino la espada para que no sea dicho que me sirvo indignamente de mis armas o de mi caballo, o que usurpo el nombre de caballero.»

Así dice, y todos sus compañeros, acordes entre sí, aprueban con fuertes murmullos sus razones; declaran que el consejo es honrado, rodean a Godofredo y le suplican que lo siga. «Cedo — dijo éste entonces —, y me dejo vencer por el voto de tantos; y pues lo queréis, obtenga esta doncella el don que pide, y agradézcalo no a mí, sino a vuestros consejos. Mas si Godofredo encuentra aún en vosotros obediencia, os ruego que templéis vuestros afectos.» No les dijo más que esto, pero fué suficiente para que cada cual se creyera autorizado en aquel anhelo y ardiera en deseos de figurar entre los elegidos. ¡Ah! ¿qué no alcanzan el llanto de una bella y las dulces palabras brotadas de labios virginales?

Llámale Eustaquio y le dice: «Calma tus dolores, graciosa joven, pues tendrás pronto el auxilio que reclamas de

nosotros y cual parece lo piden tus temores.» Serenó Armida entonces sus llorosos ojos, y enjugándolos con su velo se mostró sonriente, y tan hermosa que enamoró con su belleza al Cielo. Dales las gracias por el alto favor que la conceden con el más dulce y cariñoso acento; díceles que la fama de él se extenderá por todo el mundo y que su recuerdo quedará grabado para siempre en su corazón. Una elocuencia muda, en los más expresivos ademanes, acabaron de decir lo que no pudo pronunciar la lengua, y celó así bajo engañoso aspecto su pensamiento oculto, de tal modo que en nadie despertó el menor recelo.

Viendo Armida que la fortuna sonríe el principio de sus engaños piensa llevar a cabo su obra criminal antes que se descubran sus intentos, y conseguir con su dulce voz y su hermoso semblante más que Circe y Medea con sus artificios, y con voz de sirena, a sus razones, adormecer a las mentes más despejadas.

Agota los recursos de sus artes para atraer nuevos amantes a sus redes; no se vale con todos y constantemente de los mismos encantos, sino que los varía según conviene hacerlo. Ora, fingiendo honestidad, recoge sus miradas; ora las deja brillar cupidas y apasionadas, y emplea en unos el freno, y el aguijón en otros, según le parecen atrevidos o temerosos. Si alguno ve que desvía el alma de su amor y refrena sus afectos, le alienta con su dulce sonrisa y le mira con ojos placenteros y serenos.

De esta suerte excita los deseos tímidos y perezosos y anima la esperanza vacilante, e inflamando de amor el alma deshace el hielo del temor. A otros a quienes la pasión ciega y temeraria les induce a traspasar los límites vedados, les escasea sus dulces razones y sus bellas miradas, inspirándoles temor y respeto. Su frente, sin embargo, aunque llena de desdén, deja brillar un rayo de piedad, de suerte que el otro tema, mas no desespere, haciéndose querer más cuanto más esquiva se muestra. Tal vez sola y aparte compone su semblante y ademán como absorbida en su dolor, y ya llama a sus ojos el llanto, ya lo devora, atrayendo de este modo a sus fingidas aficciones a muchos corazones incautos. Templá los dardos del amor en el fuego de la compasión, y de este modo hace más vivo y penetrante el dolor de los que la miran.

En seguida, como si diése treguas a las ideas tristes y despertasen en ella nuevas esperanzas, se dirige a sus amadores y les habla con la frente radiante de alegría. Sus ojos brillan;

y una sonrisa celestial disipa las densas sombras con que su tristeza había envuelto los corazones.

Sus dulces palabras, su sonrisa suave, embriagan con su doble dulzura los sentidos y arrebatan las almas no acostumbradas a goces tan intensos. ¡Cruel amor! tú matas igualmente con la miel o el acíbar que dispensas; tus males y tus bienes son siempre mortales.

Estas diversas situaciones de hielo y de fuego, de risas y de llantos, de temor y de esperanza, redoblan el martirio de los amantes, al paso que sirven de diversión a la artificiosa Armida. Si alguno se atreve a revelarle sus tormentos con trémula y débil voz, finge, cual novicia en amor, no comprenderle. O bien inclina los ojos llenos de rubor y cubre sus facciones de honestidad, de suerte que oculta sus desdenes con las rosas que engalanan sus mejillas; bien así como vemos en las horas frescas de la mañana a la naciente aurora, mezclando y confundiendo el sonrosado del enojo con el de la vergüenza. Mas si observa en sus ademanes que alguno intenta descubrirle sus deseos, ya le evita y le huye, ya le permite que hable, y sabe al propio tiempo contenerle. Así, fatigándole en la mañana con vanos engaños, le abandona por la tarde sin esperanza cual cazador que pierde por la noche la huella de la presa que persiguió todo el día.

Tales fueron los artificios con que logró Armida subyugar a tantos corazones; tales las armas con que los rindió y avasalló al amor. ¿Qué tiene de extraño que el fiero Aquiles, y Hércules y Teseo fuesen esclavos de aquel dios, si logró prender el impío entre sus redes hasta a los campeones de la cruz?



CANTO QUINTO

Gernando, irritado de ver a Reinaldo aspirar a la dignidad que él pretende, es causa de su propia muerte; el hijo de Bertoldo le mata en desafío y huye del campamento. — Armida parte satisfecha, y Bullón recibe nuevas alarmantes de sus naves.

MIENTRAS de este modo la insidiosa Armida enciende a los caballeros en la llama de su amor, y confía llevar consigo no sólo los diez guerreros que le han sido prometidos, sino muchos otros, piensa Godofredo a quién encargará la dudosa empresa que debe guiar aquélla, dudoso y perplejo ante el número y esfuerzo de los aventureros (46), y el deseo que alienta en todos de tomar parte en ella.

Mas, en fin, dispone con previsior intento que nombren por sí mismos un sucesor del magnánimo Dudón, y que éste proceda a la elección de los diez; al mismo tiempo dará así

(46) Tasso ha hablado muchas veces de las compañías de *Aventureros*, manifestando con esto cuán impuestado estaba del espíritu de su época, llena de la fama de los *Condottieri*. En la Edad Media los ejércitos se componían de señores feudales y de nobles sin alodios. Los caballeros que no tenían más patrimonio que sus armas se reunían bajo una enseña distinta, y eran los que se llamaban *Aventureros*. Vivían independientes bajo el mando de un jefe elegido por ellos mismos, ocupando en los combates los puestos más peligrosos, y marchando siempre a vanguardia y a la descubierta. Estos temibles guerreros sembraban por todas partes el terror y la devastación, llevándolo todo a sangre y fuego. Son innumerables las hazañas que llevaron a cabo en Palestina: cuando debía requisarse ganado o tenía que darse un golpe atrevido se encargaban de ellos los *Aventureros*, los cuales salían casi siempre airosos de la empresa. Esta institución, tan útil en tiempo de guerra, era una carga pesadísima para el pueblo en la paz, pues entonces vivían de lo que robaban a los campesinos, para quienes eran una plaga perpetua, y más de un antiguo cronista se queja con amargura de las tropelías y exacciones de esas tropas sin disciplina.

una prueba a aquel escuadrón escogido del aprecio que justamente le merece.

Llámales, pues, a su presencia y les dice: «Ya oísteis mi parecer, que era no rehusar todo auxilio a esa joven, sino prestárselo en ocasión más oportuna. Ahora os lo vuelvo a proponer, esperando que tal vez lo aprobaréis al presente, que, en este mundo inconstante y ligero, está muy a menudo la constancia en cambiar de dictamen. Mas si creéis aún que sienta mal a vuestro estado evitar el peligro; si vuestra generosa audacia desprecia mis consejos por demasiado cautos, no os detendré a pesar vuestro ni os retiraré la palabra que os he dado, pues quiero que mi imperio sobre vosotros sea dulce y moderado, cual debe serlo.

»Pláceme, pues, que el iros o el quedaros dependa de vosotros mismos; pero quiero que antes nombréis un sucesor al capitán que habéis perdido, el cual sea vuestro guía de entre vosotros; diez no más; haga en lo demás lo que mejor le parezca; en esto mando yo.»

Así dijo Godofredo, y su hermano le respondió por todos de esta suerte: «De la misma manera que te sienta bien, como caudillo, la prudencia que prevé los riesgos, así está bien en nosotros, y se tiene derecho a exigirnoslos, el vigor del espíritu y del brazo. Una cautela previsora que es virtud y prudencia en un jefe, en nosotros sería cobardía. Y puesto que el peligro pesa muy poco en comparación del provecho y alto honor que nos espera, irán, si lo permites, los diez que fueron elegidos, a auxiliar a la joven en tan hermosa empresa.» Así concluye, procurando ocultar con el manto del celo la pasión que inflama su pecho, mientras que sus compañeros por su parte ocultan los deseos del amor bajo los deberes de caballeros.

Mas el joven hermano de Bullón que mira con celos al hijo de Sofía, y que contempla con envidia su valor y las gracias de su cuerpo, no quisiera tenerle por rival. A este fin, inspirado por sus celos que le sugieren tal astucia, llámale aparte y comienza a hablar con él con estas lisonjeras razones.

«¡Oh tú — le dice —, de un magnánimo padre hijo más grande aún, el primero y más joven de los guerreros!, ¿quién osará ser elegido capitán de la valerosa tropa a que los dos pertenecemos? Yo que tan sólo obedecía al famoso Dudón por respeto a su edad, yo hermano de Godofredo, ¿a quién me sujetaré en adelante? A nadie, fuera de Reinaldo.

»Tu nobleza iguala a la de los demás y me aventajas en

gloria y en mérito; el mismo Bullón no se desdenaría de cederte la palma de los combates. Sé, pues, nuestro jefe; así lo deseo, a menos que prefieras — lo que no creo —, ser campeón de esta princesa. Siempre, en efecto, has despreciado las hazañas en que se nos ofrece un alto honor, como has despreciado las celadas nocturnas.

»Aquí tendrás ocasiones de lucir tu valor con mayor fama; yo decidiré a mis compañeros, si te agrada, a que te concedan el honor supremo; mas porque no sé todavía dónde se inclina mi corazón perplejo, sólo reclamo de ti que me des libertad para seguir a Armida o para combatir a tu lado.»

Así dijo Eustaquio, y al pronunciar estas últimas palabras, cubrióse su rostro de rubor. Reinaldo leyó en su frente el pensamiento que se esforzaba el otro en ocultar, y se sonrió; los dardos del amor habían alcanzado apenas su corazón, y no se impacientaba porque tuviese rivales ni ponía empeño en formar en la expedición.

Tiene impresa en la memoria la cruel muerte de Dudón, y cree ser para él un deshonor el que sobreviva tanto tiempo a su víctima el feroz Argante. Agrádanle, sin embargo, las palabras de Eustaquio en cuanto lisonjean su vanidad, y su tierno corazón se regocija en el dulce acento de las alabanzas.

«Más que conseguir — le responde —, deseo merecer los primeros grados, puesto que no debo envidiar el cetro para que me dé honor. Pero ya que llamas a esta dignidad, y que crees que se me debe, no la rehuso, pues me place esta prueba del aprecio que hacéis de mi valor.

»Yo no rehuso ni solicito; pero si soy el jefe serás tú uno de los diez.» Déjale entonces Eustaquio, y va ganando a su voluntad los intentos de sus compañeros. Mas el príncipe Gernando aspira asimismo a la alta dignidad; le han alcanzado también a él, es cierto, los dardos de Armida, pero puede más en su corazón la sed de honores que el amor a una hermosa.

Desciende Gernando de los reyes noruegos, cuyo Imperio se extiende a muchas provincias; las coronas y los reales cetros que poseyeron su padre y sus abuelos le tornaron soberbio (47), al paso que Reinaldo se muestra más orgu-

(47) El nombre de Gernando ha sido inventado por el poeta, pues no se encuentra en ninguno de los anales noruegos. En el siglo IX es aún todo obscuridad en la historia de Noruega, efecto de la continua ausencia de sus reyes, quienes, impelidos de su afición a las expediciones marítimas, abandonaban sus propios Estados para correr tras los ries-

lloso de sus propias hazañas que de las de sus antepasados, a pesar de que por más de cinco lustros fueron tan célebres en la paz como grandes en la guerra (48).

gos de la navegación, favoreciendo de esta suerte la elevación de pequeños monarcas independientes, los cuales gobernaban cada uno una porción de la Escandinavia. Es imposible decir cuál fuese el verdadero nombre del jefe noruego que concurrió a la primera cruzada, pues no se hace mención de él en las crónicas de los francos ni en los historiadores árabes, ni aun en el mismo Torfeus en su grande obra sobre aquel reino. Como todos aquellos hombres de la raza del Norte eran aventureros, nada tiene de extraño que se les encuentre también en los ardientes desiertos del Asia. ¿No habían sus antepasados, en el siglo XI, invadido las Galias, estableciéndose en la Neustria, y comunicado a la Europa Meridional su libertad y energía? Más tarde conquistaron Nápoles y Sicilia, acaudillados por Roberto Guiscard, e Inglaterra bajo el mando de Guillermo el Conquistador. Las costumbres de los escandinavos y daneses favorecían el gusto por las peregrinaciones, y este amor a los viajes y a las expediciones lejanas ha contribuido poderosamente a formar el espíritu de las Cruzadas, que fué una de las causas principales de la civilización europea. No debe, pues, extrañar ver a un príncipe de Noruega bajo las tiendas de los francos en el sitio de Jerusalén. El retrato que nos da de él Tasso, ese carácter ardiente y vengativo que le atribuye, no se aparta de la verosimilitud histórica. El valor era la cualidad más destacada de los escandinavos, los cuales despreciaban la muerte con una serenidad que rayaba casi en fanatismo. Ese valor era para ellos lo mismo que honor y que justicia, y se lo inspiraban desde niños con una educación enteramente guerrera. Se ejercitaba a los jóvenes en los combates singulares, y apenas estaban en estado de llevar las armas cuando se les agregaba a la asociación política y militar; así es que miraban la muerte con el mayor desprecio. Sajón el Gramático, describiendo un duelo, dice que uno de los combatientes *cayó, se echó a reír y murió*. Domina en todas sus acciones el espíritu caballeresco, y no queremos terminar esta nota sin transcribir la célebre oda del rey Harald, el valiente, a fin de dar una idea de los sentimientos que animaban a estos feroces guerreros del Norte: «Yo he peleado con la espada con los pueblos del Drontheim — exclama el héroe noruego —: sus tropas eran superiores en número a las mías, y el combate fué sangriento: yo dejé a su joven rey muerto en el campo de batalla; y sin embargo, ¡una hija de Rusia me desprecia! — Yo sé hacer toda clase de ejercicios: peleo como valiente; me mantengo firme a caballo; estoy acostumbrado a nadar; sé correr sobre el hielo y lanzar la jabalina y manejar los remos; y sin embargo, ¡na hija de Rusia me desprecia! — ¿Puede negar esta joven que el día en que apostado cerca de la ciudad en el país del Mediodía combatía a mis enemigos, me sirviese con valor de mis armas y que dejase allí gloriosos monumentos de mis hazañas? ¡Y sin embargo, ella me desprecia!» (Torfeus, *Historia de Noruegiae*, t. 2. — Bartholin, *Causa mortis contempta a Danis*, lib. I, cap. 10.)

(48) Los cronistas nombran a dos personajes llamados Reinaldo que concurrieron a la primera cruzada. El uno, Reinaldo II, conde de Borgoña, murió en el sitio de Antioquía, sin que ofreciese su vida nada de particular. El otro era un capitán italiano, mas no ciertamente el que quiso designar Tasso, pues hizo traición al ejército de los cruzados

Mas el bárbaro príncipe que todo lo pesa por el oro y lo mide por la extensión de sus dominios, y para quien no vale nada la virtud si no la ennoblece un título real, no puede sufrir que ose declararse su rival un simple caballero, y de tal suerte se deja arrebatar de su cólera que traspasa los límites de la razón.

El maligno espíritu infernal, viendo que la ira le abre tan espacioso camino, se desliza en el seno del guerrero, y por medio de la lisonja logra dominar sus pensamientos, encona más y más su enojo y cólera; hace que resuene de continuo en su alma una voz que le habla de esta suerte:

«Reinaldo es tu rival: ¡y qué! ¿valen acaso tanto como los tuyos sus nobles ascendientes? Enumere ese que osa llamarse tu igual los pueblos que le prestan tributo o que le sirven; muestre sus cetros, y compare en dignidad real a sus antepasados con los tuyos. ¡Ah! ¡que a tanto se atreva un

y renegó de su fe en 1097. Sólo habla de él Roberto el Monje, y aun con indignación: «Cuando Pedro el Ermitaño llegó con los suyos a Constantinopla, encontró reunidos allí a muchos lombardos y otras gentes de varios y remotos países, los cuales, como no tenían ningún príncipe discreto y prudente a su cabeza, cometían toda clase de excesos, destruían los templos y los palacios de las ciudades, arrebatában cuanto encontraban en ellos, arrancaban los plomos que cubían las iglesias y los vendían a los griegos, por lo que irritado el emperador Alejo les despidió de la capital y de su reino. Cuando estuvieron un poco lejos de la ciudad eligieron un jefe llamado Reinaldo, y después de haber andado tres días errantes se adelantaron hasta la ciudad de Nicea. Llegaron a un castillo llamado *Exerogorogo* (Ana Comeno lo llama *Xerigordon*) que habían desocupado poco antes los turcos por temor a los francos. Pronto volvieron a presentarse aquéllos en mayor número y cayendo de improviso sobre Reinaldo y los suyos mataron a muchos de ellos. ¿Qué más diré? Los cristianos se vieron privados de agua, sin quedarles más recurso que la muerte. Entonces Reinaldo, su jefe, se alió secretamente con los turcos, prefiriendo conservar una vida temporal que morir por Jesucristo. Puso sus tropas en orden de batalla y fingió una salida contra los infieles; mas apenas estuvo en el campo se pasó a ellos con varios de los suyos. Infame y miedoso caballero, exclama el cronista, que tan cobardemente peleó por el reino de Dios, y que estando sano y bien apercebido y armado renunció a la fe de Jesucristo: bien mereció que se desvaneciese para él la gloria eterna y que cayese en poder del diablo.» (*Rob monach*, lib. I.)

Así, pues, no puede creerse que Tasso sacase la idea de su Reinaldo del Reinaldo de las crónicas, prototipo de la traición y de la cobardía. El héroe del poeta es sin disputa un recuerdo de los libros de caballerías, de Reinaldo de Montalbán salido de la estirpe de Aymon, de la gran familia meridional, y enemigo implacable de la raza alemana representada por Ganelón de Maguncia. Tasso pone a Gernando el noruego en presencia de Reinaldo el italiano con la espada en la mano, cual si hubiese querido simbolizar con esto la lucha continua, y que no debe cesar sino con el mundo, de la raza del Norte con la del Mediodía.

caballero de indigno estado, nacido en la esclava Italia! Vencedor o vencido, te humilló desde el momento en que osó compararse contigo. ¿Qué dirá el mundo? Dirá, y esto ya es mucho honor para Reinaldo, que se presentó a rivalizar con Gernando; dirá que si podía darte gloria y esplendor el alto grado que Dudón ocupara, perdió su valor desde que aquél lo ha pretendido. Y si Dudón en el Cielo nos contempla, como no dudo, ¡cómo se abrasará en ira al poner los ojos en este orgulloso y al pensar que un rapaz sin experiencia se atreve a parangonársele, despreciando con temerario arrojo su edad y sus virtudes!

»Y, no obstante, osa a tanto y reporta por ello honores y alabanzas en vez de castigo; ni falta ¡oh vergüenza! quien se lo aconseja, le alienta y hasta le aplaude. Mas si Godofredo ve y tolera que se te defraude lo que se te debe, no lo sufras, pues no debes sufrirle, y haz ver a todos lo que puedes y quién eres.»

Crece con esto el fuego de su ira, cual la llama de una antorcha sacudida al viento, y no cabiendo ya en su hinchado corazón, se exhala por los ojos y los labios. Publica en deshonra de Reinaldo cuanto cree ver en él de reprehensible y despreciable: fíngele soberbio y vano, y llama a su valor temeridad y locura. Infama y condena, oscureciendo la verdad con la mentira, cuanto brilla en él de magnánimo, de altanero, de grande y de ilustre. Tanto lo publica que sus palabras llegan a oídos de su rival; pero nada basta a desahogar o refrenar el ciego enojo que le arrastra a la muerte. El maligno espíritu que mueve su lengua y le inspira sus palabras, hace que renueve sin cesar sus injustos ultrajes dando pábulo a su pecho inflamado.

Hay en medio del campo una espaciosa plaza donde se reúne lo más escogido del ejército, y donde, en torneos y justas, ejercitan sus fuerzas los guerreros. Allí, y cuando la reunión es más numerosa, Gernando, siguiendo su destino, acusa a Reinaldo y vuelve contra él su lengua infectada de un veneno infernal como un dardo punzante. Reinaldo, a su lado escuchándole, no puede reprimir ya más su enojo. «Mientes» — le grita —, y se precipita contra él con el acero en la mano.

Su voz sonó como un trueno, y el acero fué el resplandor que anuncia y precede al rayo. Tembló Gernando, no viendo medio alguno para huir la muerte inevitable que le amenaza; se halla, empero, en presencia de muchos; se esfuerza

en fingir valor e intrepidez, desnuda el acero y aguarda de frente a su enemigo.

Casi al propio tiempo viéronse brillar mil espadas; de todas partes acuden hacia allí los soldados; se empujan, se aprietan en torno al héroe; gritos, voces airadas, amenazas, flotan en el aire en confuso rumor semejante al que se eleva en una playa cuando el ruido del viento se confunde con el fragor de las olas.

No bastan, empero, las palabras a apagar la ira y el furor del ofendido guerrero. Desprecia los gritos, los obstáculos y todo cuanto le cierra el paso; sólo piensa en vengarse. Lánzase por entre los caballeros y las armas, haciendo girar su fulminante espada, ábrese paso y se presenta a Gernando solo, y a pesar de los muchos que le defienden.

Dueño siempre de sí, no obstante la cólera que le arrebatara, golpea a su rival con la espada; ya procura alcanzarle en el pecho, ya en la cabeza, ya en el costado diestro, ya en el siniestro. Su brazo fuerte y rápido engaña al arte y a los ojos, y se mueve de tal suerte que llega y hiere de improviso donde menos se espera.

Hunde, por fin, su espada en el pecho de su enemigo y la vuelve todavía a hundir. Cae el desventurado, y por su doble herida se escapan su alma y su sangre. El vencedor, sin detenerse a mirarle, vuelve a la vaina su espada ensangrentada, y se aleja de allí, sin ira en el corazón, satisfecho de su venganza.

El piadoso caudillo, atraído por el tumulto, ve aquel espectáculo triste e inesperado; contempla a Gernando en el suelo, con la muerte pintada en su semblante y los cabellos y el manto cubiertos de sangre; oye los suspiros, los murmullos y el llanto con que lamentan muchos la muerte del guerrero, y pasmado pregunta: «¿Quién, donde es más vedado, se atrevió a tanto, audaz?»

Arnaldo, uno de los más queridos del príncipe difunto refiere el hecho, exagerando sus circunstancias. Dice que le mató Reinaldo, movido por una leve causa y por un pueril enojo. El hierro que ciñera para defender a Jesucristo ha sido, según él, empleado contra uno de sus campeones, con menosprecio de la autoridad y de las órdenes del caudillo.

«Y pues es reo de muerte — prosigue —, debe ser castigado conforme a tus edictos, ya porque el hecho es en sí mismo grave, ya porque se ha llevado a cabo en este sitio. Si se lo perdonas, todos los demás seguirán su ejemplo, y el

que se crea ofendido querrá ejercer por sí mismo una venganza que pertenece a la justicia. Con este motivo germinarán doquier las discordias y querellas.» Evocó después las virtudes del difunto, y cuanto puede despertar la compasión o el enojo; mas Tancredo contradijo sus razones defendiendo con valor la causa del culpable. Godofredo les escucha a ambos, pero su faz severa inspira más temor que confianza.

«No olvides, señor — añade Tancredo —, quién es Reinaldo y cuánto vale; recuerda cuánto honor se le debe por sí mismo, por su noble y real estirpe y por Güelfo, su tío. Los castigos de un jefe no deben ser iguales para todos: una misma falta es mayor o menor según quién la cometa, y la igualdad es justa únicamente con los iguales.»

«El más humilde — responde el capitán —, aprende a obedecer del más poderoso. Mal me aconsejas, Tancredo, y mal me juzgas, si pretendes que autorice la licencia de los grandes. ¿A qué se reduciría mi autoridad si sólo mandase en un populacho despreciable? Si me confiasteis con esta condición ese cetro impotente (49), ese imperio vergonzoso, desde ahora renuncio a él. Me lo entregasteis libre y respetado y no sufriré que nadie lo envilezca. Cuando sea necesario sabre distribuir las penas y recompensas, y guardar las leyes de la igualdad con grandes y pequeños.» Así dijo, y Tancredo, cediendo al respeto, no responde a sus palabras.

Raimundo, imitador de la severa y rígida antigüedad, aplaude sus razones: «De esta suerte — le dice —, el que gobierna se hace respetar de sus súbditos; la disciplina se relaja si el culpable obtiene el perdón en vez del castigo. Caen los reinos y se desvirtúa la clemencia cuando no tienen el temor por base.»

Así razona; Tancredo recoge sus palabras, y sin detenerse más, con rápido galope, dirige el caballo hacia donde se encuentra Reinaldo, el cual, tras haber arrancado a su enemigo el orgullo y el alma, se había retirado a su tienda.

Tancredo está ya en la tienda, saluda al guerrero, y le repite cuanto se ha dicho sobre él, y termina con estas palabras: «Si bien el semblante no es siempre un veraz testigo de lo que pasa en el corazón, puesto que el pensamiento de los mortales se oculta en un abismo profundo, me atrevo a afirmar por lo que vi en Godofredo y por lo que dejó adi-

(49) El cetro, empleado aquí como símbolo de autoridad, pues que Godofredo no podía llevarlo.

vinar en sus palabras, que pretende confundirte con los reos vulgares y someterte al rigor de la ley.» Reinaldo se sonrió, mas a través de su sonrisa brilla su indignación, y dice: «Defiendan su derecho desde los hierros los esclavos o los que merecen serlo. Libre nací y viví, y moriré libre (50), sin que jamás sujeten indignos lazos mis pies o mis manos. Mi brazo acostumbrado a manejar la espada y a conquistar laureles, rechaza las viles cadenas. Mas si Godofredo, como recompensa a mis servicios, quiere encerrarme en infame prisión como a un vulgar criminal, que venga o que envíe a sus fieles; les aguardo a pie firme. La suerte y las armas decidirán la contienda, y ofreceremos a nuestros enemigos el espectáculo de un sangriento drama.»

Así diciendo, pide las armas y ciñe su cabeza y su cuerpo de finísimo acero; embraza con la izquierda el ancho escudo y cuelga de su costado la fatal espada. Su rostro magnánimo y augusto deslumbra a través de las armas cual el rayo, y se parece a Marte cuando, cubierto de hierro y ceñido de horrores, desciende del quinto cielo.

Tancredo, en tanto, procura ablandar su airado pecho: «Joven invicto — le dice —, sé que tu aturdimiento allana cualquier empresa por difícil que sea; sé que tu valor se muestra más sereno en medio de las armas y el terror de los combates; mas no permita Dios que hoy lo ostentes de una manera tan cruel en nuestro daño. Dime, ¿qué piensas hacer? ¿Querrás manchar tus manos con la sangre de tus compañeros y herir a Jesucristo, de quien son miembros, con las llagas que en ellos abrieras? ¿Podrán más en tu ánimo un honor perecedero y los humanos respetos que vienen y se van, como las olas del mar, que la fe y el amor de una gloria inmortal en el Cielo? ¡Ah, no, por Dios! Triunfa de ti mismo y despójate de tu orgullo y de tu ira. Cede, no por temor, sino por una santa voluntad, pues cediendo conquistas una corona; y si el ejemplo de mi juventud puede servir a los demás, te diré que también yo fuí provocado, y me contuve y no esgrimí mis armas contra los fieles.

»Cuando conquisté el reino de Cilicia y desplegué en él

(50) Aquí es fuerza recordar que en la época en que vivía Tasso, Italia era un cuerpo político dividido en pequeños Estados más o menos libres y en repúblicas populares. Algunos libros de ideas adelantadas y de doctrinas democráticas habían dado un empuje a las opiniones del pueblo; y así es que Tasso pone las ideas contemporáneas en boca de Reinaldo, su héroe favorito.

el estandarte de la cruz, llegó Baldovino, y usurpó mi conquista valiéndose de medios indignos. Engañóme dándome mentidas pruebas de amistad para que no pudiese sospechar de su doblez; no intenté, empero, recobrar mi conquista con las armas, a pesar de que acaso podía lograrlo.

»Mas si rehusas la prisión y las cadenas como un peso infame, y pretendes seguir las opiniones y costumbres que aprueba el mundo como leyes de honor, deja que te disculpe con Godofredo y vete a Antioquía con Boemundo, pues creo prudente que te pongas en seguridad contra el primer impulso de tus jueces.

»Pronto vendrá contra nosotros la hueste de Egipto u otros enemigos, y entonces brillará más tu extremo valor cuando lo echemos de menos; sin ti nuestro ejército se mostrará débil como cuerpo privado del brazo o de la mano.»

Mientras hablaba así llegó Gúelfo, quien aprobó el consejo y mandó a Reinaldo que se alejara sin tardanza.

La soberbia mente del osado joven cede por fin y se rinde al consejo, de tal modo, que promete partir del campamento al instante. Entre tanto, van llegando sus amigos y todos quieren y ruegan que les permita acompañarle; les agradece el héroe su deseo, monta a caballo y se aleja siguiendo tan sólo de dos escuderos.

Parte llevando en su corazón un deseo de eterna e inmarcesible gloria, que es como un aguijón para su pecho. Sueña con realizar las más arriesgadas empresas, hazañas nunca imaginadas. Irá en busca de sus enemigos; se cubrirá de palma c de ciprés en defensa de la fe, por la que lidia; recorrerá el Egipto y penetrará hasta donde oculta el Nilo su ignorado origen (51).

Gúelfo, apenas se hubo despedido del animoso joven, corre sin detenerse adonde espera encontrar a Godofredo, el cual al verle, levantando la voz: «Gúelfo — le dice —, estaba preguntando por ti en este instante, y he enviado a algunos de nuestros heraldos a distintos puntos para que te buscasen.»

Manda luego a los demás que se retiren, y prosigue en voz baja de esta suerte:

«En verdad, Gúelfo, tu sobrino se deja arrebatar demasiado por los primeros ímpetus de su enojo, y no creo que

(51) El origen del Nilo era todavía desconocido y tenía algo de misterioso en el siglo XVI; muchos libros de caballerías colocan el paraíso terrestre cerca de las fuentes de aquel río.

en esta ocasión pueda alegar ninguna excusa de su delito; bien quisiera que pudiese hacerlo, mas interin no lo haga, Godofredo vuestro caudillo, será igualmente justiciero para todos. Será custodio y defensor en todo caso de lo que és legitimo y justo, conservando siempre libre el corazón de mezquinas y tiranas pasiones. Ahora bien, si es cierto, como algunos dicen, que Reinaldo se vió obligado a violar las leyes y el honor de la disciplina, sométase a mi juicio y demuéstrello.

«Venga libre, que es cuanto puedo conceder a su mérito; mas si se muestra reacio y desprecia mis avisos, pues conozco su indomable orgullo, haz lo posible para conducirlo a mi presencia y que no fuerce a un varón moderado y lento en el obrar a ser, como es justo, vengador severo del Imperio y de las leyes ultrajadas.»

«Un alma exenta de infamia — responde Güelfo —, no puede escuchar palabras afrentosas sin rechazarlas; si Reinaldo dió muerte a su agresor, ¿quién hay que sepa poner límites a una venganza justa? ¿Quién hay que cuente los golpes y mida y pese la ofensa, mientras arde el combate? Tú reclamas que someta al joven a tu suprema justicia; mas duéleme que no pueda obedecerte, pues huyó al momento lejos de los reales. Sin embargo, yo me ofrezco a probar con este brazo a cualquiera que le acuse falsamente o que infame su nombre, que él vengó con razón el injusto ultraje.

«Con razón, repito, abatió el altanero orgullo del presuntuoso Gernando, y si en algo faltó fué únicamente en haber olvidado tus órdenes, que bien me pesa, y en esto no procuro excusarlo.»

Calló, y dijo Godofredo: «Pues que vague errante y lleve la discordia a otra parte; mas no esparza aquí las simientes de nuevas querellas; cese, cese, por Dios, toda contienda.»

Entre tanto, la artificiosa Armida no deja de procurarse el socorro prometido; pasa el día rogando, pone en juego cuanto pueden el arte, la astucia y la belleza; mas cuando la noche extiende su obscuro manto sobre los últimos resplandores del día, se retira a su apartada tienda acompañada de dos caballeros y de dos matronas.

Es maestra en engaños y finge modales graciosos y cortes palabras, pero es a la vez tan hermosa, que antes ni después de ella ha criado el Cielo otra que pudiese igualársele. Con sus encantos tiene presos en fuertes lazos de amor a los héroes más famosos del campamento; sólo el piadoso Godo-

fredo ha logrado triunfar de sus seducciones. En vano intenta ella cautivarlo; en vano quiere adormecer sus sentidos y despertar amor en su pecho. Cual ave no hambrienta que no se cuida de acudir donde la convidan con el cebo, así Godofredo, saciado del mundo, desprecia sus frágiles placeres, y sólo aspira a las delicias del Cielo, tornando vanas cuantas asechanzas le tiende el amor en el hermoso rostro de Armida.

Nada bastó a desviarle del sendero que Dios señala a sus santos pensamientos. En vano prueba ella todos los artificios, y, cual nuevo Proteo, se le aparece bajo mil formas distintas. Sus dulces ademanes, sus facciones hubieran abrasado de amor a los corazones más fríos; pero, por la gracia divina, Godofredo hace inútiles todos sus esfuerzos y hasta le quita el deseo de persistir en sus intentos.

La bella Armida, que creía inflamar los corazones más castos con una sola mirada, depone ahora su vana soberbia, y se enoja, y apenas cree en su derrota. Resuélvese en fin a llevar sus esfuerzos adonde encuentre menos resistencia, cual capitán que abandona el ataque de una ciudad inexpugnable para llevar la guerra a otro lugar.

El corazón de Tancredo no se muestra menos invencible contra los dardos de la hermosura. El amor que le domina no deja lugar en su pecho a un nuevo ardor, pues de la misma manera que un veneno rechaza otro veneno, así un amor excluye a otro amor. Sólo a éstos no rindió: los demás, quién más quién menos, se abrasaron todos en el fuego de sus miradas.

Se duele ella de que sus artes y designios no hayan alcanzado un triunfo completo, mas se consuela en parte viendo que ha prendido en sus redes tantos y tan nobles héroes. Antes que se descubran sus engaños medita ahora conducirlos a un lugar más seguro, donde poder atarlos con otras cadenas bien diferentes de las que les sujetan ahora.

Llegado el término prefijado por el capitán para darle socorros, Armida se acerca a él reverente.

«Señor — le dice —, ha pasado ya el día en que debías cumplir tus promesas, y si por desgracia llega a saber el tirano que he venido a implorar tus auxilios, reunirá sus fuerzas para la defensa, y nuestra empresa no será ya tan fácil. Así, pues, antes que la incierta voz de la fama o sus espías le den esta nueva, escoja tu piedad un corto número entre los más bravos de tu ejército y envíalos conmigo; y si el Cielo no mira con airados ojos las obras de los mor-

tales; si no se olvida de la inocencia, seré repuesta en mi trono y mi reino te prestará tributo tanto en la paz como en la guerra.»

Así dijo, y el capitán concede a sus razones lo que no puede rehusarle, si bien apresurando aquélla su partida le obliga a hacer la elección por sí mismo. Todos los caballeros reclaman con ardor no acostumbrado formar parte de los que la acompañan, y la emulación que se despierta en ellos les hace más importunos en pedirlo.

Armida, que ve sus corazones inflamados en el amor, discurre nuevos intentos, y les aguija más y más con el punzante dardo del temor y de los celos, pues sabe que sin ellos acaba el amor por debilitarse y volverse lento y perezoso, de la misma manera que afloja en su velocidad un caballo si otro no le sigue o no se le adelanta.

Y de tal suerte va repartiendo sus palabras, sus miradas seductoras y su dulce sonrisa, que cada cual envidia la dicha del otro y a un mismo tiempo espera y desconfía. La loca turba de los amantes, hechizada por sus falaces encantos, se lanza tras ella sin rubor ni freno, desoyendo incluso los consejos y los mandatos del caudillo.

Godofredo quiere contentar a todos, pues no se siente inclinado a favor de nadie; mas el loco devaneo de los caballeros le enciende tan pronto en ira como en vergüenza, y viéndolos obstinados en su deseo, toma una nueva resolución para concertarlos. «Escríbanse — dice —, los nombres de todos y puestos en un vaso échense suertes.»

Al punto escribe cada cual su nombre, y puestos todos y revueltos en una pequeña urna, empieza el sorteo. El primer nombre que salió fué el de Artemidoro, conde de Pembrocia; luego se oyó leer el de Gerardo, a los cuales siguió el de Wenceslao; Wenceslao, tan grave y prudente poco antes, es ahora un niño con canas o un viejo con amores impropios de sus años.

No pueden los elegidos disimular su alegría, y muestran en sus ojos el placer que inunda su pecho viendo que la fortuna segunda sus deseos, mientras que los demás, cuyos nombres giran aún en la urna, pendientes de los labios del que los publica, no pueden ocultar los celos que les devoran y la agitación que turba sus pechos.

Guasco salió el cuarto. A éste sucedió Ridolfo, y a Ridolfo, Olderico. Luego se nombró a Guillermo de Rosellón, y al bávaro Eberardo y a Enrique el Franco. El último fué

Raimbaldo (52), quien más tarde renegó de la fe y pasó a ser enemigo de Jesucristo, ¡tanto pudo en él el amor! Raimbaldo cerró, pues, el número de los escogidos y excluyó a los demás.

Éstos, ardiendo en ira, en celos y en envidia, llaman cruel e injusta a la Fortuna, acusando al Amor, que permite que sea árbitro y juez donde él impera; y como es un instinto natural en el hombre el desear con mayor ardor lo que se le veda, disponen muchos, a despecho de la suerte, seguir a la hermosa cuando cierre la noche. Quieren acompañarla noche y día y exponer su vida peleando por Armida, la cual, a la vez que les rehusa, les invita a hacerlo con palabras entrecortadas y con dulces suspiros, y lamentándose con unos y con otros de que tenga que partir sin ellos. Entre tanto, se habían armado ya los diez y van a despedirse del caudillo Godofredo.

El prudente caudillo les llama aparte y les recuerda que la fe pagana es dudosa y ligera y prenda poco segura; les explica cómo deben huir de sus asechanzas y de los sucesos adversos; mas sus palabras es como si las diese al viento, pues nunca el amor escuchó los avisos de la prudencia. Despídelos por fin, y Armida parte sin esperar la nueva aurora.

Parte victoriosa, llevando consigo los rivales como en trofeo y casi prisioneros; la turba de amadores que no puede seguirla queda, entre tanto, entregada al dolor. Mas al venir la noche, cobijando con sus alas el silencio y los sueños errantes, muchos de ellos, movidos del amor, abandonaron secretamente el campo y la siguieron. Uno de los primeros fué Eustaquio, el cual apenas pudo esperar las sombras de la noche. Ahora corre veloz adonde le conduce un guía ciego por entre las ciegas tinieblas.

Anduvo errante toda aquella noche, mas al brillar los primeros albores del día encuentra a Armida y a su séquito en el pueblo que les había servido de albergue.

Apenas la ve se dirige hacia ella. Raimbaldo le reconoce por su insignia y le pregunta qué busca entre ellos y por qué viene. «Vengo — responde — a acompañar a Armida; a ser, si no me desprecia, su más celoso defensor y su más firme apoyo.» «¿Y quién te llama a tanto honor? — replica el otro —. Y él añadió: «El amor. A mí me escogió el amor,

(52) Tal vez Tasso pretendió aquí hacer alusión a ese Raimbaldo que existe en la galería de los trovadores del siglo XIII, uno de los más famosos cantores de la gaya ciencia y que fué tan atrevido como impío.

a ti la fortuna. ¿Quién fué llamado por más poderoso elector?»

«De nada te servirá — repuso Raimbaldo — este falso título y tus vanas astucias. La doncella real no sufrirá que te confundas, cual siervo ilegítimo, entre sus legítimos defensores.» «¿Y quién me lo estorbará?» — replica el impetuoso joven —. «Yo» — contestó Raimbaldo, enfrentándose con su rival. Eustaquio fué también hacia él con igual desdén y ardimiento. Entonces Armida, la tirana de los corazones, extiende la mano entre ellos y apacigua sus resentimientos, diciendo al uno: «¡Ah! no te pese que se aumente el número de tus compañeros y de mis campeones. Si deseas salvarme, ¿por qué me privas en tan gran necesidad de un nuevo apoyo?» Y dirigiéndose al otro: «Llega en buena hora — le dice —, ilustre defensor de mi honor y de mi vida; no quiere la razón, ni yo sufriré jamás que se desdeñe tan noble y cara compañía.» Y mientras habla van llegando a cada instante nuevos campeones. Vienen todos por diferentes lados, sin que el uno sepa nada del otro, y empiezan a mirarse de reojo. Armida los acoge con agrado, mostrándose alegre por su venida.

Apenas empezó a iluminarse el Cielo, Godofredo notó la ausencia de los caballeros, y su mente previsora se inquietó al punto por los futuros daños que les aguardaban. Llegó en aquel instante un mensajero cubierto de polvo, sin aliento, afligido, como hombre que trae noticias contrarias, y muestra escrito el dolor en la frente. «Señor — dice a Godofredo —, pronto cubrirá el mar la grande escuadra de Egipto. Guillermo, comandante de los navíos genoveses, me envía para que te la avise» (53).

(53) Cuando Tasso habla de los genoveses y de las provisiones que llevaban a los cruzados se mantiene dentro de la verdad histórica. Génova, la émula de Venecia, se hallaba ya en un estado floreciente cuando Magón, en el año décimocuarto de la segunda guerra púnica (205 antes de J. C.), se presentó con su armada en los mares de la Liguria. Difícil sería referir las vicisitudes que experimentó esta ciudad en tiempo de las invasiones de los bárbaros y daríamos más bien una fábula que una historia si quisiéramos referir las opiniones de los analistas modernos. El Caffaro, que escribió en el siglo XIII los *Anales de Génova*, los empieza a fines del XI, época de la primera cruzada. Los genoveses tomaron muy poca parte en las expediciones militares de los cristianos; mas sus flotas cargadas de vituallas seguían los movimientos de los cruzados y establecían factorías en todas partes donde aquéllos fundaban imperios. Todo el comercio se hacía entonces por Génova, Venecia, Marsella, Pisa y Amalfí, y los marineros del Mediterráneo iban a buscar sus géneros a Egipto o Palestina, donde casi todas aquellas ciudades tenían establecimientos mercantiles.

Después añáde que los caballos y camellos que venían desde las naves al campo cargados de vituallas habían encontrado obstáculos por todo el camino, y que sus conductores, asaltados de improviso por delante y por detrás por los ladrones de Arabia, habían sido muertos peleando o hechos esclavos, sin que escapase ninguno.

«La audacia insensata — continúa —, y la licencia de esos bárbaros errantes es tan grande, que se derraman por todas partes a manera de diluvio; por ello conviene que se envíe algunos escuadrones para intimidarles y guardar los pasos que conducen desde el mar de Palestina al campamento.»

La fama de esta noticia vuela al momento de boca en boca y el temor de un hambre que parece inminente siembra el desaliento entre los soldados. El prudente caudillo deja de ver en ellos el acostumbrado ardimiento y se esfuerza en consolarlos y devolverles el ánimo con su semblante tranquilo y sus palabras.

«Campeones de Jesucristo — exclama —, que habéis venido conmigo despreciando peligros y fatigas, y que nacisteis

Las pequeñas repúblicas de Italia prestaban inmensos beneficios a los cruzados con sus pactos mutuos. Ellos los abastecían de víveres, obteniendo en cambio no tan sólo el poco dinero que llevaban consigo los barones y caballeros, sino privilegios para comerciar en las ciudades de Siria. La mayor parte de los consulados, institución protectora en alto grado de los intereses comerciales, data de esta época de las Cruzadas. Los genoveses equiparon para el sitio de Jerusalén una flota de veintiocho galeras y seis buques mayores, y Godofredo, agradecido a sus servicios, les concedió la tercera parte de las plazas conquistadas. Encontramos un tratado hecho en la época de la primera cruzada entre los genoveses y los príncipes del reino de Jerusalén, digno de ser conocido. He aquí algunos de sus artículos: «Que en todas las villas y ciudades que son del dominio y están bajo el poder del rey de Jerusalén y de los que le sucedieran, tengan los genoveses su iglesia, su mercado, estufas y horno de poya para poseerlos por derecho hereditario y para siempre, libres de toda exacción. Que tengan tantos derechos y propiedades como su rey. Que si los genoveses quieren establecer en su calle horno, molinos o estufas, y tener en ella medida, anaje y aforo para vino, aceite y miel, pueden tenerlos, como también cocer, moler y lavar lo que les plazca. Además los genoveses no serán obligados por ningún motivo a pagar peajes, pontazgos, calzadas u otro subsidio o impuesto, cualquiera que sea, por la entrada y salida de las ciudades, por compra ni venta, ni por las obras que hiciesen o por el tiempo que permanecieran en dichas ciudades.» Leemos también en los estatutos de Marsella diversas cláusulas relativas a los viajes de los cruzados a Palestina, y entre ellas una que dice que todo capitán debe recibir a bordo de su buque, sin retribución, a cierto número de peregrinos; acto piadoso de desinterés a que no se negaba ninguno de los bravos marinos de aquel tiempo.

para reparar los males de la fe; vosotros que triunfasteis de los ejércitos persas, de la mala fe de los griegos, y que habéis desafiado los montes y los mares, el frío y las tempestades, el hambre y la sed, ¿temeríais ahora?

» ¿No confiaréis ya en el Señor que os condujo y sacó ilesos de peligros mayores, y temeréis desvíe de vosotros su mano clemente o sus piadosas miradas? Pronto llegará el día en que os complaceréis en recordar los trabajos pasados y en que dirigiréis vuestras ofrendas al Eterno. Entre tanto, conservad vuestro valor y guardaos para los prósperos sucesos.»

Estas palabras y el semblante tranquilo y jovial de Godofredo levantan los desmayados ánimos. Sin embargo, el caudillo, por su parte, abriga en su seno sombrías inquietudes y amargos cuidados, pensando cómo podrá alimentar a tantos pueblos en tan gran carestía, cómo resistirá a la armada de Egipto, y cómo, en fin, podrá reprimir y domar a los árabes saqueadores.

CANTO SEXTO

Argante desafía a los cristianos; el audaz Otón acepta el duelo, mas es vencido y hecho prisionero. — Tancredo empieza un nuevo combate que la noche viene a suspender. — Herminia sale de la ciudad para curar al caballero franco.

ENTRE TANTO, consuela y conforta a los sitiados una más dulce esperanza, pues a más de las vituallas ya existentes, les llegan en la obscura noche nuevas provisiones. Guarnecen los muros por la parte Norte de armas y máquinas de guerra, y su altura, espesor y solidez parecen asegurarles contra cualquier sorpresa o ataque (54).

Aladino hace levantar incesantemente las murallas por todas partes, y reforzar sus costados; ya brille el sol o las estrellas, ya la luna resplandezca en el obscuro cielo, se ve siempre a la gente ocupada en la misma tarea, mientras los armeros sudan y se fatigan en forjar de continuo nuevas armas. En medio de estos preparativos, impaciente, Argante se presenta al rey y le dice:

«¿Hasta cuándo nos tendrás prisioneros dentro de estos muros sufriendo un vil y largo asedio? Oigo resonar los

(54) El sistema de fortificación de las ciudades en la Edad Media era igual en Oriente que en Occidente, puesto que era imitada del de los romanos, y consistía en lo que se llama en términos técnicos una *camisa*, o sea una cerca de murallas flanqueadas de torres y torreones, en medio de la cual, sobre una elevación de tierra natural o artificial, alzabase la torre del homenaje que servía de refugio en un apuro y de última defensa. Los muros de la cerca no estaban tirados a cordel, sino que formaban varios recovecos a fin de coger a los enemigos de costado y hasta de espaldas desde los puntos salientes de los mismos, y las torres, que eran cerca de un tercio más altas que las murallas, formaban de trecho en trecho como otros tantos baluartes.

yunques y el ruido de los yelmos, escudos y corazas (55); mas ¿de qué sirve todo esto si, entre tanto, esos ladrones recorren a su placer los campos y las aldeas, sin que haya quien reprima su atrevimiento, sin que una trompeta vaya jamás a interrumpir su sueño? Nada turba o interrumpe sus comidas ni les molesta en sus alegres cenas, antes al contrario, pasan los largos días y las noches en completa seguridad, mientras que nosotros, tarde o temprano, si tardan en llegar los socorros de Egipto, obligados por el hambre y la necesidad habremos de entregarnos como vencidos o morir acorralados aquí como cobardes.

»En cuanto a mí, no sufriré jamás que una muerte sin gloria envuelva mi nombre en un oscuro olvido; no quiero que el nuevo sol de la mañana me encuentre encerrado todavía entre estas murallas. Disponga el hado de mi vida según está ya escrito en las estrellas; mas no haré que caiga sin gloria y sin venganza, y sin blandir la espada.

»Si, empero, no se ha apagado todavía la última chispa de tu antiguo valor, alimentaré la esperanza, no ya de perecer con honor en los combates, sino de salir de ellos vivo y vencedor. Marchemos juntos y valerosos contra nuestros contrarios y nuestro destino, pues sucede muchas veces que los más audaces son los mejores consejeros en el peligro. Mas si no tienes confianza en el extremado ardimiento ni te atreves a salir con tus escuadrones, haz al menos que sea terminada esta querrela por dos de tus guerreros. Y a fin de que el caudillo de los francos acepte más fácilmente nuestro reto, dile que escoja las armas y que fije a su gusto las condiciones del combate.

»No debes temer que por ningún azar se pierda la causa que yo defienda, si es que mi rival no tiene más que dos brazos y un alma, y por grande que sea su audacia y fortaleza. Mi brazo puede darte una victoria completa a despecho del hado y la fortuna; yo te lo doy en prenda; confía en él y salvarás tu reino.»

Calló, y repuso el rey: «Ardiente joven: si bien me ves

(55) La armadura de los sarracenos consistía entonces en la coraza, el escudo y la cota de malla. Los Cruzados trajeron de Oriente varias de las piezas de sus arneses. En Circasia, en Persia, y entre los guerreros árabes del desierto se encuentran usadas todavía las mismas armas que en la Edad Media. Las ruinas de Persépolis ofrecen también las figuras de guerreros cubiertos de armaduras, lo que hace suponer que ya se usarían en la más remota antigüedad.

llo de años, no es el hierro tan pesado a mis manos, ni tan tímida y vil mi alma, que prefiriese morir ignominiosamente a alcanzar una muerte ilustre y magnánima, si es que pudiese temer el hambre y las fatigas que me anuncias. ¡Lejos de mí tal infamia! Voy a revelarte un proyecto que oculto a todos. Solimán de Nicea, ardiendo en deseos de vengar en parte las ofensas que ha recibido, ha reunido las tribus de árabes errantes de la Libia y espera caer de improviso sobre los contrarios en la oscuridad, y socorrernos con armas y vituallas. Pronto llegará. No debe inquietarnos el ver a nuestras ciudades oprimidas y esclavas, con tal que logre conservar mi manto real y mi palacio (56). ¡Modera, por Dios, esta osadía y este excesivo ardor en que te abrasas, y espera una ocasión favorable a tu gloria y a mi venganza!»

Indignése el circasiano al oír el nombre de Solimán, cuyo émulo era hacía mucho tiempo, y más cuando escuchó que tanto confiaba en él el rey amigo. «Tú harás a tu gusto — le responde — paces o guerra; nada más tengo que decir. Retarda los combates, espera a Solimán y confía la defensa de tu reino a quien perdió el suyo.

»Venga a tu lado, cual un mensajero celeste, ese libertador del pueblo pagano (57), que yo espero bastarme a mí solo y únicamente en mi brazo confío para alcanzar la libertad. Ahora que todos descansan, permítame que baje a guerrear al llano. No iré, si quieres, como tu campeón, sino cual simple aventurero, y desafiaré a los francos a singular combate» (58).

(56) El poeta habla del manto y palacio real de Aladino como si se tratase de un monarca. Dijimos ya el nombre del emir que mandaba en Jerusalén y que no era más que un jefe militar muy poderoso, puesto que los emires pretenden descender de Mahoma y cifen turbante verde. Ni una vez sola se da en las crónicas con el nombre de *Rex*, al paso que se encuentra con mucha frecuencia el de *Almiraldus* (almirante).

(57) En nuestro sistema de traducción conservamos las palabras pueblo pagano, *popolo pagano*, empleadas por el poeta. Es inútil hacer observar que es imposible que Argante se sirviese de aquella expresión hablando de los sarracenos, como sinónimo de Creyente. El Tasso ha imitado también en esto a las crónicas que designan constantemente a los musulmanes con la común denominación de *pagani*. Puede decirse que esto era un recuerdo de las antiguas persecuciones del cristianismo, y por eso siempre que los fieles encontraban un enemigo le daban el nombre de pagano. Las crónicas se valen también de él al hablar de los árabes de España que hacían correrías por las costas del Mediterráneo, y la *Crónica de Saint-Denis* lo usa asimismo para designar a los normandos o escandinavos.

(58) La costumbre de los campeones se encuentra en todas las leyes

«Deberías reservar tu cólera y tu espada para mejor uso — responde Aladino —; no me opongo, sin embargo, si te agrada, a que desafiés a algún guerrero enemigo.»

Luego, sin vacilar: «Ve a encontrar a los francos — dice Argante a un heraldo —, y en presencia de todo el ejército haz conocer mi decisión al capitán. Dile que un guerrero, que tiene a mengua vivir encerrado entre estos muros, arde en deseos de manifestar con las armas en la mano a cuánto se extiende su pujanza; que está pronto a efectuar un duelo en el espacio que media entre las murallas y las tiendas, para dar una prueba de su valor, y que desafía al franco que más confíe en el suyo. Di que no sólo está dispuesto a pelear con uno o con dos, sino que aceptará al tercero, cuarto o quinto, sean de vil ralea o sean nobles. Solamente pide un salvoconducto, y que el vencido quede a disposición del vencedor, como es costumbre.»

Así dijo, y el heraldo se viste al momento la cota de armas en la que el oro enriquece la púrpura, y se dirige a Godofredo. Llegado ante el caudillo y en presencia de los barones, les habla así: «Señores, ¿le es permitido a un mensajero expresarse libremente en vuestra presencia?» «Sí — responde el capitán —: expón sin temor tu mensaje.» «Veréis ahora — replica aquél — si mi elevada misión os alarma u os place.»

Y en seguida propone el desafío con palabras magníficas y altivas. Las huestes intrépidas, indignadas, temblaron de cólera al escuchar sus razones. «Tu caballero acomete una arriesgada empresa — le contestó sin turbarse el piadoso Bullón —; y espero que le pesará pronto haberla intentado, sin necesidad de que se le presente un quinto adversario. Venga, pues: yo le ofrezco campo libre y seguro, y le prometo con juramento que saldrá a pelear con él, sin ventaja alguna, uno de mis campeones.»

Dijo, y volvióse el rey de armas por donde vino, sin retener el presuroso paso hasta haber dado la respuesta al orgulloso circasiano.

«Ármate sin tardanza, poderoso señor — le dice —: los cristianos han aceptado tu reto, y no sólo los guerreros más ilustres, sino que hasta los menos valientes se muestran de-

de la Edad Media. Cuando se trataba de decidir una causa por un combate judicial, se elegía un campeón por cada parte, atribuyéndose la razón al más fuerte.

seosos de medirse contigo. Vi ojos levantarse amenazadores y vi manos dispuestas a empuñar el acero. El capitán te concede lugar seguro.»

Así dice, y Argante pide su armadura. Se la ciñe con prisas, lleno de impaciencia por descender al campo. En tanto, dice el rey a Clorinda allí presente: «No es justo que tú te quedes y él se vaya. Escoge mil de nuestros guerreros para acompañarle y defenderle. Él se presentará solo en tan justo combate, y tú permanecerás con tu hueste un poco apartada de la liza.» Dicho esto, los soldados se armaron y salieron fuera de los muros, precedidos de Argante a caballo, cubierto con sus armas.

Extiéndese entre los muros y las tiendas un campo espacioso, tan lleno, igual, ancho y capaz que parecía hecho expresamente para palenque. El fiero Argante bajó allí solo y se detuvo a la vista de sus enemigos. Su gran corazón, su robusto cuerpo, su admirable fuerza infundían un fiero orgullo a su semblante. Así vió Flegra a Encélado; tal se mostró en el valle el gigante filisteo. Los francos, sin embargo, le miran sin temor, pues no conocen todavía la pujanza de su brazo.

El piadoso Godofredo no ha elegido aún el que debe combatir; mas todas las miradas se fijan en Tancredo, a quien declaran todos como el mejor entre los buenos. Con un amplio murmullo se manifiesta claramente el parecer de todos, y Godofredo lo aprueba con una mirada. Todos ceden al punto, y deja de ser un secreto la elección del piadoso caudillo.

—«Ve — dice a Tancredo —, sal al campo y reprime el furor de ese altanero.»

Orgulloso, radiante de satisfacción de haber sido elegido campeón para tal empresa, Tancredo pide a su escudero el corcel y su casco, y sale del campamento con muchos otros que le siguen (59).

(59) Tancredo era el verdadero tipo de los caballeros de su tiempo, y no conoció otras leyes que las de la religión y el honor. Los anales de la caballería no ofrecen un modelo más cabal. Su carácter, sin embargo, tal cual lo describe la historia, no arroja de sí el brillo poético y romancesco de la epopeya, de suerte que buscaríamos en vano en su vida algo que se pareciese a los amores de Clorinda. El padre de Tancredo, llamado Eudes u Odón, era siciliano, y las crónicas le dan el título de Marqués, que equivalía a la sazón a defensor de una marca o frontera. Emma, su madre, era hermana del normando Roberto Guis-

Aun no ha llegado al espacioso campo donde le aguarda Argante, cuando se ofrece a sus miradas la altiva amazona con su continente gracioso y peregrino. Su sobrevesta era más blanca que la nieve de los Alpes; tenía la visera levantada, y, puesta en una eminencia, se destacaba en toda su figura.

Tancredo ya no mira donde Argante levanta al Cielo su aterradora frente, sino que avanza con lento paso, con la vista fija en la colina donde está la guerrera. Luego se para, y queda inmóvil cual una roca. Su exterior de hielo oculta un corazón ardiente. Ansía sólo mirar y parece ya olvidado del combate.

Argante, que no ve a nadie que se prepare a medirse con él: «Yo he venido — grita — afanoso de combatir; ¿quién, pues, de vosotros osará adelantarse y luchar conmigo?» Tancredo, atónito y estupefacto, se para y nada oye. Otón entonces clava sus espuelas a su caballo y se lanza el primero a la desierta arena.

Era Otón el que había manifestado más vivos deseos de combatir contra el pagano; no obstante, había cedido este honor a Tancredo, y montó a caballo sólo para seguirle y acompañarle. Viendo que tiene ahora fija la mente en otra

cardo. Se ignora la época precisa del nacimiento de Tancredo, siendo igualmente desconocido el primer período de su juventud.

En 1096 acompañó a su primo Boemundo en su expedición a Palestina, distinguiéndose en el paso del río Vardari, y ahuyentando con un puñado de hombres a una infinidad de griegos que intentaban oponerse a la marcha de los cruzados. Mas donde mostró todo su valor fué en el memorable sitio de Antioquía preparando emboscadas a los turcos. Fué de los primeros en entrar en Jerusalén, y se apoderó de la mezquita de Omar y de las inmensas riquezas que encerraba. Cuando Godofredo fué coronado rey de aquella ciudad dió a Tancredo el principado de Tiberiades.

Baldovino, que sucedió a su hermano en aquel trono, tuvo violentas reyertas con Tancredo, efecto de los antiguos odios que existían entre estos dos caballeros. Después de la toma de Nicea, Baldovino había disputado a Tancredo la conquista de Tarso en Sicilia, y hemos visto ya (canto V) que el Tasso ha recordado este hecho histórico en la alocución dirigida por Tancredo a Reinaldo. Toda la existencia de nuestro héroe no fué más que una larga cadena de hazañas y de conquistas sobre los turcos, habiéndose hecho dueño por medio de ellas de más de veinticinco ciudades o fortalezas. Su último hecho de armas fué la toma del castillo de Vetulum, pues murió en Antioquía el 6 de diciembre de 1112 y fué enterrado bajo el pórtico de la iglesia de San Pedro. Tancredo estuvo casado con una hija natural de Felipe I, rey de Francia. «Cuando este guerrero de santa y glorias memoria se sintió próximo a la muerte, dice Guillermo de Tiro, mandó llamar a su presencia a su esposa y al joven Pons, hijo del conde de Trípoli, y les aconsejó que se uniesen los dos cuando ya no existiese: lo que se verificó como había deseado.» (Guill. de Tiro, lib. XI.)

parte y que no piensa en el combate, impaciente y audaz, aprovecha al punto la ocasión.

Veloz cual el tigre en el desierto, embiste valeroso al circasiano, quien, por su parte, pone la lanza en ristre. Vuelve en sí Tancredo como si despertase de un largo sueño: «Tente — le grita —, que esta lid es mía.» Mas Otón se había ya adelantado demasiado.

Detiéndose Tancredo, ardiendo en su interior en ira y despecho y con el rostro encendido, pues tiene a mengua que otro se le haya antepuesto en el combate. Entre tanto, el joven fuerte y animoso, en medio de su carrera, ha alcanzado al sarraceno en el yelmo; mas el otro, respondiendo a sus golpes con el hierro agudo, rompe su adarga, hiende su coraza y le derriba.

Tan recio fué el choque, que le arrancó de la silla, mientras que el pagano, como mucho más fuerte, apenas vaciló en la suya. Argante, entonces, habla al caído con altivas e insultantes palabras: «Ríndete humilde — le dice —, y baste a tu gloria el poder decir que lidiaste conmigo.» «No — replica Otón —: no acostumbramos los francos deponer tan pronto las armas y el ardimiento. Excusen otros mi caída; yo quiero vengarla o morir.»

Semejante a Aleto o a Medusa, el circasiano tiembla de coraje, y parece que despidе llamas por la boca. «Pues bien, — le dice —, conoce mi valor ya que desprecias mi cortesía.»

A estas palabras pica su caballo y olvida todas las leyes del valor y la caballería. Evita el franco el encuentro desviándose, y hiere a Argante en el costado derecho, con tanta fuerza que retira la lanza teñida en sangre de su enemigo. Mas ¿de qué le sirve si en vez de debilitar las fuerzas del vencedor aumenta el golpe su furor y su cólera?

Refrena Argante al caballo y retrocede con tanta rapidez que apenas lo repara su contrario. Cae de improviso sobre él con una fiera arremetida; tiemblan al golpe sus piernas, pierde el aliento, palidece y débil y palpitante rueda por el suelo.

En su furor, Argante hace que su caballo pisotee el cuerpo del vencido. «Todos los orgullosos — grita —, perecerán como el que yace a mis plantas.» Entonces el invencible Tancredo, irritado por tan bárbara acción, ya no vacila; quiere borrar su falta con un acto de valor y que resplandezca su honor cual de ordinario. Lanzándose hacia él le grita: «Alma vil e infame hasta en la misma victoria: ¿qué títulos de

alabanza, qué eminentes blasones esperas alcanzar con actos tan descorteses y brutales? (60). Debes de haberte criado entre los ladrones de la Arabia o entre gente bárbara y vil. Huye de la luz, y ve a ejercitar tu crueldad con las fieras en los montes y en las selvas.»

Dijo, y el pagano, poco avezado a los ultrajes, se muerde los labios y arroja espuma de coraje. Quiere contestar, mas su boca exhala tan sólo un sonido confuso cual el rugido de una fiera o cual el que despide el rayo al despedazar la nube donde estaba encerrado. Cada palabra de Argante semeja un trueno que estallase en su inflamado pecho.

Excitan las amenazas el orgullo y la cólera de los dos campeones, y uno y otro hacen girar veloces los caballos para tomar terreno. ¡Oh musa! da fuerza a mi voz en este instante e inspírame igual furor al que anima a los dos combatientes, a fin de que mis versos no sean indignos de su valor y se reproduzca en mi canto toda la furia del combate con el estruendo de las armas.

Los dos guerreros enristraron las nudosas lanzas. Ni la más arrebatada carrera, ni el más impetuoso salto, ni el vuelo más veloz pueden compararse a la furia con que se embistieron Tancredo y Argante. Rompiéronse las astas sobre los yelmos, volando a las nubes mil astillas entre lucientes centellas. Al choque se estremeció la tierra inmóvil y resonaron los montes; los caballos cayeron derribados; mas ni el furor ni el ímpetu desplegados lograron doblegar la soberbia de los dos guerreros. Uno y otro, diestros en la guerra, se desembarazan de sus corceles, empuñan las espadas y se ponen en pie.

(60) El mejor atributo de un caballero era la cortesía. Considerada como escuela de moral, la caballería podía parangonarse con las más sabias instituciones de la antigüedad. Bajo su influencia, el faltar a sus promesas fué tenido por el primero de los delitos, y la fidelidad a su palabra por el primer deber de un caballero, y las naciones modernas deben a esas ideas la lealtad y los sentimientos generosos que han sobrevivido a tan grandes revoluciones. Hasta considerada como institución política la caballería se hace acreedora a la gratitud de los siglos que la vieron nacer. En una época en que el pueblo gemía abrumado con tantas vejaciones créase una asociación de valientes, cuyo principal deber es la defensa del oprimido: los caballeros recorren las campiñas, vengan las injusticias y hacen temblar hasta dentro de sus castillos a los barones pérfidos y desleales. La influencia de la caballería sobre el sistema militar fué inmensa, por cuanto atenuó los funestos efectos de las fuerzas con los nobles sentimientos de humanidad que introdujo en ellas.

Entrambos ordenan con cautela sus movimientos, sus miradas y sus pasos, variando de actitud a cada momento. Ya giran alrededor, ya avanzan, ya retroceden; ora amenazan una parte y hieren la menos defendida; ora dejan alguna en descubierto procurando burlar el arte con el arte.

Tancredo, mal defendido por la espada y el escudo, presenta el costado al pagano; lánzase éste a herirlo, dejando descubierto el costado izquierdo. El cristiano rechaza de un revés el hierro agudo del contrario, y le hiere, y retirándose después se recoge en sí mismo, puesto en guardia.

El fiero Argante, que se ve bañado en su propia sangre, brama y suspira de furor; transportado de cólera levanta a un mismo tiempo la voz y la espada, y se adelanta para herir; mas es herido de nuevo entre el brazo y la espalda (61).

Cual la osa de las alpestres selvas se enfurece al sentir el duro venablo en el pecho, y se precipita sobre los cazadores y desprecia audaz los peligros y la muerte, así el indómito pagano añade nuevas heridas a las que tiene y más oprobio al oprobio; y de tal suerte aspira a vengarse, que desprecia los riesgos y olvida la defensa.

Mas como junta a un valor temerario una fuerza extremada y un ardor infatigable, blande con tanto ímpetu el acero que estremece la tierra y enciende el viento; no da tiempo a Tancredo para herir ni para defenderse, ni siquiera para respirar, y no encuentra cómo guarecerse del ímpetu y de la pujanza de su enemigo. Recogido en sí mismo espera inútilmente que pase aquella tempestad de golpes, y ora se defiende, ora se retira con diestros pasos; mas, viendo que el fiero pagano no desmaya y que es fuerza hacer frente a su cólera, vuelve a blandir con mayor violencia el formidable acero. Vence la rabia a la razón y al arte, y el furor les da nuevas fuerzas y las acrece. Nunca el acero cae en vano; ya parte el hierro, ya desgarrar la malla. Cubierto de armas está el campo, y cubiertas de sangre las armas, y la sangre se mezcla con el sudor. Son las espadas relámpagos en el chispear, truenos en el chocar y centellas en el herir.

Los dos pueblos contemplan inciertos y suspensos aquel nuevo y terrible espectáculo, aguardando el desenlace entre

(61) Es más que probable que el poeta ha copiado el combate que refiere, de la *Ilíada* y de los libros de caballerías, pues a la par un recuerdo de Homero y la traducción en bellos versos de las palabras de los antiguos romanceros.

el temor y la esperanza, y mirando lo que puede dañarles y lo que puede serles útil. No se ve ningún gesto ni se oye el menor murmullo. Todos permanecen inmóviles y callados; sólo los corazones laten con violencia. Quizá agotadas las fuerzas hubieran encontrado los dos su prematura muerte combatiendo, a no haber sobrevenido la noche, y tan oscura y densa, que apenas se distinguían los objetos más inmediatos. Se adelantó entonces un heraldo de cada lado, para separar a los combatientes. Llámase el franco Arideo, y el otro Píndoro, hombre discreto y el mismo que propusiera el desafío. Extienden sus cetros pacíficos entre las espadas de los dos valientes, con la seguridad que inspira el antiguo derecho de las naciones. «Guerreros — exclama Píndoro —: sois iguales en pujanza y en honor. Cese el combate, y no turbéis los derechos y el reposo de la noche. Tiempo es de trabajar mientras brilla el sol sobre la tierra, mas al venir la noche debe respirar en paz todo viviente. Un corazón generoso desdeña las hazañas nocturnas y los laureles ocultos.» «La oscuridad de la noche no me hará abandonar la batalla — responde Argante —; sin embargo, preferiría tener el sol por testigo si me jura el franco que volverá al combate.»

«Y tú — añade Tancredo —, prométeme también que volverás y que conducirás aquí a tu prisionero, pues no siendo así, no esperes que aplace para otra ocasión nuestro desafío.»

Así lo juraron entrambos, y los reyes de armas, encargados de fijar el plazo para el reto, señalaron la mañana del sexto día, a fin de darles tiempo para curarse de sus heridas.

Este horrible combate dejó en el corazón de los sarracenos y de los fieles una impresión duradera de admiración y de horror. Por mucho tiempo comentóse el valor y la audacia que desplegó cada guerrero en la contienda; y el vulgo, dividido en varios y encontrados pareceres, no sabe a cuál de los dos conceder la palma de la victoria. Espera con ansiedad el fin de aquella lucha cruel, y si el furor triunfará del valor, o si la audacia cederá a la bravura. La bella Herminia, empero, está más cuidadosa y agitada que ninguno en el desenlace, pues ve depender de los inciertos juicios de Marte la mejor parte de sí misma.

Herminia era hija del rey Cassan (62), gobernador de Antioquía en otro tiempo; después de la toma de este reino

(62) El gobernador turco de Antioquía antes de la toma de esta ciudad por los cruzados se llamaba Akhy-Sian (hermano del Negro).

cayó entre otras presas en poder del cristiano vencedor; mas de tal guisa se manifestó Tancredo humano con ella, que no sufrió bajo su amparo la más leve injuria, y en medio de la ruina de su patria, fué tratada siempre cual una reina. El ilustre guerrero la honró y sirvió; la devolvió la libertad, dejándole sus joyas, sus tesoros y cuanto tenía de más precioso. Ella, empero, viendo un ánimo tan sublime, unido a la gracia del semblante y a la florida edad del héroe, quedó presa por el amor con los vínculos más estrechos. Así, el cuerpo recobró la libertad, mas el ánimo permaneció cautivo; y si bien le pesaba el tener que abandonar su dueño querido y su amada prisión, la ley de la honestidad, que nunca debe olvidar una mujer magnánima, la obligó a partir y a reunirse en un país amigo con su anciana madre.

Vino, pues, a Jerusalén, donde fué acogida por el tirano de la Tierra Santa; mas pronto tuvo que llorar, envuelta en un velo negro, la muerte de la que le dió vida. Con todo, ni el dolor de esa pérdida ni su infeliz destierro pudieron borrar de su corazón el amoroso deseo ni apagar la más ligera chispa de aquel fuego. La infeliz ama y se abrasa, y es tan poco lo que en tal estado aguarda, que si alimenta en el seno un fuego oculto es más bien hijo de la memoria que vive en ella que de la esperanza. El incendio que la devora es, sin embargo, más poderoso cuanto más secreto. En fin, Tancredo, adelantándose con su ejército hasta Jerusalén, vino a despertar sus esperanzas.

Todos desmayaron al aspecto de tantas y tan fieras e indómitas naciones; sólo Herminia serenó su triste rostro y contempló gozosa los altivos escuadrones, buscando con ávidas miradas a su querido amante entre la armada muchedumbre. Buscóle en vano muchas veces, y muchas veces más se figuró verle, y «¡Él es!», exclamó soñando.

Elévase en el real alcázar, cerca de los muros, una muy alta y antigua torre, desde cuya cima se descubren la hueste cristiana, el monte y la llanura. Siéntase Herminia allí, y desde que el sol empieza a lanzar sus rayos hasta el momento en que la noche cubre la tierra, habla consigo misma y suspira, fija siempre en el campo su mirada.

Desde allí presenció ella el fiero combate, y en aquel instante sintió palpar tan fuertemente su corazón en el pecho, que parecía decirle: «Aquel que está en tan inminente peligro de muerte es tu adorado.» Llena de angustias y sospechas, siguió los lances del dudoso combate, y cada vez que

el pagano dejó caer la espada, sentía ella en su alma el golpe y las heridas. Respiró al término del mismo, mas al saber que debía renovarse la fiera lucha, un temor no conocido hasta entonces la sobrecogió de tal suerte que sintió helársele la sangre. Ora esparce secretas lágrimas, ora exhala oculos y hondos suspiros. Pálida, sin aliento y asustada, semejaba la imagen del dolor y del espanto. Su mente la con-turba a cada instante con horribles visiones, y los fantasmas que cercan su lecho hacen su sueño más terrible aún que la muerte. Cree ver a su amado lacerado y teñido en sangre, implorando su auxilio; y al despertar se encuentra con los ojos y el seno bañados en llanto.

No es sólo el temor del daño venidero el que agita con solícito afán su corazón: también las heridas que ha recibido el guerrero la inquietan y nada puede calmar su angustia. Engañosos rumores circulan además en torno a ella; en ellos se exagera el daño de tal modo que a Herminia le parece verle tendido, sin aliento y próximo a cerrar los ojos.

Recuerda Herminia que su madre la enseñó las virtudes más secretas de las hierbas y los encantos, por medio de los cuales se cura cualquier llaga o se atenúan los dolores — arte que en aquel país parece que se acostumbra reservar tan sólo para las hijas de los reyes — y quisiera llevar remedio por sí misma a las heridas del guerrero (63).

Ella desea curar a su amado, mas es fuerza que lo haga con su enemigo. Al principio, piensa verter sobre sus llagas el jugo de hierbas ponzoñosas; mas sus inocentes y virginales manos se niegan a valerse de medios criminales, y los rechaza, y desea con ardor que todas las plantas y todos los hechizos de que se valga pierdan su eficacia.

No temería ir al campo enemigo, pues había andado en

(63) Todos los libros de caballerías nos presentan las hijas de los reyes y las más hermosas princesas instruidas en el arte de sanar las llagas y de preparar los medicamentos y las pociones que podían aliviar a los caballeros heridos en medio de las batallas y de los torneos. La revelación de los secretos de la medicina formaba parte de la educación de las damas nobles mientras vivían en sus castillos. Cuando un caballero estaba herido, la dama de sus pensamientos iba a su tienda y le cuidaba por sí misma, y compartía con él sus dolores y su gloria. Tal era el objeto que atraía a la bella Herminia a la cabecera del lecho de Tancredo: su amor casto y caballeresco era tal como lo comprendía la Edad Media de la Cristiandad. Las costumbres de los orientales nada ofrecen que pueda compararse a ésta; así es que Tasso ha pintado más bien una noble dama cristiana castamente enamorada de un valiente y digno caballero, que una hija del ardiente suelo del Asia.

otro tiempo peregrinando, y visto guerras y estragos, y recorrido inciertos y fatigosos senderos. La experiencia le había dado un valor mayor del que podía esperarse de su sexo, y no se turba fácilmente ni palidece delante de la imagen del terror. Pero más que ningún otro motivo es el amor el que aleja todo temor de su seno; en tanto grado, que no vacilara en ir entre las garras y el veneno de todos los monstruos del África. No teme, pues, por la vida, pero debe al menos temer por su reputación; dentro de su corazón, como dos poderosos enemigos, combaten, pues, el Amor y la Honra.

La Honra le dice: «Hermosa virgen, que observaste mis leyes hasta este día; mientras fuiste esclava de tus enemigos conservé castos tus miembros y tu espíritu: ¿quieres, pues, perder, siendo libre, la pureza que conservaste siempre siendo esclava? ¡Ah! ¿quién pudo inspirar a tu tierno corazón tales ideas? ¿En qué piensas? ¡ay de mí! ¿qué esperas? ¿Tan poco estimas el título de púdica y la palma de la honestidad que quieres ir, cual amante nocturna, a mendigar el desprecio de una nación enemiga, y a que el soberbio vencedor te diga: «Perdiste el reino y tu ánimo sublime; ya »no eres digna de mí»; y te entregue a los otros cual presa vulgar y despreciable?»

Mas el Amor, consejero falaz, la halaga a su placer, diciéndole: «¿Naciste por ventura, oh bella joven, de una osa voraz, o de áspero o de congelado risco, para huir de esta suerte de los tiros y de las llamas de amor y evitar sus placeres? ¿O tienes el corazón de hierro o de diamante, para que debas avergonzarte de amar? ¡Ah! ve adonde te llama tu deseo. ¿Por qué te finges cruel con tu vencedor?, ¿no le has visto participar de tus dolores, llorar contigo y enternecerse con tus quejas? Bien se te puede llamar cruel, pues te muestras tan reacia en ir a llevar la salud al que te quiere. ¿Languidece, oh ingrata, y muere el piadoso Tancredo, y tú estás prodigando tus desvelos a otra existencia? Sana a Argante, a fin de que después dé la muerte a tu libertador; así te habrás desquitado de tus deudas y le premiarás sus servicios. Mas ¿es posible que puedas sin disgusto ejercer tan impío ministerio? ¿Que no basten el tedio y el horror a hacerte abandonar este sitio en este mismo instante? ¡Ah! ¡cuánto más humana no fuera, por el contrario, tu misión, y cuánto mayor tu alegría, si piadosa tu mano se posase en aquel pecho valeroso, le devolviese la salud con sus cuidados, restituyera sus colores a su pálido rostro, y recobrase éste por tus desvelos

las gracias y hermosura que ha perdido! Así tendrías parte en sus loores y en las altas y famosas hazañas que llegase a cumplir; y él te recompensaría con castos abrazos, te haría su esposa afortunada y honrada, e irías admirada de todos entre las madres y las consortes latinas a establecerte en la florida Italia, donde tienen su asiento el verdadero valor y la fe verdadera.»

Lisonjeada la infeliz por tales esperanzas sueña en una dicha suprema; se encuentra, sin embargo, envuelta entre terribles dudas y no sabe cómo podrá huir segura, pues velan las guardias rondando sin cesar alrededor del palacio, y no se abre nunca en medio de los peligros de la guerra ninguna puerta, si no es por causas muy graves.

Acostumbraba Herminia morar mucho tiempo en compañía de Clorinda. Juntas las mira el sol desde Occidente, y juntas las encuentra la nueva aurora. Cuando se apagan los últimos resplandores del día las recibe tal vez un mismo lecho; nada se ocultan, sino sus pensamientos amorosos. Éste es el único secreto de Herminia, y si acaso la sorprenden suspirando, atribuye a otra causa los pesares de su corazón y finge que se queja de su suerte. Con motivo de tan dulce amistad, Herminia podía ir siempre adonde vivía su compañera; no se le cierran jamás las puertas de su estancia, sea que Clorinda está allí, sea que se encuentre en los consejos o en el campo.

Fué, pues allí un día que Clorinda estaba fuera y paróse dudosa, revolviendo en su mente el modo y arte de poner en obra su deseada y secreta fuga. Mientras divaga su ánimo incierto dividido en varios pensamientos sin saber en cuál fijarse, ve colgadas las armas y sobrevestas de Clorinda, y suspira a su vista. Y dice para sí: «¡Oh! ¡cuán feliz es la valerosa joven! ¡cuánto la envidio!, y no por su nombre, o por la dicha de ser tan bella, sino porque no detiene sus pasos, ni oculta su valor en estrecho aposento; sino porque ciñe una armadura, y vase, si tiene necesidad de partir, sin que se lo impida el temor o la vergüenza. ¡Ah! ¿por qué la Naturaleza y el Cielo no dieron a mis miembros y a mi corazón la fuerza y el ánimo del suyo? ¡Que no pueda cambiar esta ropa y este velo por un casco y una coraza! Entonces ni el calor ni los hielos, ni la tempestad ni la lluvia podrían detener mi inflamado pecho, y saldría al campo acompañada o sola, con mis armas, sin mirar si es de día o de noche.

Cruel Argante, no hubieras sido tú entonces el primero

en combatir con tu adversario, pues antes que tú hubiera salido yo a su encuentro y tal vez ahora sería él mi prisionero; acaso sobrellevaría ya el dulce y suave yugo de servidumbre, impuesto por su enemiga amante, y sus cadenas hubieran vuelto las mías más suaves y llevaderas. O bien su diestra hubiera tal vez rasgado mi seno y abierto mi corazón; de suerte, que la herida del hierro hubiese sanado al menos la llaga del amor, y ahora mi mente y el fatigado cuerpo descansarían en paz, y tal vez el vencedor se hubiera dignado honrar mis cenizas y dar a mis restos algunas lágrimas y una sepultura. ¡Infeliz de mí! anhelo un imposible; en vano me entrego a tan locos desvaríos. Mas ¿he de permanecer aquí tímida y afligida como cualquier mujer vulgar y despreciable? ¡Ah!, no: mi corazón confía y se atreverá a todo. ¿Por qué no he de ceñirme una vez esta armadura? ¿Por qué no he de poderla llevar por algunos instantes por más que sea débil y delicada? Podré, sí, hacerlo: el amor que da fuerzas a los menos robustos y que inspira audacia muchas veces al tímido ciervo, me infundirá valor. Yo no pretendo guerrear; quiero tan sólo llevar a cabo por medio de estas armas una ingeniosa astucia: quiero fingirme Clorinda, porque, cubierta con su armadura, estoy cierta de poder salir de estas murallas. Los guardias de las puertas no osarían hacerle resistencia. No hay, pues, otro medio: es el único camino que me resta. Protejan este inocente engaño el amor y la fortuna que me lo inspiraron. El momento es favorable para mi partida, en tanto que Clorinda está con el rey.»

Tomada esta resolución, y estimulada e impelida por su ciego amor, lleva a su habitación, vecina a la de Clorinda, la robada armadura. Pudo hacerlo sin temor, pues, y cuando llegó allí despidió a los que le acompañaban quedándose sola. La noche, por otra parte, propicia a los amantes y a los ladrones, favoreció sus intentos.

Viendo Herminia el cielo cubierto de estrellas oscurecerse más y más, llama en secreto y con gran cautela a uno de sus fieles escuderos y a una de sus más queridas y leales criadas, y les descubre en parte su intento y el proyecto de su fuga, aunque ocultándoles la causa verdadera de su partida.

El fiel escudero apresta al momento cuanto cree necesario para la fuga, mientras Herminia se desnuda de sus largos y ricos vestidos que le descenden hasta el pie; queda tan graciosa y esbelta con su ligera ropa, que excede a cuanto pudiera decirse. Cubre y ofende el cuello delicado y la do-

rada caballera con el durísimo acero, y su tierna mano em-
braza el escudo, que le parece harto pesado para su fuerza.
Resplandece toda cubierta de acero, y en actitud marcial sabe
vencerse a sí misma. El amor que está presente se sonríe en
secreto, como cuando vió a Alcides en traje de mujer.

El peso de la armadura fatiga a Herminia y la obliga a
caminar con lento paso, apoyada en su fiel compañera, a la
que hace marchar delante de ella para que la sostenga. El
amor y la esperanza levantan, sin embargo, su ánimo, y dan
vigor a sus débiles miembros. Llegan al sitio donde les
aguarda el escudero, y Herminia salta ligera en su caballo.

Los tres van disfrazados; escogen, además, las sendas más
ocultas y apartadas, mas no por esto pueden evitar frecuen-
tes encuentros, ni dejan de ver brillar en la obscuridad y en
torno de sí innumerables aceros. Nadie, sin embargo, se atreve
a interrumpir su marcha y a cerrarles el paso, pues aun en me-
dio de las tinieblas todos reconocen el blanco manto y la
insignia temida y respetada.

Herminia va más animosa, pero no se cree, con todo,
segura: teme al fin ser descubierta y se espanta de su mismo
arroyo. Al llegar a la puerta reprime, sin embargo, su temor
y procura engañar al que la custodia. «Soy Clorinda — le
dice —, abre la puerta, pues el rey me envía adonde es ne-
cesaria mi presencia.» Su voz de mujer, semejante a la de la
guerrera, facilita el engaño. ¿Quién hubiera creído ver arma-
da en la silla a la que no sabía ni blandir la espada? Obe-
dece al momento el centinela; sale Herminia con los dos
que la acompañan, y se internan para mayor seguridad en los
valles por senderos solitarios y apartados.

Llegado que hubieron a un valle profundo y solitario,
Herminia, creyendo haber pasado los primeros peligros, y no
temiendo ya ser detenida, refrenó un poco su marcha. Enton-
ces pensó en lo que no había reflexionado antes, y ya la en-
trada en el campo que se mostrara tan fácil a su deseo se
le muestra ahora erizada de peligros. Advierte que es gran
locura presentarse a los enemigos revestida de las armas, y
no quisiera por otra parte descubrirse a nadie antes de ha-
berse presentado a su vencedor. Desea llegar hasta él sin ex-
poner su recato y cual amante no esperada; con este pensa-
miento se detiene, y cediendo a la reflexión, habla así a su
escudero:

«Conviene — le dice —, mi compañero fiel, que te ade-
lantes al campo enemigo, y con cautela y sin detenerte, anun-

cies allí mi llegada. Ve, y hazte conducir adonde está Tancredo. Una vez ante él, dile que viene en su busca una mujer que le trae la salud y que solicita su paz, en la que, ya que el amor me mueve guerra, encuentre él su salvación y yo mi alivio. Dile que ésta confía tanto en él que no teme, estando en su poder, ni la deshonra ni los agravios. Díselo a él solo, y si te pregunta, respóndele que no sabes nada más, y apresura tu regreso. Yo, entre tanto, permaneceré en este sitio donde me creo segura.»

Así dijo, y el fiel criado partió ligero cual el viento. Y supo proceder de tal suerte que fué recibido amistosamente en el campo. Conducido al punto a la presencia del doliente guerrero, escuchó éste su mensaje con semblante alegre y accedió a que Herminia entrase en el real y permaneciese en él disfrazada todo el tiempo que quisiera. Vuélvese aquél a traer a su dueña la feliz respuesta, mientras el héroe revuelve en su mente mil dudosos pensamientos.

Impaciente ella, entre tanto, encuentra larga la más breve tardanza, y cuenta los pasos de su escudero. «Ahora, se decía, llega al campo... ahora le reciben... ahora estará de regreso.» Ya le parece, y se queja, que tarda más de lo que debe, y espoleando el caballo sube a una eminencia desde la cual empieza a descubrir las tiendas de los cristianos.

La noche tendía su estrellado manto, claro y sin nube alguna, y la naciente luna esparcía un resplandor suave y pálido, cual una fina lluvia de perlas. Eentre tanto, la enamorada virgen iba desahogándose con el Cielo, y confiaba el secreto de sus amores a los mudos campos y al silencio amigo.

Luego, fijando sus miradas en el campamento: «¡Oh, tiendas de los latinos — exclamaba —, cuán bellas sois a mis ojos! Al acercarme a vosotras respiro un aire que recrea mis sentidos y me conforta. Si el Cielo destina un honesto reposo a mi existencia infeliz y contrariada, yo lo buscaré entre vosotras, ya que me parece que sólo puedo hallar la paz entre las armas. Recogedme, pues, ¡oh cristianos!, y haced que encuentre entre vosotros la piedad que el amor me prometiera; esa piedad que encontré en otro tiempo siendo prisionera de mi dulce dueño. No me mueve el deseo de recobrar mi corona por vuestros auxilios, pues me tendré por muy dichosa con que me sea permitido ser vuestra esclava.»

Así hablaba, sin pensar en los males que le preparaba la fortuna. Desde la altura en que está colocada sus armas reflejan rayos de luz que brillan a lo lejos en medio de la

blancura de sus vestidos, y el gran tigre de plata esculpido en su casco brilla de tal suerte que no hay nada que no diga al verla: «Es Clorinda.»

Quiso su destino que no lejos de allí se encontrase una fuerza avanzada; al frente de ella van los hermanos Alcandro y Poliferno, y están allí para impedir que lleguen provisiones al enemigo. Sólo la rapidez de su carrera y el haberse desviado en su camino pudo impedir que el criado de Herminia cayera en manos de ellos. El joven Poliferno, cuyo padre murió a su vista a manos de Clorinda, cree reconocerla al ver su blanca y espléndida armadura, y moviendo su tropa contra ella, sin que nada sea capaz de reprimir su loco furor: «¡Llegó tu hora!» — grita, y le dispara su jabalina, que no da, por fortuna, en el blanco.

Como la cierva sedienta, que va en busca del agua pura y cristalina o de la fuente que nace en peña viva, o de un río que corre entre floridas márgenes, si encuentra los perros cuando va a descansar de su fatiga en las aguas o frondosas selvas, retrocede huyendo y se olvida con el miedo de la sed y del cansancio, así Herminia, cuyo corazón enfermo tiene sed de amor, y que creía apagarla en castas caricias y olvidar entre ellas los pasados peligros, al dar con quien se opone a sus intentos, al oír ruido de armas y amenazas, se olvida de sí misma, abandona su primer deseo, y tímida espolea su bridón.

Huye la infeliz, y su caballo se diría que vuela sobre la tierra; huye asimismo su compañera, y en pos de ellas sale también el enemigo seguido de algunos de los suyos. Llega, entre tanto, al campamento el buen escudero con la tardía respuesta, y los sigue a su vez en su fuga, y el terror los dispersa a los tres por la llanura.

Alcandro vió también a la falsa Clorinda, pero, más prudente que su hermano y más alejado de ella, no quiso seguirla y se mantuvo en su celada. Envía sólo un mensajero para que comunique a Godofredo que no ha visto llevar a la ciudad ni ganados, ni víveres, y que su hermano ha salido en persecución de Clorinda, que huía despavorida. Añade que no cree ni es probable que Clorinda, que no es una simple guerrera, sino un caudillo ilustre, salga a aquella hora de los muros sin un motivo muy poderoso, que el piadoso Bullón juzgue y mande, y que él hará lo que se le ordene. Llega esta nueva al campo, y se esparce al momento por las tiendas latinas.

Tancredo, cuyo corazón late agitado por el primer men-

saje, exclama al oír aquella nueva: «¡Ah!, tal vez venía para endulzar mis pesares; quizá ha expuesto su existencia por mí»; y sin dar más tiempo a la reflexión, cíñese parte de su pesada armadura, monta a caballo y sale al campo, silenciosa y furtivamente, y siguiendo las noticias y las huellas de la fugitiva, lánzase en su busca a todo el correr de su caballo.

CANTO SÉPTIMO

Herminia, huyendo, se refugia en una cabaña de pastores. — Tancredo la busca en vano y cae en poder de Armida. — Raimundo, protegido por un ángel, baja al palenque para humillar el orgullo de Argante. — Belzebut, que ve al pagano próximo a sucumbir, emplea para salvarlo sus astucias.

HERMINIA, entre tanto, arrastrada por su caballo, corre entre los umbrosos árboles de una vieja selva; su mano trémula no gobierna ya las riendas, y aparece más muerta que viva. Tantas vueltas y revueltas da el corcel que a su querer la lleva, que la roba al fin a los ojos de sus perseguidores; de tal suerte, que hubiera sido inútil seguirla por más tiempo.

Bien así como después de una larga y fatigosa caza vuélvense los canes jadeando y tristes, cuando han perdido el rastro de la fiera, que desde el llano fué a esconderse en el bosque, así retornan los cansados caballeros cristianos llenos de rabia y de vergüenza. Herminia, en tanto, sigue en su fuga, tímida y perdida, sin pararse a mirar si todavía la persiguen.

Huyó toda la noche y todo el día sin guía, sin consejo, y sin ver ni oír en derredor más que su propio llanto y sus clamores. En la hora, empero, en que el sol desunce los caballos de su dorada carroza se oculta en el mar, llegó a las riberras del cristalino Jordán y se detuvo a descansar en ellas.

No toma sustento alguno. Sólo se alimenta de sus males, y apaga su sed con sus lágrimas. El sueño, sin embargo, que da la calma y la paz a los mortales con las dulzuras del olvido, vino a adormecer sus dolores a la par que sus sentidos, y la cobijó con sus alas plácidas y tranquilas. Mas no por eso el amor deja de turbar su paz mientras reposa.

No despertó hasta que sintió los alegres trinos de las aves que saludaban a la aurora, los murmullos del río y de los árboles, y los besos de la brisa que retozaba con las olas y las flores. Abre sus lánguidos ojos y sólo ve en su derredor solitarios albergues de pastores. En aquel instante cree oír una voz que sale de las aguas y las ramas, y que la llama de nuevo a sus suspiros y a su llanto. Un ligero rumor que hiere dulcemente sus oídos, interrumpe de pronto sus sollozos; diríase que es el canto de los pastores envuelto en los sonidos de la rústica zampoña. Herminia se levanta, se dirige con lentos pasos al sitio donde suenan los acentos y ve a un anciano sentado a la sombra y al lado de sus rebaños, tejiendo cestos y atento al canto de tres niños hijos suyos que le rodean.

Pasmáronse todos al repentino aspecto de aquellas armas desconocidas; mas Herminia les saluda con dulzura, les tranquiliza, y ostenta a su vista sus bellos ojos y sus doradas trenzas. «Proseguid — les dice —, venturosa gente querida del Cielo; estas armas no turbarán vuestras labores ni vuestros armoniosos cantares.»

Y en seguida, añadió: «¿Cómo podéis, ¡oh padre!, mientras arden en cruda guerra las comarcas vecinas, vivir tranquilo y sin temer los excesos de los soldados?» «Hija mía — repuso aquél —, mi familia y mis rebaños han estado siempre aquí al abrigo de las violencias y de los ultrajes, sin que el estruendo de los combates haya llegado jamás a estos lugares apartados. Y sea que la gracia del Cielo proteja y salve la inocencia de los pastores, o que el furor de las armas, lo mismo que el rayo que nunca cae en los valles sino en las cimas más elevadas, sólo estalle sobre las altivas frentes de los poderosos monarcas, lo cierto es que la codicia de los soldados desdeña nuestra pobreza vil y despreciable. Nuestra pobreza vil y despreciable para los demás, pero grata a mi pecho, que no ambiciona tesoros ni coronas, y que jamás abrigó inquietos afanes, ni le turbaron la avaricia ni ambiciosos deseos. Yo apago mi sed con agua clara sin temor de que me la emponzoñen; y ese rebaño y reducida huerta abastecen mi parca mesa con manjares no comprados. Tenemos pocos deseos y pocas necesidades; no tengo criados; estos mis hijos que veis son los guardianes de mi rebaño. Así paso la vida en este solitario albergue, viendo saltar los ligeros cabritos y los ciervos, agitarse los peces en este río, y a las aves desplegar sus alas en el aire. Hubo un tiempo, sin embargo, en la edad juvenil en que el hombre se alimenta de ilusiones, en que abrigué

otros deseos. Entonces miré con desdén el apacentar rebaños; huí del país que me dió el ser, moré en Menfis y tuve asiento en palacio entre los ministros del rey; y aunque no fuí más que un custodio de los jardines, vi y conocí lo suficiente las iniquidades de la Corte.

»Engañado por esperanzas locas, sufrí muchos disgustos; pero después que con la edad florida se desvanecieron aquéllas y mis atrevidos proyectos, eché de menos los puros goces de esta humilde vida y suspiré por la paz que había perdido. Dije entonces adiós a la Corte; lo dije también a mis amigos, y me volví a estos bosques donde encontré la paz y la dicha (64).

Mientras así razonaba, Herminia estaba embelesada y como pendiente de sus labios; las sabias razones del anciano penetran hasta su corazón y calman la tempestad de sus sentidos. Por fin, después de largas reflexiones, se determina a permanecer en aquella soledad, al menos hasta que la fortuna favorezca su regreso.

Y así dice al buen anciano: «Feliz tú que conociste un tiempo la desgracia. Si el Cielo no tiene envidia de tu dulce destino, apiádate de mis desventuras y recógeme en este apacible albergue, que me complaceré en habitar contigo. Tal vez mi corazón sacudirá, bajo estas sombras amenas, parte del peso mortal que ahora le abrumba. Si deseas oro y diamantes, que el vulgo adora como sus ídolos, tengo aún los suficientes para contentar y satisfacer tu codicia.» En seguida, derramando por sus hermosos ojos lágrimas de dolor, brillantes como perlas, contó parte de sus desgracias al compasivo pastor, que la acompañó en su llanto.

La consuela después dulcemente, la acoge cual si ardiese por ella en paternal amor y la conduce cerca de la anciana esposa que le dió el Cielo, dotada de corazón igual al suyo. La joven princesa viste un traje rústico y cubre sus cabellos con

(64) Todo el episodio de Herminia en la choza de los pastores es un idilio, una égloga copiada de Virgilio. Este género aparece casi siempre en las épocas más agitadas y sangrientas, como si los hombres procurasen distraerse de las escenas terribles que pasan ante sus ojos con la dulzura de la vida solitaria de los campos. Así se explica por qué cantaba Virgilio los pastores en la época misma de las violencias de Augusto y de las guerras de Accio; por qué Tasso delineaba los dulces cuadros de la vida campestre en medio de las guerras de Italia y por qué el género que creó Florián precedió y siguió en Francia a la Revolución. Podríamos añadir que en España la mayor parte de las églogas e idilios se escribieron por poetas guerreros y dentro de las tiendas de campaña.

un manto grosero; pero sus miradas, sus ademanes, toda su figura indica claramente que no ha sido criada en el campo. Brillan a través del vil disfraz sus bellos ojos y sus nobles y gentiles maneras, y ostenta una majestad de reina hasta en medio de las labores más humildes. Armada de un áspero cayado lleva ahora a apacentar los rebaños, los vuelve a su redil, ordeña la leche de sus vellosas ubres y la convierte en sabrosos quesos.

Muchas veces, cuando en medio de los ardores del verano, descansan las ovejas a la sombra, graba ella en mil maneras en los troncos de los árboles el nombre de su amado y la amarga historia de sus extraños e infelices amores; luego, al leer lo que ha escrito, riega sus mejillas con brillantes lágrimas. «Plantas amigas — exclamaba llorando —, conservad esta dolorosa historia, a fin de que si un día se acoge a vuestra grata sombra algún infiel amador, sienta abrirse su corazón a la piedad; y afligido por mis muchas desventuras, diga tal vez entre sí: «¡Mal pagaron Amor y Fortuna fidelidad tan grande!»

»Acaso un día, si el Cielo acoge benignamente los ruegos de los mortales, vendrá a estas selvas el que tal vez ya no se acuerda de mí, y volviendo los ojos hacia el sepulcro donde descansarán mis frágiles despojos, concederá a mis sufrimientos un premio tardío de algunas pocas lágrimas y suspiros. Así, si fuí desventurada durante mi vida, sea al menos feliz el alma después de mi muerte, y gocen mis cenizas frías de aquel que no me ha sido dado gozar viviendo.» Así habla a los árboles que no la oyen, y sus ojos derraman dos fuentes de lágrimas, mientras que Tancredo, llevado de su sino, se aleja de ella cuanto más se afana en alcanzarla. Internóse el héroe en la vecina selva siguiendo las huellas estampadas en la tierra, mas es tan espesa y negra la sombra en que le envuelven sus árboles antiguos y copudos, que no pueda ya distinguirlas. Así, avanza ahora sin saber por dónde, con el oído atento en el silencio, por si oyera rumor de pisadas o de armas.

Si la brisa nocturna murmura a través de las tiernas hojas del olmo o de la haya, si una fiera o un ave agitan sus ramas, Tancredo vuelve al momento sus pasos hacia donde se oye el ruido. Sale, en fin, de la selva y camina a la luz de la luna por sendas desconocidas hacia un rumor que se oye algo lejano, en dirección al sitio de donde le parece salir. Llega hasta allí; sus ojos descubren un manantial de aguas puras, cristalinas, que convertido en arroyo, se precipita con un suave mur-

mullo entre las verdes hierbas; allí junto a las aguas, en presa a su dolor, se detiene el guerrero; llama a su amada a voces, mas sólo el eco responde a sus clamores. En tanto, ve con ojos serenos nacer la cándida y sonrosada aurora.

Gime el guerrero y se irrita contra el Cielo, que le niega la ventura que deseaba; mas jura vengar a su bella si alguien se atreviese a ofenderla. Se acuerda de que el día señalado para el combate con el egipcio está cercano y resuelve regresar al campamento, aunque no está seguro de poder atinar con el camino.

Parte, y mientras va divagando por sendas desconocidas, siente ruido de pisadas que suena cada vez más cercano, y ve aparecer en el fondo de un estrecho valle un hombre con los atavíos de un correo. Agitaba su flexible látigo, y llevaba colgando una bocina a la espalda a usanza nuestra. «¿Podrías decirme cuál es el camino — le preguntó Tancredo — que conduce a las tiendas de los cristianos?»

«Ahora me dirijo a ellas — responde aquél en italiano — por orden de Boemundo.» Síguele Tancredo, creyendo ser un mensajero de su tío, y da fe a sus mentidas palabras. Llegan al fin donde se extiende un sucio y cenagoso lago ciñendo con sus aguas un castillo, en el momento en que el sol parece que se precipita en el ancho abismo donde habita la noche. Suena el correo la bocina, y al momento se baja un puente levadizo. «Puesto que eres latino — dice el mensajero a Tancredo —, puedes hospedarte aquí hasta que vuelva la aurora, pues aun no hace tres días que el conde de Cosenza arrebató a los paganos este fuerte.»

Tancredo examina la fortaleza, que la naturaleza y el arte hacen inexpugnable. Recela tal vez una oculta acechanza, mas, acostumbrado a desafiar los peligros y la muerte, no deja traslucir sus temores; su rostro se muestra, como siempre, sereno y tranquilo, pues sabe que por doquier que le conduzcan su deber o la fortuna, puede contar con el apoyo de su brazo. Sin embargo la obligación que tiene pendiente de la batalla con Argante, hace que no quiera atender a ninguna otra empresa.

Párase delante del castillo, en un prado donde se extiende y reposa el corvo puente y no sigue a su guía que le invita a entrar con él. Un caballero aparece de pronto sobre el puente; va armado, y su ademán es fiero y desdeñoso, blande el desnudo acero y habla con tono áspero y amenazador: «¡Oh, tú, a quien tu sino o tu voluntad ha conducido a la fatal

morada de Armida! En vano pensarías huir, depón las armas y entrega tus manos a sus cadenas. Entra en este castillo; sujétate a las leyes que prescribe a los extraños, y no esperes volver a ver jamás el cielo, si antes no juras guerrear con los suyos contra los adoradores de Jesús.»

Fija Tancredo sus miradas en el que habla, y en sus armas y palabras reconoce a Raimbaldo de Gasuña, que huyera con Armida y que renegó por ella de su fe y se constituyó en defensor de la bárbara costumbre que allí se observa.

Un santo enojo encendió el semblante del piadoso guerrero: «Cobarde impío — le responde —: yo soy Tancredo, que ceñí el acero por Jesucristo y que fuí siempre su campeón. Con su auxilio vencí a los rebeldes; y también tú lo probarás, ya que el Cielo escogió mi brazo para vengarse de tu conducta impía.»

Turbóse el impío y palideció al oír aquel glorioso nombre, mas disimulando su temor, le dice: «Desventurado, ¿cómo así vienes en busca de la muerte? Inútil te será aquí tu valor, vanas tus fuerzas, y si no me falta en este día mi acostumbrado arrojé, cortaré tu altiva cabeza y la enviaré como un presente al caudillo de los francos.»

Así dijo el pagano. Había cerrado ya la noche y apenas se veían uno a otro los dos guerreros, cuando se encendieron de repente tantas antorchas que brilló el aire con los resplandores del día. Osténtase el castillo radiante, como la escena de un teatro en medio de una fiesta nocturna, y aparece Armida sentada en lo alto de una torre, desde donde lo oye todo y lo ve todo sin ser vista.

El magnánimo guerrero previene, en tanto, para la fiera lid su valor y sus armas; ve al enemigo que avanza a pie hacia él: viene cubierto con su escudo, el yelmo en la cabeza y la espada en alto en actitud de herir. Salta él de su débil caballo y se lanza al encuentro del príncipe feroz, con torvos ojos y terribles voces.

El pagano, aunque bien defendido por su armadura, avanza solo dando rodeos, midiendo sus golpes y empleando todas las astucias, al paso que el otro, a pesar de estar enfermo y fatigado, le ataca resuelto, le acosa y acorrala, siguiéndole veloz si retrocede, blandiendo ante sus ojos su espada fulminante. Más que a ninguna parte, dirige sus golpes donde puso la naturaleza más espíritu vital, acompañándolos de fieras amenazas, uniendo así al daño el temor. Revuélvese el ligero gascón a uno y otro lado, esquivando los golpes que le amagan,

y procura, ora con el escudo, ora con la espada, hacer vano el incansable furor de su adversario. Menos pronto en la defensa que Tancredo en el ataque, se encuentra el otro sin escudo, con el yelmo hecho pedazos y la coraza destrozada y teñida en sangre antes de haber conseguido descargar un sólo golpe sobre su enemigo. Tiembla con ello de ira, y agitan a la vez su corazón el enojo, el rubor, el amor y la conciencia.

Dispónese por fin a probar suerte en una lucha desesperada; tira el escudo, y asiendo con ambas manos su espada todavía no teñida en sangre, cierra con su enemigo; el golpe es recio y no hay defensa que le resista; de tal modo, que el acero penetra muy adentro en el muslo de su enemigo. Le hiere luego en la ancha frente, y al golpe, el casco resuena como una campana. No lo hiende, mas obliga al guerrero a encogerse vacilando. Enciéndense sus mejillas en cólera; sus ojos arden y chispean, brillan a través de la visera sus ardientes miradas y se oyen rechinar sus dientes.

El pérfido pagano no puede sostener por más tiempo la vista de aquel fiero semblante; oye silbar el acero, cree sentir ya su frío en sus venas y en el pecho, y huye del golpe, que viene a caer en un pilar erigido cerca del puente, del cual deshace parte en trozos y centellas, helándole de espanto el corazón. Ampárase el cobarde en el puente, poniendo toda su esperanza en la fuga; mas Tancredo le sigue, e iba ya a echarle mano y sus pies se cruzaban con los del otro, cuando, para bien del que huía, se apagaron las antorchas; se apagaron con ellas las estrellas, y en la ciega noche no quedó en el desierto cielo ni un resplandor de luna.

En medio de aquella obscuridad y de los encantos, el vencedor no puede seguir ni ver a su contrario; da mal seguros pasos, nada percibe de los objetos que le rodean. Sin advertirlo y casualmente tiene los pies en la entrada del castillo, y siente que la puerta se cierra tras él, dejándole encerrado en un lóbrego y triste recinto.

A la manera que el pez huye de las ondas procelosas del lago que forma nuestro mar en los llanos de Commacchio (65) buscando asilo en unas aguas más tranquilas; pero preso entre los cienos, no puede ya volver atrás por hallar cerrada toda salida, así Tancredo, sin saber la traza o los secretos de la

(65) Commacchio es una pequeña ciudad, situada a unas diez leguas de Ferrara y a una del Adriático, en medio de las lagunas que llevan su nombre, famosas por su abundancia de pescado, que constituye su único comercio.

extraña prisión, entró en ella por sí sólo y encontróse encerrado en un lugar de donde nadie consigue salir ni hay quien le socorra. Bien procuró hacer pedazos la puerta con su robusto brazo, mas fueron perdidos sus esfuerzos. Oyó de pronto una voz lejana, que le gritaba: «Prisionero de Armida: en vano pretendes escaparte. No temas la muerte. En este sepulcro de los vivos verás transcurrir los días y los años.»

El animoso guerrero no responde; ahoga en lo más hondo de su pecho sus suspiros y sus pesares; acusa en su interior a su destino, al amor, a su imprudencia y a los engaños de sus enemigos, y murmura tal vez en voz baja:

«Poco me importara perder la luz del sol para siempre. Mas, ¡ay!, pierdo también la vista más dulce de un sol sin comparación más bello, y no sé si volveré jamás al sitio donde mi alma triste se serena en sus amorosos rayos.» La memoria de Argante viene después a redoblar su tristeza: «Harto falté — exclama — a mi deber, y bien merezco que me insulte y desprecie por mi baldón y vergüenza eterna.»

De esta suerte el amor y el honor atormentan a la par el corazón del guerrero. En tanto, el valiente circasiano se revuelve impaciente en su lecho de plumas; de tal manera le agitan el odio a la paz, la sed de sangre y el amor de la gloria, que desea con ansia que vuelva la aurora del sexto día, a pesar de no estar curado aún de sus heridas.

La noche que precedió al día prefijado, el fiero pagano cerró apenas los párpados, y levantóse antes que los primeros resplandores del día iluminasen la cima de los montes, cuando cubría todavía el cielo la negra noche. «Apróntame las armas», le gritó a su escudero; pero éste se las tenía ya preparadas; no las suyas acostumbradas, sino otras más preciosas que le regalara el rey de Egipto.

Tómalas sin pararse a mirarlas y sin que su gran peso fatigue sus robustos miembros; cuelga de su costado la espada de finísimo y antiguo temple; y cual se ve brillar en aire obscuro un cometa con ensangrentada y horrenda cabellera, cuya luz, infausta a los tiranos que visiten mantos de púrpura, cambia los imperios y lleva enfermedades y males sin cuento, así aparece Argante con sus armas, paseando sus torvas y siniestras miradas sedientas de sangre y llenas de cólera, respirando horror de muerte en todos sus ademanes, y amenazando con su feroz semblante. Una sola de sus miradas haría temblar al más animoso y fuerte. Desenvaina la espada y la levanta en alto y rasga, gritando, el aire y las espesas sombras. «Bien pronto

— exclama — el caballero cristiano que se atreve audaz a medirse conmigo, caerá vencido y bañado en su sangre, barriendo el suelo con sus cabellos, y verá esta mano despojarle de sus armas con mengua de su Dios, sin que pueda alcanzar con sus ruegos que no entregue sus miembros a los voraces perros.» No es de otra suerte el toro, si le irritan los ceios con su venablo punzante, muge de horrible manera, despertando con sus bramidos su propia saña y ardiente cólera, aguza sus astas en los troncos de los árboles, desafía a los vientos con vanos golpes, escarba el suelo y llama a su enemigo a guerra mortal.

Temblando de coraje llama Argante a su heraldo. «Ve — le dice con voz entrecortada — al campo de los cristianos y anuncia el combate al campeón de Cristo.» El sarraceno, sin esperar más, monta a caballo, hace llevar delante de sí a su prisionero, sale de la villa y va por los collados despeñado en veloz e insensata carrera. Da aliento a la bocina, cuyos sonidos estremecen los montes inmediatos, a manera de estrepitoso trueno que ofende los oídos y llena de pavor los corazones.

Estaban los príncipes cristianos reunidos ya en la tienda de su caudillo, cuando se presentó el heraldo, desafiando primero a Tancredo, y después de él a los demás guerreros. Godofredo pasea sus graves e inciertas miradas en torno suyo entre dudoso y suspenso; pero, por más que piensa y que examina, no encuentra ninguno apto para aquella empresa. Falta en el campamento la flor de los valientes; nada se sabe de Tancredo; Boemundo está lejos, y el héroe invencible que mató al fiero Gernando vive en el destierro. De los diez a quienes cupo la suerte, los más famosos caballeros de la cruz siguieron las falaces huellas de Armida, ocultos bajo el velo de la noche; los restantes, menos fuertes y atrevidos, permanecen callados y temerosos; el miedo vence a la vergüenza y no hay ninguno de entre ellos que se atreva a tentar una gloria que tantos peligros entraña.

En su talante, en su silencio, en sus ademanes, Godofredo no duda ya de su cobardía, y levantándose de su asiento, animado de un generoso despecho: «¡Ah! — exclama —, sería indigno de la vida si me negase a exponerla en este día, permitiendo que un pagano huelle de manera tan vil los timbres de nuestras armas. Permanezca mi ejército tranquilo y mire ocioso mis peligros desde un lugar seguro. Ea, vengan mis armas.»

Fuéronle entregadas al momento; mas el buen Raimundo, cual en la edad, maduro en sus consejos, que conserva aún todo el vigor de los años lozanos y que no cede en valor a ninguno de los presentes, pónese en pie, y dirigiéndose a Godofredo: «¡Ah!, no permita Dios — le dice — que exponiendo tu cabeza pongas en peligro todo un ejército; tu muerte fuera un duelo público. En ti se apoya la fe y este santo imperio, por ti será destruido el reino de Babilonia y por ello sólo te es dado emplear la mente y el cetro; a los demás toca hacer alarde de su valor y manejar el acero. Yo, aunque encorvado por el peso de los años, no rehusaré el combate. Huyan los demás de las fatigas de la guerra; a mí no ha de servirme la vejez de excusa. ¡Ah, si conservase todo el vigor de mis años juveniles; si yo fuese lo que sois vosotros, a quienes el miedo tiene aquí callados! Os colman de denuestos, os injurian y no inflaman vuestra sangre ni la cólera ni la vergüenza. Si fuese yo lo que fuí cuando a los ojos de toda la Germania, en la espléndida corte de Conrado II (66), rasgué el pecho del feroz Leopoldo y le quité la vida. Los despojos de un hombre tan temible fueron un trofeo más glorioso para mi valor que poner en fuga, solo y sin armas, un numeroso escuadrón de esa vil turba de paganos. Si conservase todavía el mismo ardor, la misma fuerza, hubiera reprimido ya el orgullo del altanero circasiano, mas tal cual soy, mi corazón no desfallece, ni temo, aunque anciano. Puedo caer en el campo de batalla, mas el pagano no se enorgullecerá de su victoria. Vengan las armas y añadiré con nuevo honor en este día los nuevos timbres a los antiguos.»

Así habló el animoso anciano, y sus palabras son arpones agudos que excitan el valor. Los que permanecieron hasta entonces callados, se convierten en guerreros ardientes e impetuosos. No hay uno sólo que se niegue al combate; antes al contrario, se disputan a porfía el honor de acometerlo: Baldovino lo pide; con él Rugiero, Güelfo, los dos Guidos, y Esteban y Gerniero. También Pierro le solicita: Pierro, cuya rara destreza puso a Antioquía en poder de Boemundo; y Eberardo, y Rodolfo y el valeroso Raimundo, de Escocia aquél, el segundo irlandés y éste bretón, piden con insistencia combativa muéstranse animados igualmente del propio deseo

(66) Hay aquí un anacronismo. Raimundo de San Giles no había nacido aún en la época del reinado del emperador de Alemania Conrado II. Este murió en el año 1039, y el conde de Tolosa no vino al mundo hasta el 1042.

los dos amantes y esposos Gildipe y Odoardo (67). Pero, entre todos, es aun el anciano el que muestra más ardientes deseos de batallar. Se arma ya, y sólo falta a los bélicos y brillantes arneses el luciente casco. «¡Oh, vivo espejo del antiguo valor! — le dice Godofredo —: mírese en ti nuestro ejército y aprenda a ser fuerte y animoso; en ti brillan el honor, la disciplina y el arte de la guerra. Si entre aquellos a quien no enflaquecen los años tuviese no más que diez como tú, vencería a la proterva Babilonia, y desplegaría triunfante el estandarte de la cruz desde la Bactriana a la isla de Thule (68). Mas cede por hoy, te ruego; resérvate para trabajos más nobles y dignos de tus canas, y permíteme que ponga en una urna los nombres de los demás, y que deje a la suerte la elección de un campeón. De esta suerte de-

(67) La mayor parte de los nombres de los guerreros francos citados en esa parte del poema no se encuentran en las crónicas, y están sacados, como dijimos, de los libros de caballerías y de las églogas del siglo xvi. Publicaremos a continuación los verdaderos nombres de los jefes de la primera cruzada, juntos con los de los caballeros que concurrieron a la misma.

Pedro el Ermitaño.	Guillermo de Grandmenil.
Godofredo de Bullón.	Alberico e Ivo de Grandmenil.
Tancredo.	Baldovino de Grandpré.
Baldovino, hermano de Godofredo.	Guillermo Dutillet.
Baldovino de Bourg, su primo.	Eleazardo de Montredon.
Boemundo.	Achard de Montmerle.
Raimundo de Saint-Gilles.	Guifer de Latour.
Róberto, duque de Normandía.	Guillermo de Urgel.
Roberto, conde de Flandes.	Heraccio, conde de Polignac.
Hugo de Francia.	Tomás de Ferrière.
Ademar de Montell.	Pedro de Narbona.
Esteban, duque de Borgoña.	El vizconde de Turena.
Eustaquio, hermano de Godofredo.	Esteban y Pedro de Viel-Castel.
Güelfo, duque de Baviera.	Roberto de Sourdeval.
Dudón de Contz.	Hugo de Montbel.
Alberto de Bailleul.	Guillermo de Sabran.
Baldovino de Bailleul.	Gerardo de Chérizy.
Eberardo de Puisaye.	Eleazar de Castres.
El vizconde de Castellane.	Hugo de Falcomberg.
Bernardo de Montañac.	Gerardo de Mauleon.
Pedro de Dampierre.	Pedro de Hautpoul.
Abelardo de Estrées.	Guillermo de Ferrière.

(68) La Bactriana es una de las más remotas comarcas de la Persia que conocieron los griegos. Los geógrafos antiguos no han determinado sus límites de una manera precisa, comprendiendo algunas veces bajo aquel nombre otros países poblados de arrianos y de escitas. La isla de Thulé (*Thulé Insula*), ha sido objeto de un sinnúmero de disputas. Se ha creído que era la Islandia, siendo esta opinión la más probable, pero otros la sitúan en las islas Setland.

cidirá el Señor, a cuyas órdenes están sumisas la fortuna y el hado.»

Raimundo no ceja por esto en su resolución: quiere entrar también en la suerte. Pone el caudillo las suertes en su yelmo, los revuelve y confunde, y el primero que sale lleva el nombre del conde de Tolosa. Rompen todos, al oírlo, en gritos de alegría, y nadie se atreve a culpar a la suerte. Píntase un fresco y vigoroso ardor en el semblante del anciano, y cual serpiente que al revestirse de la nueva piel se desliza a los rayos del sol luciendo el oro de sus escamas, parece él rejuvenecerse. Pero más que ningún otro le aplaude Godofredo; le colma de elogios y le presagia la victoria.

Descolgando en seguida el acero de su costado y ofreciéndoselo a Raimundo: «Ésta es la espada — le dijo — que el rebelde Sajón llevaba en los combates, a quien se la arrancó con la vida manchada con mil crímenes. Tómala, y sea afortunada en tus manos cual fué siempre vencedora en las mías.»

Impaciente, en tanto, el circasiano por la tardanza, se desahoga en gritos y amenazas. «Ejército invencible, pueblos guerreros de Europa — les dice —, un hombre solo os desafía. Venga Tancredo, al parecer tan animoso, si tanto confía en su valor. ¿Quiere, por su suerte, esperar descansando muellemente en colchones de pluma a que vuelva la noche que le salvó la vez primera? Venga otro si él teme; venid todos a la vez, caballeros o peones, ya que no hay entre tantas huestes uno solo que quiera medirse conmigo. Ved allí abajo el sepulcro donde reposó el hijo de María; ¿por qué os detenéis? ¿Por qué no vais a cumplir vuestros votos? Ahí está el camino: ¿para qué trance más digno guardáis el acero?»

Con tales y semejantes denuestos hiere el implacable sarraceno, como con un látigo, el corazón de los cristianos; pero el de Raimundo se inflama más que el de ninguno a sus palabras, y el guerrero no puede ya contenerse. El valor ultrajado no reconoce freno y se enciende en el fuego de la cólera, así el suyo rompe por todos los obstáculos y el héroe clava las espuelas en los flancos de su Aquilino, a quien dió este nombre la velocidad de su carrera.

Nació este caballo en las riberas del Tajo, donde la yegua ardiente en la dulce estación de los amores, presenta al soplo de los vientos su boca abierta y recoge las semillas del fecundo céfiro, y aspirándolo ansiosa, concibe y pare (69).

(69) Según se ve, Tasso adopta las opiniones de los antiguos sobre

Y sin duda diríais que Aquilino ha nacido del aura más leve que el Cielo respira, ora lo vieseis tender su veloz carrera por la arena sin estampar en ella sus pisadas, ora girar ligero a diestra y siniestra en apretados círculos. Sentado el Conde en su corcel se lanza al combate alzados los ojos al cielo.

«Señor, exclama: Tú que en el valle de Terebinto guiaste contra el impío Goliat un brazo inexperto e hiciste perecer el azote de Israel al golpe de la primera piedra disparada por un muchacho, haz que a su ejemplo caiga vencido por mi espada el malvado, y que un anciano débil humille la soberbia, cual un débil niño abatióla ya una vez.»

Así rogó, y sus plegarias, llenas de confianza en Dios, volaron a las celestes esferas, cual por su naturaleza se eleva la llama al cielo. Acogiólas el Padre Eterno y escogió de entre su gloriosa milicia un ángel para acompañar a Raimundo, defenderle y sacarle sano y vencedor de las manos del impío.

El ángel, que fué elegido por la Providencia para custodio del buen Raimundo desde el primer día en que siendo niño aún empezó la peregrinación de este mundo, al oír las nuevas órdenes del Rey del Cielo para que tome a su cargo el defenderle, vuela al momento a la elevada roca donde están guardadas las armas todas de las milicias celestiales.

Allí se conserva el asta que mató a la serpiente, las ardientes flechas y los dardos invisibles que llevan la desolación, la peste y otros males a los mortales; allí está suspendido el gran tridente, terror de los míseros mortales, cuando Dios sacude con él los cimientos de la ancha tierra y hiere las ciudades.

Vese brillar entre aquellas armas un escudo de finísimo diamante, tan grande que puede cobijar todos los pueblos y países situados entre el Cáucaso y el Atlas, y con el cual suele el Cielo proteger a los príncipes y las ciudades justas y santas. Lo toma el ángel y va con él a ponerse ocultamente al lado de Raimundo (70).

la historia natural. Esta fábula de la yegua de las riberas del Tajo que engendra por el soplo de los vientos se encuentra en Plinio, lib. IV, capítulo XXII. Sería un trabajo muy curioso explicar la historia natural cual existía en la Edad Media, pues por él pudieran separarse las tradiciones fabulosas de las verdades científicas y de observación que abundan en las crónicas más de lo que generalmente se cree.

(70) Raimundo, conde de Tolosa, duque de Narbona, marqués de Provenza, llamado de *Saint-Gilles* porque poseyó algún tiempo la soberanía de esa porción de la diócesis de Nimes, fué uno de los jefes más notables de la primera cruzada. Su carácter, tal cual lo ha tra-

Habíanse, entre tanto, llenado las murallas de una multitud numerosísima, y el bárbaro tirano manda situar a Clorinda con varios escuadrones al pie de la colina. Vense en la otra parte, frente de ella, algunas escuadras cristianas puestas en buen orden, y entre uno y otro ejército extiéndese un campo espacioso y desocupado para los dos campeones.

Examínalo Argante y no divisa a Tancredo, y si sólo a un guerrero que no conoce. Adelántase el conde y le dice: «No está aquí, por tu suerte, el que buscas; mas no te ensoberbezcas por esto, pues está dispuesto a probar tus fuerzas quien puede hacer sus veces, y a quien le es dado venir aquí como tercero.»

Sonríese él altanero y le responde: «¿Qué hace, pues, Tancredo? ¿Dónde está? Viene amenazando al Cielo con sus armas y se esconde después, fiando a la huída su salvación. Mas no importa: en el centro de la tierra, en medio de los mares, en parte alguna, en fin, le dejaré en reposo.» «Mientes — replica el otro — suponiendo que huya porque te teme quien vale más que tú.»

Brama el circasiano de coraje: «Toma campo — le dice —, pues por él te acepto. Pronto se verá cómo sostienes tus locas y temerarias razones.» Lánzanse entrambos a la lid asestándose terribles golpes sobre el yelmo. Raimundo le hiere donde clavó los ojos, mas no pudo arrancarle de la silla.

Del otro lado, Argante, cosa harto rara en él, dió una arremetida en vago. El celeste defensor desvió sin duda el golpe que iba a herir al caballero cristiano. Muérdese los labios de despecho el orgulloso, arroja blasfemando la lanza al suelo, y empuñando el acero, cierra con nuevo ímpetu con Raimundo. Empuja contra el franco su robusto corcel, que inclina su cerviz, cual toro al dar la arremetida; mas Raimundo evita el

zado el poeta, está conforme con la verdad histórica. En la época del sitio de Jerusalén tenía cincuenta y siete años. Estaba dotado de una actividad prodigiosa y de un valor que rayaba casi en temeridad: era el tipo de los hombres del Mediodía en toda su pureza. Es increíble el terror que a los sarracenos inspiraba; es preciso, para tener una idea de ello, hojear a los historiadores árabes Kemal-Eddin, Ibu-Giouzi y Albufage. Todo el honor de la victoria en la batalla de Ascalón, que ocupa un lugar tan distinguido en la historia y en la poesía cristiana, atribuyóse a Raimundo de Saint-Gilles.

Después de la muerte de Godofredo ofrecieron el trono de Jerusalén al conde de Tolosa, quien lo rehusó. Durante el sitio de Trípoli, edificó en las inmediaciones de esta ciudad la fortaleza de Châtel-Pelcrin, donde murió el 28 de febrero de 1105.

choque, y torciendo el curso por el lado derecho, hiere al pasar a Argante en la frente. Revuelve éste contra el franco, mas le esquivá otra vez; le hiere en el casco, pero en vano, pues su temple diamantino rinde inútil el golpe.

Pero el fiero pagano que anhela envolverle en ms estrecha lid, le embiste y cierra con él. El buen anciano, teme verse derribado al suelo con su corcel, al peso de la mole impo- nente; cede, por ello aquí; allí le embiste, y parece que vuela girando a su alrededor y haciéndole por todos lados cruda guerra. Su dócil caballo obedece al menor movimiento de su mano, sin dar jamás un paso en falso.

Cual capitán que expugna una elevada torre situada entre pantanos o en la cima de un monte, y acude a mil ardidés y agota todas las artes y los medios todos, no de otra guisa da el conde mil revueltas, y ya que no le es dado romper la escamosa coraza de su enemigo, ni doblegar su altiva frente, hiere sobre los débiles arneses, y a la espada busca abrir camino entre las juntas del acero.

Ya la armadura del enemigo está rota por diversas partes y teñida en sangre del infiel, mientras conserva él intacta la suya, con su cimera ni rozada siquiera por los golpes. Argante se enfurece inútilmente, da en vago sus terribles fendientes y prodiga sin provecho sus fuerzas y su cólera. Mas el esfuerzo no le abate el ánimo; redobla, al contrario, sus golpes, y cuanto más yerra, más aliento parece cobrar.

En fin, tras un furioso golpear, descarga el sarraceno tan terrible fendiente que acaso el velocísimo Aquilino no hubiera podido esquivar, ni salvar a su dueño de la muerte; mas no faltó en tan apurado trance el auxilio celeste, pues extendió el ángel su brazo y el crudo acero vino a dar sobre el celestial escudo de diamante.

La espada de Argante rómpese en pedazos, que el temple que confieren nuestras fraguas no resiste a las armas puras e incorruptibles del Hacedor Eterno. El circasiano que ve roto en el suelo su acero, da apenas crédito a sus ojos; y contempla con espanto su mano inerme, mientras el enemigo sostiene firme la suya en su mano.

Argante cree haber roto su espada en el escudo con que se cubre su enemigo, y éste lo cree también, pues ignora que el Cielo le protege. Mas al ver desarmado el brazo del sarraceno, se detiene, estimando en nada los innobles laureles y los viles despojos adquiridos a tan poca costa.

«Toma otra espada», iba a decirle, cuando una nueva idea acudió a su mente; pensó que el caer él vendría en mengua suya y de los suyos, pues era defensor de la causa de todos. Muéstrase indeciso entre el desprecio de una victoria indigna y el temor de comprometer el honor del ejército; mas, entre tanto, el pagano le alcanza con el pomo de su espada y le hiere en la mejilla. Espolea al propio tiempo su caballo y lo lanza contra el enemigo. Con la lanza le golpea en el yelmo y hiere al conde en la cara. Éste, sin hacer caso de su herida, lucha largo rato para evitar los robustos brazos y hiere la mano que, cual terrible garra, iba a hacer presa en él. Revuélvese en seguida en todas direcciones, ya embistiendo, ya alejándose, descargando sobre el pagano los más crueles golpes, ya arremetiendo, ya huyendo, y conjurando en su daño todas sus fuerzas y mañas, todo cuanto pueden el antiguo despecho y el reciente enojo, y el Cielo y la fortuna unidos en su favor.

Defendido el pagano por su fina armadura, resiste impávido el ataque; en su impasibilidad diríase una nave sin timón, con las velas y las entenas rotas en medio del mar enfurecido, que unidas firmemente las tablas de sus costados, resiste a los duros embates de las olas y no desespera de su salvación. Tal era, Argante, tu peligro, cuando Belzebut vino en tu auxilio. Colocó en una nube una sombra ligera, monstruo admirable con figura humana, dióle el mismo semblante de la altiva Clorinda, vistióle con ricas y lucientes armas, y le prestó su hablar, su acento y sus maneras.

La sombra fué a encontrar a Oradino, saetero famoso, y le dijo: «Oh, célebre Oradino, cuyas flechas dan siempre en el blanco que te señalas! ¿Cuál sería nuestro peligro si un hombre como Argante, defensor de la Judea, sucumbiese, y si el enemigo, cargado de despojos, volviese triunfante a sus reales? Haz brillar aquí tu habilidad, y tiñe tus saetas en la sangre de ese temible franco, pues además del lauro eterno que alcanzarás por ello, haré que el rey te recompense con un premio igual a tu hazaña.» Así le habló, y aquél, sin vacilar, ante tales promesas, saca una flecha de la pesada aljaba y tiende el arco. Frunce la tirante cuerda, vuela la alada saeta disparada, silba por el aire y va a herir a Raimundo en el sitio donde se unen las hebillas del cinturón; la flecha traspasa el coselete y se detiene apenas teñida en sangre, rasgando tan sólo la piel; el celeste guerrero, quitando fuerza a la saeta, no permitió que penetrase más.

Arranca el conde la flecha y ve brotar sangre de la herida. Entonces con palabra airada echa en cara al pagano el quebrantado juramento. El caudillo, que no ha apartado ni un momento los ojos de su caro guerrero, ve que han sido violados los pactos, y creyendo más grave la herida, suspira y teme.

Sus palabras y su semblante irritado excitan a las altivas huestes a la venganza. Bájanse en un abrir y cerrar los ojos todas las viseras, suéltanse los frenos, enrístranse las lanzas y vense mover en un momento algunos escuadrones de uno y otro bando. Desaparece el campo; el polvo se levanta y vela el cielo en densas nubes. Rasga el aire el espantoso estruendo de los cascos y escudos que retumban bajo los golpes, y de las lanzas rotas en los primeros encuentros. Aquí yace un corcel, y allí se ve andar otro errante sin jinete; allá cae un guerrero, y más lejos otro solloza y gime en su agonía, y otro suspira. Reñida es la batalla, y crece y se hace más enconada cuanto más se estrecha.

Argante se precipita en medio de la refriega ágil y ligero, arranca a un guerrero su maza de hierro, y rompiendo y hollando escuadrones, la hace girar en torno suyo abriendo un ancho círculo. Busca a Raimundo, y sólo contra él vuelve el hierro y su insano e impetuoso enojo, y cual lobo famélico parece que desea únicamente saciar su hambre en sus entrañas.

Vienen empero a cerrarle el camino y a retardar sus pasos numerosos estorbos. Ormano, Rugiero de Balnavilla, los dos Guidos y los dos Gerardos le salen al encuentro; pero no por eso se detiene; antes al contrario, cuanto más tenaz es la lucha, más crece su furor, bien así como el fuego estalla con más fuerza y amontona más ruinas cuanto más se le estrecha. Deja sin vida a Ormano, hiere a Guido y aterra a Rugiero, que cae entre los muchos agonizantes (71); pero crece el contrario bando, y se halla envuelto en un espeso y horrible círculo de hombres y de armas. Viendo, empero, Bullón que su sólo valor tiene indecisa la victoria, llama a su hermano y le manda que avance con su gente. «Arremete — le dice — por el siniestro lado, donde es más reñido el combate.»

(71) Rugiero de Balnavilla fué un personaje histórico y uno de los más intrépidos caballeros normandos que acompañaron a su duque Roberto a la conquista de la Tierra Santa. Alberto de Aix se complace en contar las proezas del señor Rugiero, *excelente caballero y maestro de armas*. Murió más de un año antes del sitio de Jerusalén en la reñida batalla con el ejército de Kerboga, que siguió a la rendición de Antioquía.

Movióse aquél, y fué tan tremenda la acometida, que amedrentado y débil, el ejército asiático cedió; se dispersaron los jinetes, y en su carrera, todo, estandartes, corceles, caballeros, quedaban dispersados.

Envuelta el ala derecha con el mismo ímpetu cede también, sin que nadie se defienda excepto Argante. El temor hace correr a sus compañeros a rienda suelta; sólo él se para y hace frente a los francos. Un ser provisto de cien brazos y cien manos, con cien escudos y otras tantas espadas, no hubiera hecho más que él. Él solo resiste a los puñales, a las mazas, al ímpetu de los caballos; ora embiste al uno, ora cierra con el otro, y se diría que él solo basta para todos. Tiene rotos los miembros, las armas hechas pedazos, y la sangre y el sudor corren por su cuerpo; y sin embargo, se muestra insensible a todo. Mas tanto en fin lo empuja el tropel y lo estrecha, que le vence y le arrastra consigo.

Vuelve la espalda a la fuerza y a la violencia de aquel torrente que le arrebató, mas no muestra el aspecto ni el corazón de un hombre que huye, si es que puede juzgarse del corazón por los hechos de su brazo. Sus ojos respiran todavía furor y las amenazas de su cólera acostumbrada, y procura por todos los medios, aunque inútilmente, detener a los fugitivos.

Ni siquiera puede alcanzar que su fuga sea cuando menos más lenta y ordenada, pues el temor no reconoce disciplina, ni obedece al freno, ni escucha ruegos ni amenazas. El piadoso Bullón, que ve a la fortuna sonreír a sus proyectos, sigue con alegres ojos el curso de la victoria y envía nuevos socorros al vencedor.

A no ser porque no había llegado aún el día fijado por Dios en sus decretos eternos, tal vez aquél hubiera alcanzado el invencible campeón el objeto de sus santas fatigas. Mas la cohorte infernal, que veía en aquel conflicto la caída de su imperio, siéndole permitido por el Cielo, encapotó en un instante la atmósfera de nubes, y desató los vientos en daño de los fieles.

Un negro velo robó el día y el sol a los mortales. El cielo, en la obscuridad y en el horror, diríase remeda al infierno, se abrasa en rayos y centellas; retumba el trueno, y una copiosa lluvia envuelta en nieve destruye los pastos e inunda la campiña. El huracán desgaja las ramas, y parece que arranca no ya las encinas, sino las rocas, los collados.

El agua y la tempestad hieren a la vez los ojos de los

francos; su imprevista violencia los detiene; un terror que pudo serles funesto se abatió sobre ellos. La mayor parte abandona sus banderas, que apenas se divisan; Clorinda, que permanecía un poco apartada de allí, aprovecha la ocasión y pica a su caballo. «Compañeros — grita a los suyos —: el Cielo y la justicia combaten por nosotros; nuestras cabezas están al abrigo de su cólera y deja expeditos nuestros brazos. Sólo lanza su saña contra nuestros enemigos, y les arrebató sus armas y les priva de la luz. Corramos a ellos: el Hado es nuestro jefe.»

Así excita a los suyos, y de espaldas a la furia de la borrasca, se lanza con ímpetu contra los francos, despreciando sus golpes impotentes; Argante revuelve al mismo tiempo sobre ellos, vengándose así cruelmente de sus vencedores, mientras los cristianos abandonan el campo y vuelven la espalda a los aceros enemigos y a la furia del cielo.

Animados por su odio implacable, los infieles acosan con sus armas mortales a los fugitivos, cuya sangre mezclada con los torrentes de lluvia enrojece la arena. Allí entre el vulgo de los muertos y de los heridos cayeron sin aliento Pirro y el buen Rodulfo: éste bajo la espada del feroz circasiano, y aquél bajo la mano de Clorinda.

Huyen los francos, sin que cesen de irles dando caza los sirios y los demonios. Sólo Godofredo ostenta un semblante tranquilo en medio de los peligros que le amenazan del granizo, de los vientos y los truenos, y reprendiendo ásperamente a sus barones, detiene su caballo de batalla ante la puerta del campo, y reúne en el valle sus huestes dispersas. Dos veces empuja a su corcel contra el feroz Argante y le obliga a cejar, y otras tantas blande su espada contra los enemigos allí donde aparecen en más número. Retírase por fin con los suyos a sus trincheras, y abandona la victoria. Los sarracenos vuelven a su ciudad, mientras los francos, cansados y abatidos, reposan en sus reales.

Mas ni aun allí pueden ponerse a cubierto del furor de la espantosa tormenta. El agua entra por todas partes apagando las hogueras, y el viento que sopla con violencia rasga las telas, rompe las astas, y arranca y arrebató las tiendas. El rumor de la lluvia, que se confunde con los gritos, los silbidos de los vientos y el horrendo fragor de los truenos, forman una infernal algarabía que ensordece al mundo.

CANTO OCTAVO

Un enviado cuenta a Godofredo las proezas y la muerte del caudillo de los daneses. — Los italianos, dando crédito a sus rumores, se persuaden que Reinaldo ha sido muerto. — Alecto excita su cólera, y abre la puerta a todos los odios. — Los revoltosos amenazan a Bullón, quien, presentándose, reprime su furor con sus palabras.

CESARON los truenos y la tempestad: No silbaban ya los vientos del Norte y del Mediodía, y la aurora salía de su palacio con su frente rosada y sus pieles de oro; mas la saña de los que habían provocado la tormenta no estaba todavía satisfecha; antes al contrario, Astarot (72), uno de ellos, habla de esta suerte a su compañera Alecto:

«Mira, Alecto, cuál se aleja, sin que podamos estorbarlo, el caballero que escapó con vida de las terribles manos del valiente defensor de nuestro imperio. Éste contará a los francos el triste destino de su animoso caudillo y de sus compañeros, y les revelará grandes secretos, siendo por lo mismo de temer que se alce el destierro al hijo de Bertoldo (73).

(72) Tasso mezcla lo maravilloso de todas las mitologías, y no contento con las dos religiones cristiana y pagana, pide sus combinaciones a la Cábala, y hace entrar a Astarot, uno de los representantes de los signos místicos, en el gran panteón que su imaginación ha creado.

(73) Se habrá observado que Tasso habla sin cesar del hijo de Bertoldo, y que se complace en cierto modo en pintar los reveses y la impotencia del campo desde que falta de él Reinaldo. Hay en esto una imitación de Homero, cuya *Iliada*, como nadie ignora, se funda en la retirada de Aquiles a su tienda después que le han rehusado Briseida, su esclava favorita. Reinaldo es el Aquiles de Tasso; y como en la Edad Media, que es el tiempo fabuloso de la historia moderna, se hacían depender los destinos de un ejército de las proezas de un solo paladín,

«Sabes ya cuanto conviene prevenir su regreso, y oponer a los caudillos francos la astucia y la fuerza. Ve al campo latino y vuelve en su daño cuanto aquél referirá en pro de sus compañeros; derrama tus furores y tu ponzoña en las venas del latino, del helvecio y del bretón; excita enojos, tumultos, y haz, en fin, que el ejército se destruya por sí mismo. La obra es digna de ti, y te gloriaste ya ante nuestro monarca de que la llevarías a cabo.»

Dijo, y estas palabras bastan para que el monstruo tomé a su cargo la empresa. En tanto, llega al valle do tienen su asiento los cristianos el caballero cuya llegada estaba anunciada ya y les dice: «Guerreros, ¿quién de vosotros me guiará adonde está vuestro caudillo?»

Una multitud deseosa de oír noticias peregrinas le escoltó hasta la tienda del capitán. Inclínose el recién llegado y quiso besar la gloriosa mano, terror de Babilonia. «Señor — le dice en seguida —, a cuya fama sólo sirven de límites el sol y las estrellas: quisiera ser portador de un mensaje feliz.» Suspiró al llegar aquí, y luego prosiguió diciendo:

«Esveno, hijo único del rey de Dinamarca, gloria y sostén de sus postreros años, deseó ardientemente contarse en el número de los que, siguiendo tus consejos, ciñeron la espada en defensa de Jesús, sin que pudiese enfriar en su generoso pecho tan noble deseo ni el temor de la fatiga y de los peligros, ni el afán de reinar, ni el cariño de su anciano padre. Le aguijaba el deseo de aprender el penoso y crudo arte de la guerra bajo tan noble maestro como tú, y sentía despecho y vergüenza a la par por su humillante obscuridad, mientras que resonaba en todas partes la gloria de Reinaldo, grande ya en sus años juveniles. Más que todo esto, empero, movióle el celo, no del honor terreno, sino de combatir por su Dios. Rompió en su consecuencia con todos los obstáculos, y levantando una compañía escogida de fieros y osados guerreros, dirigióse hacia Tracia a la ciudad que es sede del Imperio. Acogióle en su palacio el emperador griego, y allí recibió un mensajero tuyo que le refirió la toma de Antioquía y cómo fué después defendida; cómo fué defendida contra el persa, que envió para recobrarla tantas y tan numerosas huestes, que parecía que hubiese dejado su reino desierto de habitantes y de armas. Hablóle de ti y de otros guerreros, mas al llegar a Reinaldo

según se ve en la mayor parte de los libros de caballerías, nada tiene de extraño que Tasso hiciese lo propio en su poema.

se detuvo, y refirióle su fuga atrevida y los hechos gloriosos que había acometido estando entre vosotros. Anunció por fin que el pueblo franco se dirigía a asaltar los muros de la Ciudad Santa, e invitóle a que le acompañase al menos en aquella última victoria. Estas palabras estimulan de tal suerte al valor del joven y animoso Esveno, que le parece un lustro cada hora que pasa sin que pueda blandir su acero y teñir sus manos en la sangre de los infieles. La gloria de los demás le parece un reproche, y le llena de rubor. O no escucha o desprecia a los que le aconsejan o ruegan que no vaya. Su único temor es no poder participar de tus riesgos y de tu gloria. Éste es para él el mayor de los peligros; los demás, o no los quiere ver o no los teme. El mismo acelera su fortuna, que arrastra a los demás y que es su esclava, y apenas aguarda para partir a que brillen los primeros fulgores del día. Para él los mejores caminos son los más cortos. Nosotros seguimos a nuestro señor y caudillo, que no se para en evitar pasos difíciles o en alejarse de los países que ocupan nuestros enemigos. Ora luchamos con el hambre, ora con la aspereza de los caminos; aquí con las violencias, más allá con las emboscadas; pero superamos todos esos obstáculos y pusimos en fuga y destrozamos a nuestros contrarios. Tantas victorias nos volvieron atrevidos y confiados en los peligros, y bien pronto acampamos no lejos de los confines de Palestina. Aquí recibimos aviso de nuestros espías de que habían oído un fuerte estrépito de armas, visto muchas banderas y estandartes, y que sospechan la presencia allí de un numeroso ejército. Nuestro intrépido caudillo no cambia de color, de semblante, ni de intento a tales nuevas, por más que vea pintada la palidez en todas las facciones.

»Felices de nosotros — exclama —, que vamos a alcanzar una corona de victoria o de martirio. Espero ceñir la primera, si bien no deseo menos la segunda que ofrece más premio e igual gloria. Este campo, ¡oh hermanos!, va a convertirse en un templo consagrado a la inmortalidad, el cual vendrán las edades futuras a saludar nuestros sepulcros o nuestros trofeos. Dice, y dispone en seguida las centinelas y distribuye los empleos y los trabajos. Manda que todos duerman armados, y ni él mismo depona el casco y la coraza.

»La noche estaba aún en la hora más amiga del sueño y del silencio, cuando se oyó un rumor de bárbaros aullidos, que hizo temblar los cielos y los abismos. «¡A las armas; a las armas!», gritan por todas partes, y Esveno se lanza delante

de todos cubierto de su arnés, llevando pintados en sus facciones el ardimiento y la cólera. De repente, nos vemos asaltados por un espeso círculo de sarracenos que nos acosa y cierra por todos lados; un muro de lanzas y espadas nos rodea, y descarga sobre nosotros una nube de flechas.

»En ese combate desigual, en que eran veinte contra uno, fueron heridos muchos de los contrarios, y muchos cayeron para no levantarse más; pero las sombras ocultan el número de unos y otros, y a la par de nuestros descalabros, cubren nuestras proezas.

»De tal suerte levanta Esveno sobre los demás su altiva frente, que todos pueden reconocerle y hasta admirar en medio de las tinieblas sus hazañas y su increíble pujanza. Ríos de sangre y montes de cadáveres, palpitantes aún, forman a nuestro alrededor fosos y murallas, y dondequiera que va, lleva el espanto en los ojos y en el brazo la muerte.

»Así se peleó hasta que apareció la aurora colorando el cielo; mas luego que se disipó la negrura de la noche que cubriera los horrores del combate, vino la deseada luz del día a aumentar nuestro terror con un doloroso y cruel espectáculo: vimos el campo sembrado de cadáveres y casi destruído nuestro ejército. Dos mil partimos y apenas quedamos ciento. No sé si el fiero corazón de nuestro capitán al mirar tanta sangre y tantos muertos se turbó o intimidó; si fué así supo ocultarlo, y levantando la voz: «Sigamos — grita — la suerte de nuestros valientes compañeros cuyas sombras no andarán errantes por los lagos infernales, y que han regado con su sangre el camino del Cielo.»

»Así dijo, y con la alegría en el corazón y en el semblante al ver cercana su muerte, presentó su pecho intrépido y constante a la furia de los bárbaros. No hay armadura, no diré de acero, mas ni de diamante, capaz de resistir a los golpes que descarga sobre sus enemigos, sin embargo de que todo su cuerpo se diría una sola herida. Sólo el valor, no la vida, sostiene aquel cadáver indómito y feroz; vuelve, sin cobrar aliento, golpe por golpe, y ofende más cuanto más le dañan, hasta que un enemigo de gigantesca estatura, de torvo y sombrío mirar y espantoso semblante, sé lanza contra él lleno de cólera y tras una larga y porfiada lucha, ayudado por otro, logra derribarle.

»Cayó el invencible guerrero, ¡cruel desgracia!, sin que hubiese entre nosotros quien pudiera vengarle. Testigos sois,

ilustres despojos y sangre noblemente vertida de mi querido señor, de que no fuí entonces avaro de mi vida, y de que no esquivé el acero y los peligros, y si no le plugo al Cielo que sucumbiese, no fué porque, por mis hechos, no lo mereciese.

»Sólo yo caí vivo entre mis compañeros muertos, sin que nadie sospechase que lo estuviese. Nada percibieron mis sentidos aletargados de lo que pasó entre los enemigos; mas después que, disipada la densa nube que los cubría, volvieron a abrirse mis ojos a la luz, me pareció que era de noche y sólo se ofreció a mi vista un resplandor lejano y vacilante.

»Me hallaba tan débil que no podía discenir los objetos, sino que veía como aquel que ora abre, ora cierra los ojos, luchando entre la vigilia y el sueño. El relente de la noche y el frío empezaron a hacerme sentir el dolor de mis heridas, pues estaba al raso y tendido sobre el duro suelo.

»Iba entre tanto acercándose la luz junto con un ligero murmullo, hasta que llegó y se puso a mi lado. Entonces abro, aunque no sin trabajo, mis débiles párpados, y veo a dos religiosos envueltos en sus sayales y sosteniendo sendas antorchas, los cuales me dicen: «Hijo mío, confía en el Señor, que no olvida nunca a los buenos, y que previene con su gracia sus oraciones.» Mientras me hablan de esta suerte, extienden sus manos sobre mí para bendecirme y murmuran con suave y devoto acento voces que apenas puedo oír y menos comprender. «Levántate», me dice al fin uno de ellos, y yo le obedezco sano y ligero, sin sentir el dolor de las heridas, y, ¡oh milagro incomprensible!, me parece que un nuevo vigor aumenta las fuerzas de mis miembros. Les miro atónitos y sin que mi espíritu pasmado pueda acabar de creer en la verdad y certeza de lo que me sucede. Entonces uno de ellos me dice: «Hom-
»bre de poca fe, ¿de qué dudas y qué ideas resuelves en tu
»mente? Lo que ves son seres reales: somos unos siervos de
»Jesús que hemos huído del mundo seductor y de sus falsos
»placéres para vivir en estos lugares ásperos y solitarios. El Se-
»ñor, que en todas partes reina, me ha elegido para que velase
»por tu salud, pues no desdeña el valerse de medios humildes
»para obrar los más altos prodigios, ni querrá que permanezca
»aquí insepulto el cuerpo que abrigó un alma tan sublime: he-
»cho inmortal y glorioso debe reunirse con ella. Hablo del
»cuerpo de Esveno: es preciso elevarle un monumento digno
»de su valor, al cual señalarán con el dedo y tributarán sus
»homenajes las generaciones venideras. Ahora levanta los ojos

»al cielo y mira aquella estrella resplandeciente cual un sol:
»sus vivos rayos te conducirán al sitio donde yace el cadáver de
»tu caudillo.»

»Entonces veo con sorpresa que desciende de la hermosa estrella, o mejor diré de aquel sol nocturno, un rayo de luz que recto cual áureo rasgo de ligero pincel va a parar al cuerpo de Esveno esparciendo sobre él tan vivos resplandores que se ven brillar todas sus heridas, y reconozco al momento su cadáver sangriento y despedazado.

»Yacía boca arriba y con los ojos fijos en el cielo, único objeto, mientras vivió, de sus deseos, a guisa de quien aspira a su bienaventuranza. Tenía su diestra fuertemente cerrada y apretando la espada en ademán de herir, y la otra puesta humildemente en el pecho cual si implorase el perdón del Señor. Mientras lavo sus llagas con mis lágrimas, sin que consiga desahogar el dolor que oprime mi pecho, el santo viejo le abre su mano derecha y arrancándole el acero que estrecha: «Esta espada — me dice — teñida aún en sangre enemiga, que ha hecho correr con tanta abundancia, es, como sabes, un arma preciosa y que no cede tal vez a ninguna. Por ello place al Señor que no permanezca ociosa porque la muerte se la quitó a su primer dueño, sino que pase de la suya a otra mano osada y fuerte, que la usará con igual pujanza y arte, aunque con más fortuna y más largo tiempo, y que vengará a Esveno arrancando la vida a su matador (74).

»Solimán mató a Esveno, y Solimán morirá a los filos de esta espada. Tómala, pues, y vuela hasta junto a Jerusalén, donde tienen sus tiendas los cristianos; no temas que en ese país enemigo se te cierre otra vez el camino, pues te guiará por los senderos más ásperos la diestra poderosa que te envía allí. Quiera el Cielo que la voz que te conservó con la vida, sirva para ensalzar delante de todos la piedad, el valor, la audacia prodigiosa que admiraste en tu dueño, a fin de que su ejemplo mueva a otros a empuñar las armas en defensa de la

(74) Los detalles sobre la llegada de Esveno a Oriente y de su gloriosa muerte, acaecida dos años antes de la toma de Jerusalén y durante el sitio de Antioquía, están tomados de las crónicas. Esveno, hijo natural del rey de Dinamarca Esveno II, pertenecía a esa raza de aventureros escandinavos que desde el siglo VIII recorrían las diferentes partes del Globo apoderándose de las ciudades y de los reinos y estableciendo su dominación en Sicilia, Francia e Inglaterra. El historiador de Dinamarca, Mallet, no tan sólo calla, sino que parece poner en duda el viaje de Esveno. Este acontecimiento, sin embargo, está atestiguado por los cronistas de la misma época.

»cruz, e inflame a los corazones magnánimos que latirán en las
 »edades venideras. Sólo falta que sepas cuál debe ser el here-
 »dero de esta espada. Éste será el joven Reinaldo, a quien to-
 »dos ceden la palma de valiente. Entrégasela y dile que el
 »Cielo y los hombres fían en él su venganza.»

»Mientras escuchaba atento sus razones, vino a sorprenderme un nuevo prodigio. Del sitio donde reposaba el cadáver vi levantarse de repente un magnífico sepulcro formado no sé con qué arte y en cuyo interior reposaba el fuerte guerrero, y una mano invisible trazaba en él el nombre y las virtudes del héroe. Yo no acertaba a separar los ojos de aquel objeto mirando ora la inscripción, ora los mármoles.

»Aquí — dijo el anciano — descansará el cadáver de tu
 »caudillo al lado de sus fieles amigos, mientras que sus almas
 »felices disfrutan en el Cielo de una bienaventuranza y gloria
 »perpetuas. En cuanto a ti, bastante has satisfecho con tus lá-
 »grimas el tributo debido a sus cenizas, y tiempo es ya de que
 »descanses. Ven a ser mi huésped hasta que el nuevo sol te
 »despierte para proseguir tu viaje.»

»Dijo, y me condujo por rocas escarpadas y hondos valles, por donde pasamos no sin trabajo, hasta una cueva abierta entre abruptas peñas. Allí tiene su albergue, en él mora tranquilo con su discípulo, sin temer a los lobos ni a los osos, pues su santa inocencia protege su desnudo pecho mejor que los escudos y corazas. Allí reparé mis fuerzas con manjares silvestres, y reposé mis miembros en dura cama; mas luego que aparecieron en el Oriente los purpúreos y dorados rayos de la aurora, levantáronse los dos ermitaños, y yo con ellos, para adorar al Eterno. En seguida despedíme del santo anciano y vine aquí, donde me guiaron sus consejos.»

Aquí calló el danés. «Oh, caballero! — le respondió el piadoso Bullón —, eres portador de tristes y dolorosas noticias que han de esparcir la turbación y el desaliento en los reales, cuando se sepa en ellos que en un momento y en tan poco espacio han sucumbido nuestros valientes aliados, y que vuestro jefe, a semejanza de un relámpago, ha brillado y desaparecido en un momento.

»¡Pero qué importa! Su muerte fué feliz y más gloriosa que conquistar tesoros y provincias. Jamás el antiguo Capitolio alcanzó tan nobles laureles como tus compañeros, que en el luminoso templo del Cielo ciñen la corona inmortal debida a su triunfo, y ostentan y se muestran sin duda ufanos de sus glo-

riosas heridas. Mas tú que las sobrevivies expuesto a los combates y peligros de este mundo, regocíjate en su triunfo y vuelve a tus ojos la alegría que no tienen; y puesto que buscas al hijo de Bertoldo, sabe que anda errante lejos del campo; pero te aconsejo que no vuelvas a lanzarte a dudosos caminos para buscarle hasta que sepas de él noticias ciertas.»

Estas razones despiertan y renuevan en el corazón de todos los guerreros su amor a Reinaldo, y no falta quien exclama: «¡Ah!, el valeroso joven anda ahora errante entre los paganos.» Todos los caballeros cuentan a porfía al danés sus hechos preclaros, y exponen a sus ojos el largo relato de sus hazañas.

Mientras así hablaban, mientras el recuerdo del ilustre joven tenía suspensos todos los espíritus, llegan gran número de caballeros, que venían de saquear, según costumbre, los lugares vecinos; traían consigo numerosos rebaños de ovejas y de bueyes, cebada y forrajes para los caballos.

Además de esto, y como testimonio al parecer evidente de una acerba y dolorosa desgracia, traen también las armas y la sobrevesta del buen Reinaldo rotas y ensangrentadas. Espacióse al momento (y ¿quién podría ocultarla?) la nueva por el campo, y la multitud se precipita consternada para ver la armadura del guerrero.

Mira y conoce la inmensa y luciente coraza, y las piezas del arnés donde está esculpida el águila que enseña a sus hijos a despreciar el sol, y que no confía en sus plumas (75). Acostumbrada la multitud a verlas solas y delante de todos en las empresas más arriesgadas, las mira ahora entre airada y dolorida, cubiertas de sangre, rotas y dispersas por la arena.

Mientras murmura el campo y explica cada cual a su manera la muerte de Reinaldo, el piadoso Bullón manda llamar a Alipandro, jefe de los que llevaron la presa, hombre de pensar y hablar libre y prudente, veraz e ingenuo: «¿Dónde y cómo encontraste esta armadura? — le pregunta —. Nada me ocultes de lo que sepas, sea bueno o malo.»

«A dos jornadas del campo — responde el guerrero —, hacia los confines de Gaza, se extiende una pequeña llanura en-

(75) Las armas que describe Tasso en sus hermosos versos son las de la Casa de Este, que lleva en su escudo una águila de plata en campo azul. La idea del águila que enseña a sus pequeñuelos a despreciar al Sol y que no confía en sus alas, está sacada de los naturalistas antiguos y en especial de Plinio (lib. X, cap. II), que en el siglo XVI, lo mismo que en la Edad Media, era un oráculo para los naturalistas.

cerrada entre colinas; de su cima nace un riachuelo, que corre mansa y lentamente entre plantas. Cubierto de árboles y espesos matorrales, es aquel lugar el más a propósito para las emboscadas. Esperábamos allí que viniese a pacer algún rebaño en la mojada hierba, cuando de repente vimos tendido en el suelo cerca del río el cadáver ensangrentado de un guerrero. Adelantámonos todos al ver las armas y las insignias que, aunque llenas de polvo, reconocimos al momento; mas al acercarme para descubrir el rostro, vi que le habían cortado la cabeza. Tenía cercenada también la diestra, y un sinnúmero de heridas desde el pecho a la espalda; más lejos veíase en el suelo, junto al yelmo vacío, el águila que despliega sus blancas alas. Mientras busco alguien que pueda informarme de lo sucedido, se acercó a nosotros un villano, quien, al vernos, retrocedió huyendo. Mas no tardaron los nuestros en alcanzarle, y respondió a las preguntas que le hicimos, que el día antes vió salir muchos guerreros de la selva, por lo que tuvo que esconderse; que uno de ellos traía suspendida por sus rubios y ensangrentados cabellos una cabeza, y que examinándola atentamente, le pareció ser de un joven, pues no tenía vello. Añadió que el mismo que la traía la envolvió en un cendal y la colgó del arzón; dijo también que deducía por el traje que aquellos caballeros eran de nuestra nación. Hice desnudar el cadáver llorando a su vista amargamente, y recogiendo sus armas, dispuse que se le diese digna sepultura. Mas, bien merece otra tumba y otra pompa aquel cadáver sí, cual creo, es el del joven héroe.» Dicho esto, Alipandro se despidió, pues nada más podía añadir de cierto. Godofredo queda inmóvil y exhala un suspiro; no cree todavía en lo que ha oído y quiere conocer con más evidentes señales el mutilado cadáver, y descubrir, si puede, al injusto homicida.

Avanzaba, entre tanto, la noche cubriendo con sus inmensas alas los espacios del cielo, y el sueño, ocio del alma y olvido de los males, venía adormeciendo los cuidados y los sentidos. Tú solo, Argilán, herido por los agudos dardos del más áspero dolor, revuelves en el agitado pecho altos proyectos, sin que puedan tus ojos alcanzar el sueño.

Argilán, tan pronto en el herir como atrevido en el hablar, y cual impetuoso ardiente en sus ideas, nació en las riberas del Tronto (76), y alimentóse, durante las civiles

(76) Tronto, en latín *Truentum*, río de Romaña, en la marca de Ancona. Plinio le da el nombre de *Truentinum*.

discordias, de odios y venganzas. Desterrado después, devastó aquel reino, tiñendo en sangre los montes y los llanos, hasta que por último fué a combatir al Asia, donde se hizo famoso.

Durmióse al fin al despuntar la aurora, pero más que en un sueño dulce y tranquilo, cayó en un estupor que le infundió Alecto más profundo y pesado que la muerte.

Abandónanle sus fuerzas sin poder hallar reposo ni aun durmiendo, pues la furia infernal se le presenta y procura llenarle de terror bajo mil formas horribles. Representale un cuerpo sin cabeza, con el brazo derecho mutilado; en la izquierda sostiene un cráneo lívido y sangriento, que alienta y habla todavía dejando caer sus palabras mezcladas con sangre y sollozos: «Huye, Argilán — le grita —, ¿no ves la luz del día? Huye de ese campo infame y de su caudillo impío. ¡Oh, amigos!, ¿quién os defenderá del cruel Godofredo y de los lazos que me tendió para darme muerte? El cobarde abrábase en envidia y sólo piensa en los medios de perderos como me perdió a mí. Mas si tu mano aspira a cometer una alta hazaña, si fías en tu valor, no huyas, no; venga mis manos con la sangre impura del tirano. Yo te acompañaré, sombra de hierro y mensajera de odios, y armaré tu corazón y tu diestra.»

Así le habló, infundiéndole con sus palabras nuevo furor. Argilán sacude el sueño, y espantado, gira en torno suyo sus ojos hinchados de ira y de veneno, y después de haberse armado, junta precipitadamente a los guerreros de Italia.

Reúneles en el mismo lugar donde se ven colgadas las armas del buen Reinaldo, y con voz de trueno, publica y desahoga así su furor: «¿Conque un pueblo bárbaro y tirano — les dice — que no aprecia la razón, que no guarda sus juramentos, que nunca se sació bastante de sangre y oro, ha de ponernos siempre una mordaza en la boca y un yugo en la cerviz? Hace siete años que sufrimos bajo tan inicua servidumbre tantos y tan indignos y ásperos ultrajes que aun después de mil años despertarán el enojo y desdén de Italia y Roma. No diré que el valiente Tancredo se apoderó de la Cilicia a fuerza de armas y por su ingenio, y que ahora el franco la posee a traición y que la astucia usurpa el premio del valor. Callaré que cuando el tiempo y las circunstancias exigen una pronta ejecución, firmeza y audacia, se nos ve en la primera fila blandiendo, entre muertes y peligros, el acero y la an-

torcha; y que cuando, en medio del ocio de la paz, se reparten los lauros y la presa, no se acuerdan de lo que hicimos reservándose tan sólo para ellos los triunfos, los honores, las tierras y las riquezas. Hubo un tiempo en que tales ofensas podían parecernos graves; mas hoy las paso por leves: una inaudita crueldad las ha vuelto, en efecto, ligerísimas. Han asesinado a Reinaldo y despreciado las leyes humanas y divinas: ¿y no fulmina el Cielo sus rayos? ¿y no los traga la tierra en sus negras entrañas?

»Sí, han asesinado a Reinaldo, espada y escudo de la fe; ¿y Reinaldo no ha sido vengado todavía? No ha sido vengado y lo dejaron desnudo, lacerado e insepulto. ¿Queréis saber quién fué su matador? A ninguno de nosotros puede ocultarse, ¡oh, compañeros! ¡Ah! ¿quién no sabe cuánta envidia tienen Balduino y Godofredo al valor latino? (77).

»Mas, ¿para qué busco argumentos? Juro por el Cielo que nos escucha y a quien no nos es dado engañar, que en la hora en que empiezan a desvanecerse las sombras de la noche vi su espíritu errante e infeliz, ¡espectáculo, ay de mí, cruel y horrible! quien me predijo horribles crímenes de Godofredo. Yo le vi, y no fué sueño, y doquiera que miro me parece que le veo girar ante mis ojos.

»Ahora bien, ¿qué haremos? ¿Debe regirnos siempre la inmunda mano manchada aún con tan injusta muerte? ¿O bien iremos lejos de ella, donde corre el Éufrates; donde riega y fecunda el fértil llano que alimenta a tantos pueblos afeminados y en el cual se levantan tantas ciudades? Pronto las haremos nuestras, lo espero, sin que los francos osen disputarnos su imperio. Partamos, y quede sin venganza, si os parece, la sangre ilustre e inocente. Sin embargo, si el valor que está como adormecido en vuestro seno, despertase ardiente como debe, esa cruel serpiente que devoró el ornamento y la flor del pueblo latino daría con su muerte un memorable ejemplo a otros tiranos. Quisiera, si vuestro alto valor osase emprender lo que le es fácil ejecutar, atravesar con esta mano ese corazón impío, nido de traiciones.» Así dijo, agitado, infundiendo a los demás el furor y la cólera que le abrasaba. «¡Al

(77) El poeta personifica las antipatías que existían entre las razas del Norte y del Mediodía, que pelearon bajo los mismos estandartes en la cruzada. Cuando se examinan de cerca la mayor parte de los acontecimientos de Europa, se ve que casi todos tuvieron su origen en el odio que existía entre aquellas dos grandes razas. Reinaldo es en la *Jerusalén* la expresión de la latina, al paso que Godofredo representa la alemana.

arma, al arma! — grita furioso con acento trémulo —, y la altiva juventud clama con él: «¡Al arma, al arma!»

Alecto agita en medio de ellos su mano armada y mezcla su veneno al fuego que arde en sus almas. El despecho, la locura, la impía sed de sangre se encrucelecen más y más y van siempre en aumento; y extendiéndose el contagio, y saliendo de las tiendas de los italianos, pasa a las de los helvecios y se derrama hasta entre los ingleses.

No sólo es la muerte de Reinaldo la que causa tal calamidad a las naciones extranjeras: los odios antiguos dan también alimento y pábulo a las iras nuevas. Despiértanse los apagados rencores; llaman impío y tirano al pueblo franco, y el odio contra él, que no cabe ya en los corazones, se exhala envuelto en terribles amenazas.

No de otra suerte el agua que hierve a impulsos de un fuego demasiado ardiente salta a borbotones, y no cabiendo en el vaso, se derrama al fin por sus bordes y los inunda de espuma. Los pocos que conservan serena la mente no pueden refrenar la sedición, y Tancredo, y Camilo, y Guillermo y los demás capitanes están por desgracia ausentes. El pueblo irritado corre a las armas en confuso tropel y óyense ya las sediciosas trompetas, que lanzan con fiero acento los toques de guerra. Numerosos mensajeros enviados de varios puntos avisan al piadoso Bullón que se arme pronto, y en el mismo instante se le presenta y se pone a su lado Baldovino cubierto ya con su armadura.

Al oír Godofredo la acusación que se le hace, dirige sus ojos al cielo, y recurre a Dios, según acostumbra. «¡Oh, Señor — exclama —: Tú que sabes cuánto horror me inspira la sangre derramada en discordias civiles, aparta el velo que ofusca la mente de esos pueblos, reprime su furor, y haz notoria mi inocencia, que te es tan conocida, al mundo ciego.»

Dijo, y sintió circular por sus venas un nuevo e inusitado ardor infundido por el Cielo. Lleno de un sublime valor, animado por la esperanza, que anima su semblante, rodeado de los suyos, se dirige Godofredo hacia los que se dicen vengadores de Reinaldo, sin que detengan su marcha el rumor de armas y las amenazas que llegan a su oído. Hase ceñido la coraza, y puesto, contra su costumbre, la más rica y espléndida sobrevesta. Lleva desnuda la mano y el semblante en el que brilla una celeste majestad, y empuña su dorado cetro, única arma con que confía apaciguar el tumulto. Tal se

muestra a sus soldados, y les habla con un acento que parece el de un Dios.

«¿Qué significan — les dice — estas locas amenazas, este vano rumor de armas? ¿Qué causa lo motiva? ¿De esta suerte me respetáis después de lo que hice por vosotros? ¿Hay todavía quien me acuse de sospechoso y de que tiendo asechanzas, y quien apruebe estas acusaciones? ¿Creéis tal vez que me humillaré ante vosotros y que imploraré vuestro perdón con vanas súplicas? Mal lo pensasteis. El mundo, lleno de mi fama, jamás me echará en cara tal bajeza. Este cetro y la memoria de mis hechos preclaros serán mis únicos defensores. Por esta vez cederá la justicia a la piedad, y no caerá el castigo sobre los culpables. Perdono vuestro error en consideración a vuestros antiguos servicios y a la memoria de Reinaldo. Sólo Argilán, autor de tantos daños y que movido por leves sospechas os ha arrastrado al mismo error, lavará con su sangre el delito de todos.»

Mientras hablaba así Godofredo, resplandecía su regio semblante con los rayos aterradores de la majestad; de tal modo que hasta Argilán, ¿quién lo creyera?, hasta Argilán, atónito y humillado, tiembla a la vista de su airado rostro. El vulgo, que audaz e irreverente desafiaba poco ha a su caudillo, el vulgo ciego, que tan arrebatadamente empuñó los aceros que le entregó el furor, no se atreve, al oír sus razones, a levantar la frente, luchando con el temor y la vergüenza, y sufre que Argilán sea encadenado en medio de sus secuaces.

Así el león, que poco antes saçudía soberbio y fiero su espesa melena, al ver al dueño que logró domar su natural fiereza, sufre el innoble yugo y las amenazas y se somete humildemente a pesar de la fuerza de sus músculos, de sus dientes y de sus garras.

Y es fama que se vió a un guerrero alado, en actitud terrible y amenazadora, cubriendo a Bullón con un escudo y blandiendo un fulminante acero teñido en sangre todavía; y esta sangre era tal vez la de los pueblos y los reinos que provocaron la tardía venganza del Cielo.

Apaciguado el desorden deponen todas las armas y no pocos la saña con ellas. Godofredo vuelve a su pabellón con la mente ocupada en nuevos proyectos y en empresas nuevas, pues quiere ordenar sin demora el asalto a la ciudad y va examinando los trabados maderos, convertidos ya en aterradoras y pesadas máquinas de guerra.

CANTO NOVENO

La Discordia va a encontrar a Solimán y le excita a que ataque de noche a los cristianos. — Dios, que ve desde el Cielo las maquinaciones infernales, envía al mundo al arcángel Miguel. — Entonces, no pudiendo contar con el apoyo de los espíritus malignos y habiendo por otra parte acudido al auxilio de los francos los guerreros que siguieran a Armida, Solimán desespera de la victoria.

AL ver el monstruo infernal sosegados los turbulentos ánimos y apagados los enojos, y que no puede luchar contra el hado ni cambiar los supremos decretos de la inmutable voluntad, se aleja, marchitando los floridos campos por donde pasa y ofuscando el sol con su sombra; e, instrumento de destrucción y de desgracias, apresura su vuelo y se dispone para nuevas empresas.

Sabía ya que, gracias a sus asechanzas, faltaban en el ejército cristiano el hijo de Bertoldo, Tancredo y los más valientes y temibles guerreros. Con esto, exclama: «¿A qué se aguarda? Venga Solimán ahora que no se le espera y lleve la guerra a los francos. Alcanzaremos, no lo dudo, gran victoria: su ejército, presa de las disensiones, será dispersado.»

Dice, y vuela hacia donde acampan las errantes huestes que Solimán acaudilla. Éste, el más feroz de cuantos movían a la sazón guerra al Cielo y hasta de los gigantes, si la tierra los reprodujese para nuevos desastres; era rey de los turcos y solía tener en Nicea el asiento de su Imperio. Extendíase éste a lo largo de las playas de Grecia, desde Sangar al Meandro por los países que habitaron en otros tiempos los misios, frigios y lidios, y los pueblos del Ponto y de Bitinia; mas después que pasaron al Asia las errantes huestes, para guerrear

contra los turcos y otros infieles, fueron allanadas sus tierras y derrotado dos veces con todos los suyos. Quiso tentar por tercera vez la suerte, pero en vano. Arrojado a la fuerza de su país natal refugióse en la Corte del Rey de Egipto, que le acogió magnánimo y cortés, holgándose de que se le ofreciese tan animoso guerrero para secundar sus designios, y que le propusiese estorbar a los caballeros de Cristo (78) la conquista de Palestina.

Mas antes de anunciarles abiertamente la proyectada guerra, quiso el egipcio que Solimán, a quien dió para tal objeto grandes tesoros, pusiese a su sueldo a los árabes; y así, mientras él reunía las huestes del Asia y de la Mauritania, aquél atrajo a su bando sin gran esfuerzo a los codiciosos árabes, ladrones en todos tiempos y mercenarios.

Convertido así en su caudillo, recorre la Judea entregándola al pillaje, y cierra todos los caminos que separan del mar al ejército franco. No olvida ni un momento la afrenta recibida y la ruina de su Imperio, y revuelve en su inflamado pecho mil designios grandiosos, sin fijarse y resolverse por ninguno.

Un día se le presenta Alecto en figura de viejo, pálido y con el rostro cubierto de arrugas; una espesa barba cubre sus labios y sus mejillas; ciñe su cabeza un amplio turbante y viste un traje que le llega hasta los pies; de su costado pende una cimitarra; suena en sus espaldas la aljaba repleta de flechas, y arma su diestra un arco. «Nosotros vamos errantes — le dice — por desiertas playas y arenales estériles, donde no podemos ejercitarnos en la rapiña ni alcanzar victoria alguna

(78) Solimán murió en 1084, siendo su hijo Hilig-Arslan o la *Espada de León* el gobernador de Nicea cuando se presentaron los cruzados en Palestina en el año 1096, los cuales le despojaron de todas sus posesiones. Hilig-Arslan se desquitó más tarde de esta pérdida, destruyendo sucesivamente en el mes de julio de 1101 tres ejércitos nuevos de cruzados que atravesaban el Asia; el uno bajo el mando de los condes de Blois y de Tolosa; el segundo bajo las órdenes del duque de Aquitania y del conde de Vermandois, a quienes se había reunido Gúelfo, duque de Baviera, y el tercero acaudillado por el conde de Nevers. Hilig-Arslan pereció en una batalla contra el gobernador de Edeso, en 1107. Abulfarage afirma que abandonado de los suyos y perseguido de sus contrarios se ahogó en el río Chabul. Tasso, como todos los cronistas, han confundido a Solimán con su hijo. Tal vez el poeta habrá incurrido en este error voluntariamente, con el objeto de personificar en el fiero Soldán de Nicea al otro Solimán, vencedor de Belgrado y de Rodas, terror de la cristiandad, y cuyo nombre era el espanto de todos los espíritus en el siglo xvi.

que merezca mentarse, en tanto que Godofredo sitia la ciudad y rompe con sus torres sus altos muros; si no volamos sin tardanza en su auxilio la veremos dentro de poco convertida en ruinas y entregada a las llamas. ¿No espera Solimán otros trofeos que chozas incendiadas, bueyes y rebaños? ¿Crees reconquistar de esta suerte tu reino y vengar los ultrajes y daños recibidos? Audacia, audacia, Solimán: ve a asaltar de noche en sus propias trincheras al cristiano; cree a tu viejo Araspe, cuya fidelidad no se desmintió nunca ni en el desierto. El enemigo no nos espera ni nos teme; desprecia a los desnudos y tímidos árabes y estará muy lejos de sospechar que una gente avezada a la rapiña y a la fuga se atreva a tanto. Tu denuedo, con todo, les volverá valientes contra un ejército inerme y descuidado.» Así dijo, desvaneciéndose en el aire e infundiendo en su pecho sus ardientes furores.

El guerrero levanta las manos al cielo: «¡Oh, tú — exclama —, que inspiras a mi alma tanto enojo!; no debes de ser hombre a pesar de que tienes rostro humano. Yo te seguiré adonde quieras. Iré y sembraré a mi paso en la llanura montes de muertos y de heridos y haré correr ríos de sangre. Ven a mi lado y guía mi brazo armado en medio de las tinieblas.»

Calla, y sin más demora, reúne sus hordas; da aliento con sus razones al cobarde y al débil, e inflama a su ejército, dispuesto ya a seguirle, en su mismo ardor. Suena Alecto la trompa, despliega por su propia mano el estandarte al viento, y marcha al campo, tan ligero que deja atrás hasta a la Fama. Alecto le acompaña; mas le deja en seguida, y tomando el semblante y el traje de un mensajero, entra en Jerusalén en la hora en que la noche y el día parecen disputarse el imperio del mundo; atraviesa por entre la contristada plebe, y va a anunciar al rey la llegada del ejército árabe, sus designios y la hora y la saña del asalto nocturno.

Tendían ya las sombras su horrible velo teñido y salpicado de vapores rojizos, y en vez de los fríos de la noche bañaba la tierra un rocío tibio y sangriento. El cielo se poblaba de monstruos y prodigios, y oíase ya el espantoso aleteo de los espíritus infernales. Abrió Plutón sus abismos y derramó sobre la Tierra todas las tinieblas del Averno. En medio de tan profundo horror camina el fiero Solimán hacia las tiendas de sus enemigos; mas, al llegar la noche a la mitad de su curso, se detiene a menos de una milla de distancia del

lugar donde reposa descuidado el ejército franco; manda a los suyos que repongan sus fuerzas, y subiendo a un sitio elevado, les excita al fiero asalto con esas atrevidas razones:

«Mirad allí un campo rico en despojos y más que fuerte famoso, que como un mar ha devorado y absorbido en su seno todas las riquezas del Asia. Un destino feliz os lo pone en vuestras manos sin el menor peligro. Sus armas y sus caballos guarnecidos de púrpura y de oro dejarán de servir a su defensa para ser vuestro botín. Ya no es ésta la hueste vencedora de los persas y de Nicea; la mayor parte de sus bravos sucumbió en la obstinada contienda. Mas aun cuando así no fuese, lo encontramos ahora descuidado y sin armas; enemigos dormidos fáciles son de vencer, porque del sueño a la muerte no hay más que un paso. Ea, seguidme: quiero abriros el primer camino hasta dentro de las trincheras, por encima de los que caigan, cruzar mi espada con los más famosos y desplegar todos los recursos de la más inaudita crueldad. Hoy caerá el reino de Cristo, el Asia será libre e inmortales serán nuestros nombres.» De este modo les infunde aliento para la hazaña que van a emprender, y en seguida les hace avanzar en silencio.

Mas de repente ve las centinelas en la penumbra de la noche, y reconoce que se lisonjeara en vano de encontrar descuidado al prudente caudillo. Repléganse aquéllas gritando al ver el sultán acaudillando tan numerosa hueste, y despiertan la primera avanzada, que se dispone para la pelea.

Advirtiendo que han sido descubiertos hacen resonar los árabes sus bárbaras trompetas; levantan al cielo sus feroces gritos mezclados con los relinchos y el rumor de las pisadas de los caballos; retumban los altos montes y los hondos valles, y repiten los abismos sus alaridos, mientras Alecto, agitando la antorcha de Flegetonte, da la señal a los habitantes de la ciudad.

Sobre la guardia desordenada, no vuelta aún de su sorpresa, más veloz que la ardiente tempestad al lanzarse desde sus cavernas, precipitóse el Soldán. Los ríos que arrastran en su curso casas y troncos, el rayo que derriba e incendia los sólidos alcázares, y el terremoto que llena de terror el mundo no pueden dar idea de su furor. No deja caer su acero que no alcance un enemigo; no le alcanza que no hiera; no hiere sin que el otro entregue el alma. Más podría decir si no temiese que se tomase la verdad por mentira. Diríase que desprecia el dolor o que es insensible, que no siente los golpes que le in-

fligen, a pesar de que el yelmo resuena como una campana, y arde y despide chispas.

Después que él solo ha casi puesto en fuga al primer cuerpo de cristianos, llegan a manera de río formado de cien torrentes los árabes que le siguen. Huyen los francos a rienda suelta confundidos con los vencedores, que entran en el campo y lo llenan de luto, de horror y de ruinas.

Solimán lleva por cimera un enorme y espantoso dragón, que extiende y alarga el cuello; elévase sobre sus pies y despliega sus alas, doblando a modo de arco su aguda cola; diríase que, armado de una triple lengua, arroja lívida espuma; diríase que se oyen sus silbidos, y que inflamado también en el ardor del combate exhala humo y llamas. A su luz muéstrase Solimán espantoso a los que le miran, cual se ostenta a los navegantes el proceloso océano al resplandor de los relámpagos. Huyen unos con trémula planta, ponen otros la valerosa mano al acero; y la noche aumenta el tumulto y acrecienta los peligros ocultándolos.

Entre los que mostraron más brío está en primer lugar Latino, nacido en las riberas del Tíber, a quien no han podido debilitar las fatigas ni domar los años. Dondequiera que pelea tiene siempre a su lado cinco hijos suyos, casi iguales en valor, cuyos débiles miembros y tierno rostro oprime una pesada armadura. Excitados por el ejemplo paternal aguzan sus espadas y dan salida a su despecho. «Volad — les dice aquél — contra el impío que se ensaña con los que huyen; no amortigüe en vosotros el valor la vista del estrago que en ellos hace, pues son honores viles, ¡oh, amados hijos!, los que se adquieren sin peligro.»

Así la feroz leona amaestra a sus hijos a quienes no decoran todavía la melena ni han crecido con los años las corvas garras ni los dientes horribles, y los lleva consigo a buscar la presa y a los peligros, y les enseña con su ejemplo a cebarse en el cazador que viene a turbar su asilo y a ahuyentar las otras fieras menos fuertes.

Sigue el buen padre el incauto cortejo de los cinco y embiste y rodea a Solimán; en un momento, y cual movidos por un mismo instinto, se enristran seis lanzas contra el sarraceno. Mas el mayor de ellos abandona la suya con sobrada audacia; cierra con él Aladino, y prueba en vano con la cortante espada derribarle muerto del caballo. Mas, a la manera que un monte expuesto a la furia de los rayos y sacudido por las olas airadas sostiene inmóvil la cólera del Cielo y los em-

bates del mar enfurecido, así el fiero Solimán ostenta enhiesta la frente audaz en medio de los hierros y las lanzas, y divide la cabeza por entre las cejas y mejillas al temerario que le ataca.

Aramante alarga su brazo compasivo y sostiene a su hermano que viene al suelo: ¡Inútil e insensata compasión que a la ruina del otro viene a añadir su ruina! El pagano deja caer su espada sobre aquel brazo y derriba con él al que en él se sostiene. Caen entrambos y expiran el uno sobre el otro, y se mezclan su sangre y sus suspiros.

Rompe, en seguida, la lanza con que le acosa Sabino de lejos; le arroja el caballo encima, y de tal suerte le coge, que lo derriba de espaldas sobre el suelo y allí lo pisotea. Su alma salió con gran dolor del tierno cuerpo, y abandonó tristemente el aura suave de la vida y los días risueños y felices de la edad juvenil.

Tan sólo quedaban ya Pico y Laurente, gemelos de tan rara semejanza que solía ser muy a menudo ocasión de dulces errores. Mas ya que la naturaleza no puso entre ellos la menor diferencia, hace ahora que los distinga el furor del enemigo. ¡Cruel distinción! al uno corta la cabeza y abre el pecho al otro.

El padre (¡ay, que no es ya padre, pues que la fiera suerte en un instante le privó de sus hijos!) contempla en los cinco cadáveres su propia muerte y la de su stirpe, que yace toda allí a sus pies. No sé cómo hay vejez tan fuerte que pueda resistir miseria tan atroz, y pueda aún respirar y luchar. Tal vez fuera que no vió el rostro ni los actos de sus hijos muertos, que las tinieblas amigas le velaron parte del acerbo dolor.

Con todo, nada sería para él la victoria si no hallase en ella la muerte. Pródigo de su sangre y ávido de la del bárbaro, no acierta a distinguir si desea más dar la muerte o recibirla. «¿Es tan débil y despreciable mi brazo — grita a su enemigo — que no puede, a pesar de todos sus esfuerzos, provocar contra mí tu enojo?» Calla y descarga sobre Solimán tan terrible golpe que hace piezas las mallas y el acero; le abre en el costado una profunda herida, y la sangre brota de ella espesa y humeante.

A su grito, a tan impetuoso choque, vuelve el bárbaro contra él la ira; el acero parte el escudo hecho de siete láminas de cuero, traspasa el recio peto, y se hunde en las entrañas del anciano. Solloza el misero Latino, y expira bañado en

la sangre que arroja alternativamente por la boca y la herida.

Así como en el Apenino, si el aquilón arranca de raíz la robusta encina que despreció largo tiempo el furor de los vientos, cae arrastrando en su ruina los árboles vecinos, de la misma suerte cayó Latino y es tanto su furor que se agarra a los que le rodean, arrastrando a más de uno consigo. Digno fin de hombre tan valeroso morir, y aun muriendo, hacer estragos.

Mientras Solimán desahoga su furor y apaga su sed de sangre en los cuerpos de sus enemigos, los árabes, animados por su ejemplo, dan áspera cuenta de los guerreros cristianos. El inglés Enrique y el bárbaro Oloferno murieron a tus manos, ¡oh, fiero Deagut!, y Ariadino quitó la vida a Giberto y a Filipo, nacidos en las riberas del Rin.

Albazar derriba a Ernesto con la maza, y cae Enguerrando bajo la espada de Algazel. Mas ¿quién podría describir tantos géneros de muertes, y contar los que sucumbieron de la innoble plebe? Godofredo, despertado por los primeros gritos, no holgaba en tanto, y armado con todas sus armas, reúne algunos guerreros bajo su bandera y se disponía a combatir.

Al oír el espantoso tumulto que sucedió a los gritos, y que suena más terrible a cada instante, cree el capitán que su campo es asaltado por los bandidos. Sabía ya que aquéllos asolaban y sembraban la ruina en aquellos contornos, pero nunca imaginó que sus hordas errantes osasen atacarle.

Mientras se adelanta hacia donde suena el tumulto, oye de repente en el otro lado los gritos de: «¡A las armas, a las armas!», y resonar al propio tiempo el aire de una manera horrible con la gritería de los bárbaros. La causa de este nuevo desorden es Clorinda, que conduce al asalto una nube de infieles, acompañada de Arante. Entonces el caudillo se vuelve al noble Güelfo, que hace sus veces, y le dice:

«¿Oyes ese nuevo rumor de armas que viene de las montañas y de la ciudad? Forzoso es que tu valor y destreza repriman por esa parte el ímpetu de los enemigos. Ve, pues, allá; haz lo que creas oportuno y llévate contigo parte de mis guerreros, mientras voy con los demás a sostener el ímpetu de los bárbaros por el otro lado.»

Así resuelto, marchan entrambos por opuesto camino con igual fortuna. Güelfo corre a la colina, y el capitán adonde están los árabes a quienes ya nadie resiste. Éste a su paso adquiere noticias y va reuniendo nuevos guerreros, y hecho ya fuerte y poderoso, llega donde el fiero turco derrama a to-

rrentes la sangre cristiana. Así el humilde Po, al descender del monte donde nace, llena apenas su reducido lecho, pero se engruesa más y adquiere nuevos bríos cuanto más se aleja de su origen; y alza entonces su frente de toro (79) sobre los destrozados diques, e inunda los campos vecinos, y rechaza con tanta furia al Adriático, que se diría que en vez de prestar tributo lleva la guerra a sus olas.

Godofredo, viendo huir sus tropas asustadas, les corta el paso y amenázalas: «¿A qué viene este terror? — exclama —. ¿Adónde huís? Mirad al menos quiénes son los enemigos ante los que cejáis: son unas hordas viles que no saben dar o recibir una herida cara a cara, y que si viesen que les hacíais frente se dispersarían a la sola vista de vuestro aspecto.»

Dicho esto, espolea su caballo y se lanza en medio de las llamas que ha encendido Solimán corriendo por entre arroyos de sangre, a través del polvo, de los hierros, de los peligros y de los muertos. Ábrese camino con su espada, barre y destruye, y ante su caballo caen las más fuertes barreras, se deshacen los apiñados escuadrones, y a diestra y siniestra caballos y jinetes, armas y soldados caen en el polvo derribados. Así galopa entre montones de cadáveres derribados por su brazo. Mas el feroz Solimán, en vez de evitar o huir su terrible asalto, lánzase a su encuentro y se precipita sobre él con el acero levantado. ¡Oh! ¡cuándo volverá el destino a reunir dos campeones tan famosos, de tan apartadas regiones, para medir juntos sus armas!

Allí, en un estrecho palenque, se disputan la rabia y el valor el grande imperio del Asia. ¿Quién podría ponderar la rapidez y la fuerza de los golpes? ¿Quién decir cuán reñido fué el combate? Pasaré aquí en silencio hazañas prodigiosas, dignas de la luz del sol más esplendente y de tener por testigos a todos los mortales, pero que las sombras cubrieron con su negro manto.

El pueblo de Cristo, guiado por tal caudillo, recobra su audacia y vuelve a la pelea. Un denso grupo de sus mejores

(79) La ficción poética que da cuernos al río Po es muy antigua. Virgilio se sirvió muchas veces de ella en sus *Bucólicas*:

Et gemina auratus taurino cornua vultu Evidantur

Los cuernos en el sistema mitológico eran el emblema de la abundancia, como el toro lo era del trabajo y de la fecundidad de la tierra.



guerreros rodea al homicida Soldán. Cristianos e infieles, vencedores y vencidos, tiñen igualmente el campo con su sangre, y dan la muerte y la reciben.

Así como cuando luchan entre sí el Aquilón y el Austro, iguales en fuerza y poderío, ninguno de ellos señorea el mar o la atmósfera, sino que las olas se oponen a las olas, y a una nube otra nube, del mismo modo no se ve ceder ni al árabe ni al franco en tan fiera contienda, sino que chocan con espantoso estruendo escudo con escudo, acero con acero, yelmo con yelmo.

No ruge menos la batalla por la parte de la ciudad, ni andan allí menos apiñados los guerreros. Millares de espíritus infernales llenan los inmensos campos del espacio e infunden nuevos bríos a los paganos; ninguno de ellos piensa en cejar, y el infierno entero inflama con sus fuegos a Argante, cuyo corazón es ya un volcán.

Puesta en fuga la guardia, salvó de un salto la estacada, llenó los fosos de miembros palpitantes, allanó los caminos, facilitó el asalto, y seguido de los suyos, tiñó de sangre las primeras tiendas. Clorinda marchaba a su lado o un poco más atrás, pues hubiera tenido a mengua ocupar el segundo puesto.

Huían ya los francos, cuando llega Güelfo con su escuadrón; hace volver el rostro a los fugitivos y sostiene el furor de los infieles. Así se combatía en todas partes con encarnizamiento y corría la sangre por doquier, cuando el Rey del Cielo desde su elevado trono volvió sus miradas a la horrible batalla.

Estaba sentado en su trono, desde donde, clemente y justiciero, prescribe leyes a todo lo criado y embellece nuestro pequeño Globo, donde no imperan ya la razón ni la mente, derramando sobre el augusto asiento de la Eternidad con una sola luz tres resplandores, y tiene a sus plantas, cual humildes ejecutores de sus decretos, el Hado, la Naturaleza, el Movimiento y el Tiempo que lo mide. Vense también allí el Espacio y la Fortuna, diosa caprichosa, que disipa como polvo y humo según place al Eterno nuestras glorias percederas, los tesoros y los imperios, indiferente a nuestras iras. De tal suerte se rodea allí el Señor de sus resplandores, que deslumbra hasta a los espíritus más dignos, y le cercan innumerables inmortales que disfrutan con desigualdad de una felicidad siempre igual.

Mientras resuenan en la morada celestial los divinos conciertos de los bienaventurados, llama Dios a Miguel, quien

brilla y resplandece bajo su armadura de luciente diamante, y le dice: «¿No ves cómo se arma la impía horda del Averno contra mi fiel pueblo querido, y cómo sale del fondo de los abismos de la muerte para turbar el mundo? Ve y dile que deje el cuidado de la guerra a los adalides a quienes atañe, y que no turbe y derrame su veneno sobre la morada de los vivos ni por los puros campos de la atmósfera. Vuelva a las oscuras sombras del abismo, su digno albergue, y a sus merecidos tormentos, y ejerza allí sus furores sobre sí misma y sobre las almas del Averno: así ha de hacerse, así lo ordeno.»

Calló dicho esto, y el jefe de la milicia celeste se postró reverente a sus plantas. Despliega en seguida sus alas de oro y es su vuelo tan rápido que deja atrás el pensamiento; tras-pasa la esfera del fuego y la de la luz, donde tienen su glorioso e inmutable asiento los bienaventurados, y pronto mira de cerca el cielo de puro cristal y la zona que le ciñe matizada de estrellas.

Ve en seguida rodar bajo una forma y un aspecto diferentes a Saturno y a Júpiter, y a los otros planetas que no pueden andar errantes, si la mano de los ángeles no los dirige y mueve, y desciende después por las alegres y esplendentes llanuras del día eterno a las regiones del trueno y de la lluvia, donde el mundo se destruye y alimenta a sí mismo y muere y renace en las guerras que se hace a sí propio. Así descendía disipando con sus alas eternas la densa niebla y los negros vapores, y dorando las sombras con el divino resplandor que derramaba su luciente rostro. Del mismo modo el sol despliega en las nubes, después de la lluvia, sus bellos matices, y también así, surcando el aire sereno, cae una estrella en el seno de las aguas.

Llegado al lugar donde la impía horda infernal aviva el furor de los paganos, se para en el aire, sostenido en sus alas, y empuñando su lanza, les habla de esta suerte: «¿Cómo no recordáis, espíritus orgullosos en medio del desprecio, de los más atroces tormentos y de la extrema miseria, de qué manera lanza sus terribles rayos el Rey del Mundo? Escrito está en el Cielo que Sión rendirá sus murallas y abrirá sus puertas al venerando lábaro. ¿Por qué, pues, peleáis contra el destino? ¿A qué despertar el enojo de la Corte celeste? Id, malditos, a vuestro reino, mansión de suplicios y de muerte, y queden sepultadas vuestras guerras y vuestros triunfos en sus hondas cavernas, dignas de vosotros. Sed crue-

les allí; ejercitad vuestros furores contra los inocentes en medio de los eternos alaridos, del rechinar de dientes, del sonido de los hierros y las cadenas.» Dice, y con su formidable lanza empuja y hiere a los más remisos en cumplir sus órdenes.

Los monstruos abandonaron gimiendo las bellas regiones de la luz y de las estrellas.

Mas luego precipitan su vuelo hacia el abismo y van a aumentar el dolor de los condenados. Jamás atravesó el mar bandada de aves tan numerosa en busca de regiones más templadas, ni el otoño vió caer jamás al suelo tantas hojas marchitas por los primeros fríos, cual bajaron espíritus malignos al averno. Libre de ellos el mundo sacude su negra tristeza y vuelve a recobrar su semblante risueño.

Mas no porque no le inspire su furor Alecto, ni azote su costado con su látigo de serpientes, disminuyen en el soberbio pecho de Argante el furor y el ardimiento. Armado del hierro cruel se lanza allí donde ve más apiñado al pueblo franco, siega las cabezas así de los cobardes como de los fuertes, nivelando los más altivos con los más humildes.

También Clorinda no lejos de allí siembra de miembros rotos la llanura. Hunde la espada en el seno de Berenguer y le parte el corazón. asiento de la vida: tan recio fué el golpe, que el acero le salió ensangrentado por la espalda. Hiere en seguida a Albino en la boca y hiende a Galo la cabeza. La diestra de Garnière, de la que había sido antes herida, corta Clorinda y la derriba al suelo; apretando aún el acero, se agita en el polvo medio viva en trémulas convulsiones, semejante a la cola cortada de la víbora, esforzándose en vano por unirse al cuerpo. Así la deja la guerrera, y vuelta ya de espaldas, dirige el arma contra Aquiles. Alcanza a éste entre el cuello y la nuca cortando a cercén su garganta. Vino rodando al suelo la sangrienta cabeza, marchándose en el in-mundo polvo, antes que cayese el tronco; quedó sentado en la silla; pero libre del freno, el caballo, encabritándose, lo arroja al fin al suelo.

Mientras que la invencible guerrera persigue y destroza de esta suerte a las escuadras de Occidente, la altanera Gildipe no hace menos estragos en los sarracenos. Eran entrambas de un mismo sexo, e iguales en valor y en audacia, mas no pudieron probarse mutuamente, pues las guardaba el destino para enemigos más poderosos. Lánzanse ambas la una contra la otra, sin que puedan abrirse paso por entre la apiñada

muchedumbre. Pero el generoso Güelfo empuña el acero contra Clorinda, y asestándole el golpe, tiñe un poco su acero en la sangre de su hermoso semblante; la guerrera le contesta con una estocada y le hiere entre las costillas. Repite Güelfo el golpe, mas no la alcanza, alcanzando en cambio a Osmida, que pasaba entonces por allí, y a quien no iba destinado; herido en la frente, cae Osmida. Reúnense alrededor de Güelfo muchos de los que acaudilla, crece también el bando contrario y enciéndose nuevamente la pelea.

La aurora asomaba, entre tanto, su rostro purpurino por el balcón de Oriente. El feroz Argilán, aprovechándose de aquel tumulto, huye de su prisión, y cubriéndose precipitadamente con una armadura que le proporcionó el acaso, vuela al campo para enmendar sus recientes errores con nuevas proezas y laureles.

Bien así como un corcel huye del pesebre donde se le tenía guardado para la guerra, y libre al fin, va a solazarse con los rebaños en los prados o en los ríos, da al viento sus crines que ondean sobre el cuello, levanta con orgullo su noble cabeza, escarba la arena con sus cascos y llena el espacio con sus sonoros relinchos; tal se presenta Argilán, con los fieros ojos inflamados, la frente enhiesta y amenazadora, y tan veloz en la carrera, que imprime apenas el pie en el polvo por donde pasa. Y puesto en medio de sus enemigos, levanta su voz poderosa como quien osa mucho y nada teme. «Vil escoria del mundo — les grita —, árabes cobardes, ¿de dónde os viene hoy tanta audacia? Sin fuerzas para soportar el peso de un casco o de un escudo, sin habilidad para armaros ni defenderos, avezados a la fuga, y tan tímidos que siempre herís en vacío, sólo realizáis hazañas nocturnas, y si vencéis alguna vez es tan sólo escudados por las sombras. Mas ahora que éstas se disipan, ¿quién os defenderá? Tiempo es ya de que echéis mano de todo vuestro valor, de toda vuestra fuerza.»

Estaba hablando aún, cuando descargó tan fiero golpe sobre la garganta de Algacel, que le cortó en los labios la respuesta. Un súbito horror priva al bárbaro de la luz del día, hiela sus huesos el frío de la muerte, viene al suelo, y rabioso, muerde con sus dientes la odiosa tierra que recibe su postrer aliento.

Mata en seguida con diversas suertes a Saladino, Muleaso y Agricalte; parte de un solo revés el cuerpo de Aldiazil, que estaba cerca de ellos; hunde el acero en el pecho de Aria-

dino, y lo derriba y le insulta con ásperas palabras. El infiel levanta sus apagados ojos y responde con voz desfallecida a sus insultos:

«Quienquiera que seas — le dice — no te jactarás por mucho tiempo de haberme vencido: te aguarda igual destino, pues no faltará una diestra más robusta bajo la cual midas el polvo a mi lado.» «Deja al Cielo el cuidado de mi destino — replica aquél con amarga sonrisa —; mas, entre tanto, muere aquí para pasto de los perros y de las aves de rapiña.» Y diciendo esto le empuja con el pie y le arranca a la vez el alma y el acero.

Había entre los arqueros un paje del Soldán, en cuyo semblante no había esparcido aún la juventud sus primeras flores. Riegan sus bellas mejillas las gotas del sudor, brillantes cual las perlas o el rocío; el polvo que cubre sus rizados cabellos parece darles un nuevo realce, y hasta el rigor tiene un no sé qué de dulce en su semblante. Monta un corcel blanco cual la nieve de los Apeninos, y más ligero y veloz en su carrera que el torbellino y la llama. Blande una jabalina que empuña por la mitad del asta; cuelga de su lado una corva y breve cimitarra que brilla con bárbara pompa en una vaina de púrpura con labores de oro.

Mientras el tierno paje, cuyo pecho juvenil halaga un nuevo deseo de gloria, lleva el desorden a las filas enemigas, sin haber quién se le oponga, el cauto Argilán espía el momento en que podrá herirle en medio de sus rápidos giros, y llegado el momento, le mata por sorpresa el caballo, el cual en su caída apresa debajo el jinete. El inexorable vencedor dirige entonces su mano inexorable al rostro suplicante del vencido, que pretendía en vano defenderse con las armas de la piedad, y ofende al más bello ornamento de la Naturaleza. El hierro pareció ser más humano y compasivo que el guerrero, pues cayó de plano. Mas ¿de qué aprovechó, si repitiendo el fiero golpe, le hundió la espada en el mismo sitio que no pudo herir primero?

Solimán, que no lejos de allí luchaba con Godofredo, al ver a su paje en aquel trance, abandona el combate, vuelve las riendas de su caballo, lo espolea, y abriéndose paso con el acero, llega adonde él estaba. Pero era tarde, si no para vengarle, para socorrerle, pues lo ve ya ¡oh, dolor! tendido sin vida en el suelo, como una hermosa flor recién cortada.

Contempla cuál se cierran sus bellos ojos trémulos y apagados, y caer su hermosa cabeza sobre sus espaldas. Tan gentil

es su palidez, y tan dulce la compasión que despiertan sus facciones moribundas, que ablandaron su corazón, antes de mármol, y arrancaron dos lágrimas al feroz Soldán en medio de su despecho. ¿Lloras tú, Solimán; tú que miraste con ojos enjutos la ruina de tu reino?

Mas al ver el hierro enemigo que humea aún con la sangre del joven, cede la piedad, vuelve a encenderse en ira y devora sus lágrimas; lánzase contra Argilán y, enarbolando el acero, hiende de un solo golpe el escudo, el almete, la cabeza y el cuello del contrario. ¡Digno de la cólera de Solimán fué el golpe!

Mas no quedó satisfecha con esto su venganza. Salta del caballo y se ceba en el cadáver, como el perro rabioso en la piedra que le ha herido. ¡Débil consuelo para tan inmenso dolor fué el desfogar su rabia sobre el polvo inanimado! En tanto, el caudillo de los fieles no repartía en vano sus golpes y su despecho.

Había entre los contrarios una tropa de turcos, armados de corazas, de yelmos y escudos, avezados a la fatiga, audaces y experimentados en los peligros, los cuales pertenecieron a la antigua milicia de Solimán, siguieron a su jefe a los desiertos de Arabia y no le abandonaron en el infortunio.

Godofredo embiste a aquel espeso y bien ordenado escuadrón, que no cede a los francos en valentía, y hiere al fiero Corcuto en el rostro, y en el costado a Rosten; corta la cabeza a Selín, y a Roseno entrambos brazos. No fueron éstos solos los que cayeron, pues con diversas suertes, hirió o derribó al suelo a muchos otros.

Mientras el piadoso Bullón diezma a los sarracenos y sostiene sus ataques, sin que ceda en nada la fortuna y la esperanza de los bárbaros, vese levantar allí cerca una nube de polvo, preñada de fulgores de guerra, y brillar de improviso un relámpago que llena de terror a los infieles.

Son cincuenta guerreros, que despliegan en campo de plata la roja y triunfante cruz. Aun cuando tuviese cien bocas y cien lenguas y el acento y el pecho de acero, ¿alcanzaría a contar el número de paganos que cayeron a la primera arremetida del valiente escuadrón? Sucumben los árabes sin defenderse, y el invencible turco muere resistiendo y peleando. El horror, la crueldad, el temor y el luto vuelan por doquier, y vese divagar por el campo la muerte vencedora y ondear por el suelo un lago de sangre. El rey Aladino, satisfecho por la victoria que creía suya, había salido ya de las trincheras y

subido a una colina, desde donde presenciaba el inesperado ataque.

Mas al ver que ceja el ejército más fuerte, toca retirada, y con reiterados mensajes, ruega e insta a Argante y a Clorinda que den la vuelta. Sedientos de sangre y cegados por la ira, niéganse entrambos a obedecerle; pero ceden al fin, procurando en su retirada reunir los dispersos escuadrones y refrenarlos en su fuga. Mas ¿quién puede dar leyes al vulgo y vencer al temor y a la cobardía? La derrota es general. Unos tiran el escudo, otros su espada; las armas, más que de defensa, sirven de embarazo.

Extiéndese entre el campo y la ciudad un valle erizado de rocas que corre de Occidente a Mediodía; los bárbaros se refugian en él entre torbellinos de polvo que el viento lleva hacia las murallas. Mientras huyen en desorden, los cristianos les van al alcance y causan en ellos horrible estrago; mas al ver que tienen cercano el auxilio del bárbaro monarca, Güelfo no quiere exponerse al daño de internarse más por aquel áspero paraje, con tanta desventaja para los suyos. Detiene pues a sus gentes, mientras que el rey se encierra dentro de sus murallas con los suyos que escaparon de la muerte.

Solimán hizo cuanto puede un mortal; ya no le es dado hacer más. Cubierto de sangre y de sudor, una respiración grave y pesada oprime su pecho y lo hace palpar con violencia. Cede su cansado brazo al peso del escudo y su débil mano puede apenas blandir el mellado acero, que ya no corta ni sirve para la pelea. Al sentir su impaciencia se para a meditar, como quien batalla entre dudas, si debe morir en el combate, o si se quitará la vida por sus propias manos privando a los demás de tan preclara hazaña, o, en fin, si abandonando a su derrotado ejército, debe poner en salvo su existencia.

«Venza el destino — exclama por último — y sea mi fuga el trofeo de su victoria. Vea el enemigo mis espaldas, y escarnezcame de nuevo en mi indigno destierro, con tal que me sea dado turbar otra vez su paz y su mal seguro imperio. No cedo, no; sea eterno mi despecho como la memoria de mis ofensas. Más implacable aún y más cruel, renaceré del sepulcro y de mis cenizas para el combate.»

CANTO DÉCIMO

Ismeno se presenta a Solimán durante su sueño y le conduce secretamente a la ciudad.—La presencia de aquel caudillo reanima el valor del monarca pagano.—Godofredo sabe los detalles de los errores de sus guerreros y que Reinaldo vive.—El ermitaño Pedro publica el elogio y las bahañas de los descendientes del ilustre joven.

ESTABA hablando aún Solimán cuando ve un caballo que se dirige hacia él, errante y desbocado. Cógele al momento por el freno y monta en él de un salto, aunque triste y cansado. Su yelmo envilecido y abollado no ostenta ya su horrible cimera, y la rasgada sobrevesta no conserva ningún vestigio de su pompa real.

Como un lobo arrojado del redil huye a esconderse en las selvas, y a pesar de que ha llenado su ancho y voraz estómago, sediento aún de sangre, saca fuera la lengua y relame sus inmundos hocicos, así se retiraba Solimán del campo de batalla, sin haber podido aún saciar del todo su sed horrible de venganza. Su suerte feliz lo saca sano y salvo de la nube de flechas que vuelan en derredor, de las lanzas y espadas que le cercan. Aléjase sin ser conocido por los caminos más desiertos y extraviados, revolviendo en su mente lo que debe hacer, y fluctuando en un mar de ideas encontradas.

Decídese por fin a reunirse con sus gentes, con el rey de Egipto y su hueste poderosa, y tentar de nuevo la fortuna. Tomada esta resolución, nada le detiene, y sin que nadie le guíe, pues conoce las sendas, toma el camino más recto hacia las arenosas playas de la antigua Gaza.

Y no porque sienta crecer los dolores de sus heridas, ni le abrumen la debilidad y el cansancio, toma reposo o se des-

nuda de sus armas; marcha, al contrario, todo el día sin detenerse ni un instante. Sólo cuando el negro velo de la noche cubre los objetos y cambia en sombras los colores del día, bajó del caballo, contempló sus heridas, y cogió, como mejor pudo, los sabrosos dátiles de una elevada palmera. Alimentado con ellos procura luego acomodar su quebrantado cuerpo sobre el duro suelo, y apoyando la cabeza en el frío escudo se esfuerza en calmar la agitación de sus sentidos. Mas a cada instante se hace sentir con mayor fuerza el escozor de las heridas; y el despecho y el dolor, cual dos buitres voraces e invisibles, le roen el pecho, le desgarran el corazón.

En lo profundo de la noche, cuando reinaban doquiera la quietud y el silencio, vencido del cansancio, pagó al fin al Leteo (80) el tributo de sus graves y enojosos cuidados. En un sueño lánguido y breve recobraron un tanto de vigor y de vida sus destrozados miembros y sus ojos fatigados. Dormía aún cuando una voz severa murmuró a su oído estas palabras:

«¡Solimán, Solimán! Reserva este reposo para días más plácidos y felices, pues tu patria, donde reinaste, gime bajo el yugo de los extranjeros. ¿Cómo duermes en esta tierra, sin acordarte de que guarda, insepultos aún, los huesos de tus valientes? ¿Cómo puedes esperar tranquilo el nuevo día en este sitio testigo de tu baldón, de tu derrota?»

Despierta el Sultán, y levantando los ojos, ve un hombre en cuyas facciones aparece pintada la más venerable vejez, y que sostiene y dirige sus pasos vacilantes con un torcido y nudoso báculo. «¿Quién eres, importuno fantasma — le preguntó él con desdén —, que vienes a interrumpir el breve sueño del caminante? y ¿qué te importa mi mengua o mi venganza?»

«Ya soy — responde el anciano — quien conoce en parte tus nuevos proyectos y viene a servirte, y a quien eres más necesario de lo que piensas. No en vano usé de palabras ásperas, pues sé que el despecho es el aguijón del valor; y así escucha, señor, con agrado mis razones, que han de ser como el látigo y la espuela que exciten tu denuedo.

»Si no me engaño, diriges ahora tus pasos hacia donde está el gran rey de Egipto; mas yo sé que harías este penoso camino inútilmente si te empeñases en continuarlo. El campo sarraceno habrá de reunirse y moverse sin tu auxilio, y además

(80) Río mitológico que simboliza el olvido.

no es ese el sitio donde debes emplear y hacer que brille tu valor contra nuestros enemigos.

»Mas si quieres seguirme, te prometo conducirte con seguridad, en medio del día y sin que tengas que empuñar la espada, dentro de los muros que tienen cercados los cristianos, donde podrás adquirir nuevos laureles, gozarte de nuevo luchando contra los enemigos y los obstáculos, y defender la tierra hasta que venga la hueste de Egipto a renovar los combates.»

Mientras así razona, el fiero turco admira el aspecto y el acento del anciano amigo, y depone el orgullo y la ira que animaba su semblante y su corazón orgulloso. «Padre — responde —: estoy pronto a seguirte; condúceme donde quieras; el mejor consejo para mí es el que me empuja a arrostrar fatigas y peligros.»

Aplaude el anciano sus palabras; se saca un bálsamo que trae, y lo derrama sobre las heridas, irritadas por el relente; le restituye sus fuerzas, y restaña su sangre y cierra sus llagas. Luego, viendo que Febo dora ya las rosas que pintara la aurora: «Es tiempo de partir — dice el desconocido —; el Sol que llama a los mortales al trabajo ilumina ya nuestro camino.» Dicho esto, sube con el altivo niceno en un carro que tenía dispuesto no lejos de allí; sacude las riendas, y con mano diestra excita a la carrera a los dos corceles, que salen disparados. Tan veloces corren por la llanura polvorienta, que el camino no retiene la huella de las ruedas ni la de las pisadas; corren cubiertos de humo, y tascan los frenos, que se manchan de blanca espuma.

Y ¡oh maravilla! condénsase y apíñase el aire en torno a ellos, y foma una nube que cubre y ciñe el ligero carro para hacerlo invisible a los mortales. No hay piedra ni máquina de guerra capaz de romper aquel denso muro de vapores, y sin embargo, los dos viajeros ven desde su cóncavo seno el cielo y todos los objetos que cobija (81).

Atónito el Sultán frunce las cejas, arruga la frente y con-

(81) Tasso hace entrar la magia bajo todas sus formas en su poema, y después de las mujeres y de las hermosas doncellas dotadas del arte de la seducción y de los encantamientos, aparecen en él los viejos nigrománticos de los libros de caballerías, tradición bretona del encantador Merlín. El poeta dota a su mágico Ismeno de los mismos atributos que los romanos de la Edad Media señalan a los adivinos y hechiceros, los cuales leen con la mayor gravedad en el libro del destino, van sentados en un carro arrastrado por blancos unicornios en medio de las nubes, y curan las heridas más graves murmurando palabras misteriosas.

templa con la vista fija la nube y el carro que se desliza sin hallar obstáculos cual si volase; mas el anciano, que lee en su semblante inmóvil la admiración que sobrecoge su espíritu, rompe el silencio y le saca de su enajenamiento. Entonces, admirado, Solimán prorrumpe en estas razones:

«¡Oh tú, quienquiera que seas, que eres bastante poderoso para sujetar la naturaleza a tan extraños y prodigiosos efectos, y para penetrar a tu grado los secretos que se encierran en lo más recóndito del pensamiento humano!, dime, si es que alcanza tu ciencia a descubrir las cosas venideras y remotas, ¿qué porvenir de gloria o de ruina señala el Cielo a ese gran movimiento que agita al Asia? Mas antes, revélame tu nombre y con qué arte produces tan extraños prodigios, puesto que es imposible que atienda a otras razones, si primero no desvaneces el asombro que me embarga.»

Sonrióse el anciano, y dijo: «Fácil me es satisfacer en parte tus deseos; me llamo Ismeno, y los sirios me apellidan el Mágico porque profeso las artes misteriosas. Mas pretender que yo sondee el porvenir y que lea en los eternos anales del oculto destino, es un deseo audaz en demasía, un ruego asaz temerario, pues no se concede tanto a los mortales. Cada cual emplee aquí en la tierra sus fuerzas y talento para avanzar a través de los males y de las desgracias, pues acontece a menudo que el sabio y el fuerte, buena o mala, se hacen a sí mismos su suerte.

«Apercibe tu diestra, para la cual es leve empresa ahuyentar las huestes del Imperio franco, defender y salvar los muros que sitia tan estrechamente el pueblo infiel; prepárate para luchar contra las armas y contra el fuego; osa, sufre y espera, y te auguro desde ahora nuevos triunfos. Sin embargo, quiero revelarte para tu satisfacción lo que entreveo en el porvenir, como a través de una niebla:

«Antes que el gran planeta eterno haya recorrido por algunos lustros su carrera, veo o paréceme ver, un hombre que ilustrará el Asia con sus hechos preclaros, y que empuñará el cetro del fecundo Egipto. Callo los grandes trabajos que llevará a cabo en sus ocios, y el impulso que dará a las artes, y otras brillantes cualidades que le adornarán y que sólo, de momento, vislumbro; bástate saber que eclipsará con sus victorias las de los cristianos. No satisfecho con esto, destruirá en un postrer combate su injusto imperio y encerrará los restos desgraciados de sus huestes dentro de una estrecha isla, defendida tan sólo por el mar. Éste nacerá de su san-

gre» (82). Calló dicho esto el mágico anciano, y Solimán exclamó: «Feliz él a quien se le reserva tanta gloria; yo le bendigo y le envidio en parte.» Y en seguida añadió: «Dé vueltas la fortuna, ora siéndome adversa, ora propicia, como está escrito allí arriba; jamás ejercerá ningún poder sobre mí, ni me verá nunca vencido. Antes cambiará el curso de la luna y de las estrellas que yo ceje un paso en la recta senda del deber.» Y al decir esto se esparció por su semblante el fuego de la audacia.

Así razonando llegaron cerca de donde se alzaban las tiendas de los francos. ¿Quién fuera capaz de describir el cruel espectáculo que se ofreció a su vista? ¿quién pintar las diversas formas bajo las cuales se les apareció la muerte? Nublóse y se turbó la vista del Sultán, y contrajo el dolor sus facciones. ¡Ay! ¡con cuánto despecho vió holladas sus dignas banderas, poco antes tan temidas; ¡Con cuánto sentimiento miró marchar a los francos pisando el pecho y el semblante de sus guerreros más queridos, y despojar con orgullo de sus armaduras y de sus vestidos a los cuerpos insepultos! Muchos de ellos tributaban con gran pompa los últimos deberes a sus amigos, mientras que otros arrojaban a una hoguera encendida los cuerpos de los turcos y árabes confundidos.

Lanzó Solimán un hondo suspiro y, desenvainando el acero, saltó del carro y quiso precipitarse sobre los enemigos; mas el viejo encantador le contuvo con un grito; refrenó su loco arrebato, y haciendo que volviese a subir a su asiento, enderezó su carrera hacia una elevada colina, dejando a su espalda el campo de los cristianos.

Allí saltaron del carro, que desapareció repentinamente

(82) Tasso confunde aquí dos épocas. Las revelaciones de Ismeno a Solimán, acerca de *ese guerrero, orgullo del Asia, que empuñará el cetro del feraz Egipto*, designan evidentemente a Saladino, el poderoso vencedor de Jerusalén y de los cruzados, que murió en 1193. Después del reinado de Saladino los francos quedaron dueños de muchas ciudades de Siria y de Palestina, y cuando habla el poeta, *de la destrucción de su Imperio y del refugio que irán a buscar en una isla pequeña y desierta*, traspasa un período de cien años, puesto que los cristianos no fueron expulsados de las ciudades que poseían y encerrados en las islas del Mediterráneo, Chipre, Rodas y Malta, hasta el año 1291, cerca de un siglo después de la muerte de Saladino, y durante el reinado de Katil, por otro nombre *Melîh al Asraf* (el rey ilustre). La vida de Katil fué gloriosa para los musulmanes, pero estuvo muy distante de igualar la de Saladino. Nada ofrece de extraño que Tasso conservase en sus cantos estos nombres ilustres que resonaban en todos los castillos desde fines del siglo XII.

de su vista, y prosiguieron su camino a pie; envuelto siempre en la misteriosa nube, descendieron a la izquierda por un valle, y llegaron al monte Sión por la parte opuesta a Poniente. Detúvose allí el Mágico y examinó la quebrada cuesta.

Abriase en el seno de una dura peña una honda cueva abierta desde tiempo inmemorial; un camino oculto y no hollado, obstruido por los arbustos y malezas, conducía a ella. Aparta el Mágico los obstáculos, y encorvándose a fin de poder penetrar por el angosto sendero, tienta con una mano el paso y presenta la otra al príncipe para servirle de guía.

«¿Qué camino es éste — preguntó Solimán — y dónde me conduces? Otro mejor, a permitirlo tú, me abriera con mi espada.» «No tengas a menos — le contestó aquél — hollar con tu poderosa planta esta senda solitaria, pues solía pasar por ella el grande Herodes, que tan gloriosa fama disfruta todavía de valiente. Él fué quien mandó abrir esta cueva, cuando quiso imponer un freno a sus súbditos rebeldes, para poder por ella, sin ser visto, pasar de la torre llamada Antonia, nombre de su preclaro amigo (83), hasta el gran templo antiguo y salir ocultamente de la ciudad, y despoblarla o guarnecerla de soldados. Ahora sólo yo, de los que viven, conoce esta senda obscura y solitaria; ella nos conducirá al palacio donde el rey que teme, más tal vez de lo que debe, a las amenazas de la fortuna, reúne a sus más sabios consejeros y a los más poderosos. Tú llegarás allí en sazón oportuna; escucha y calla, mas, cuando llegue el momento, expón sin ambages tus audaces razones.»

Así dijo, y ya Solimán llena con su talla gigantesca el estrecho subterráneo, y sigue a su guía por aquellos senderos donde reina una noche eterna. Largo trecho caminan agachados, pero a medida que se internan, la caverna se ensancha más, de manera que avanzan en seguida por ella con desembarazo y no tardan en llegar a su mitad.

Abrió entonces Ismeno una pequeña puerta, subieron por una secreta escalera en la cual por un respiradero que había en lo más alto de ella penetraba un aire denso y un reflejo de luz débil y trémulo. De allí entraron en un claustro sub-

(83) El poeta incurre en un error histórico cuando dice que la torre Antonia se llamase así del nombre de un favorito de Herodes, pues consta que debió esta denominación a las lisonjas del príncipe judío hacia Antonio, quien en los días de su poder le había hecho nombrar por el Senado Rey de Judea. ...*Turris Antonia, in honorem M. Antonii ab Herode appellata* dice Tácito, lib. V. (*Historias*.)

terráneo hasta parar en una magnífica y brillante sala, donde, ceñida la diadema y con el cetro en la mano, está sentado el triste rey en medio de sus tristes cortesanos.

El fiero turco mira y espía desde la espesa nube, sin ser visto, cuanto pasa, y oye al rey que desde su rico trono prurumpe el primero en estas razones: «Ciertamente, ¡oh mis súbditos fieles!, fué el día de ayer funestísimo y de luto para nuestro Imperio, pues se desvanecieron en él todas nuestras esperanzas, y tan sólo nos es dado confiar en los socorros de Egipto. Mas bien conocéis cuán tardía es esta esperanza para un riesgo tan eminente, y así os he reunido para que me ayudéis con vuestros consejos.» Calló, y sucedió a sus palabras un confuso rumor semejante al ruido del viento a través de las ramas; mas levántase Argante con tranquila y alegre continente y acalla los murmullos.

«¡Oh magnánimo rey! — fué la respuesta del invencible y fiero caballero — ¿por qué nos llamas? ¿Por qué nos consultas sobre lo que nadie ignora, y acerca de lo cual no tienes necesidad de que te hablemos? Me atreveré a decirlo, sin embargo: confiemos tan sólo en nosotros mismos, y si es cierto que nada resiste al valor, imploramos su auxilio y no apreciemos la vida sino en lo que vale. Hablo así, no porque desespere del auxilio de Egipto, pues no es lícito ni hay razón para dudar de la sinceridad de las promesas de mi rey; sólo lo digo porque deseo veros animados de un ardor invencible, y para que, preparados para las diversas suertes de la fortuna, cada uno de nosotros se prometa la victoria y desprecie la muerte.»

No dijo más el generoso Argante, pues claramente había expresado con aquellas palabras su pensamiento. Levantóse en seguida con ademán de autoridad Orcano, famoso por su elevada alcurnia y por la gloria que en algún tiempo alcanzara en los combates; mas unido ahora a una esposa joven, y satisfecho con sus hijos, había dejado adormecer su valor en los afectos de padre y de marido.

«Señor — exclamó — no acusaré el fervor de tan elocuentes razones, cuando nace del valor que no quiere ni puede cabar en el corazón; séale permitido al buen circasiano expresarse en tu presencia, cual acostumbra, tal vez con sobrada osadía, puesto que la audacia de sus palabras se reproduce en sus acciones. Pero tú, a quien la experiencia y los años han vuelto tan prudente, debes emplear la autoridad de tus consejos para refrenar su celo impetuoso, y medir la espe-

ranza de un auxilio remoto con el peligro cercano, o mejor diré, presente, y con las fuerzas y el valor del enemigo, tus nuevas trincheras y los antiguos muros.

»Nosotros, si me es lícito decir lo que siento, somos dueños, es cierto, de una ciudad fortificada por la Naturaleza y el arte; mas no lo es menos que los contrarios preparan contra nosotros poderosas y terribles máquinas de guerra. No sé lo que sucederá; espero y temo al propio tiempo los dudosos decretos de Marte; mas si el enemigo estrecha más el cerco, sufriremos sin ninguna duda de carestía de vituallas.

»Los rebaños y los trigos que introdujiste ayer en estos muros, mientras que en el campo sólo se pensaba en ensangrentar los aceros, fueron un grande alivio; mas ¿bastarían por ventura para acallar el hambre y alimentar a una ciudad tan populosa, en el caso de dilatarse el asedio — que se dilatará, no lo dudo — aun cuando llegue la hueste de Egipto en el día prefijado? Y ¿qué sucedería si tardase más de lo previsto? Concedo que venga antes de lo que esperamos y prometiera; ¿estaremos seguros ya de la victoria? ¿Se verán, ¡oh, señor!, libres por esto nuestros muros? Tendremos que combatir aún con el mismo Godofredo, con los mismos caudillos y escuadrones que han roto y dispersado tantas veces a los sirios, turcos, árabes y persas.

»Tú conoces ya su valor, animoso Argante, pues les cediste el campo más de una vez, y más de una vez les volviste la espalda, fiando tu salvación a tus veloces pies; conocémoslo también Clorinda y yo, pues no es justo que pase en silencio el uno por el otro. Mas no por eso acuso a nadie, pues cada uno de nosotros mostró lo mejor que pudo la pujanza de su brazo. Y diré más, aunque Argante se indigne de oír la verdad y se esfuerce en intimidarme con sus amenazas de muerte: veo que un destino inevitable sostiene a nuestro feroz enemigo, y que ni nuestros ejércitos ni los más fuertes muros podrán estorbar que domine al fin en estas tierras. Pongo al Cielo por testigo de que tan sólo dictan mis palabras el amor por mi patria y el celo por mi soberano. ¡Oh, sabio rey de Trípoli!, tú supiste obtener de los francos las paces y salvar tu Imperio, mientras que el inflexible Solimán, que si hubiese cedido como tú, hubiera podido salvar parte de su reino con dones y tributos, yace tal vez muerto, o arrastra serviles cadenas, o proscrito y fugitivo, guarda su vida para mayores infortunios.»

Así dijo Orcano disfrazando su idea con palabras incier-

tas y confusas, no atreviéndose a aconsejar abiertamente la paz ni la sumisión a un yugo extraño. Solimán, irritado oyendo sus razones, no podía mantenerse ya más oculto cuando el Mágico le dijo: «¿Sufrirás por más tiempo tan insolentes palabras?»

«Si no me muestro — le respondió — es bien a mi pesar, pues me abraso en indignación y en ira.» Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando la nube que le rodeaba se desvaneció, perdiéndose en el aire; mostróse Solimán a las miradas de todos, inundado de luz, con semblante magnánimo y altivo, y les habló de esta manera:

«Aquí está el sultán de quien habláis, ni tímido ni fugitivo, y que se ofrece a probar a Orcano con su brazo que es un cobarde y que miente. ¿Fugitivo yo, que hice correr arroyos de sangre y levanté montañas de cadáveres, cercado por todas partes de enemigos y privado de todos mis compañeros? Si este pérfido u otro cualquiera semejante a él, renegando de su patria y de su fe, se atreve a hablar de pactos viles e infames, permitidme, ¡oh, buen rey!, que los castigue con mi acero. Las ovejas y los lobos habitarán en un mismo redil, y en un mismo nido las palomas y las serpientes, primero que vivan en paz en una misma tierra turcos y cristianos.»

Mientras que habla, empuña Solimán con su diestra el acero en ademán amenazador. Todos permanecen mudos y atónitos al oír sus razones y al contemplar su horrible semblante. En seguida, dominando su ira, se dirige cortésmente a Aladino: «Ten confianza, poderoso señor — le dice —: te traigo un gran refuerzo. ¡Solimán está contigo!»

Aladino, puesto ya en pie para recibirle, le responde: «¡Con qué placer vuelvo a verte! Tu presencia, querido amigo, me hace olvidar la pérdida de mi hueste y despreciar los peligros. Si no lo estorba el Cielo, puedes en poco tiempo robustecer mi trono y levantar el tuyo.» Y diciendo esto le echó los brazos al cuello y le estrechó contra su corazón.

Después de saludarle así, el rey cede su propio asiento al gran niceno; se coloca a su izquierda en un lujoso asiento y tiene a su lado al sabio Mágico. Mientras hablan, mientras el Rey pregunta a Solimán por su venida y Solimán le satisface, se presenta Clorinda a prestar la primera su homenaje al Sultán, y los demás guerreros siguen su ejemplo.

Uno de ellos fué Ormuz. Mientras ardía el combate con mayor fuerza, supo este guerrero retirarse por senderos extrañados, con tanto acierto, que, ayudado de la obscuridad y del

silencio, logró salvar a los árabes que tenía a sus órdenes, encerrarlos dentro de la ciudad y socorrer a sus hambrientos habitantes con los rebaños y trigos que robara.

Sólo el fiero circasiano permaneció apartado en silencio contemplándolo todo con ceñuda frente y semblante desdeñoso, a manera de león que se para y revuelve en torno suyo sus ojos de fuego. Orcano, azorado y pensativo, no osa mirar al rostro a Solimán. En tanto, el tirano de Palestina, el rey de los turcos y los guerreros sarracenos se comunican sus proyectos.

El poderoso Godofredo, entre tanto, aprovechando la victoria, había proseguido el alcance de los enemigos, limpiado los caminos y tributado los últimos y piadosos honores a sus guerreros muertos; hecho esto mandó a todos que se dispersaran, para dar el asalto al día siguiente, y amenazó con nuevos y terribles estragos a los enemigos sitiados.

En cuanto sabe que el escuadrón que le ayudó a triunfar de los infieles se compone de sus guerreros favoritos, que es el mismo que siguiera a la engañosa Armida, y que está en él Tancredo, prisionero poco antes de la hechicera, les hace llamar a la presencia del Ermitaño y de algunos pocos de los más prudentes. «Ruégooos — les dice — que me cuente alguno de vosotros las aventuras de vuestro viaje y vuestro corto desvío, y cómo llegasteis a tiempo para socorrerme en tan apretado trance.»

Todos inclinan la frente avergonzados, llenos de un amargo remordimiento por su falta; mas, por fin, el ilustre hijo del rey britano levantó los ojos, y rompiendo el silencio, habló de esta manera: «Partimos los que no fuimos nombrados por suerte sin que el uno lo supiese del otro. Servimos de escolta, no lo niego, al pérfido amor y a una belleza traidora, que nos condujo por senderos tortuosos y extraviados, celosos los unos de los otros y divididos siempre. ¡Ah!, tarde lo reconozco, ora una palabra tierna, ora una mirada alimentaban nuestro ardor y nuestros odios.

»Llegamos por fin al sitio donde llovió el Cielo un día horrible fuego para vengar las ofensas que recibiera la Naturaleza de un pueblo endurecido en el crimen. Su suelo, fértil y dichoso en otro tiempo, está cubierto ahora de aguas bituminosas y calientes, y se ve convertido en un estéril lago cuyos densos vapores exhalan fetidez e infestan el aire. En él las materias más pesadas nunca bajan al fondo; el hombre, las piedras y hasta el duro hierro flotan en sus aguas

espesas, cual si fuesen abeto o leve corcho. Elévase en medio de él un castillo al cual da entrada un corto y estrecho puente. En él se nos da acogida. No sé a qué arte es debido, mas todo allí sonríe, todo es bello allí dentro (84). Su ambiente es embalsado, su cielo sereno, sus árboles y prados, amenos, y dulces y cristalinas sus aguas. Allí nace una fuente bajo los deliciosos mirtos; más lejos serpentea un arroyuelo. Los sueños dorados vuelan sobre los mullidos lechos de hierba, mecidos por el suave murmullo de las ramas y por el canto de las aves. Nada diré de las labores de mármol y oro, que son otros tantos prodigios del arte. Allí donde la hierba es más fresca y más densa la sombra, mandó Armida preparar una mesa espléndida, adornada de vasos preciosos, y con ricos y escogidos manjares. Brillaba en ella cuanto produce cada estación, cuanto ofrecen el mar y la tierra, cuanto da de sí el arte; y servían el banquete cien hermosas y diligentes doncellas. La encantadora, con su sonrisa y sus dulces palabras, derrama en nuestros pechos un veneno mortal. Cada uno de nosotros apuraba las copas del olvido, cuando ella se levantó diciendo: «Luego vuelvo.» Volvió pronto, en efecto; mas su semblante no era ya tan tranquilo; blandía con una mano una varilla, y en voz baja en un libro que sostenía en la otra empezó a leer. A su lectura siento cambiar mi voluntad y mis ideas, mi vida y mi elemento. ¡Oh prodigio! me hallo animado de nuevos deseos y me arrojo y zambullo en el agua. Encógense mis piernas, húndense, sin saber cómo, mis brazos en la espalda, acórtase mi cuerpo, mi piel se reviste de escamas y quedo transformado en pez.

»Mis compañeros sufrieron la misma metamorfosis y poblaron conmigo el agua cristalina, aunque sólo conservo de todo ello un recuerdo vago y confuso cual de un sueño. Plúgole al fin volvernó a nuestra prístina forma; permanecíamos todos mudos entre la admiración y el miedo, cuando con vista airada, con amenazadoras razones, nos habló así:

«Conocéis ya mi poderío — nos dijo — y cuán grande imperio ejerzo sobre vosotros. Puedo a mi voluntad sepultar a los unos en hondos calabozos y privarles para siempre de la

(84) Tasso ha querido designar aquí el célebre lago llamado Mar Muerto o Mar Salado en los Libros Santos, *asphaltites lacus*, o lago de betún por los autores griegos y latinos y en árabe *Bar-el-Loud* (Mar de Lot). Este lago separaba la Judea del país de los moabitas. La descripción que hace de él el poeta está conforme con las de Estrabón, Josefo y Tácito.

luz, convertir a los otros en aves o en árboles y hacer que echen raíces en el suelo; transformar a éstos en piedras, en cristalinas fuentes a esos otros, y coronar, en fin, a aquéllos de astas. Podéis, sin embargo, evitar mis enojos si os sujetáis a mi voluntad, renegando de vuestra fe, sirviendo a mi patria y empuñando el acero contra el piadoso Bullón.» Todos rehusamos, rechazando con horror tan infame pacto; sólo Raimbaldo se dejó vencer, y así nos sepultó, sin que pudiésemos defendernos, en un calabozo donde no penetraba nunca el sol. Poco después, la casualidad condujo al castillo a Tancredo, quien fué hecho también prisionero. No nos retuvo mucho la falsa maga entre cadenas; se debió, a lo que entiendo, a que un mensajero del señor de Damasco obtuvo nuestra libertad, para conducirnos encadenados y sin armas en medio de cien guerreros, como un presente hecho al rey de Egipto.

»Así caminábamos, cuando el Cielo, que todo lo dirige y ordena según sus altos fines, hizo que el buen Reinaldo, cuya gloria crece siempre con nuevas y más altas proezas, se cruzase en nuestro camino; asaltó de improviso a los soldados de nuestra escolta con su valor acostumbrado, los venció y les dió muerte, rescatándose así y haciendo que nos cubriésemos con sus armas que eran las nuestras.

»Yo le vi y le vieron éstos, y hemos estrechado su mano y oído su acento. Fué falso el rumor que circuló en el campo: Reinaldo vive. Hoy hace tres días que se separó de nosotros acompañado de un peregrino para ir a Antioquía, dejando antes en nuestro poder su sangrienta y destrozada armadura.»

Dijo, y el Ermitaño levantó los ojos al Cielo. Su semblante cambia de color y brilla con un resplandor sagrado y venerable. Lleno del espíritu de Dios y de un celo santo, se eleva hasta los coros angélicos, rásgase ante sus ojos el velo que cubre el porvenir, y se interna en la infinita serie de los siglos y de las edades.

Y levantando la voz, revela, con acento inspirado, los acontecimientos que han de ser. Al ver su continente, al oír su voz sonora, enmudecen todos y le contemplan atónitos.

«Vive Reinaldo — exclama —: todo lo demás es fingimiento, engaño y artes de mujeres. Vive, y el Cielo guarda su edad florida para mayores proezas. Las hazañas que son la admiración del Asia, no son más que hechos de niños, mereos presagios de lo que debe cumplir. Paréceme que le miro a través de los años oponiéndose y venciendo a un emperador

impío, protegiendo con su águila de plata la Iglesia y Roma, a la que arrancará de las garras de sus enemigos, y dando origen a una prosopía ilustre. Sus hijos y los hijos de sus hijos conservarán la memoria de sus preclaras y famosas hazañas, dignos ejemplos de valor, y defenderán la Tiara y los santos templos contra los reyes impíos y rebeldes. Será su noble tarea humillar a los soberbios y castigar la maldad; de esta suerte, el águila de la Casa de Este tenderá su vuelo más allá del sol. Y al descender de aquellas regiones donde moran la luz y la verdad, traerá a los descendientes de Pedro los rayos mortales, y extenderá sus alas triunfantes e invencibles dondequiera que se pelee por la fe (85), pues tal es el instinto que le infundió el Cielo, a quien place que sea llamado de nuevo Reinaldo a tomar parte en esta digna empresa.»

El sabio Ermitaño desvanece con estas palabras los temores que se abrigaban sobre la suerte del guerrero; sólo el piadoso Bullón, sumergido en un grave pensamiento, permanece callado en medio de la común alegría. Viene, entre tanto, la noche extendiendo su obscuro velo sobre la tierra, y los guerreros se separan para entregarse al reposo; mas los cuidados alejan los sueños del lecho del capitán.

(85) Tasso da más adelante (canto XVII) la genealogía fabulosa de la Casa de Este.

CANTO UNDÉCIMO

Los cristianos imploran los auxilios del Cielo y atacan en seguida los muros de Sión. — La ciudad está a punto de sucumbir cuando Clorinda hiere al capitán, retardando con esto la victoria de los fieles. — Godofredo, curado por un ángel, vuelve al asalto; mas la noche separa a los combatientes.

EL capitán de los cristianos, vueltos sus pensamientos al asalto, estaba preparando las máquinas de guerra, cuando se le presenta Pedro el Ermitaño y, llamándole aparte, con severo y respetuoso acento, le habla en estos términos: «¡Oh, capitán! Tú preparas las armas terrenales, y descuidas en tanto lo que más conviene. Sea antes que todo el Cielo. Invoca primero con públicas y devotas rogativas a la milicia de los ángeles y de los santos para que te conceda la victoria. El clero, revestido de sus sagrados ornamentos, abrirá la marcha entonando loores al Eterno con piadosa armonía, y seguiréis vosotros, ¡oh, jefes gloriosos!, dando ejemplo a la multitud para que os acompañe» (86).

Así le habla el austero Ermitaño, y el buen Godofredo aprueba su prudente aviso: «Siervo querido de Dios — le responde —: pláceme seguir tu consejo, y mientras voy a invitar a los demás caudillos a que me acompañen, ve tú a buscar a los pastores de almas, Guillermo y Ademaro, y preparad juntos la sagrada y augusta ceremonia.»

(86) Este magnífico canto de Tasso empieza por la procesión de los cruzados. Todos los cronistas hablan con entusiasmo de aquella solemnidad religiosa, y su alma ferviente se exalta al contemplar al ejército cristiano dando siete vueltas alrededor de la Ciudad Santa y recorriendo descalzo el Monte Olivete, donde tantos recuerdos piadosos debían despertar su celo.

A la mañana siguiente el anciano reúne a los obispos y sacerdotes en un valle y alrededor del altar donde se celebraba el servicio divino. Allí se revistieron los sacerdotes con sus blancas túnicas, y los dos pastores con sus mantos dorados abrochados sobre el pecho encima de sus largos hábitos de blanco lino, y ciñeron sus sienes con la mitra (87).

Pedro va delante; despliega en el aire el estandarte que veneran los santos; síguete el coro, que camina con paso grave y lento, dividido en dos largas hileras, alternando sus cantos suplicantes y formando un doble concierto, y cierran la marcha los dos príncipes de la Iglesia, Ademaro y Guillermo.

Iba detrás Bullón sin compañero, como es costumbre, seguido de los jefes y acompañado de todo el campamento, que marchaba en buen orden y armado para su defensa. De esta suerte salió la religiosa muchedumbre de las trincheras, sin que se oyesen trompetas ni acentos de guerra, y sí sólo cantos de humildad y devoción.

«Ellos os invocan, e imploran vuestros auxilios, ¡oh, Tú, Padre omnipotente, Hijo igual al Padre; oh, Tú, Espíritu divino nacido de su amor; oh, Tú, Madre del Hombre-Dios; oh, vosotros, que acaudilláis los refulgentes escuadrones celestiales; oh, Tú, en fin, que lavastes a los mortales en tu sangre divina!

»Solicitamos tu apoyo, ¡oh, Tú que eres la piedra y el cimiento de la casa de Dios, y cuyo digno sucesor abre las puertas de la gracia y del perdón; y el vuestro, ¡oh, vosotros, los que, mensajeros del reino celestial, predijisteis la muerte gloriosa del Mesías, y los que sellasteis esta verdad con vuestra sangre y el martirio!

»¡Oíd nuestros votos, los que enseñasteis la senda de la gloria a los pecadores con vuestros escritos y palabras; las que, siervas fieles amadas del Señor, supisteis escoger más santa vida; las que preferisteis enlazaros con el casto Esposo encerrándoos en retiradas celdas, y vosotras, en fin, las que grandes e invencibles en los tormentos, despreciasteis a los reyes y a sus verdugos.»

(87) Tasso describe aquí el traje griego de los sacerdotes, que es el vestido sacerdotal adoptado constantemente por la Iglesia Latina; todas las pinturas de los siglos X y XI, y los frescos de las basílicas de Roma representan a los sacerdotes, apóstoles y hasta a Jesucristo con ese traje, que se transmitió sin variación a la Edad Media y se ha conservado hasta nuestros días.

Así van cantando y se despliega el pueblo devoto en largas hileras, y dirige sus lentos pasos al Monte Olivete, que toma su nombre de los olivos que le cubren; monte cuya sagrada fama conoce el universo, que domina la ciudad por la parte de Oriente, y de la cual le separa el valle de Josafat, que se extiende entre él y sus murallas.

Diríjese allí el piadoso ejército, cuyos cantos resuenan en los profundos valles y elevadas colinas, y repiten los ecos en los bosques y cavernas; y cual si se ocultase otro coro en las cuevas y entre los árboles, oíanse repetir por todas partes los santos nombres de Jesús y María.

En tanto, los paganos contemplaban atónitos desde sus muros aquella marcha lenta, aquella pompa y sus extraños ritos, y oían en silencio los humildes cantos; mas, al volver en sí de la admiración que les causaba el espectáculo, prorrumpieron en ultrajes y blasfemias, que repitieron con sordo mugido el torrente, el monte y el ancho valle.

El pueblo de Cristo no interrumpió por esto su dulce y casta melodía; no hizo más caso a sus clamores que el que haría de una nube de aves graznadoras; ni temió tampoco que llegaran a turbar su santa paz las flechas que de lejos se disparaban, y prosiguió tranquilo entonando sus cantos.

En seguida levantan en la cima de la montaña el altar que debe servir de ara al sacerdote, y encienden a cada lado una rica lámpara de oro. Guillermo se reviste de otros ornamentos más preciosos y cuajados de labores doradas, y permanece un instante en silencio. Levanta luego la voz, y con claro acento, se acusa a sí mismo, y ruega y da gracias al Eterno.

Los que rodean al sacerdote escuchan humildes sus plegarias, mientras que la muchedumbre, que está más apartada, tiene fijas en él sus devotas miradas. Terminados los sublimes misterios del santo sacrificio, levantando su mano sacerdotal sobre los escuadrones y bendiciéndoles: «Idos» — les dice. Y las huestes piadosas regresan en silencio al campamento por los mismos caminos (88).

Llegados al valle y deshechas las filas, Godofredo vuelve a su tienda seguido de una espesa muchedumbre que le acompaña hasta ella. Allí les despide, reteniendo únicamente a su lado a los capitanes, a quienes convida a su mesa, haciendo

(88) La bendición del ejército y la confesión general pertenecen a las costumbres de la caballería. Los cruzados, antes de marchar al combate, pedían a los clérigos la absolución de sus pecados; y se leía la bula de indulgencia del Pontífice a todos los que iban a Tierra Santa.

sentar delante de él al anciano conde de Tolosa. Una vez restauradas sus fuerzas y apagada su sed con una frugal comida, el caudillo dice a sus capitanes: «Mañana, al rayar la aurora, estaréis dispuestos todos para el asalto; mañana será día de guerra y de fatiga; hoy lo es de reposo. Id a descansar, y haced que con vosotros estén prontos también vuestros soldados.»

Despídense todos y mandan al punto que se anuncie por los heraldos a son de trompeta que todos los guerreros deben, al brillar la aurora, estar armados y prontos al combate. De esta suerte se pasó parte de aquel día en el descanso y parte en el trabajo, hasta que la noche tranquila, amiga del sueño, dió tregua a la fatiga.

La aurora esparcía aún su luz dudosa, y apenas asomaba el día en el Oriente; el arado no abría todavía la dura tierra ni el pastor había vuelto a la pradera; las aves dormían aún entre las ramas, y no se oían en el bosque ni los ladridos del perro ni la bocina del cazador, cuando la trompeta empezó a llamar a los guerreros a las armas, esparciendo por el aire sus sonidos.

«¡A las armas, a las armas!», gritan al instante con rudo acento todos los escuadrones. Levántase el fuerte Godofredo, y en vez de ceñir su robusta coraza y pesado yelmo, ármase como cualquier soldado a la ligera. Ceñíase ya su leve arnés, cuando vino a reunírsele Raimundo (89), el cual, viéndole armado de aquel modo y adivinando sus proyectos, le preguntó: «¿Qué has hecho, señor, de tu espada y de tu coraza? ¿Dónde está tu férreo arnés? ¿Adónde vas, tan débilmente defendido? Aunque adivino que te mueve a ello el deseo de gloria, no puedo aprobar que te presentes con tan pobre armadura. Mas ¿qué pretendes, di? ¿Ambicionas el humilde lauro de ser el primero en el asalto? Deja que acometan otros esta hazaña, y que expongan, cual es su deber, en el combate una existencia menos digna y útil que la tuya. Vuelve

(89) Los barones de la Edad Media usaban dos especies de armadura, la una compuesta de una fuerte coraza, martingala, casco y espada, y la otra de una simple cota de malla, guantelete y túnica ceñida al cuerpo y de un pequeño escudo. Esta diferencia de traje se nota en las estatuas yacentes de los sepulcros de las catedrales antiguas, y por las cuales se conoce si el caballero que representan murió en la paz o en la guerra. En el primer caso, se ve su estatua echada con túnica, y muchas veces con el halcón en la mano, el lebril a sus pies, y ceñida la cabeza con la toca feudal; mas si pereció en la guerra, está cubierta con una armadura blasonada, y con su mano apoyada sobre la espada.

a ceñir, señor, la armadura acostumbrada; resérvate a lo menos en pro nuestro, y mira, por Dios, por tu vida, que es el móvil y el alma del ejército.» Y dicho esto guardó silencio.

«Sabe, Raimundo — repuso el adalid — que cuando el grande Urbano me ciñera en Clermont este acero, y me armara caballero de la cruz con su poderosa mano, juré a Dios en secreto que no sólo obraría aquí como caudillo, sino que emplearía, cuando necesario fuese, todo el poder de mi brazo y de mi espada como un simple soldado (90). Así, pues, cuando haya dispuesto y ordenado mis huestes contra los enemigos, cuando haya cumplido los deberes de caudillo, bien podré, sin que ni tú mismo lo repruebes, acercarme a combatir las murallas y cumplir el voto que hice al Cielo; así, vele él por mí y conserve mi existencia.»

Así dijo, y los caballeros franceses y sus dos hermanos menores siguieron su ejemplo. Algunos de los otros príncipes se armaron también a la ligera y se presentaron a pie ante los suyos.

Entre tanto, los paganos se habían reunido en el trozo de la muralla que se extiende desde el Norte al Occidente, por considerarle el más débil y menos seguro.

No teme el tirano que pueda ser asaltada la ciudad por ningún otro punto, y así manda reunir en aquél no sólo a los más fuertes y a los soldados extranjeros, sino que llama a compartir con él la fortuna y las fatigas hasta a los viejos y a los niños, quienes traen a los más robustos cal, azufre, betún, piedras y saetas.

Todo el muro que domina el llano aparece erizado de máquinas de guerra, y el campo cristiano ve de lejos a Solimán, cual terrible gigante, visible en la muralla de la cintura arriba; a Argante, que muestra su semblante amenazador entre los merlones, y sobre todo, se ve a Clorinda en la cima de la alta torre angular que domina la llanura. Pende de sus espaldas la pesada aljaba llena de agudas flechas; su mano empuña el arco, brilla ya el dardo en la tirante cuerda, y la hermosa amazona espera en esta actitud al enemigo, deseosa de lanzarle su dardo. Así representaban los antiguos a la virgen de Delos (91), disparando sus flechas desde el seno de las nubes.

(90) Godofredo no asistió al concilio de Clermont en Auvernia, celebrado en noviembre de 1095, en el que el papa Urbano II predicó la primera cruzada, pues estaba a la sazón en Flandes.

(91) Diana.

El anciano monarca recorre la ciudad a pie; va de una puerta a otra, revisa cauteloso si se cumplen sus órdenes, conforta al defensor y le infunde nuevos bríos; aquí refuerza un punto, allí hace mayor acopio de armas, y acude en fin, a todo, mientras que las contristadas madres se refugian en los templos e invocan a su falso dios.

«¡Ah! rompe, señor — exclaman — con tu justo y fuerte brazo la lanza del rapaz cristiano, y humilla y dispersa bajo nuestros muros al que infamó tantas veces tu nombre soberano.» Así oraban, mas sus voces, allá arriba, entre el llanto de la eterna muerte, no fueron oídas. De esta suerte, mientras de una parte la ciudad ruega y se apresta a la defensa, el piadoso Bullón avanza por otra con sus huestes y despliega al viento sus estandartes.

Hace marchar delante la infantería, con suma previsión y gran arte, dividida en dos líneas oblicuas sobre el muro que se propone asaltar, y coloca en su centro las ballestas y las demás horribles máquinas de guerra que, a manera de rayos, lanzan contra el almenado muro piedras y saetas. Coloca a los caballeros a retaguardia de los infantes; envía espías por todas partes y da en seguida la señal de ataque. Tan grande es el número de los honderos y flecheros, y tan espesa la nube de saetas, que diezman a los sitiados detrás de los merlones. Mueren los unos y abandonan los otros sus puestos, dejando anchos claros entre la muchedumbre que corona el muro.

Avanzan los francos con ímpetu y nuevo brío, precipitando el paso cuanto pueden; los unos se cubren con los escudos que, unidos, forman como un techo protector sobre sus cabezas; protégense los otros detrás de las máquinas de guerra contra la espesa lluvia de piedras, y llegando al foso, procuran llenarlo e igualarlo con la llanura.

Hondo y ancho era el foso, mas no era cenagoso ni había en él agua, por no haberla allí cerca, y pronto quedó lleno de piedras, fajinas, árboles, terrones... En tanto, el atrevido Adastro se destaca de sus compañeros, y arrimando una escala, trepa el muro, entre una granizada de flechas, y una lluvia de piedras y de pez hirviendo.

Vióse al fiero helvecio encaramado en medio de la escala, entre una nube de dardos, sin que nada lograra contener su arrojo; de repente, una piedra redonda y de gran peso, veloz cual una bala de bombardas, disparada por el circasiano, le acertó en el yelmo, derribándolo. Fué grave el golpe, pero no mortal, y Adastro vino al suelo inmóvil y aturdido. «Cayó el

primero — grita Argante con poderoso y terrible acento —, ¿quién se adelanta a ocupar su lugar? ¿Por qué no venís al asalto a descubierto, cobardes, cual lo estoy yo? No han de valeros, no, esas extrañas máquinas, y moriréis acorralados en ellas como fieras en sus guaridas.»

Así les amenaza; pero los francos continúan guareciéndose tras de las máquinas de guerra y de sus anchos escudos, contra los dardos y pesadas piedras. Acercan a las murallas las máquinas, los arietes y las gruesas vigas que terminan en aceradas y robustas puntas, y retiemblan a sus golpes los altos muros y las macizas puertas.

Empujado por cien brazos vigorosos, un inmenso peñasco se derrumba desde la muralla en el lugar donde la muchedumbre es más espesa; se diría un monte que se derrumba; bajo él se pierden los escudos, se hacen pedazos yelmos y cabezas, y queda la tierra bañada en sangre, salpicada de armas, de huesos y de cerebros.

Los sitiadores dejan de guarecerse detrás de las máquinas, y exponen su cuerpo descubierto a los peligros, haciendo alarde de su valor. Unos arriman al muro las escalas y trepan por ellas; otros zapan a porfía las murallas desmorónanse éstas, y entre sus ruinas queda abierta una brecha ante el ímpetu de los francos.

Los muros se derrumban a los golpes repetidos de los arietes, pero el pueblo no cesa en la defensa; todas las astucias de la guerra son empleadas en ella, y en los merlones, en los puntos batidos por las ferradas vigas, coloca grandes fardos de lana en la que los golpes se amortiguan.

Mientras que con tanto denuedo embisten las atrevidas huestes las murallas, Clorinda encorvó siete veces el arco y disparó otras tantas flechas; cada una de ellas se tiñó de sangre, y no del vulgo, sino de los más nobles; pues la altiva amazona desprecia todo triunfo vulgar.

Fué el primero que hirió el hijo menor del rey de la Bretaña. Apenas asomó su cabeza por detrás de su escudo, cuando le alcanzó la flecha mortal. Su guantelete de acero no pudo evitar que le atravesase la diestra, inhabilitándole para la pelea; se retiró bramando más que por el dolor por el despecho. El buen conde de Ambosa expira en la orilla del foso, y Clotario el franco, sobre la espalda, traspasado el primero desde el pecho a la espalda, y desde un costado al otro el segundo. El conde de Flandes hacía columpiar el ariete cuando fué herido en el brazo izquierdo, y al querer arrancar

la aguda flecha quedó el hierro en la llaga. Ademaro, imprudente, contemplaba de lejos el terrible combate; llega el dardo fatal y le hiere en la frente; lleva su derecha a la herida, mas una nueva flecha le clava la mano en el rostro. Cae y la sangre sagrada enrojece los dardos de una pagana (92). La séptima saeta alcanzó a Palamedes, no lejos de las almenas, mientras, despreciando, audaz, todo peligro, se precipitaba a la empinada escala. El agudo acero se clavó en el ojo derecho, y atravesando su órbita vacía y sus nervios sutiles, salió rojo de sangre por la nuca. El guerrero vacila y viene al suelo al pie de la muralla.

Tal es el estrago que siembra la amazona con sus flechas. Godofredo, en tanto, abrumba a los sitiados con nuevos asaltos y conduce hacia una de las puertas la mayor de sus máquinas de guerra. Era alta y maciza; una torre de madera, que dominaba la muralla, cargada de pertrechos y de hombres, y se movía sobre sólidas ruedas que permitían llevarla donde convenía.

Adelántase la movable mole hacia los muros, y arrímase a ellos cuanto puede disparando flechas y jabalinas, bien así como en un combate naval procura un navío acercarse al buque contrario. Los defensores de la ciudad se esfuerzan en estorbar su avance; la rechazan con sus picas, la empujan por el frente y por los flancos, y arrojan piedras ora contra sus almenas, ora contra sus ruedas.

Con las flechas y piedras disparadas de uno y otro bando, el cielo se obscurecía; los dardos chocaban a veces en el aire y caían de nuevo en el lugar de donde fueron disparados. Cual caen de las ramas las hojas y los frutos verdes a impulso del helado granizo, así los sarracenos caían de los muros. Peor armados que sus enemigos, el daño que reciben es más grave; muchos de ellos, ante el estrago que siembran las poderosas máquinas, huyen aterrados. Mas el que fué un tiempo tirano de Nicea permanece inmóvil y retiene a su lado algunos pocos de los más audaces, mientras que el fiero Argante, empuñando un leño, vuela a oponerse a la terrible torre. Su brazo poderoso la detiene y separa de los muros cuanto es largo el madero que sostiene. Llega también allí la animosa doncella, para participar del peligro común. En tanto, los francos con largas hoces cortaban las cuerdas que sostenían los fardos de

(92) El obispo Ademaro murió de enfermedad después de la toma de Antioquía, ocho meses antes de la de Jerusalén.

lana, los que, cayendo al foso, dejaban la muralla sin defensa (93).

De esta suerte, la torre por arriba y el pesado ariete por el pie de los muros, abren en ellos anchas brechas que dejan ver el interior de la ciudad. El caudillo entonces, cubierto de un enorme escudo, que usa raras veces, se acerca a la derruida muralla.

Desde allí lo examina todo con atención, y ve a Solimán descender a la brecha para defender el peligroso paso, y ve a Clorinda y al caballero circasiano, que permanecen sobre el muro para guardar sus almenas. Un generoso ardor inflama a la vista de ellos el corazón de Godofredo. Vuélvese al buen Sigiero que le llevaba otro escudo y el arco: «¡Oh, mi fiel escudero — le dice —; dame estas armas más ligeras; quiero subir el primero a la brecha hollando sus escombros. Ha llegado la ocasión de que señale mi valor con alguna noble hazaña.»

Apenas hubo dicho esto y trocado el escudo, cuando vino hacia él silbando una saeta, le alcanzó en la pierna, rompió sus nervios en su parte más sensible, y un amargo dolor contrajo las facciones del héroe. La fama pregona que el golpe partió, oh, Clorinda, de tu mano, que fué tuyo el honor, y que si en aquel día se libró el pueblo pagano de la esclavitud o la muerte, sólo a ti lo debió.

Mas el héroe invicto no se para por ello en su carrera; sube sobre los escombros, e invita a los demás a que le sigan; pronto, empero, observa que su pierna llagada, cuyo dolor crece con la fatiga, no puede sostener el peso de su cuerpo, y se ve obligado a abandonar el asalto.

Llamó entonces a Güelfo con la mano: «Me retiro a mi

(93) Las operaciones militares de los cruzados están descritas en este canto con una verdad histórica escrupulosa; sólo que atribuye al primer asalto contra la ciudad santa algunos pormenores que tuvieron efecto en el general que se dió un mes más tarde. Rectifiquemos los hechos. Los cristianos sentaron sus reales delante de Jerusalén el 7 de junio de 1099. Tres días después, a las diez de la mañana, según Roberto el Monje, lib. X, asaltaron sus murallas. En esta época carecían de máquinas de guerra y no habían descubierto aún el bosque que les abasteció de madera para la construcción de las torres; de nada sirvieron entonces ni la solidez de las murallas ni el valor desesperado con que las defendieron los sarracenos.

El primer asalto precedió en más de un mes al ataque general (14 de julio), al que siguió la rendición de la ciudad. Los historiadores árabes se ocupan apenas en estos acontecimientos. Ibn-Giouzi, Mogir-Eddin, Ibn-Zou-Jak no hacen más que deplorar la pérdida de Jerusalén.

pesar — le dijo —; haz tú las veces de capitán y suple mi ausencia. Ésta durará poco; parto y vuelvo.» Dicho esto se va; monta en su ligero caballo; mas no puede llegar al valle sin ser visto.

Con el caudillo desaparece y abandona la fortuna el campo de los francos, al paso que los paganos sienten crecer su vigor, reanimarse sus ánimos abatidos y renacer su esperanza. Pierden los fieles su ardimiento, y les faltan sus bríos con el favor de Marte. Sus aceros se enrojecen apenas en sangre, y hasta el sonido de las trompetas languidece. Vuelve a aparecer en los merlones la turba fugitiva de los paganos, arrojados de allí por el miedo, y hasta las mujeres, llenas de amor patrio a la vista de la intrépida guerrera, corren de una parte a otra, acuden a la defensa con los cabellos sueltos y el traje recogido, y lanzan dardos y no vacilan en exponer su pecho para salvar sus hogares queridos.

Pero lo que aumentó más y más el desaliento de los francos y dió mayores bríos a los sitiados, fué el ver caer, pues lo observaban entrambos pueblos, al animoso Güelfo. El destino lo escogió entre mil guerreros y dirigió contra él una piedra disparada de lejos, al tiempo mismo que un golpe igual alcanzaba a Raimundo y le derribaba al suelo, y que el valiente Eustaquio recibía un rudo golpe al borde del foso. Instante desastroso para los francos, en que no hubo dardo ni piedra de los millares disparados por sus contrarios que no abatiese a uno, ya fuera herido, ya sin vida. El circasiano, enardecido por el éxito, levanta su voz de trueno:

«No estamos en Antioquía, ni reina aquí la noche amiga de vuestros engaños. El claro sol os ilumina, tenéis que habéros las con enemigos despiertos y valeros de otros modos de pelear. ¿Se ha apagado ya en vuestros corazones la última centella del amor de la gloria y del pillaje, que tan presto cedéis, no digo francos, si no francas, y estáis cansados por este breve asalto?»

Así dice, y de tal suerte se enciende en furor, que pareciéndole estrecho campo para su ardimiento la ciudad que defiende, salta precipitado por la brecha, se abre paso por ella, despeja de enemigos la salida, y grita a Solimán que está a su lado: «Solimán, ésta es la hora, éste es el sitio en que es preciso hacer alarde de nuestro valor. ¿Qué te detiene? ¿Qué temes? Quien desee la gloria búsquela fuera de estos muros.» Así dice, y lánzanse entrambos a probar su denuedo, estimulado el uno por su furor, y excitado el otro por el ho-

nor y por el feroz circasiano. Cierran de improviso con sus enemigos y muéstranse en el valor iguales. Tantos fueron los que cayeron a sus golpes, tantos los escudos y yelmos de que sembraron el suelo, tantas las escalas y los arietes que rompieron, que formaron un monte de sus destrozos levantando una nueva muralla al lado de la otra sobre las ruinas.

Los que se atrevieron a aspirar a ceñir los primeros la corona mural, no sólo desisten ya de entrar en la ciudad: ni acudir saben ya a su propia defensa; ceden al imprevisto asalto y abandonan al furor de los dos guerreros las sólidas máquinas, que no podrán servir ya para otra batalla; tal es el destrozado que causan en ellas.

Los dos infieles, arrebatados por el furor, siembran el terror por doquier; piden fuego a los de la ciudad, y con dos teas encendidas corren hacia la torre. No de otra suerte suelen salir del averno para trastornar el mundo las hermanas de Plutón, ejecutoras de sus designios, agitando sus serpientes y sus antorchas.

El invicto Tancredo estaba, entre tanto, en otro punto alentando a los latinos al asalto; ve las increíbles proezas, y las antorchas y las llamas que circuyen la torre, corta de repente sus palabras, y vuela a refrenar el furor de los sarracenos, de tal modo y con tal denuedo, que ahuyenta y vence al que poco antes vencía y ahuyentaba. La fortuna cambia así en un instante el aspecto de la batalla.

El capitán herido se había retirado, entre tanto, a su tienda; estaba en ella rodeado del buen Sigiero, de Baldovino y de una multitud de sus amigos que le contemplan tristemente. Impaciente, quiere arrancar el dardo de la herida; se le rompe el asta, y ordena que le curen por los medios más breves, por más que sean dolorosos.

«Ábrase — exclama — la herida, y regístrese toda, y cauterícese, y que pueda volver al combate antes que expire el día.» Dice, y apoyándose en el asta de una lanza, presenta su pierna al acerado instrumento.

El anciano Erótimo, nacido en las riberas del Po y que conoce el uso y las virtudes de las nobles aguas y las hierbas, se emplea en su curación. Favorito aún de las Musas podía cantar a los héroes e inmortalizar sus hazañas, mas él prefirió consagrar sus esfuerzos a una ciencia menos brillante, y se preocupó únicamente de arrancar a la muerte a los frágiles humanos.

Godofredo, apoyado en la lanza, y con sereno continente,

domina su dolor, mientras Erótimo con el brazo desnudo y replegado su sencillo traje, prueba, siempre en vano, arrancar el acero de la llaga; ora se vale de hierbas poderosas, ora de su diestra mano, ya tentando la flecha, ya cogiéndola con sus leves tenazas. La fortuna no secunda su destreza, ni quiere mostrarse propicia a sus deseos; sus esfuerzos acrecen el martirio del bravo capitán, de tal modo, que teme incluso que rinda el alma entre sus manos. Pero el ángel custodio de Bullón, compadecido de sus acerbos dolores, coge en el monte Ida el dictamo (94), hierba de milagroso poder curativo y que produce flores purpurinas. La Naturaleza enseñó a las cabras monteses la virtud de esta hierba bienhechora y a servirse de ella cuando están heridas y llevan clavada en el costado la alada saeta. El ángel la lleva en un momento de los sitios remotos donde se cría, y destila, sin ser visto, su jugo en las aguas preparadas. Derrama asimismo el agua de la fuente de Lidia en la olorosa panacea. El anciano la vierte sobre la llaga y la flecha sale por sí misma; estancase la sangre; desaparece el dolor, y las fuerzas renacen. «No es el arte — exclama entonces Erótimo —, no es la ciencia de un mortal quien ha curado tu herida. Mejor virtud te salva. Un ángel, no lo dudo, ha descendido al suelo para curar tu herida, pues veo aquí la mano celestial. Toma las armas, y vuelve al combate; no te detengas.» Deseoso de pelear, el piadoso Godofredo envuelve con la púrpura la pierna, empuña su robusta lanza y embrazando otra vez el escudo y ceñido el yelmo, sale de las trincheras hacia la ciudad sitiada; la tierra tiembla bajo sus pisadas y una nube de polvo obscurece el cielo.

Los infieles, viéndole acercarse desde las murallas se estremecieron todos de terror y helóseles la sangre en sus venas.

(94) Tasso sigue también las opiniones de los romanceros acerca del arte de sanar las heridas y de hacer curas maravillosas por medio de los simples. El dictamo, cuyas hojas y flores se emplean contra diversas enfermedades, es bastante común en nuestros jardines. Plinio habla de él en el lib. XXV, cap. 4; Dioscórides, en el lib. III, cap. 37 de su famosa obra griega sobre la *Materia médica general*; Cicerón, en el libro XII de la *Eneida*. Por lo demás, todo el pasaje de la curación de Godofredo está copiado casi literalmente de este poeta empezando por este verso:

Dictammum genitrix Cretoe carpit ab Ida,

hasta estos otros:

... Spargitquo salubreis

Ambrosiae succos, et odoriferam Panaceam.

Godofredo, entre tanto, elevó tres veces al Cielo sus gritos.

Conoce su pueblo el fuerte acento y el grito que le excita al combate, y recobrando su impetuoso valor, se lanza de nuevo a la batalla. Mas los dos feroces paganos estaban ya al pie de la brecha, defendiendo con denuedo su paso contra el bravo Tancredo y sus seguidores.

Llega en este momento el capitán de los francos, con ademán amenazador, cubierto de todas sus armas, y apenas llegado arroja al fiero Argante su ferrada lanza. Sale con tanta fuerza disparada, como máquina alguna la arrojó; silba el asta nudosa en el aire y cae en el escudo de Argante, tras el cual se ocultó. Pártese el escudo al rudo golpe; el hierro traspasa la armadura y se tiñe con la sangre del sarraceno; mas éste, insensible al dolor, arranca el hierro de la herida y de la armadura, y lo arroja a su vez a Godofredo. «Ahí — le grita — te devuelvo tu lanza.»

El instrumento de muerte y de venganza vuela dando vueltas por el aire, mas no da en el blanco a donde estaba dirigido. Inclínase el capitán y hurta su cuerpo al golpe; mas alcanza éste a su leal Sigiero. El arma penetra profundamente en la gola; pero a Sigiero no le pesa el perder la vida, pues que con ello salva a su capitán.

Casi en el mismo instante una piedra disparada por el feroz niceno hirió al caballero normando. Cayó éste al ímpetu del golpe y fué rodando un espacio por el suelo. Godofredo, arrebatado ya por la ira, a la vista de tantas ofensas, se lanza con la espada en la mano, trepa el ruinoso muro y mueve más feroz guerra a sus contrarios.

Allí llevó a cabo Godofredo proezas maravillosas y dió muerte a gran número de infieles. Mas asomó la noche cobijando la tierra con sus negras alas, e interponiendo sus tinieblas pacíficas al furor de los míseros mortales, y el héroe puso fin a sus hazañas y retiróse a su tienda. Tal fué el término que tuvo aquel sangriento día.

Mas antes de abandonar el campo, mandó el piadoso caudillo retirar a los enfermos y heridos, y salvar del furor de los enemigos las máquinas de guerra y la elevada torre, terror de los infieles, temible aún, a pesar del destrozo causado en ella por la pasada borrasca. Libre de peligros, es llevada, por fin, a un lugar seguro. Semejante, sin embargo, a una nave que, después de haber despreciado las olas y surcadó el proceloso mar a toda vela, se encalla en un bajío o se estrella contra un escollo a la vista del puerto; o semejante también

al corcel que, después de haber vencido los pasos peligrosos, tropieza y cae cerca de su establo; así la gigantesca torre vacila de repente y encalla; dos de sus ruedas se rompen bajo ella, y queda suspendida así como un edificio en ruinas. Corren los hombres con tablonés; se la apuntala; se la endereza, mientras se espera que los artesanos acudan a reponerla. Godofredo quiere que antes del nuevo día esté ya dispuesta para el ataque; y la alta torre es rodeada de centinelas por todas partes. Mas los de la ciudad, oyendo distintamente el ruido de los trabajadores, viendo con tanta claridad las encendidas antorchas, pudieron fácilmente adivinar lo que se preparaba en el campo enemigo.

CANTO DUODÉCIMO

Historia del nacimiento de Clorinda. — La guerrera marcha al campo de los cristianos a incendiar la torre, y esta empresa la lleva a su muerte. — Clorinda lucha y sucumbe a manos de Tancredo, mas antes de expirar recibe el bautismo de mano de su vencedor. — Argante jura vengarse.

ERA la noche; los fatigados francos, en vez de descansar en las dulzuras del sueño, velaban alrededor de la torre protegiendo a los artesanos que trabajaban en ella, en tanto que los paganos iban restaurando sus vacilantes y ruinosos muros, y que uno y otro campo prodigaba sus cuidados a los heridos.

Reparados en parte los destrozos que sufriera la torre, las espesas tinieblas y el silencio convidan al sueño y al descanso. Entre tanto, Clorinda, la intrépida guerrera, ávida de honores y de gloria, no sosiega; acompañada de Argante reanima el celo de los trabajos y, mientras, va diciéndose a sí misma:

«El rey de los turcos y el valeroso Argante han hecho en este día prodigios de valor, penetrando solos, en medio de las huestes cristianas y destrozando sus máquinas, mientras que yo sólo puedo gloriarme de haber combatido de lejos defendida por la muralla. Fuí arquera asaz diestra, es cierto; ¿pero sólo a esto puede aspirar una mujer? ¡Cuánto más me valiera asestar mis dardos a las fieras en la selva y el monte, que mostrarme débil mujer entre bravos caballeros mientras se hacían alardes de valor! ¿Por qué no voy a ponerme mi traje femenino, y a encerrarme entre tapizadas paredes?»

Así habla consigo misma, y fijando por fin su pensamiento en un grave proyecto, se vuelve y dice al circasiano:

—Hace tiempo, señor, que agita mi mente un no sé qué

de desusado y atrevido, que, o bien se engaña el hombre cuando atribuye a Dios sus deseos, o es Dios quien me lo inspira. ¿Ves aquellas antorchas que arden fuera de las trincheras enemigas? Pues bien, yo iré allí armada del acero y del fuego y abrasaré la torre. Realizada esta empresa, el Cielo hará lo demás. Mas si sucediere que la suerte se oponga a mi regreso, dejo encargado a tus cuidados al hombre que me amó como un padre y a mis fieles doncellas. Procura, te ruego, por Dios, que puedan regresar a Egipto tanto esas infelices mujeres como ese débil anciano, pues bien son dignos de tu compasión el uno por su edad, las otras por su sexo.»

Pásmase Argante, y siente despertarse en su corazón un nuevo ardor de gloria. «¿Tú irás allí — responde — dejándome olvidado entre el vulgo? ¿Tú irás allí y yo tendré que contentarme con mirar desde dentro de estos muros el humo y fuego que tú atices? No, no; si fuí tu compañero en las armas, quiero serlo también en la gloria y en la muerte. También mi corazón sabe despreciar los peligros y posponer la vida al honor.» «Bien lo probaste — repuso la amazona — en tu última gloriosa salida. Yo soy mujer, y aunque muera, poco o nada pierde esta ciudad desventurada; mas ¿qué sería de ella, quién defendería sus muros, si, lo que el Cielo no permita, tú sucumbieses?» «En vano opones engañosas excusas — replicó él — a mi firme resolución. Seguiré tus pasos, si quieres ser mi guía; mas iré delante de ti, si rehusas mi brazo.»

Preséntanse en seguida al rey, quien les acoge y hace sentar entre sus más sabios consejeros y más osados caudillos. Clorinda rompe el silencio la primera. «Señor — exclama —, dignate prestar atención y aprobar nuestros proyectos. Argante ha prometido, y Argante nunca promete en vano, poner fuego a la terrible máquina de los cristianos. Yo quiero acompañarle; sólo esperamos que la fatiga vuelva más profundo el sueño de los enemigos.»

Levantó el rey las manos al cielo, corrieron lágrimas de gozo por sus arrugadas mejillas, y con voz conmovida: «¡Lado seas tú — exclamó — que te dignas inclinar tus ojos hacia tus siervos y salvar mi reino! Y ¿cómo podría perecer mi trono defendido por tan fuertes brazos? Mas ¿qué dones, qué recompensas puedo daros que sean iguales a vuestros merecimientos, oh, valiente y honrada pareja? Proclame la fama vuestros elogios con su voz inmortal, y llene el mundo con vuestro renombre. El premio de vuestra hazaña está en sí

misma, mas yo os daré parte no escasa de mi reino en recompensa (95).

Así dijo el anciano rey, estrechando entre sus brazos a Clorinda y al circasiano, en presencia del Soldán, quien se sintió invadido por la envidia. «No en vano ciño una espada — exclamó —; yo iré con vosotros o al menos seguiré vuestros pasos.» «¡Ah! — responde Clorinda —; ¿debemos, pues, ir todos a esta empresa? ¿Quién, si tú vienes, defenderá los muros?»

Así dijo. Argante se preparaba también a darle su respuesta, mas Aladino la previene, y dirigiéndose a Solimán: «Siempre, magnánimo guerrero — le dice con plácido semblante —, te mostraste igual a ti mismo, sin que jamás hayas retrocedido a la vista de los peligros ni se haya cansado tu brazo en los combates. Sé que saliendo al campo harías proezas dignas de tu valor; mas no me parece prudente que vayáis todos, y que no quede aquí dentro alguno de vosotros. Aun más, no consentiría que saliesen Argante y Clorinda, pues es harto preciosa su sangre para ser derramada, si no creyese útil tal empresa o si pensase que otros pudieran llevarla a cabo.

»Mas la gigantesca torre está guardada y defendida por numerosos centinelas; no puede, pues, ser ganada por pocos, y sería, por otro lado, inoportuno que fuesen muchos a atacarla. Dejemos, pues, que vayan los dos que se ofrecieron para esta empresa, y que se encontraron ya mil veces en otras semejantes, pues es tal su valor que harán más ellos solos que mil soldados.

»Así, pues, te ruego que permanezcas encerrado con los demás dentro de los muros, por convenir así al honor de tu corona. Pero cuando vuelvan los dos, como lo espero, de poner fuego a la torre, si les siguiese alguna tropa enemiga, entonces podrás ir a rechazarla y a defenderlos.» Así habló el rey, y el Soldán, por más que a pesar suyo, cede a sus consejos.

«Esperad los que debéis salir — añade Ismeno — a que la noche esté más avanzada; yo, entre tanto, os prepararé

(95) Hay ciertamente muy poca semejanza entre Argante y Clorinda, y Niso y Euriale; con todo, el proyecto, y los discursos de aquéllos, y la alegría del anciano Aladino, están conformes con la célebre aventura de los dos amigos, tal como la refiere Virgilio: las expresiones son las mismas, y las octavas italianas una traducción exacta de los versos latinos. *Eneida*, lib. IX.

un compuesto inflamable, que adhiriéndose a la madera, la hará arder (96). Tal vez, durante este tiempo, se entregará al sueño la mayoría de los que la guardan.» Aprobado este aviso se retira cada cual a su morada para esperar la ocasión favorable a sus designios.

Clorinda, a fin de no ser reconocida entre los enemigos, se despoja de sus vestidos tejidos de plata, se quita su magnífico yelmo y sus armas espléndidas, se ciñe un casco sin plumas, y viste otra armadura negra, ya tomada de orín, triste presagio de su desgracia. A su lado está Arsete, el eunuco que la había mecido en la cuna y había velado su infancia.

Aunque encorvado por los años, seguía a Clorinda a todas partes. La ve que cambia de armadura, y al adivinar el grave peligro a que va a exponerse, se aflige y le suplica por sus cabellos encanecidos en su servicio, por la dulce memoria de los desvelos que le ha prodigado, que desista de su empeño. Todo, empero, es inútil.

«Puesto que tu mente desdeñosa persiste en tan funesta resolución — le dice por fin el anciano — y no te mueven ni mi cansada edad, ni mi cariño, ni mis ruegos y lágrimas, voy a revelarte el misterio de tu nacimiento, que has ignorado hasta hoy, y después de ello podrás guiarte a tu voluntad, por mis consejos o por tus deseos.»

Clorinda le escucha atenta, y el anciano prosigue de esta suerte: «Reinaba, y tal vez reina aún en Etiopía (97) el rey

(96) El fuego era uno de los medios más usados en las guerras en tiempo de las cruzadas; las máquinas eran todas de madera y por eso en algunas miniaturas de los siglos x y xii se ve a los sitiados precipitarse sobre las máquinas e incendiarlas. Por este motivo se hallaba muy adelantado el arte de componer los fuegos y de mezclar las materias inflamables. Tasso, en el pasaje a que se refiere esta nota, alude al fuego griego, que no fué conocido de los sarracenos hasta más tarde. El fuego griego se componía, según la opinión más común, de nafta, que los cronistas de las cruzadas designan con el nombre de *Oleum incendiarum*. Su fuerza era imponderable: se pegaba a las máquinas de guerra, cual el aceite hirviendo, y las devoraba con una rapidez extraordinaria, sin que pudiese ser apagado más que con arena y vinagre. Según Jaime de Vitri, los cruzados se sirvieron de él en el sitio de Damietta en 1218. El fuego griego devoraba flotas enteras, y durante la decadencia del Bajo Imperio los helenos le emplearon con buen éxito contra los sarracenos.

(97) La primera parte de la Historia de Clorinda, tal cual la refiere Tasso, es una imitación de los *Etiópicos*, de Heliodoro, o sea *los amores de Teágenes y de Cariclea*. En esta obra una reina de Etiopía, negra, da a luz a la blanca Cariclea por haber mirado con demasiada atención un gran cuadro de Perseo y Andrómeda que adornaba su aposento. «Testigo me es el Sol — dice esta reina en un escrito dirigido a su

Senapo, el cual, lo mismo que su pueblo negro, sigue la ley del Hijo de María. Esclavo y pagano, yo estaba a las órdenes de la reina, que aunque negra de color, era hermosa.

»El rey la amaba con ardor, mas el hielo de los celos, que al principio era igual en él al fuego de su cariño, fué tomando poco a poco tanto incremento en su agitado pecho, que la ocultó a los ojos de los hombres y hubiera querido ocultarla hasta al mismo Cielo. La reina, humilde y prudente, encuentra su felicidad en obedecer a su esposo y se resigna a todos sus deseos.

»Había en su estancia pintada una piadosa historia y algunas devotas imágenes; entre éstas se veía una virgen de blanca tez y mejillas de rosa, a la que un dragón había atacado; un caballero hería con su lanza al monstruo, el cual yacía ya en el suelo derribado y bañado en sangre. La reina se paraba a menudo horrorizada delante de ese cuadro, y le dirigía sus preces, y le confesaba llorando sus pecados.

»Sintióse, en tanto, encinta y dió a luz una niña, que eras tú, tan blanca, que se turbó al verla, cual si tuvieses un

hija — que si os arrojé de mi lado y os expuse luego después de haber nacido sin permitir que os viese vuestro padre Hidaspo, no fué para deshaceros de vos ni para perderos; sin embargo, quiero sincerarme delante de vos y de los hombres, revelando el medio y la causa porque fuiste expuesta.

»Al lanzaros al mundo blanca, color extraño a los etiopes, conocí al momento que era por haber detenido demasiado mis ojos en el cuadro de Andrómeda, siendo causa de que fueseis concebida en mala hora semejante a ella. Pensé entonces que debía librarme de una muerte ignominiosa, segura de que vuestro color me haría sospechosa de haber faltado a mi deber, a este fin os expuse a la incertidumbre de la fortuna. (*Ethiop.*, lib. IV.) Esta novela de Heliodoro es una de las mejores obras que nos han dejado los griegos en su género: su estilo es claro, natural, y está además llena de pormenores sobre el estado de Egipto en el siglo IV de la Era cristiana. Nada ofrece de extraño que Tasso tomase su historia de Clorinda de aquel escritor, si se atiende a que la traducción de los *Etiópicos* de Amyot, anterior en algunos años a la aparición de la *Jerusalén*, gozaba de una reputación inmensa en Francia cuando Tasso hizo su viaje a la Corte de Carlos IX.

Casi en la misma época se publicó el curioso trabajo de Francisco Alvarez, titulado: *Descripción histórica de la Etiopía*, etc. Nada puede igualar la veracidad de este viajero cuya obra será siempre un libro clásico sobre el país que describe, y casi no cabe duda en que Tasso lo ha consultado. Los antiguos comprendían bajo el nombre de Etiopía todos los países del interior de África habitados por pueblos negros, y en especial las comarcas de más allá de Egipto conocidas en nuestros días por la Nubia y la Abisinia: todos esos pueblos formaban en la antigüedad muchas naciones poderosas que los griegos designaban con el nombre especial de *etiopes*: Plinio cuenta hasta cuarenta y cinco.

monstruo ante sus ojos; el Rey es celoso; la Reina lo sabe y determina al fin ocultarle el parto, temerosa de que al ver la blancura que en ti brilla, dude de su fidelidad. Firme en este propósito, piensa enseñarle en tu lugar una niña negra nacida poco antes. Sólo habitábamos en la torre donde fué encerrada, sus doncellas y yo, que era su esclavo, y que la amaba con afecto sincero; tu madre, sin bautizar, pues no lo permitía entonces la costumbre de aquellos países, te confió a mis desvelos.

»Te puso llorando en mis brazos y me encargó que te hiciese criar lejos de allí. ¿Quién fuera capaz de describir su afán y sus quejas, y de contar los abrazos con que te despidió? Te besaba bañando en lágrimas tus mejillas, y más de una vez interrumpieron los sollozos sus querellas. Por fin, levantó los ojos al Cielo, y exclamó: «¡Oh, Dios, que conoces las acciones más secretas y que lees en mi corazón! Si éste se conserva puro, si mi cuerpo y mi lecho han guardado intactos su castidad, no ruego ya por mí, que he incurrido en otros mil pecados y que tan vil soy en tu presencia, sino por mi hija inocente, a la cual me veo obligada a negar la leche de mi pecho materno. Permita que viva, ¡oh, Dios!, y que se parezca a su madre en la honestidad, mas de ninguna manera en lo desgraciada.

»Y tú, guerrero celestial, que libraste a esta virgen de las voraces fauces del dragón, y a quien he encendido piadosas antorchas y ofrecido oro y aromático incienso, ruega por ella y protégela en los trances azarosos de la suerte.» Al decir estas palabras se le oprimió el corazón y pintóse en su semblante la palidez de la muerte.

»Yo te recibí llorando entre mis brazos; oculta en una cesta entre ramas y flores te saqué fuera de la torre, hurtándote a todas las miradas y sin dar pie a la menor sospecha. Partí furtivamente caminando por una tenebrosa selva, cuando de repente vi venir hacia mí una tigresa, en cuyos ojos airados flotaba una amenaza de muerte.

»Tal fué el espanto que se apoderó de mí, que me subí a un árbol dejándote abandonada en el suelo. Llega la horrible fiera y dirige hacia ti sus aterradoras miradas. Muéstrase de repente más mansa, te contempla con ojos más plácidos y seernos, y acercándose a ti, te lame con la lengua, y tú la sonríes y acaricias. Juegas con ella, llevas sin temor tus manecitas a su fiero hocico, y ella te presenta sus ubres, que tú tomas en tus labios, y mientras la fiera se echa a tu lado a guisa de

nodriza cariñosa. Temeroso y confuso admiro yo, entre tanto, tan nuevo y asombroso prodigio. Cuando te vió saciada, partió la fiera internándose de nuevo en la selva.

»Entonces descendiendo del árbol, vuelvo a tomarte en mis brazos y prosigo el camino empezado, parándome por fin cerca de una pequeña aldea donde te hice criar secretamente. Allí permanecí dieciséis meses, durante cuyo tiempo tu lengua infantil se ensayó en pronunciar distintas voces, y en dar los primeros pasos tus débiles plantas.

Había yo, entre tanto, llegado a la edad en que empieza a declinar la vida, y como me hallaba rico y con los tesoros, además, que al partir me dió la reina con regia generosidad, me hastié de aquella existencia errante; sentí un deseo invencible de volver a mi patria y de ver de nuevo a mis antiguos compañeros, y de pasar el invierno de la vida en mi propio hogar.

»Partí, pues, y te llevé conmigo a Egipto, mi patria; llegado ante un torrente que se cruzaba en el camino, me veo de repente asaltado por ladrones; por una parte me privaba el paso la corriente, por la otra la amenaza de los forajidos. ¿Qué debía hacer? Deseo salvarme, mas no quiero abandonar mi preciosa carga. Me arrojo al agua, y empiezo a nadar con una mano, mientras te sostengo con la otra.

»La corriente era rápida, en especial en medio del torrente donde formaba remolinos; de tal modo, que al llegar allí me arrastra y me sumerge. No pudiendo sostenerme, te abandono, mas las olas te levantan a la superficie, te llevan, y secundadas por el viento, te depositan sana y salva en la blanda arena. Llego yo allí poco después jadeando y no sin gran fatiga, y vuelvo a tomarte alegre.

»Por la noche, cuando reinaba en el universo el mayor silencio, vi en sueños un guerrero que con aire amenazador presentaba a mi rostro la punta de su espada, diciéndome con acento imperioso: «Te ordeno que cumplas lo que te mandó la madre: que bautices a esa niña querida del Cielo, y cuya custodia me está confiada. Yo la guardo y defiendo; yo fui quien puso la compasión en las entrañas de la fiera y di inteligencia a las olas. ¡Ay de ti, si no das fe a tu sueño que te viene del Cielo!» Desperté sobresaltado, y apenas asomó el primer rayo de la aurora, proseguí mi camino sin cuidarme de tu bautismo, persuadido de que mi fe era la verdadera y quimérico el sueño.

»Desprecié, asimismo, los ruegos de tu madre, te eduqué

en las creencias del paganismo y te oculté la verdad. Tú creciste, en tanto, y tus hazañas y tu valor, superiores a tu sexo y a tu naturaleza, te valieron un gran renombre y muchas conquistas. Lo demás ya lo sabes, como también que nunca me he separado de tu lado, haciendo las veces de padre y de esclavo para ti.

»Mas ayer, en la hora del alba, mientras yacía mi mente aletargada en un sueño profundo semejante al de la muerte, se me apareció el mismo guerrero. Su mirada era más siniestra, y más terrible su acento. «Traidor — me dijo —, se acerca la hora en que Clorinda debe cambiar de vida y de destino. Será mía a tu pesar, y tuyo el duelo.» Y así diciendo desapareció volando por los aires.

»Ya ves, pues, querida mía, que el Cielo te amenaza con nuevas desventuras. Yo no sé, mas tal vez no le place que pelees contra la fe de tus padres; tal vez es ésta la sola verdad. ¡Ah! depón, por Dios, estas armas; reprime tu denuedo.» Arsete calla y suspira, y Clorinda reflexiona y teme: una visión semejante a la del anciano había turbado también su sueño.

Mas al fin le dice con semblante sereno: «Continuaré en la fe que creo verdadera, que me hiciste mamar con la leche de mi nodriza, y que quieres hoy hacerme dudosa; no dejaré por temor, indigno de un corazón magnánimo, esta empresa y las armas, aun cuando se ofreciese a mi vista, bajo su aspecto más terrible, la muerte que llena de terror a los humanos.»

Consuela en seguida a Arsete, y siendo ya la hora en que debe poner en obra sus promesas parte y va a reunirse con el guerrero que quiere exponerse con ella a los peligros. Úneseles Ismeno; excita el mágico y aguijonea el valor que en ellos brilla, y les entrega dos bolas de azufre y de betún, y el fuego escondido en un vaso de cobre.

Salen de noche y en silencio; van juntos y atraviesan con planta tan ligera la colina, que llegan muy pronto al sitio donde se eleva la máquina enemiga. Inflámase a su vista su denuedo, y su corazón late con tal violencia que parece querer estallar dentro de sus pechos. Animados de un feroz despecho se adelantan para llevarlo todo a sangre y fuego; da la voz la guardia y les pide el santo y seña.

Avanzan ellos dos sin dar respuesta, y por más que redoblan los centinelas los gritos de: «¡A las armas! ¡A las armas!», ni se ocultan ni refrenan ya su marcha; a la manera que el rayo o la granada estalla y brilla en un instante, así

fué para ellos obra de un momento el llegar, cerrar con la guardia y dispersarla, y abrirse paso. Llueven golpes sobre ellos, se desnudan contra sus pechos todos los aceros, pero nada puede hacerles cejar. Descubren el escondido fuego, que prende en un instante, y lo derraman por la torre.

¿Quién podrá describir cómo crecen las llamas y se enroscan en ella? ¿Quién pintar los espesos torbellinos de humo que roban su resplandor a las estrellas? Globos de llamas cenicientas se elevan en gran número por los aires envueltos en torbellinos de humo. El viento, que sopla con violencia, acrecienta el incendio, y une en una sola hoguera todos los fuegos. Los francos, aterrados al ver la inmensa hoguera, acuden todos a sus armas. La gigantesca mole, tan temida en la guerra se derrumba con estrépito; lo que costó tanto esfuerzo es destruído en un instante.

Dos escuadrones de cristianos acuden presurosos al lugar del incendio. Argante, desde lejos, les amenaza: «¡Yo apagaré con vuestra sangre el fuego!», y se lanza a hacerles frente. Mas luego cede poco a poco y se retira con Clorinda a la colina, perseguidos y acosados por la turba que engruesa a cada instante, cual con las lluvias un torrente.

La Puerta Dorada está abierta (98), y en ella se ve al rey rodeado de su pueblo armado, para recibir a los guerreros cuya empresa ha secundado la fortuna. Saltan los dos héroes los umbrales, e inunda ya la puerta la hueste franca; mas Solimán la rechaza, y cierra la entrada, dejando a Clorinda sola fuera de los muros.

En el momento de cerrar la puerta, Clorinda se había lanzado impetuosa y fieramente atrás, para castigar a Arimón, que la había herido, y al que, en efecto, castigó. Argante no había reparado aún que su compañera no le seguía; la multitud de los combatientes, la oscuridad y el polvo ocultaban a sus ojos todos los objetos, y así quedó la heroína fuera. Al volver en sí, satisfecha su venganza, hallóse con la puerta cerrada y rodeada de enemigos, y se tuvo por muerta. Con

(98) La *Puerta Dorada*, llamada en su origen *de las Tribus*, era una de las ocho que contenía el recinto de Jerusalén en tiempo de las cruzadas. La *Puerta Dorada* era tal vez la más antigua, en atención a que la escabrosidad del terreno no había permitido elevar máquinas para batir el costado de muralla en que estaba abierta. Esa puerta era doble, según la costumbre de la más remota antigüedad, y una de ellas servía para entrar y la otra para salir. Bajo la dominación de los reyes latinos, la *Puerta Dorada* se abría tan sólo para la procesión del Domingo de Ramos; los musulmanes la hicieron tapiar.

todo, viendo que nadie repara en ella, maquina un nuevo ardid para salvarse: se desliza entre los francos y finge ser uno de ellos. Y a la manera que un lobo, después de haberse cebado en su presa, torna ocultamente a su guarida y se desvía del tumulto, así iba Clorinda oculta y protegida por las sombras. Pero Tancredo había visto a la guerrera; le seguía los pasos, después de haberla visto dar a Arimón la muerte, y creyéndola un guerrero digno de su valor, quería provocarla a nueva lid; así, mientras Clorinda da la vuelta a la colina, buscando otra puerta por donde entrar, le sigue aquél los pasos con tan poca cautela que antes que llegue oye ella el ruido de sus armas. Vuelve el rostro Clorinda y grita al que la persigue: «¡Oh, tú que así vienes corriendo! ¿qué me traes?» «La guerra y la muerte», responde el caballero. «Pues tendrás una y otra — replica ella —: nunca me niego a darlas a los que la buscan», y se para, aguardándole a pie firme. Tancredo salta del caballo, pues ve que su enemigo no lo tiene, y empuñando cada cual el agudo acero, se precipitan el uno contra el otro, inflamados de orgullo y de despecho, cual dos toros celosos e irritados.

¡Memorable lucha! Tú fuiste digna de un más vasto teatro y de tener por testigo el sol brillante. ¡Oh, noche que ocultaste en tu seno y sepultaste en el olvido un hecho tan digno de memoria!, permíteme que rasgue tu velo, que lo traslade a más sereno día y que lo transmita a las generaciones futuras: viva su fama, y luzca con su gloria la memoria de tus tinieblas.

Los dos guerreros no paran, no desvían los golpes, no acuden a la destreza. Las sombras y el furor les vedan valerse de la astucia. Sus aceros chocan con violencia; sus pies permanecen siempre en el mismo sitio, mas no dan reposo a sus brazos, ni disparan en vano ningún golpe.

La vergüenza provoca su venganza, y ésta renueva la vergüenza, excitando más y más cada vez y dando nuevo pábulo al combate. A cada instante se estrecha más la lucha, y cuando ya no alcanzan a obrar las espadas, se asestan rudos golpes con sus pomos, oponiendo yelmo a yelmo y escudo a escudo.

Tres veces, con robusta mano, se ha apoderado el caballero de la guerrera, y otras tantas se desprende ella de los fuertes brazos, que no como amado la estrechan, sino cual enemigo. Vuelven a empuñar los aceros y los tiñen en la sangre que vierten sus heridas, hasta que, fatigados, se separan para reponerse.

Se miran el uno al otro, apoyando sus rotos miembros en el pomo de sus espadas. Los primeros rayos del día, que asomaban en el Oriente, eclipsaban ya el resplandor de las últimas estrellas, y Tancredo se alegra y llena de orgullo al ver que apenas está herido y que la sangre de su rival riega el suelo con abundancia. ¡Oh, loca mente humana, que tan fácilmente se envanece al primer soplo de la fortuna! Infeliz, ¿de qué te alegras? ¡Ah! tu triunfo será triste, y terribles tus laureles; cada gota de aquella sangre te costará, si vives, un torrente de lágrimas. De este modo los dos guerreros descansaron un poco mirándose en silencio. Tancredo lo rompió el primero para preguntarle el nombre a su adversario.

«Es, por cierto, una desgracia que despleguemos tanto valor para que muera en el olvido; mas ya que nuestra suerte adversa nos niega los lauros y testimonios que merecen tales proezas, te suplico, si es que tienen las súplicas alguna fuerza en medio de los combates, que me reveles tu nombre y tu nacimiento, a fin de que sepa, vencedor o vencido, a quién debo mi muerte o mi victoria» (99).

«En vano pides — responde la altiva guerrera — lo que no acostumbro revelar. Y ¿qué te importa, además, mi nombre? Sabe tan sólo que tienes en tu presencia uno de los dos que incendiaron la torre.» Subió de punto a tales razones la indignación de Tancredo. «Vil descortés — le grita —, tu respuesta y tu silencio me excitan más y más a la venganza.» De nuevo la cólera inflama sus corazones y, aunque débiles, renuevan el combate. ¡Oh lucha sin igual y terrible! El arte es dejado de lado; la fuerza ya no existe y sólo el furor combate. Sus espadas abren sangrientas y espaciosas puertas en sus armaduras y en sus carnes, y si conservan todavía la existencia, es sólo porque el despecho les da aliento. Y así como el mar Egeo no amaina sus olas aun cuando dejen de soplar con violencia al Aquilón y al Noto (100), que despertaron su cólera e hincharon sus senos, sino que conserva por largo tiempo su voz robusta y su violenta agitación; de la misma ma-

(99) Clorinda salió de Jerusalén sin divisa ni blasón, y como la raza y el origen del caballero sólo eran conocidos por sus armas, todo adversario tenía derecho de pedirle su nombre cuando no lo usaba, para saber si era de noble alcurnia, siendo tenido por traidor y descortés, según las leyes de las justas y combates singulares, el que se negaba a darlo. (JAVYN, *Teatro del honor y de la caballería.*)

(100) El viento Norte y el Sur.

nera los dos adalides, si bien han perdido con su sangre el vigor que movía sus brazos, conservan todavía su primera impetuosidad, que les excita, y acumulan golpes sobre golpes.

Mas llegó por fin el momento fatal en que debía tocar a su término la vida de Clorinda. Tancredo dirige la punta de su acero al blanco seno de la joven, y penetra en él y bebe con avidez su sangre, tiñendo de encarnado el vestido tejido de oro, que suave y tiernamente, ceñía poco antes los senos. La guerrera se siente morir; sus débiles piernas ceden al peso de su cuerpo. Mas Tancredo quiere completar su victoria; amenaza y estrecha a la virgen herida, la cual, al caer, pronuncia con voz apagada sus últimas palabras; se las dictó sin duda el espíritu de la fe, de la caridad y de la esperanza, que puso en su corazón el Señor a quien fué rebelde en vida, y que al expirar la quiso por su sierva. «Venciste, amigo — dijo —, te perdono; perdona tú también, no a mi cuerpo, que nada teme, sino a mi alma. ¡Ah! ruega por ella, y dame el bautismo, que debe lavarme de todos mis pecados» (101). Resuena en aquellos lánguidos acentos un no sé qué de dulce y melancólico, que penetran en su corazón, apagan en Tancredo todo enojo y le hacen asomar las lágrimas a los ojos.

No lejos de aquel sitio, en la falda del monte, manaba murmurando un arroyuelo. Tancredo llenó en él su yelmo y volvió triste a cumplir su piadosa misión. Al descubrir la frente del desconocido sintió que le temblaba la mano, mas al mirarla y reconocerla quedó inmóvil; se le anudó la voz en la garganta.

No murió en aquel punto, porque puso todas sus fuerzas en cumplir aquel deseo, y ahogó en su pecho su desesperación; venció el dolor que le embargaba, y se apresuró a dar la vida inmortal por medio del agua a la que había muerto con su acero; mientras pronunciaba las sagradas palabras, sonrióse Clorinda y pintóse la alegría en su semblante; hubiérase dicho

(101) El bautismo en la hora de la muerte, *in extremis*, fué muy usado en los tiempos caballerescos: todos los romances de los siglos XIII y XIV están atestados de casos como el que describe Tasso en este canto: los infieles se hacían bautizar en el momento de su muerte para purificarse de todos sus pecados. En el romance de Guerin de Montglave se encuentra el siguiente curioso episodio: el gigante Roboastro o Robastro se hace monje, y después de haber bautizado y dado la absolución a un sarraceno que acababa de convertirse, le despacha de un fuerte puñetazo a fin de que no vuelva a caer en sus iniquidades. Tales eran las costumbres de aquellas generaciones guerreras.

que en el dulce momento de su muerte decían sus facciones:
«El Cielo se abre para mí, y yo vuelvo a él en paz.»

Derrámase por su blanco semblante una hermosa palidez cual la de las violas entre los lirios; fija los ojos al cielo, y el cielo y el sol parece que la miran enternecidos; levanta su mano helada y desnuda, la ofrece como prenda de paz al caballero, y expira en esta actitud cual si se entregase a un apacible sueño.

Al ver expirar a la hermosa doncella pierde Tancredo su valor y cede a la violencia del impetuoso e insensato quebranto que le oprime. Retírase todo su calor vital en lo más profundo de su pecho; derrámase por su rostro y por sus sentidos el frío y la palidez de la muerte, y cae exánime al lado de Clorinda y bañado en la sangre de ella.

Sin duda hubiese roto entonces los débiles vínculos que la unían a una existencia ya sin atractivo para él, y su alma, libre de ellos, hubiera seguido el vuelo de la que poco antes desplegó sus alas en su presencia, a no haber llegado allí casualmente una partida de francos que iban a buscar agua, los cuales se acercaron a la doncella y al moribundo caballero que yacía a su lado.

El jefe de la tropa reconoce ya de lejos por su armadura al príncipe cristiano y vuela a socorrerlo; ve después a Clorinda y se aflige por su muerte; no quiere dejar expuesto a la voracidad de los lobos el hermoso cadáver, que, aunque de pagana, le infunde respeto; manda llevar los dos cuerpos en brazos de los soldados, que, seguidos por él, van hacia la tienda de Tancredo.

Con el suave y lento movimiento vuelve un poco en sí el caballero, gime débilmente y con ello revela que vive aún, mientras que el otro cuerpo muestra en su inmovilidad que nada siente y que le abandonó ya el espíritu vital. De esta manera les llevaron juntos, hasta llegar al campamento, donde los separaron, poniendo a cada uno en diferente estancia.

Los conmovidos escuderos rodean al príncipe moribundo y le prodigan sus auxilios; pronto se abren a la luz los ojos, y siente los lamentos de sus servidores y el tacto de las manos que le curan; su mente atónita, sin embargo, parece dudar aún de su vuelta a la vida. Por fin pasea en su derredor una mirada lánguida, reconoce a sus servidores y el lugar, y exclama con doloroso acento:

«¿Vivo, respiro y veo aún los odiosos rayos de este infausto día, testigo de mis crueles hazañas, y que se renovará

para echarme en el rostro mi crimen? ¡Ay de mí! ¡Oh tú, mano impía que sabes todos los caminos para herir, ministro infame y cruel de la muerte!, ¿por qué te muestras tan tímida y perezosa contra mí y no te atreves a cortar el hilo de mis días? Atraviesa este pecho y haz sufrir a mi corazón los más atroces tormentos. Mas ¡ah!, avezada como estás a las acciones bárbaras e impías, miras tal vez como un acto de piedad dar muerte a mi dolor, y así tendré que arrastrar una existencia mísera, siendo un triste ejemplo de amantes infelices, un amante desgraciado condenado a conservar una vida indigna en pena de su impiedad.

»Errante y furioso viviré abrumado por mis tormentos y mis cuidados, y presa de mis justos furores; temeré las sombras de la noche, que me recordarán mi error primero; miraré con horror el semblante del sol, testigo de mis aventuras; me temeré a mí mismo, y huyendo de mí me encontraré siempre.

»¿Mas dónde, ¡triste de mí!, dónde quedaron las reliquias del casto y hermoso cuerpo? ¿Han acabado tal vez las voraces fieras con lo que dejó sano en él mi furor? ¡Ah, presa asaz noble, pasto asaz precioso, querido y dulce! Desgraciada, en quien se cebaron no sólo las sombras y mi brazo, sino hasta las fieras. Yo iré al sitio donde reposáis, restos preciosos, y os guardaré, si os hallo, eternamente; mas si han servido ya de pasto a las fieras, quiero que me devore la misma boca que los devoró: cualquier sepulcro será para mí dulce y honroso si me es permitido compartirlo con ella.»

Así se lamentaba el infeliz, cuando le dijeron que allí cerca estaba el cadáver de aquella por quien lloraba. Pareció disiparse con ello el velo de tristeza que cubría su semblante, cual desvanece las tinieblas el rayo que pasa y brilla, y levantándose del lecho, dirigió su débil planta al lugar donde yacía ella, arrastrando con dificultad sus miembros destrozados y su cansado cuerpo.

Mas al acercarse a ella y ver en su hermoso seno la cruel herida, obra de su mano, y su faz serena, como un cielo estrellado, pero sin brillantéz y sin color, se sintió asaltado por tan recio furor que, a no haberle socorrido sus fieles servidores, hubiera dado consigo en el suelo. «¡Oh rostro! — exclamó después —, tú puedes embellecer la muerte, mas no endulzar mi suerte amarga. ¡Oh hermosa diestra que me fuiste ofrecida como prenda de paz y de amistad; en qué estado, ay de mí, vuelvo a estrecharte!, ¡en qué situación me encuentras! Y vosotros, delicados miembros, ¿no sois por ventura restos

funestos de mi cruel y despiadado furor? Ojos míos, sois tan poco compasivos como mis manos, pues que contempláis las heridas que ella abrió. ¡Y yo la miro con ojos enjutos! ¡Ah! corra mi sangre, puesto que se niegan a manar mis lágrimas.» El dolor entrecortó aquí sus razones, y movido de su desesperación y del deseo de morir, rasga las vendas, se abre las heridas, y saltan de ellas arroyos de sangre; y se hubiera dado allí mismo la muerte si el acerbo dolor, dejándole sin sentido, no le hubiese impedido hacerlo.

Tórnanle al lecho, y hacen volver con los remedios el alma que escapa al cuerpo aborrecido. En tanto, la veloz fama publica sus desdichas y sus sufrimientos y atrae alrededor de su cama al piadoso Godofredo y a sus más leales y dignos amigos; mas ni graves consejos ni dulces palabras pueden vencer el obstinado dolor de su alma.

De la misma suerte que se exaspera y crece el dolor de una llaga mortal en un miembro delicado al tocarla la mano, así los dulces consuelos irritan más y más un gran dolor. Pero el venerable Pedro, que se interesa por el príncipe como un buen pastor por su cordero enfermo, le echa en cara su largo extravío con graves palabras y le da consejo:

«¡Oh Tancredo, Tancredo! — exclama —, ¿cómo te encuentro tan otro y tan distinto de lo que fuiste? ¿Qué es lo que te hace tan sordo a los consejos? ¿Qué nube espesa te vuelve ciego? ¿No comprendes que tu desventura es una lección que te da el Cielo? ¿No oyes sus palabras y su voz que te llama a la senda que perdiste y que has seguido hasta ahora?

«Campeón de Cristo, Él te llama a los deberes de tu noble profesión, que olvidaste, ¡indigno cambio!, para hacerte esclavo de una joven enemiga suya. Dios te castiga con una desgracia; movido de un santo enojo aleja con ligero azote tus culpas insensatas, te hace instrumento de tu propia salvación, ¿y te atreves a rehusar sus gracias? ¿Te atreves a rehusar, ingrato, los dones saludables del Cielo y a rebelarte contra él? ¿Adónde te precipitas, infeliz, abandonado a tu loca desesperación? Te hallas suspendido en un abismo sin fondo y no lo adviertes. Míralo, te lo ruego; vuelve en ti, y refrena este dolor que te acarreará una doble muerte.»

Calló el anciano, y el temor de la condenación eterna debilitó en Tancredo el deseo de morir; su corazón se abre a los consuelos que disipan sus intensos dolores, aunque no de tal suerte que no suspire de vez en cuando y que su lengua no se desate en tristes lamentos, ya hablando consigo mismo, ya

con el alma de su adorada que le escucha tal vez desde el Paraíso. La llama con cansado acento, y ruega por ella, y llora desde el crepúsculo hasta la aurora. Así el ruiseñor a quien ha robado sus pequeñuelos del nido un bárbaro villano, llora de noche y llena las horas y los bosques con sus tristes y melancólicas quejas.

Por fin, al volver el día, cierra Tancredo algún tanto sus cansados párpados y a través de sus lágrimas se desliza en ellos el sueño. Y he aquí que se le aparece su amada Clorinda con un vestido sembrado de estrellas, mucho más hermosa con los resplandores que ciñen su semblante y que no eclipsan sus antiguos atractivos; se acerca al héroe con ademán compasivo, y enjugando sus lánguidos ojos: «Admira mi belleza — le dice —; yo soy feliz, mi fiel amigo; disipe mi dicha tus pesares. Mi dicha es obra tuya; tú me privaste sin quererlo de la vida de los mortales; mas tu piedad me hizo digna de volar al regazo de Dios y entre los ángeles y los santos. Allí vivo feliz amando; y allí se te destinará, como lo espero, un asiento, donde en eterno día y anegado en luz gozarás de las bellezas de Dios y de las mías. Vencete a ti mismo, no te cierres por tu culpa el camino del Cielo ni te dejes sujetar por tus sentidos. Vive, y sabe que te amo, cuanto me es posible amar a un mortal.» Hablando de esta suerte, brillaron sus ojos de amor con un resplandor más que humano, y velándose con los mismos rayos que derrama, desaparece infundiendo nuevo aliento en el corazón del guerrero.

Despiértase Tancredo más consolado; se entrega a las manos de los que le curan y da orden para que sepulsen los queridos despojos que animaban poco antes un alma noble. No le erigieron una tumba de mármoles preciosos y esculpida por el buril de un Dédalo, pues no pudo ser, pero escogida una piedra cortada lo mejor que permitió la premura del tiempo, hízola llevar hasta ella en medio de dos hileras de antorchas, por un numeroso séquito, y colgar sus armas a guisa de trofeo en el desnudo tronco de un olmo (102). Mas al día siguiente, apenas pudo el caballero mover su llagado

(102) Era también costumbre en los tiempos caballerescos colgar del tronco de un árbol las armas de los nobles y los blasones de sus familias. Sucedió asimismo que el valiente caballero que por devoción se desnudaba de su armadura para hacer penitencia, la colgaba de las ramas de un fresno o de un pino, y era forzoso que todos la respetasen: si algún guerrero descortés se atrevía a apoderarse de ellas se exponía a un combate a todo trance.

cuerpo, fué, penetrado de un piadoso respeto, a visitar los honrados despojos. Llegado a la tumba, cárcel dolorosa de su espíritu, fijó los ojos en ella, pálido, frío, mudo y privado de movimiento, hasta que al fin rompiendo en lágrimas y en suspiros: «¡Oh, amada piedra! — exclamó —, ¡oh, tumba respetada!, tú encierras el objeto de mi ardor, y ostentas por fuera el llanto con que te riegos.

»Tú no eres un albergue de la muerte, sino de cenizas vivas, y del amor; a tu lado siento su fuego más dulce, aunque no menos ardiente. ¡Ah! recibe mis suspiros y estos besos que baño con mis lágrimas, y dáselos, ya que no puedo yo, a las amadas reliquias que guardas en tu seno. Dáselos, y si alguna vez su alma pura vuelve los ojos a sus hermosos restos, no temas que se ofenda por tu piedad y mi osadía, pues no se conciben allá arriba el odio ni el despecho. Ella perdona mi error, y esta sola idea me sostiene en medio de mi quebranto. Sabe que sólo erró mi mano, y no se ofende de que muera amándola el que la amó viviendo. Feliz aquel día en que moriré amándote, y mucho más si, tal como ahora voy errando en torno tuyo, puedo descansar dentro de esta misma piedra; si nuestras almas se reúnen en el Cielo y se confunden nuestras cenizas en un solo sepulcro, y si alcanzo, en fin, en la muerte lo que no logré en vida. ¡Dulce destino si llega a cumplirse!»

Empieza, en tanto, a divulgarse confusamente por la ciudad la noticia de la muerte de Clorinda; se afirma poco a poco y se propaga, y se llenan todos sus ámbitos de un vago rumor mezclado de clamores y de gemidos, cual si fuesen presa sus muros de los enemigos, o cual si el fuego y el acero de los francos asolasen las casas y los templos.

El triste y demudado semblante de Arsete atrae las miradas de todos. No se desahoga como los demás en llanto, pues su dolor es demasiado intenso; mas cubre sus canas de inmundo polvo, y se hiere el pecho y la cara. Mientras el anciano manifiesta así su dolor y la multitud le contempla, avanza de repente Argante por en medio de ella y prorrumpe en estas palabras:

«Cuando advertí el primero que quedaba fuera de los muros la valiente guerrera, quise volver atrás al momento para correr con ella el mismo destino. ¿Qué no hice, qué no dije para evitar tan gran desgracia? Supliqué al rey que mandase se me abriera la puerta; mas se estrellaron mis ruegos contra su voluntad soberana. ¡Ah! tal vez de haber salido hubiera

salvado a la guerrera, o al menos hubiese cerrado con gloria mis ojos en el mismo sitio que enrojeció ella con su sangre. Mas ¿qué podía hacer? Los hombres y los dioses lo han dispuesto de otra suerte. Ella murió de muerte violenta, y yo no olvidaré jamás que su venganza me pertenece.

»Oiga Jerusalén; oíd, oh Cielos, lo que jura Argante, y fulminad vuestros rayos contra mi frente si dejase de cumplirlo. Juro tomar del homicida franco una venganza digna de mí por esta muerte, y no deponer la espada que ciño hasta haberla hundido en el corazón de Tancredo y haber dado a los cuervos su cadáver» (103).

Dijo, y la turba aplaudió sus últimas palabras. La idea de la venganza futura calma su despecho. ¡Vanos juramentos! No tardarán los hechos en desmentir las esperanzas, Argante será derribado y conculcado en el combate por el mismo que cree ya vencido y humillado por su brazo.

(103) Argante hace aquí lo que se llamaba en las leyes de la caballería el voto de venganza, que era preciso cumplir hasta la muerte, so pena de quedar deshonrado.

CANTO DÉCIMOTERCIO

Ismeno puebla la selva de encantos, que alejan de ella a los que van a cortar sus árboles. — Tancredo se dirige a ella, mas la piedad le impide desplegar todo su valor. — Una ardiente sequedad abruma a los fieles, hasta que una lluvia abundante que sobreviene repara sus fuerzas.

A PENAS quedó reducida a cenizas la inmensa máquina, terror de las murallas, cuando Ismeno se ocupa en nuevos artificios para proteger la ciudad y quitar a los francos los medios de procurarse nueva madera con que construir otra torre para batir sus murallas. No lejos del campamento cristiano y entre valles solitarios extiéndese una dilatada selva, llena de antiguos y copudos árboles que esparcen a su derredor una sombra funesta (104); en ella, aun en las horas en que el astro el día es más brillante, reina una luz incierta, pálida y melancólica, cual la de un cielo encapotado cuando apenas se distingue el día de la noche. Mas al trans-

(104) El descubrimiento de un bosque por los cruzados durante el sitio de Jerusalén es un hecho histórico, del cual hablan todos los cronistas. Este bosque estaba situado a unas diez leguas de la Ciudad Santa: existe todavía bajo el nombre de *Bosque de Sarón*. Su aspecto nada ofrecía de espantoso, ni estaba poblado de monstruos, espectros ni fantasmas. Es fuerza no olvidar que Tasso escribía en la época de los viajes a América, y en la que corrían de boca en boca extrañas relaciones acerca de los bosques vírgenes aún que cubrían aquel nuevo suelo y de los innumerables animales que habitaban aquellas ocultas soledades; todo ello debía de herir vivamente las imaginaciones y pudo sugerir a Tasso la idea de su selva encantada. En el siglo XVI, período de magia y de encantamientos, estaba muy generalizada la creencia de que con sólo lanzar un conjuro sobre los hombres o las cosas quedaban sujetos al poder de los espíritus infernales; y esto explica por qué las invocaciones de Ismeno pueblan la selva de almas de réprobos.

ponerse el sol se derraman por ella las sombras de la noche, las espesas tinieblas, los vapores y un horror infernal que ciega los ojos y hiela de espanto el corazón. El vaquero no conduce jamás sus toros, ni sus rebaños el pastor a su sombra, ni entra en ella el peregrino, si no es que se extravíe en su senda, sino que pasa de lejos y la señala horrorizado con el dedo.

Reúnense en ellas las brujas con sus amantes nocturnos, que vienen a la cita sobre nubes, los unos en forma de dragón, en figura de monstruo informe y espantoso los otros; conciliábulo infame en el que se celebran con asquerosas e inmundas ceremonias las más profanas orgías y criminales bodas.

Tal era la opinión común, de modo que ningún habitante se atrevía a arrancar ni una rama de la espantosa selva. Los francos, sin embargo, penetraron en ella para cortar la madera necesaria para sus máquinas. El Mágico se dirigió, pues, a la selva la siguiente noche en la hora más tenebrosa y callada, y trazó en su suelo su círculo y sus signos misteriosos. Puesto después el pie desnudo en el círculo, y murmurando poderosos conjuros, volvió tres veces el rostro al Oriente y al Occidente, agitó otras tantas la vara que puede arrancar a los muertos del sepulcro y darles movimiento, e hirió el mismo número de veces el suelo con el pie descalzo pronunciando con terrible acento estas palabras:

«¡Oíd, oíd, oh vosotros que fuisteis precipitados de las regiones celestes por el enojo divino, y vosotros, errantes moradores del aire que promovéis las tempestades y los huracanes, como también vosotros, eternos atormentadores de los malvados; habitantes todos del Averno, y tú, soberano del imperio del fuego, oídme!; yo os invoco. Ejerced vuestro dominio sobre esta selva y estos árboles que he contado y que os confío; cada uno de vosotros anime un tronco, cual el alma el cuerpo humano que es su albergue y vestido, a fin de que el franco, al dar los primeros golpes, o huya o se detenga al menos, temiendo vuestra ira.»

Dijo, añadiendo en seguida a su discurso palabras tan horribles, que sólo un labio impío puede repetir las. A su voz pierden su brillo las estrellas, joyeles de la noche; la luna se oscurece, se oculta tras un manto de nubes, y no vuelve a aparecer. Airado, el Mágico redobla sus gritos: «Espíritus infernales, ¿qué os detiene? ¿de dónde nace esta tardanza? ¿esperáis acaso acentos más potentes o más misteriosos? No porque no se usen se olvidan tan pronto los eficaces recursos



de mis artes; mi lengua manchada de sangre sabe pronunciar todavía aquel nombre grande y temido al cual ni Dite se mostró sordo ni perezoso en obedecer Plutón. ¿Queréis, queréis?...» Iba a continuar, cuando calló, conociendo que se cumplía el encanto.

Agrúpanse a su alrededor un sinnúmero de espíritus, parte de los que habitan y vagan por el aire, parte de los que moran en el seno triste y cavernoso de la Tierra. Todos se adelantan con lentitud y como aterrados todavía por el decreto divino que les prohibió tomar parte en aquella guerra, pero que les permite ir a habitar en los troncos de los árboles y entre sus ramas.

Cumplidos sus proyectos, el Mágico regresa alegre adonde está el rey y le dice: «Señor, desecha toda inquietud, tranquiliza tu espíritu, pues queda asegurada tu real diadema. El ejército franco no podrá, como crees, construir de nuevo sus máquinas.» Así le habló, y le cuenta en seguida punto por punto el éxito feliz de sus encantamientos. «A esta relación de esta mi empresa — continúa — añadiré algunas nuevas no menos gratas a mi corazón. Sabe que Marte y el Sol se encontrarán luego en el signo de León, y que ni el viento, ni las lluvias, ni el rocío templarán sus ardientes fuegos, pues todas las señales que se ven en el cielo vaticinan la sequedad más funesta. El calor que experimentaremos será tal como no lo han sufrido jamás los adustos nasamones y los garamantos (105). Sin embargo, esta sequedad será más llevadera para nosotros que habitamos una ciudad llena de cisternas, de frescas sombras y de comodidades, mientras que los francos, que ocupan una tierra árida y desnuda, podrán a duras penas resistirla. El Cielo los diezmará, y entonces, no lo dudes, podrán las huestes egipcias vencerlos sin fatiga.

«Tú les derrotarás sin pelear, pues no conviene que vuelvas a tentar la fortuna. Mas si el circasiano altivo, enemigo del descanso y que lo desprecia por más que sea honroso, te importuna, busca un medio de refrenar su ardor, pues no se

(105) Los nasamones y los garamantos eran dos pueblos antiguos del África. Los primeros eran todos piratas y habitaban en las playas del Mediterráneo a la extremidad del golfo de la Sidra, y en los mismos sitios con corta diferencia donde se eleva al presente Trípoli. Este pueblo fué poderoso en otros tiempos: los romanos le hicieron una guerra obstinada y cruel, y es sabido que después de su ruina Domiciano exclamó en el Senado: «He querido que los nasamones dejasen de ser, y ya no existen...» Los garamantos plantaban sus tiendas en medio de las arenas del desierto, al Oriente del Sahara.

pasará mucho tiempo sin que el Cielo propicio te dé a ti la paz y la guerra a tus enemigos.»

Estas razones tranquilizan a Aladino, y no teme ya la pujanza de los francos. Había reparado en parte los muros destrozados por el ímpetu de los arietes, mas no por eso cesó de restaurar los puntos arruinados o que amenazaban desmoronarse, empleando en aquel trabajo las tropas, los habitantes y los esclavos.

El piadoso Bullón se opone, en tanto, a que se asalte la ciudad inútilmente y antes que se reconstruyan la gigantesca torre y otras máquinas. Envía los artesanos a la selva, de donde extraían la madera necesaria; van a ella al despuntar la aurora, mas les detiene a su vista un repentino terror.

A la manera que un tímido niño no se atreve a mirar adonde cree ver espectros y se asusta de las tinieblas, pensando en monstruos y trasgos, así temían ellos sin saber, empero, qué era lo que tanto pavor les infundía, a no ser que el mismo miedo ofreciera a sus sentidos visiones, espantos, esfinges y quimeras.

Vuélvese la turba, y temerosa y alarmada, trastorna y confunde de tal suerte los hechos, que los que la escuchan la escarnecen y no dan crédito a sus relaciones maravillosas. Entonces el capitán les da una escolta de guerreros escogidos, para que les infunda valor y les excite en sus tareas.

Apenas los fieles se acercaron al lugar tenebroso residencia actual de los demonios y vieron sus negras sombras, sintieron palpar y helárseles el corazón. Avanzaron, no obstante, ocultando el vil temor bajo un semblante tranquilo, hasta llegar no lejos de los lugares encantados.

De repente, se oye en la selva un ruido espantoso, semejante al bramido de un terremoto, al rumor de los vientos en las ramas o al gemir de las olas al estrellarse en los arrecifes. Tantos y tan distintos rumores expresa aquel sonido que parece que se oyen rugir los leones, silbar las serpientes, aullar los lobos, bramar los osos, y que suenan en la selva truenos y trompetas.

Esparcióse en los semblantes de los cristianos una palidez de muerte; y su temor imprimióse incluso en sus ademanes y facciones. Ni la disciplina ni las razones pueden lograr que avancen o que se detengan, pues son inútiles sus armas contra el terror que les asalta. Huyen todos al fin, y uno de ellos corre a avisar a Bullón de aquel suceso y justifica su miedo con estas palabras:

«No hay, señor, ninguno de nosotros que se atreva a penetrar en la selva, que defiende un poder formidable, y creo, y lo juraría, que el infierno ha trasladado su asiento entre sus árboles. Preciso fuera que tuviese ceñido el corazón de un triple muro de diamante el que osase mirarla, y ser de duro mármol el que se atreviese a escucharla cuando, entre truenos, ruge y lanza silbidos.»

Así dijo. Estaba por casualidad entre los muchos que le oían Alcasto, hombre de un valor a toda prueba, que desprecia a los mortales y a la muerte, y que no teme ni a las más horribles fieras, ni a los monstruos más formidables, ni al terremoto, ni al huracán, ni al rayo, ni a nada de cuanto de más espantoso encierra el mundo.

Movió Alcasto la cabeza y sonrióse diciendo: «Yo iré adonde no se atreve a acercarse este guerrero; yo sólo me comprometo a derribar los árboles, asilo de tan horrendas visiones. Ni me harán desistir de mi empresa los más horribles fantasmas, ni el murmullo ni los gritos de la selva o de las aves, aunque se ofreciese a mi vista en aquellas horribles profundidades la senda del infierno.»

Así se expresa ante el capitán, y alcanzada su licencia, se dirige a la selva; la contempla y escucha el nuevo rumor que se exhala de ella, pero no vuelve atrás por eso su atrevida planta ni deja tampoco de avanzar, tan seguro y audaz como antes. Iba ya a poner el pie en el terrible lugar cuando le detuvo un incendio que se formó a su vista.

Crece el fuego, y extendiendo sus llamas turbulentas, envueltas en humo, en forma de altas murallas, ciñe la selva y la asegura de que nadie se atreva a cortar sus árboles. Sus llamas más crecidas toman la figura de un castillo y de soberbias torres, y de máquinas de guerra que parecen defender aquel nuevo Averno.

¡Oh! ¡Cuántos monstruos de odioso y terrible aspecto asoman armados entre los merlones! Miran unos al guerrero con torvos ojos, le amenazan otros blandiendo sus armas. Alcasto huye, por fin; su fuga, en verdad, es lenta cual la del león perseguido por los cazadores: mas con todo, huye, y siente que tiembla su corazón de un miedo que no había conocido hasta entonces.

Al principio llega a desconocer que tiene miedo, mas lo advierte cuando está ya lejos, y se avergüenza de ello; indígnase contra sí mismo, y siente que desgarrá su pecho el dardo agudo del arrepentimiento. Avergonzado, silencioso, ató-

nito, se desvía de allí, sin atreverse a levantar en presencia de los demás sus miradas poco antes tan altivas.

Llamado a la presencia del caudillo, tarda en obedecerle, busca excusas para su tardanza y procura ocultarse a las miradas de todos; mas obedece al fin, si bien no de su grado, y o calla o habla como si soñase. Bullón conoce al punto por su rubor y humilde actitud que el temor ha hecho también presa en él, que también él ha huído. «Bueno — le dice — ¿qué sucede? ¿Son por ventura artificios de los hombres o prodigios de la Naturaleza? Si hay alguno entre mis guerreros a quien inflame el deseo de visitar aquellos sitios salvajes, vaya a ellos y escudriñe sus misterios, y nos dará a su vuelta noticias más ciertas.» Así dijo, y durante tres días probaron los más valientes a recorrer la espantosa selva, sin que hubiese uno que no retrocediese ante sus amenazas.

Había, en tanto, vuelto el príncipe Tancredo de sepultar a su amada; la palidez y abatimiento de sus facciones revelaba que no estaba aún para ceñir el yelmo y la coraza, pero, no obstante, se ofrece para aquella empresa, y no teme los peligros ni la fatiga, pues el ardor de su espíritu comunica su vigor al cuerpo y acrecienta su audacia.

Parte el guerrero denodado en busca de peligros desconocidos, soporta el fiero aspecto de la selva y desprecia el estruendo de los truenos y los terremotos. Nada le asusta; sólo en el corazón nota un suave palpar acelerado, pero el héroe lo acalla al instante; entra en el lugar encantado y salvaje, y ve levantarse de pronto ante él la ciudad de fuego. Párase y permanece dudoso, diciendo para sí: «¿De qué me servirán aquí las armas? ¿Iré a arrojarme a las fauces de los monstruos o en medio de las llamas voraces? No debo, en verdad, ahorrar mi sangre cuando lo exige el interés común, mas no es de valiente exponer una existencia preciosa en empresas inútiles.

»Mas, ¿qué dirá el ejército si retrocedo? ¿Dónde encontrará madera si esta selva le falta? Godofredo querrá apoderarse de ella a todo trance, y otro tal vez ejecutará esta hazaña. ¿Quién sabe si estas llamas son sólo aparentes? Yo las arrostraré sean lo que fueren.» Dijo, y ¡oh, memorable arrojó!, se lanzó en medio del incendio.

No sintió, sin embargo, bajo su armadura el calor del ardiente incendio, ni lo sintiera aunque fuesen reales sus llamas; desaparecieron las llamas, en efecto, apenas se adentró por ellas, y en su lugar brotó una espesa niebla, que derramó

sobre la tierra la noche y el frío; frío y noche que se desvanecieron a su vez en un momento.

El intrépido príncipe quedó pasmado; mas no perdió por esto su valor, y cuando vió que todo había vuelto a su estado primitivo, recorrió con firme planta la profana selva y espíó sus más profundos secretos. Ningún prodigio extraño se opone ya a su marcha: sólo la espesura y obscuridad de la misma selva retardan sus pasos y le impiden extender a lo lejos sus miradas.

Descubre por fin un ancho espacio que se dilata en forma de anfiteatro en medio del cual se eleva aislado y como una pirámide un ciprés gigantesco. Dirígese a él y ve escritos en su tronco extraños jeroglíficos, semejantes a los que usó algún tiempo el misterioso Egipto. Mas entre aquellos signos que no conoce, descubre algo unas palabras en idioma siríaco, que posee perfectamente, las cuales dicen así: «¡Oh, tú, guerrero audaz, que osaste penetrar en esta morada de la muerte! Si no eres tan cruel como pujante, no turbes este secreto asilo. Perdona a las almas privadas de luz celeste; no es bien que los vivos hagan guerra a los muertos.»

Tancredo se esfuerza en adivinar el sentido oculto de aquellas breves palabras. Se oía, entre tanto, suspirar el viento entre los árboles y las hierbas de la selva remedando el débil sonido de un hombre que gime y que solloza e infundiendo en el corazón miedo, dolor y piedad.

Desnuda, por fin, el príncipe, el acero, hiere con fuerza el alto ciprés, y, ¡oh, prodigio! mana sangre de su corteza, que enrojece el suelo en torno de ella. Estremécese el héroe, mas redobla los golpes y quiere ver el fin de aquel milagro. Entonces llega a sus oídos, cual si saliese de un sepulcro, un gemido doloroso, y una voz que se queja.

«¡Ay de mí! — dice la voz —. Bastante me ofendiste, Tancredo; cesa de perseguirme. Tú me privaste del feliz albergue de mi cuerpo que animé y que vivió por mí; ¿por qué, pues, destrozas todavía el triste tronco al que me unió mi duro sino? ¿Querrás perseguir a tus contrarios aun después de su muerte y hasta dentro de sus sepulcros? Yo fuí Clorinda. No soy el único espíritu que habita este áspero y duro tronco. Un nuevo y extraño encanto tiene encerrado aquí, como en un sepulcro, tanto a los francos como a los paganos que sucumben al pie de las murallas de Jerusalén. Estos troncos, estas ramas, tienen alma, y no puedes cortarlos sin condenarte por homicida.»

Así como un enfermo, que ve en sueños el dragón o la horrible quimera rodeada de llamas, aunque sospechando ser mentira, quiere huir, aterrado aún por el aspecto de los espantosos monstruos que viera, así el tímido amante se asusta y huye de aquellas imágenes que cree quiméricas. Hiélasele la sangre en las venas; palpita su corazón, presa de mil afectos encontrados, y le escapa el acero de la mano. El temor es el sentimiento más débil de todos los que le combaten. Fuera de sí cree estar viendo sin cesar a su amada ofendida que suspira y llora, y ni puede soportar la vista de aquella sangre ni el acento de aquellos sollozos.

De esta suerte, aquel corazón intrépido, que nunca se turbó en presencia de la muerte, débil ante el amor, se dejó intimidar por una falsa imagen y por vanos lamentos. Vencido ya, partió de allí; en el camino recobró su espada, que una ráfaga le había arrebatado. Mientras que huye, ni se atreve a volver a mirar atrás ni a espiar de nuevo aquellos ocultos prodigios.

Llegado a presencia del caudillo, calmó su agitación, compuso su ánimo, y le dijo: «Señor, soy portador de nuevas increíbles. Lo que decían del aspecto y de los ruidos espantosos de esta selva, es la pura verdad. Aparecióseme primero un fuego maravilloso, que ardía sin que le alimentase materia inflamable, y que, dilatándose, pareció formar una vasta muralla defendida por monstruos armados. Lánceme a él, sin que me quemase, y sin que se opusiese a mis pasos ningún acero. De repente, cedió todo a la noche y al invierno, que cedieron a su vez al claro día.

»¿Qué más diré? Sé por experiencia que un espíritu humano que siente y que raciocina da vida a los árboles, pues he oído su voz y aun me parece que suena débilmente dentro de mi pecho. Cada golpe hace manar sangre de los troncos, cual si fuesen de delicada carne. Me confieso vencido; no, no; jamás podría arrancar a esos árboles ni su corteza ni sus ramas» (106).

(106) Raoul de Caen asegura que Tancredo descubrió en el bosque cuatro piezas de madera dispuestas para un asalto, y añade que los califas se habían hecho señores de Jerusalén por medio de máquinas. «Apenas las descubre, dice, cuando no atreviéndose en el exceso de su alegría a dar crédito a sus propios ojos, se adelanta, las toca y examina de cerca: «Camaradas — exclama —, Dios nos concede más de lo que le pedíamos: buscábamos madera informe y la encontramos labrada». Sus compañeros responden al momento a la voz que les llama, y se llenan de júbilo a tal nueva, y Tancredo se apresura a enviar un



Dice, y el capitán se pierde en un caos de pensamientos; reflexiona si deberá ir allá él mismo a luchar contra los encantos, o si se proveerá de madera de otra selva más apartada, pero no de tan difícil acceso. Mas el santo Ermitaño, arrancándole de sus meditaciones, le dice:

«Abandona tus atrevidos proyectos; conviene que otro despoje de sus árboles la encantada selva. Ya aborda a estas costas y pliega sus doradas velas la nave que ha de ser fatal a los enemigos; ya se aleja de la playa el temible guerrero que ha roto las viles cadenas. No, está lejos la hora señalada para lo toma de Sión y la destrucción de los paganos» (107).

Al decir estas palabras se esparce un fuego divino por sus facciones y su acento no tiene nada de mortal. El piadoso Godofredo no puede permanecer inactivo y se entrega a nuevos cuidados. Mas el sol había entrado ya en el signo de Cáncer; un calor intenso, enemigo de sus designios y de sus guerreros, a quienes hace insoportable toda fatiga, se derramaba por el campo.

Apáganse en el cielo las estrellas propicias al hombre y sólo reinan en él astros funestos, cuyo pernicioso influjo llena el aire de átomos malignos y crueles. Crece el nocivo calor, y abrasa más mortalmente, ora en una parte, ora en otra. A un día ardiente sucede una noche más horrible, y otro día peor que el anterior.

Nace el sol rodeado siempre de vapores color de sangre, revelando con su faz harto distintamente que es nuncio de desgracias, y se hunde en un ocaso teñido de manchas rojizas cual si amenazase desventuras a su vuelta, acreciendo la amargura de los males presentes con el temor de los peligros futuros.

Mientras el astro rey lanza sus ardorosos rayos desde su asiento, el ojo humano ve secarse en torno suyo las bellas flores, palidecer las hojas, marchitarse de sed la hierba de los

correo para consolar al ejército. El pueblo recibe esta feliz noticia con gritos de alegría, y todo es algazara en las tiendas de los francos, quienes se dirigen al bosque en procesión y cantando las letanías. Lo que acabo de contar parece un milagro, y tú, lector, no podrás menos de ver en ello la mano de Dios.» (*Gesta Tancredi*, cap. CXX.) Raoul de Caen es el único que refiere este hecho, y es preciso no fiarse mucho de sus relaciones maravillosas en lo que atañe a Tancredo, del cual es el panegirista.

(107) Pedro el Ermitaño continúa haciendo las veces de profeta, como para contrabalancear con su poder el de los mágicos que vienen a turbar con sus encantamientos el campo de los francos.

campos, resquebrajarse la tierra y secarse las fuentes. Todo experimenta la cólera del Cielo, y las nubes estériles sembradas por la atmósfera semejan otras tantas llamas. El cielo presenta el aspecto de una oscura fragua; no se divisa en él el menor signo de consuelo. El céfiro duerme en sus grutas y no se siente retozar las brisas. Si algún viento sopla es el que viene del arenoso desierto, ardiente como la llama, y que pesado, nocivo, desagradable y espeso, quema el rostro y oprime el pecho de los guerreros. Las sombras de la noche, impregnadas del calor del sol, no son menos funestas, y despliegan su velo sembrado de rayas de fuego, de cometas y de otras señales ardientes. ¡Oh, tierra desgraciada! Hasta la luna rehusa a tu sed su rocío vivificador, y las plantas y las flores invocan en vano sus humores vitales. El dulce sueño huye de las noches inquietas, y los mortales no pueden atraerlo a sí por más que le imploren. La sed es, sin embargo, el más cruel de todos los males que sufren los francos; el inicuo tirano de la Judea ha enturbiado, en efecto, todas las fuentes y las ha emponzoñado con venenos y jugos más ásperos y nocivos que los que infectan las aguas de la Estigia y del Aqueronte. El plácido arroyuelo de Siloé que, puro y cristalino, ofrecía sus aguas a los fieles, hoy cubre apenas su limitado lecho con sus turbias linfas y les presta un escaso alivio, cuando ni el Po en el mes de mayo en que arrastra más aguas, ni el Ganges o el Nilo cuando no cabe en sus siete lechos y fecunda el verde Egipto, bastarían a saciar su sed.

Si alguno de ellos ha visto fluir como si fuese plata lúcida, tranquila el agua entre frondosas riberas; o precipitarse un torrente por entre las rocas de los Alpes, o deslizarse lentamente por un lecho de verdura, su deseo, lo lleva ahora a su mente, acreciendo con ello su tormento, y su imagen fresca y húmeda le seca y le hace arder, y hierve en su cerebro.

¿Veis esos guerreros cuyos miembros resistieron a las fatigas de los más ásperos caminos, y al peso de sus férreas armaduras, y no cejaron jamás ante el acero enemigo ni a la vista de la muerte? Abrumados ahora por el calor yacen tendidos por el suelo; hasta el peso de su cuerpo les fatiga, y el fuego oculto que circula por sus venas les consume lentamente.

El corcel, tan fogoso antes, languidece cerca del pasto que le fuera tan grato y al que se acerca ahora sin deseo; sus piernas débiles pueden sostenerle apenas, y su cerviz, altiva en otro tiempo, se inclina por su propio peso. Ya no conserva la

memoria de sus triunfos ni le inflama el noble ardor de la gloria; los ricos adornos que le engalanan y los despojos del vencedor son para él un peso que le abruma. También languidece el can leal, y se olvida de guardar el sueño de su señor y su morada. Yace tendido, y jadeando siempre, busca en vano un aura fresca que mitigue sus ardores internos. La naturaleza le ha dotado de una manera distinta de respirar para templar el calor de sus entrañas; mas ¿qué alivio puede encontrar en ello, si el aire que entonces aspira es más pesado y ardiente?

Así sufría la tierra; en tal estado estaban sumidos los míseros mortales. El ejército fiel, desesperando de la victoria, temía las mayores desgracias, y se oían resonar por todas partes estos tristes lamentos: «¿Qué espera ya Godofredo? ¿Aguarda por ventura que perezca todo el campo? ¡Ah! ¿Con qué fuerzas cree poder destruir los altos muros de nuestros enemigos? ¿Quién le abastecerá de máquinas? ¿No reconoce aún en tantas señales la ira del Cielo? Mil prodigios nuevos y mil monstruos nos revelan que ha desviado el Señor su semblante de nosotros, y el sol quema de tal suerte que no son nada en comparación los ardores que abrasan la India y la Etiopía. ¿Cree, por ventura, Godofredo, que nada importa que vayamos como un rebaño inútil, o como almas viles despreciadas a una muerte cruel, con tal que él conserve el cetro y el Imperio? ¿Tantos son los beneficios que le reporta el reinar que se desea aún a costa de todo un ejército? ¡Ah! Ved ahí a ese hombre, llamado el piadoso, el pródigo y el humano, olvidando la salvación de los suyos para conservar un honor peligroso y vano; los ríos y las fuentes están secos para nosotros, mientras él se hace traer agua del Jordán, y sentado entre algunos de sus amigos a una abundante mesa, la bebe mezclada con el delicioso vino de Creta» (108).

Así murmuraban los francos, mientras que el caudillo griego, cansado ya de seguir los santos estandartes: «¿Por qué debo morir aquí — exclama — y dejar que disminuyan mis escuadrones? Si su obstinación ciega a Godofredo, sea en su daño y en el de su pueblo, no en el nuestro.» Y sin

(108) La descripción de la sequía que sufrieron los cruzados es una de las más bellas flores de la *Jerusalén Libertada*, cuya magnificencia de estilo y riqueza pocas obras igualan. Los cronistas descienden a muchos pormenores acerca de esa sequía y de las privaciones que tuvieron que sobrellevar los cruzados, mas no hablan del envenenamiento de las aguas, hecho sacado sin duda de la relación que nos dejó Josefo del sitio de Jerusalén por los romanos.

decir nada huyó de noche del campo con los suyos (109).

Cuando al día siguiente se descubrió aquella fuga, muchos quisieron imitarla. Los que siguieron a Clotario, a Ademaro y a los otros caudillos, que ya no existían, puesto que la muerte que todo lo acaba había roto el juramento que le prestaron, se disponían a partir, y algunos de ellos lo hicieron furtivamente aquella noche.

Godofredo lo escucha y observa todo; podría echar mano de medios violentos, pero los aborrece y evita; acude a la fe que puede por sí sola detener el curso de los ríos y mover los montes. Así pide devotamente al Rey del mundo que le abra las fuentes de su gracia, y plegando sus manos y dirigiendo al Cielo sus ojos inflamados de un celo santo le eleva esta plegaria:

«¡Oh, Padre y Señor mío! Tú que derramaste sobre tu pueblo en el desierto el sabroso maná; Tú que diste poder a la mano de un hombre para quebrantar las peñas y hacer manar de sus áridas entrañas una fuente de agua viva, renueva estos milagros en favor de los míos; y si no son iguales los merecimientos, borra sus culpas con tu gracia, ayúdales, y hazles dignos de que sean llamados tus guerreros.»

No fueron tardíos estos ruegos hijos de un humilde y piadoso deseo, y volaron al Cielo y llegaron al seno de Dios veloces como el vuelo de un ave. Acogiólos el Padre Eterno, y volviendo sus compasivas miradas hacia su fiel ejército, compadeciéndose de sus peligros y fatigas, y pronunció estas palabras amigas:

«En buena hora ha sufrido hasta el presente ese campo querido las más terribles desgracias y se han armado contra él el mundo y el infierno con sus artes malignas. Hoy debe empezar para él un nuevo y más feliz orden de cosas. Llueva ya, vuelva a su ejército el guerrero invicto, y venga la hueste de Egipto a aumentar sus blasones.»

Dice, y moviendo su poderosa frente, temblaron los espaciosos cielos y las estrellas errantes y las fijas, y el aire reverente, y los dúctiles campos del océano, y los montes, y los hondos abismos. Viéronse brillar a lo lejos ardientes relámpagos, y oyóse el estrépido del trueno; los fieles acompañan los truenos y los rayos con gritos de alegría.

Amontónanes de repente las nubes, no formadas de los

(109) Los griegos se habían separado de los francos después de la toma de Antioquía.

vapores de la tierra por la fuerza del sol, sino venidas del Cielo, que abre de par en par todas sus puertas. De improviso, una noche obscura envuelve el día con las espesas sombras que ha tendido por doquier, y viene en pos de ella una lluvia impetuosa que acrece los ríos y hace que se desborden de sus cauces.

A la manera que se ve en el estío a los locuaces ánades que moran en los secos pantanos saludar con ronca gritería la deseada lluvia que el cielo les envía, y desplegar sus alas y bañarse en el agua, zambulléndose donde es más abundante para apagar su sed, así los fieles acogen con grandes gritos de júbilo la lluvia que derrama sobre ellos el Cielo piadoso, y se alegran de que inunde su cabellera y chorree por sus vestidos. Quién bebe aquella agua tan deseada en ricas copas, quién en su yelmo; los unos sumergen en las frescas linfas su mano y bañan con ella su abrasada frente; mientras que otros más previsores llenan sus vasos y las conservan para mejor uso.

Y no sólo se alegran, y olvidan las angustias pasadas los humanos, sino que hasta la tierra seca y agrietada recibe en su seno la benéfica lluvia, y se recobra, y la distribuye por sus venas más recónditas, y vivifica con ella a las plantas, a las hierbas y a las flores.

No de otra suerte una enferma, al beber la poción que le da vida, siente aliviarse el ardor que la devora, conoce la causa del mal que roía sus miembros y se repone y vuelve a recobrar la lozanía de sus floridos años; hasta que, olvidada de los dolores sufridos, se ciñe de nuevo sus guirnaldas y sus vestidos de fiesta.

Cesa la lluvia al fin y vuelve a brillar el sol; mas sus rayos son templados, bellos y suaves cual en los hermosos últimos días de abril y primeros de mayo. ¡Oh, fe cristiana! Por ti se complace el Señor en limpiar la atmósfera de influjos nocivos, en cambiar el estado y el orden de las estaciones, y en vencer el furor del hado y de las estrellas.

CANTO DÉCIMOCUARTO

El Señor ordena a Godofredo en sueños que levante el destierro de Reinaldo, y éste accede a las súplicas de los jefes del ejército. — El ermitaño Pedro envía dos mensajeros a un anciano que posee el secreto del lugar donde se oculta el héroe. El anciano les acoge benévolamente, les revela las secretas astucias de Armida y les facilita los medios para llevar a cabo su viaje.

SALÍA ya del seno de su madre la noche oscura, rodeada de ligeras nubes, derramando el fresco y delicioso rocío, que salpicaba con su húmedo velo las flores y las hierbas; la suave brisa, batiendo sus tenues alas, halagaba el sueño de los mortales, en que daban al olvido los pensamientos que les agitaran durante el día. Mas el Rey del Mundo, desde su esplendente trono, velaba sobre el Universo, y volviendo su alegre y plácida mirada al caudillo de los francos, le infunde un apacible sueño y le revela sus altos decretos.

No lejos de las doradas puertas por donde sale el sol hay otra puerta de cristal; se abre antes que brillen los primeros resplandores del día, y por ella salen los sueños que envía Dios a los espíritus castos y a las almas puras; por ella salió uno que fué a posarse batiendo sus doradas alas a la cabecera del lecho de Godofredo.

Jamás visión alguna ofreció a la fantasía imágenes tan hermosas y rientes como ese sueño que le revela los secretos del cielo y de las estrellas, y le presenta como en un espejo todos sus misterios. Bullón se cree transportado a un cielo sereno, en medio de dorados fuegos y de resplandores.

Mientras contempla la amplitud, la brillantez, la armonía y el movimiento de aquel paraíso, ve venir hacia él un caba-

llero ceñido de fuego y de luz, que le habla con acento tan suave cual no suena nunca aquí en la Tierra: «Godofredo — le dice — ¿no acoges, no hablas a Hugo? ¿Tan pronto olvidaste ya a tu buen amigo?» (110).

«Un nuevo aspecto semejante al sol en todo su esplendor — responde el capitán —, ha borrado de tal suerte tus facciones de mi memoria, que me cuesta trabajo reconocerlas.» Dicho esto, le tendió tres veces los brazos con amistoso cariño, y tres veces se le escapa y se desvanece aquella leve imagen como el humo y los sueños (111).

Sonríese Hugo: «No vengo, como crees — le dice —, revestido de un cuerpo terrestre; soy un espíritu, un habitante de la Jerusalén Celestial, templo de Dios donde están las sillas destinadas para sus guerreros, en una de las cuales te sentarás un día.» «¿Y cuándo llegará éste? — pregunta Godofredo —. Rómpanse al momento mis lazos mortales si deben retardar mi dicha.»

«Pronto — replicó Hugo — subirás a la gloria entre los elegidos; mas, entre tanto, conviene que prodigues en esta guerra tu sangre y tus sudores. Está reservado a tu brazo arrancar a los paganos el imperio de la Tierra Santa, y establecer en ella un trono en el cual después de ti se sentará tu hermano (112).

»Pero a fin de que se reanimen más y más tus deseos y tu amor, contempla más atentamente estos albergues resplan-

(110) Tasso habla aquí de Hugo el Grande, conde de Vermandois y hermano de Felipe I de Francia.

(111) Este pasaje es imitación de Virgilio, cuando Creuso se aparece a Eneas:

*Ter conatus ibi collo dare brachia circum,
Ter frustra comprehensa manus effugit imago,
Par Levibus ventis, volucrique simillima somno.*

(Eneida, lib. II.)

(112) El reino cristiano de Jerusalén, fundado por Godofredo en 1099, cuenta en sus anales trece monarcas:

Godofredo de Bullón (1099 a 1100). Baldovino I (1100 a 1118). Baldovino II (1118 a 1131). Foulques (1131 a 1144). Baldovino III (1144 a 1162). Amauri I (1162 a 1173). Baldovino IV (1173 a 1185). Baldovino V (1185 a 1186). Guido de Lusignan (1186 a 1192). Conrado (1192). Enrique (1192 a 1197). Amauri II, de Lusignan (1197 a 1210). Juan de Briena (1210 a 1229).

Después del emperador de Occidente, Federico II, que tomó posesión de Jerusalén el 17 de marzo de 1229, se apoderaron de ella los turcos kharismianos en 1244, desde cuya época ningún príncipe cristiano ha poseído esta ciudad, por más que muchos soberanos se decoran, hasta en nuestros días, con el título de Rey de Jerusalén.

decientes y estas llamas vivas que alienta y hace mover la mente divina; escucha los divinos acordes de los coros celestiales y el sonido de sus angélicas liras. Vuelve tus ojos — le dice después mostrándole la tierra — a lo que encierra en su seno este obscuro globo.

» ¡Cuán vil y despreciable es en él hasta el premio o la recompensa de vuestros trabajos! ¡Qué estrechos son los círculos en que vivís y cuán desnuda la soledad donde despleáis vuestro vano orgullo! Cércalo el mar cual si fuese una isla, y aun este mar al que llamáis océano, o vasto abismo, no merece tales nombres, pues no es más que humilde laguna, un pequeño estanque.»

Así dijo Hugo. Volvió el caudillo sus miradas a la tierra, y sonrióse con desdén al ver cual si fuesen un punto el mar, la tierra y los ríos, que nos parecen tan inmensos aquí abajo, y admiróse de la locura de los hombres, que se pagan de sombras y de humo, y se olvidan del Cielo, que les convida y llama a sí, afanados en buscar mentiras y un renombre obscuro.

«Puesto que no le place a Dios librarme de esta cárcel terrenal — exclama — le ruego que me enseñe la senda más segura en medio de los errores de este mundo.» «Tú sigues ya el camino verdadero — le repuso Hugo —, no te desvíes de él. Sólo te aconsejo que llames a tu lado al hijo de Bertoldo y que levantes su destierro.

»La Providencia, que te escogió para caudillo supremo de esta empresa, eligió a Reinaldo para que fuese el ejecutor de tus proyectos. Tú ocupas el primer puesto, y él debe sentarse en el segundo; tú eres la cabeza, él la mano de este ejército; ningún otro puede ni tú debes permitir que ocupe el lugar de él.

»Sólo a él le será dado vencer los encantos que defienden la selva; por él recobrará nuevos bríos para su empresa este tu ejército debilitado por la ausencia de muchos e impotente al parecer para llevarla a cabo; por él, en fin, serán derribados los reforzados muros de Sión y destruido el poderoso ejército de Oriente.»

« ¡Oh, cuán grato me sería — responde Bullón — que volviese el caballero! Vosotros que penetráis los más ocultos afectos conocéis mi sinceridad y sabéis cuánto le quiero. Mas dime, ¿a qué lugar debe ir a buscarle mi mensajero? ¿Qué proposición debo hacerle? ¿Quieres que emplee el ruego o el mandato? Y ¿cómo daré este paso, para que no sufran la justicia ni el honor?»

«El Rey Eterno que te colma de tan altos favores — repuso el otro —, quiere que seas honrado y respetado de aquellos a quienes sujetó a tu imperio. Tú no debes pedir, pues mal se aviene con la súplica el mando; mas déjate ablandar y otorga su perdón tan luego como lo imploren sus compañeros. Güelfo te pedirá, pues así se lo inspira el Señor, que perdones al intrépido joven su falta, hija de un ciego arrebató, y que lo restituyas al ejército y a sus honores; y si bien lleva ahora una vida ociosa y delira en el regazo del amor, volverá, no lo dudes, dentro de pocos días adonde su brazo sea necesario. El ermitaño Pedro, a quien el Cielo revela parte de sus secretos, sabrá dirigir a los mensajeros adonde tendrán noticias ciertas del guerrero, y enseñarles los medios de librarlo y conducirlo a tu presencia. De esta suerte Dios reunirá por último bajo tus santos estandartes a todos tus errantes compañeros.

»Pondré fin a mis palabras con una breve profecía, que sé que ha de serte grata: tu sangre se mezclará con la de Reinaldo y nacerá de ella una ilustre y gloriosa prosapia» (113). Dijo, y desapareció como el humo leve al soplo de la brisa, o como nube al herirla el sol, y desvaneció su sueño, dejando en su alma una confusa impresión de admiración y de alegría.

Abre Godofredo los ojos y ve que el día ilumina ya el Universo; deja el reposo y ciñe sus miembros con su pesada armadura. Poco después vienen como acostumbra a su tienda los demás jefes y se constituyen en consejo con el fin de determinar la resolución que ha de adoptar.

El buen Güelfo, que llevaba grabada en la inspirada mente aquella idea, habló el primero, diciendo a Godofredo: «Príncipe clemente, vengo a implorar el perdón de una falta reciente todavía. Tal vez podrá parecer mi demanda intempestiva y prematura. Mas como sé que la hago al piadoso Bullón y en favor del valiente Reinaldo, y que no seré tenido por intercesor indigno y despreciable, espero alcanzar fácilmente un perdón que ha de ser grato a todos. ¡Ah!, consiente que vuelva de su destierro y que en expiación de su falta pueda derramar su sangre para bien del ejército. ¿Quién, sino él, será osado de derribar los espantosos árboles de la

(113) Francisco de Lorena, duque de Guisa, descendiente de Godofredo, se unió, el 19 de enero de 1548, con Ana de Este, hermana de Alfonso II, duque de Ferrara, quien lo era de Reinaldo, según la genealogía inventada por Tasso.

selva? ¿Quién desafiará a los riesgos y a la muerte con ánimo más severo y constante? Tú le verás derrocar las murallas, romper las puertas y subir solo a las almenas. Restituye por Dios al campo el que es su mejor apoyo y el objeto de sus deseos; restituye a Güelfo un sobrino valeroso y a ti un servidor fiel. No permitas que se consuma en vil reposo: vuélvelo a la senda de la gloria. Séale concedido a su valor seguir tus estandartes vencedores, y llevar a cabo proezas dignas de él bajo un tal maestro y caudillo» (114).

Así dijo, y los demás guerreros apoyaron sus ruegos con un murmullo de aprobación. Entonces Godofredo, cual si accediese a una demanda imprevista: «¿Cómo podré — le dice — negaros esta gracia que me pedís y que deseáis? Ceda el rigor, y callen la ley y la razón ante el dictamen general. Torne Reinaldo, mas que refrene de ahora en adelante los inmoderados arranques de su ira y que sus obras correspondan a la esperanza que de él se tiene. A ti, Güelfo, toca reclamarlo: confío que no se hará esperar mucho tiempo. Elige un mensajero y dirígelo adonde creas que él se encuentre.»

Calló, y entonces el danés, levantándose, dijo: «Yo aspiro

(114) En muchos cantos de Tasso se habla de Güelfo, duque de Baviera. Este guerrero era hijo de Azo II, de la familia italiana de Este, y tío de Bertoldo, duque de Carintia; lo que explicaría su parentesco con Reinaldo si no fuese éste un personaje inventado por el poeta. Güelfo fué nombrado duque de Baviera por el emperador Enrique IV, después de depuesto el duque Otón, y fué el jefe de una rama de la Casa de Este, establecida en Alemania y tronco de la de Brunswick que hoy reina en Inglaterra. Este príncipe pasó la vida bajo la tienda de campaña: sirvió durante muchos años al emperador Enrique con tan buena fortuna como celo, mas declaróse contra él en la Dieta de Tribur, en 1076, y desbarató su ejército delante de Wurtzburgo. Acababa de morir a la sazón Azo de Estè, dividiendo sus Estados de Italia entre sus dos hijos, Hugo y Foulques, sin hacer mención de Güelfo, su tercer hijo, a quien creía suficientemente dotado con su ducado de Baviera. Irritado Güelfo por esta disposición, fué sobre Italia, mas sin que obtuviesen sus tentativas ningún resultado favorable. «Debió de mediar, no obstante, dice Muratori, algún convenio entre los hijos de Güelfo y de Foulques, por medio del cual la rama de Este establecida en Alemania obtuviese algunos derechos sobre la Liguria, puesto que consta que era dueña de la tercera parte de la ciudad de Rovigo, y que ejercía el poder señorial en muchas otras ciudades.» (*Anna. Ital.*, t. VI, pág. 325.) Güelfo no formó parte del ejército de los cruzados que sitió a Jerusalén, pues no partió para Palestina hasta el mes de abril de 1101, dos años después de la toma de la Ciudad Santa. Sus tropas fueron dispersadas al atravesar el Asia Menor: llegó, no obstante, a Jerusalén, desde donde partió de nuevo para Europa. Una enfermedad le detuvo en Chipre, muriendo en aquella isla en 1102. Su cuerpo fué trasladado a Alt-dorf por disposición de su hijo.

al honor de este mensaje, y no rehusaré recorrer las sendas más remotas e inciertas para restituir al campo su mejor espada.» Güelfo acepta con placer la oferta, pues conoce el valor y la pujanza del que la hace, mas quiere que le acompañe en su mensaje el prudente y astuto anciano Ubaldo.

Ubaldo había estudiado desde sus años juveniles las costumbres de infinitos pueblos, viajado desde las zonas más heladas del Globo hasta la ardiente Etiopía, y examinado, como hombre sagaz y de ingenio despejado, sus idiomas, usos y creencias. Más tarde, Güelfo le admitió en el número de sus amigos, y profesóle siempre un vivo afecto.

Confióse, pues, a tales mensajeros la honrosa acción de reconducir al campo el adalid famoso. Güelfo les aconsejó que se dirigieran primero a Antioquía, donde reinaba Boemundo, pues se creía, y lo aseguraba la voz común, que estaba allí Reinaldo. Más el buen Ermitaño, que sabe que yerran en aquel juicio, se acerca a ellos y les interrumpe:

«Guerreros — les dice —: la opinión vulgar es un guía azás infiel, y si la seguís os conducirá por caminos extraviados desviándoos de los verdaderos. Id a las cercanas riberas de Ascalón donde desemboca un río en el mar, y allí encontréis un anciano amigo nuestro; dad crédito a sus palabras cual si fuese yo quien os hablara. Ese anciano ha visto mucho por sí mismo, hace tiempo que está instruído por mí de vuestro viaje, y sé que se os manifestará tan cortés cual es prudente.» Así les habló, sin que le preguntasen más los dos mensajeros. Obedecieron con respeto las palabras del Ermitaño, pues saben que acostumbra hablar por sus labios el Espíritu Divino.

Despidense de los que les rodean y se ponen en el mismo instante en camino, dirigiéndose hacia Ascalón, cuyos muros salpica el mar con su espuma plateada. No oían todavía el ronco y fuerte bramar de las olas cuando llegaron a un río engrosado por las recientes lluvias. Sus aguas desbordan las orillas; ruedan impetuosas y corren más veloces que la flecha. Mientras, atónitos se paran a contemplarlas, se les aparece, de repente, un anciano de venerable faz, coronado de hojas de haya. Cubierto de un sencillo y largo traje de lino y agitando una varita, avanza hacia ellos caminando a pie sobre las aguas, remontando la corriente.

Adelántase el anciano por encima del dúctil elemento con la misma seguridad y confianza con que las aldeanas de la orilla del Rin se deslizan con sus trineos sobre el hielo inmóvil

y endurecido del río. Mientras ambos guerreros le contemplan admirados, él avanza hacia ellos y les dice:

«Emprendisteis, ¡oh, amigos!, una misión áspera y penosa, y necesitáis que alguien os guíe. El guerrero que buscáis vive lejos de aquí en una tierra inhospitalaria e infiel. ¡Oh, cuántos, cuántos trabajos tenéis que sobrellevar aún! ¡Cuántos mares y playas tendréis que recorrer! Vuestro viaje se extenderá hasta más allá de los confines de nuestro mundo. Pero antes entrad sin repugnancia en esa ignorada cueva donde he establecido mi morada, y os revelaré secretos importantes y lo que más os conviene saber.» Dijo, y manda en seguida a las aguas que les abran paso, y éstas obedecen al momento y se retiran, formando a diestra y siniestra dos corvas montañas.

Los coge después de la mano y los conduce a una caverna que existe debajo del río. Allí, al resplandor de una luz débil y apagada cual la de la luna a través de las ramas, ven inmensos receptáculos de donde traen origen todas las aguas del Universo que manan de fuentes, se deslizan en ríos, y se derraman en estanques y en espaciosos lagos. Allí distinguen el origen del Po, el nacimiento del Ganges, del Tanais, del Danubio y del Éufrates, y hasta las escondidas fuentes del Nilo.

Más abajo encuentran un río que mana azufre y brillante azogue, cuyas olas, condensadas por los rayos del sol, se convierten en barras de plata y de oro.

Las orillas del río están sembradas de piedras preciosas, las cuales brillan como carbones encendidos y triunfan de la obscuridad de aquel lugar. Allí despliegan el zafiro y el jacinto su azul celeste, el carbunco sus fuegos y el diamante sus matices, y sus colores la verde esmeralda (115).

Los guerreros se adelantan pasmados y en silencio, absortos en la contemplación de tan extrañas maravillas. Ubaldo, en fin, habla el primero, y dice a su guía: «¡Oh, padre! Revélanos dónde estamos, dónde nos guías y quién eres; pues

(115) Debe tenerse presente que la *Jerusalén libertada* fué escrita en una época de viajes y descubrimientos, y que Tasso estaba muy preocupado de ellos como de todos los hechos contemporáneos. ¿Por qué la descripción maravillosa de las cavernas de oro y de rubí, de zafiro y de esmeraldas no podría haber sido un resultado de las primeras impresiones que produjeron las minas de América? Es preciso confesar, sin embargo, que los libros de caballerías están llenos de semejantes descripciones: el Imperio de Trebisonda es el centro de las minas de oro, de plata y de carbunclos.

dudo ya si sueño o estoy despierto, tanto me asombra lo que estoy mirando.»

«Os encontraréis — responde el anciano — en el seno mismo de la tierra, generadora de todo, y nunca hubierais podido penetrar hasta aquí sino guiados por mi mano. Yo os conduzco a mi palacio, cuyo brillante resplandor veréis en breve. Nací pagano, más plúgole a la bondad divina regenerarme en las santas aguas. Mis obras maravillosas no son hijas de los espíritus malignos. ¡Oh! no permita Dios que me valga de hechizos y encantamientos para evocar a Flagetonte o a Cocito (116). Procuro conocer las virtudes de las plantas y los secretos de la Naturaleza, y contemplo y admiro los movimientos de las estrellas. Mas no siempre vivo apartado de la luz del sol en subterráneas cavernas, sino que establezco a menudo mi morada en la cima del Líbano y del Carmelo. Allí se aparecen a mis ojos en todo su esplendor Venus y Marte y las demás estrellas, y estudio cómo giran, si lentas o veloces, y su influencia siniestra o favorable. Veo bajo mis pies las nubes, ya esparcidas, ya apiñadas, ya sombrías, o matizadas por el Iris, y cuál se forma la lluvia o el rocío; cómo soplan los vientos, cómo se inflama el rayo y se precipita formando surcos tortuosos. Contemplo, en fin, a los cometas y otros globos de fuego tan de cerca que me parece que los toco con mi frente.

»Estaba en otro tiempo orgulloso y satisfecho de mí mismo, pues creía que había llenado ya la medida del saber, y ser tan infalible como el Supremo Autor de la Naturaleza. Mas cuando vuestro santo ermitaño derramó las aguas del Jordán sobre mi cabeza y lavó mi alma impura, elevó más y más mis miradas y me hizo conocer lo tenebroso y débil de nuestra naturaleza. Conocí entonces que nuestra mente no puede mirar al sol de la verdad sin quedar deslumbrada como el ave nocturna a los resplandores del día; y reíme de mí mismo y de mi locura, que me había infundido tanto orgullo. Sin embargo seguí, como él quiso, mis primeras costumbres y el estudio de las ciencias; y no soy ya el mismo hombre, pues mi voluntad y mis pensamientos dependen del Ermitaño. Descanso en él, y él me ordena y dirige como señor y maestro, sin desdeñarse en emplearme en obras dignas de su mano por su grandeza. Últimamente me encargó que llamase al héroe invencible de su destierro. Hace tiempo que me anunció

vuestra llegada, y os aguardaba impaciente de día en día.»

Así hablando, les conduce al sitio donde tiene su morada y su reposo, especie de gruta llena de vastos e inmensos aposentos, en los cuales brilla cuanto de bello y precioso cría la tierra en sus entrañas, engalanándolo con adornos hijos de la Naturaleza y no del Arte. No faltan allí los criados, prontos a servir a los huéspedes, ni una magnífica mesa cubierta de ricos vasos de oro y plata.

Cuando hubieron satisfecho su apetito con manjares delicados, y apagado su sed en las doradas copas: «Tiempo es ya — dijo a los guerreros el anciano — de que queden satisfechos vuestros deseos.» Y en seguida añadió: «Ya conocéis en parte las astucias y los fraudes de la impía Armida: cómo fué al campamento y de qué manera arrancó de él muchos guerreros y los retuvo consigo. Sabéis también que los cargó después de gruesas cadenas, que los envió a Gaza bien custodiados, y por último cómo fueron libertados por el camino. Pues bien, ahora os contaré lo que sucedió después y que ignoráis todavía. Cuando vió la mágica que le arrebatan su presa ganada con tantos artificios, se mordió entrambos puños de coraje, y dijo para sí, encendida en ira: «¡Ah! No se alabará el culpable por mucho tiempo de haber dado libertad a mis prisioneros. Él será mi siervo y sufrirá los dolores de la esclavitud que destinaba a aquéllos; y como esto no basté a mi venganza, haré que el daño sea universal.» Así hablando consigo misma, urde el inicuo engaño que vais a oír. Vase al lugar donde Reinaldo venció en combate a sus guerreros matándole una gran parte. El invencible joven había dejado allí su armadura y ceñídose la de un pagano, tal vez porque deseaba caminar desconocido bajo un arnés menos famoso. La mágica cogió sus armas, vistió con ellas un cadáver encontrado al azar y le expuso en seguida en la orilla de un río donde sabía que debía ir una partida de francos.

»No es extraño que supiese esto. Tenía una cohorte de espías que solía enviar por todas partes, y por medio de ellos recibía noticias de los reales, de si llegaban o salían de ellos tropas armadas. Consultaba a los espíritus infernales y moraba mucho tiempo con ellos. Colocó, pues, el yerto tronco en sitio oportuno para sus artes malignas; apostó no lejos de allí un astuto sirviente disfrazado de pastor, prescribiéndole lo que debía hacer o decir, todo lo cual fué ejecutado. Habló éste con los vuestros e infundió en ellos aquella semilla de sospechas, que alimentada por los francos, dió por fruto las

riñas, la discordia, y estuvo a punto de producir una guerra civil.

»Creyóse, como ella imaginara, que Reinaldo había sido muerto por orden de Bullón, si bien al fin se desvanecieron tales sospechas en presencia de los hechos. Tales fueron los primeros artificios de Armida: ahora sabréis cómo siguió las huellas de Reinaldo y lo que sucedió después.

»Cual cauta cazadora, esperaba al guerrero en las riberas del Oronte, en sitio donde se parte su corriente para reunirse más abajo formando una pequeña isla. Reinaldo llega allí, y viendo una columna y una lanchita no lejos de ella, se acerca y fija la vista en la delicada labor del mármol blanco, y lee en ella escrito en letras de oro:

«¡Oh, tú, quienquiera que seas, que llegaste a estas playas »conducido por tu voluntad o por el acaso! Sabe que se »esconden en el seno de la isla maravillas mayores que las »que encierran el Oriente y Occidente. Pasa el río y las verás.» Déjase seducir el incauto joven, y abandonando a su escudero, ya que no cabían los dos en la barca, atraviesa solo la corriente.

»Al llegar a la isla la recorre con ávidas miradas; al principio se cree burlado, por no hallar en ella sino cuevas, aguas cristalinas, flores, hierbas y plantas. Sin embargo, es tan ameno el lugar y tanto le recrea que se detiene en él, se sienta y desarma su cabeza para refrescar su frente con el aliento de las brisas. Oye, entre tanto, borbollar el río con desusado rumor; dirige la vista hacia aquel punto y ve que se agitan las aguas en medio de la corriente. De entre los torbellinos formados por las aguas ve asomar unos rubios cabellos, encuadrando un hermoso rostro de mujer; ve sus redondos y níveos pechos y el cuerpo blanco hasta donde anida el pudor. Así se ve aparecer lentamente en la escena nocturna la imagen de una diosa o de una ninfa, y aunque no fuese esta sirena verdadera, sino una mágica visión, era, no obstante, parecida a las que habitan el insidioso mar, cerca de las playas de Etruria, y con voz no menos armoniosa cantó así, y el cielo y el mar se conmovieron.

»Oh jóvenes a quienes cubren abril y mayo con su manto »de flores. ¡No os dejéis deslumbrar por el falaz resplandor de »la virtud y de la gloria! El único sabio, el único que recoge »en su sazón el fruto de los años es el que se lanza en pos »de sus placeres. Naturaleza misma es la que nos enseña: ¿por »qué, pues, cerráis vuestros oídos a sus acentos? ¿Por qué,

»necios desperdiciáis los preciosos y pasajeros dones de vuestra edad más bella? Lo que el mundo llama valor y hazañas no son más que nombres vanos, ídolos falsos. La fama que tanto seduce con su bello acento a los altivos mortales y que les parece tan hermosa, no es más que un eco, un sueño, y aun del sueño una sombra que disipa el más leve soplo. Dejad que goce vuestro cuerpo y que vuestra alma tranquila embriague sus sentidos en los placeres; olvidad los males pasados y no acrecentéis sus angustias con la idea de los que han de venir. Contemplad indiferentes que el Cielo truene, que lance sus rayos y que amenace con sus relámpagos inflamados. Tal es la sabiduría, tal la felicidad, según nos lo muestra la Naturaleza.»

»Así cantaba la impía, sumergiéndose con sus suaves y acordes melodías al joven en un dulce sueño, que va apoderándose de él insensiblemente y se hace dueño al fin de todos sus sentidos. Ni aun el trueno podría despertarle de aquel profundo letargo, imagen de la muerte. Entonces sale de su escondite la falsa maga y se precipita sobre Reinaldo sedienta de venganza. Mas al clavar en él los ojos, y al ver su tranquilo continente, su dulce respiración, sus bellos ojos, que aun cerrados parecen sonreír, se detiene admirada; luego se inclina tanto sobre su frente que parece Narciso mirándose en el río, y mientras lo contempla, siente desvanecerse su despecho. Enjuga suavemente con su velo el sudor que baña la faz del héroe, y agita el aire para refrescar en torno de él los ardores del verano. De esta suerte, ¿quién lo creyera?, unos ojos velados lograron quebrantar aquel corazón de hielo más duro que el acero, y la enemiga se convirtió en amante. Armida forma ligeros pero indisolubles lazos con las rosas, los lirios y otras flores que tapizan aquella playa amena, y rodea con ellos su cuello, sus pies y sus brazos. Así le sujeta a su lado, así convierte al héroe en su prisionero. Luego, dormido todavía, le hace poner en una carroza y lo arrebató en ella hacia las nubes.

»No toma el camino de Damasco ni el del castillo que tiene en medio del lago. Celosa de su nuevo amante, y avergonzada de su cariño, va a esconderse en el seno del océano inmenso; elige para su morada una isla deliciosa y solitaria, donde no aborda jamás ninguna nave; ¡tan apartada está de nuestras playas!

»Y esa isla toma, como las que la cercan, el nombre de Afortunada. Al llegar a ella sube a la cima de una montaña

deshabitada. Está siempre cubierta de espesas sombras; mas, con sus artes, hace que sus faldas aparezcan cubiertas de nieve, y libre de ella, y verdeante y suave, deja la cima. Allí hace brotar la mágica un palacio a la orilla de un lago. En este palacio, en una primavera perpetua, pasa con su adorado una vida risueña y de amor. Ahora bien, vosotros debéis arrancar al animoso joven de esa cárcel lejana y escondida, y vencer las guardias que tímida y celosa tiene apostadas por el monte y en el palacio; no os faltará una mano amiga que os guíe hasta allí y que os proporcione armas para tan arriesgada empresa.

»Apenas salgáis de este río encontraréis una anciana, aunque joven al parecer por el semblante, a la que reconoceréis por sus largos cabellos rizados sobre su frente y por los colores variados de su vestido. Ésta os conducirá por el mar más veloces que el águila y que el rayo, sin que os sea menos fiel a vuestro retorno.

»Al pie del monte donde habita la maga oiréis silbar las serpientes; veréis a los jabalíes erizar su espinosa espalda y a los osos y a los leones abriendo sus espantosas fauces; mas agitaréis esta vara que os daré y no osarán acercarseos. Vendidos, sin embargo, estos obstáculos os aguardan mayores peligros en la cima del monte.

»Mana en ella una fuente de un agua tan transparente y pura que el que la bebe una vez no puede dejar ya de beber en ella. Mas en sus aguas se oculta un funesto veneno y el más leve sorbo embriaga al alma del que la bebe y le hace perder el sentido. Un deseo irresistible de reír le mueve; ríe y crece la risa hasta tal punto que acaba con su vida. Apartad vuestros labios de aquella fuente impía y homicida. No os dejéis tampoco tentar por los manjares que encontraréis en su verde orilla, ni seducir por los doncellas que os saldrán al encuentro; no escuchéis sus acentos tan blandos como lascivos, ni sus dulces y lisonjeras miradas; mas penetrad en el encantado palacio, despreciando sus razones y sus hechizos. Defienden su recinto mil murallas formando un intrincado laberinto; mas yo os daré su plano trazado en un pergamino a fin de que no os extraviéis entre sus revueltas. Extiéndese en medio del laberinto un jardín en el que parecen respirar amor hasta las hojas, y allí, tendidos sobre una verde alfombra, encontraréis a Armida y al caballero. Cuando la mágica se separe de su amante y se retire a su aposento, corred al encuentro del héroe y presentadle un escudo de diamante que os daré

para que se mire en él; quizá al ver su semblane afeminado y el vil traje que le cubre, el rubor y el despecho lograrán arrojar de su corazón el indigno amor que le domina.

»Nada más me resta deciros sino que podéis ir seguros y penetrar en los sitios más recónditos y secretos del intrincado palacio. No habrá poder alguno que retarde vuestro curso o se oponga a vuestros pasos; ¡y ni aun la misma Armida podrá prever vuestro viaje; tal es la virtud que os guía! Por ella tendréis igualmente segura vuestra salida de su morada.»

Así les dijo, y acompañándoles en seguida al lugar donde debían reposar aquella noche, les dejó allí entre alegres y pensativos, y él se fué a descansar.

CANTO DÉCIMOQUINTO

Los dos guerreros, guiados por el anciano, se dirigen a un puerto donde les esperaba una barca; surcan mares desconocidos hasta entonces y ven las tropas y las naves del tirano de Egipto. — Después de una feliz navegación llegan a una isla desierta, donde triunfan del poder y de los encantos de Armida.

LOS primeros resplandores de la naciente aurora llamaban a sus tareas a todos los habitantes de la Tierra, cuando acercándose el anciano a los dos guerreros les presentó el plano del laberinto, el escudo y la varilla de oro. «Preparaos para el viaje — les dijo —, idos antes que el sol se remonte más. Aquí tenéis lo que os prometí, lo que puede triunfar de los encantos de la mágica.»

Ubaldo y el Danés, dejado ya su lecho y ceñido al cuerpo sus armas, siguen al sabio viejo por sendas donde no penetra la luz del sol, deshaciendo el camino que hicieron el día antes. Llegaron así hasta un caudaloso río, en cuya orilla el anciano se detuvo. «Amigos — les dijo —, aquí me despido de vosotros. Que la suerte os acompañe.»

El río les acoge blandamente en su ancho seno; sus olas los elevan a su superficie, los arrastran cual ligeras hojas que arrancó de las ramas la fuerza del viento, y los depone en la húmeda playa. En ella, sentada en la popa de su navicilla, les espera ya la doncella que ha de conducirles. Ondean los rizos sobre su frente; sus miradas son dulces, corteses y tranquilas; su rostro resplandece con tan vivo fulgor que semeja el de un ángel. Su vestido aparece ora azul ora encarnado, y se cambia en mil diversos colores, de modo que el que la mira la ve distinta a cada nueva vez que la contempla.

Así la pluma que ciñe el cuello de la amorosa paloma se

tiñe a la luz del sol de mil colores, y ya se parece a un collar de encendidos rubíes, ya brilla como la verde esmeralda, ya se mezclan y confunden en ella todos los matices recreando la vista de mil distintas maneras (117).

«Embarcaos — les dice — ¡oh, venturosos guerreros! en esta nave con que surco segura el océano, a la que son propicios todos los vientos, ligero todo peso, contra la cual son impotentes las borrascas. Mi dueño, pródigo en favores, me ha elegido para guía vuestra.» Así dijo la misteriosa doncella haciendo avanzar hacia la playa el corvo leño.

Apenas ha recibido en su seno a la noble pareja, sepárale de la orilla, despliega sus velas al viento, y empuñando el timón, dirige sus movimientos. Tan hondo es el torrente, que podrían navegar en él los mayores navíos; mas la barca es tan ligera que flotaría en el más humilde arroyo.

Más veloz que los vientos surca la navecilla el mar; plátanse las aguas con la nevada espuma y van reuniéndose detrás de la popa con leve murmullo. Así llegan muy pronto al lugar donde el caudaloso río se desliza más lento y majestuoso, y donde, precipitándose en el anchuroso piélago, o desaparece o se pierde entre sus aguas.

Apenas surcó la maravillosa nave las ondas, entonces turbulentas, desvaneciéronse las nubes y dejó de soplar el Noto que amenazaba negra borrasca. Allanan los dulces céfiros las montañas de espuma rizando tan sólo el cerúleo llano, y el cielo espléndido y sereno parecía halagar a la tierra con su dulce sonrisa.

Diríjese la navecilla hacia Poniente, y dejando detrás de sí Ascalón, se encuentra pronto a la vista de Gaza, que fué antiguamente puerto, mas que creciendo con las ruinas de otras villas pasó a ser ciudad grande y poderosa. En sus playas se agitaba a la sazón un ejército más numeroso que las arenas.

Los osados navegantes dirigen hacia ellas sus miradas; observan el gran número de tiendas, y los caballeros, los peones que iban y venían de la ciudad, camellos y elefantes que huellan las arenosas y trilladas sendas, y cien y cien naves ancladas en el puerto. Ven aún otras muchas desplegando al viento sus blancas velas, y otras surcando veloces y ligeras a

(117) El episodio de esta mujer, que sentada en la popa de la nave guía al Danés y a Ubaldo, no es invención de Tasso, pues se encuentra en un gran número de libros de caballerías. Es fuerza no olvidar que la epopeya de la Edad Media descansa sobre combinaciones casi uniformes y que han adoptado Boyardo, Ariosto y Tasso.

impulsos de los remos, y blanquearse por todas partes de espuma el dúctil piélago. «Los infieles llenan ya estas playas y estos mares — dijo entonces a los dos guerreros la mujer que los guiaba —, y sin embargo, no se han reunido todavía todas las tropas del tirano. Sólo se ven aquí las gentes de Egipto y de los países inmediatos; ahora espera las de los remotos, pues su vasto Imperio se extiende hasta muy lejos por la parte de Oriente y de Mediodía; antes de que levante sus tiendas el tirano o el que mande el ejército en su nombre, estaremos, sin duda en nuestro campamento.

Mientras habla, deslízase la navicilla por en medio de los buques enemigos sin temer que nadie le detenga o la vaya al alcance; se aleja en seguida y se pierde en la lejanía. Del mismo modo el águila suele lanzarse sin temor por entre otras bandadas de aves, y acercarse tanto al sol, que escapa al ojo más despierto.

Pasó un momento y llegó la navicilla a Raffa, primera ciudad de Siria que se encuentra viniendo de Egipto, y luego a las playas estériles de Rinocera. Entonces descubren no muy lejos un promontorio que inclina sobre el mar su frente altiva, lavando sus pies en las inquietas ondas y que esconde en su seno los huesos de Pompeyo.

Se ofrece luego a sus ojos Damieta y las siete bocas del Nilo tan celebradas, y otras ciento menos conocidas por donde paga este río al mar el tributo de sus aguas. Navegan después hacia la ciudad que fundó para los griegos el fuerte Heleno, y pasan por delante de Faro, isla en otro tiempo, y encadenada ahora al continente.

Por la parte del Norte se escapan a su vista Rodas y la famosa Creta, mientras van costeano el África, fértil y cultivada en las riberas del mar, y rica en su interior tan sólo en arenales y en monstruos. Pasan por delante de la Marmárica y del territorio donde Cirene contó cinco grandes ciudades, no lejos de Tolemaida y del sitio por donde el fabuloso Leteo pasea su tranquila corriente.

Adéntrase el ligero batel en el mar, alejándose de la gran Sirte, funesta a los navegantes; dobla el cabo de Yudeca y atraviesa el estrecho de Magra. Aparecen la playa y la ciudad de Trípoli, y Malta enfrente de ella, medio oculta y hundida en las aguas, y en breve dejan atrás los navegantes otras Sirtes y Alcerba, donde moraron un tiempo los lotófagos.

Descubren en seguida a Túnez en el fondo de un golfo cerrado por dos montañas: a Túnez, ciudad rica y poderosa

a la par de cuantas se elevan en la Libia. Frente a ella está sentada la famosa Sicilia, cerca de la cual levanta su altiva frente el Lilibeo. La mujer que los guía muestra, de pronto, a los dos guerreros el lugar donde estuvo Cartago.

Cartago la soberbia ya no existe; la playa conserva apenas sus nobles ruinas. Percen las ciudades, mueren los reinos; hierba y polvo cubren los hechos más gloriosos y los más firmes monumentos. Y, no obstante, ¡oh, egoísmo y orgullo de nuestra mente! el hombre se irrita porque es mortal.

Arribaron a Bizerta, desde donde descubrieron a lo lejos y en el otro lado la isla de Cerdeña. Costearon después las playas donde los nómadas errantes apacentaron sus rebaños, y las de Bugia y Argel, guaridas de piratas (118), y las de Orán, y las de Tingitana donde se crían el león y el elefante, y donde están sentados ahora los reinos de Fez y Marruecos delante del de Granada.

Hállanse ya en el punto donde el mar se abrió camino en la tierra, y que se cuenta ser obra de Alcides. Tal vez sea verdad que un día era una continua costa que partió en dos una gran catástrofe; quizá el océano asaltó la valla que formaba y derramó sus olas por ella, dejando a un lado Calpe, y Abila (118*) al otro, y separando España de la Libia. ¡Tan grande es el poder de los siglos!

Cuatro veces había brillado el sol en el Oriente desde que el ligero batel se alejara de las riberas del río, y había recorrido un espacio inmenso sin buscar abrigo en ningún puerto. Entra por fin en el estrecho y lo traspasa y se adentra por el vasto océano. Si el mar parece inmenso ceñido por la tierra, ¿qué será donde ciñe él mismo el Universo?

Pasan los navegantes por alta mar sin ver la fértil Cádiz y sus dos islas vecinas; desaparecen los montes y las playas y el ojo no descubre más que cielo y agua.

«¡Oh, tú que nos has conducido a este mar sin fin! — exclama entonces Ubaldo —: dínos si antes llegó aquí algún mortal, o si se encuentran habitantes más allá de estas líqui-

(118) La indignación de Tasso contra los piratas de Bugia y de Argel se explica por las continuas correrías de los berberiscos por las costas de Italia. En el siglo XVI ni Sicilia, ni aun las orillas del Tíber, estaban al abrigo de las excursiones que devastaban la península italiana. Barbarroja, ese pirata-rey, había asolado la Pulla, se había apoderado de la ciudad de Fondi, y hasta la misma Roma temía el furor de sus armas.

(118*) Abila. Nombre de una de las dos columnas de Hércules. Es el actual monte Hacho, en Ceuta.

das llanuras.» «El mismo Hércules — respondió la misteriosa guía — después que hubo limpiado España y Libia de sus monstruos, y subyugado vuestros países no se atrevió a surcar el vasto océano. Puso y encerró en estrechos límites al atrevido ingenio; mas Ulises, deseoso de saber y ávido de descubrimientos, rompió la barrera fijada por el héroe. Pasó más allá de las columnas y por los abiertos mares desplegó el vuelo audaz de sus remos. Mas no le valió el ser marino experimentado, pues le tragó el voraz océano. Ahora, con su cuerpo, sepultado bajo las aguas yace también la fama de sus hechos, ignorados de todos. Si otros hubo después que, impedidos por la fuerza del viento, se internaron por ese mar, o no volvieron, o encontraron en él su sepulcro.

»Este mar que surcáis es desconocido, pero encierra en su seno millares de islas y reinos ignorados, fecundos y poblados de habitantes como los vuestros. El sol que derrama en esas tierras sus favores las vuelve igualmente fértiles.» «Dime, pues — replicó Ubaldo —, ¿cuáles son la religión y las leyes de ese mundo no conocido?» «Cada pueblo — contestó la otra — tiene en él su culto, sus costumbres y su idioma distintos. Los unos adoran a las fieras, otros a la Naturaleza, madre de todos; éstos al sol, y a las estrellas aquéllos. Hay algunos que llenan su mesa de manjares abominables e impuros: en una palabra, cuantas naciones habitan más allá de Calpe tienen costumbres bárbaras y creencias impías.» «Luego el Señor que nació para iluminar a los pueblos — repuso el caballero —, ¿ocultó la luz de la verdad a esta gran parte del Universo?» «No — repuso la dama —; antes ordenó que fuesen un día conocidas en ella la fe de Jesucristo y las artes, y vendrá un tiempo en que se acortará al parecer la distancia que la separa del resto de los hombres. Llegará un día en que las columnas de Hércules serán una fábula para el osado marinero, y en que serán celebrados entre vosotros este mar, hoy sin nombre y esos reinos desconocidos. El más atrevido de los buques recorrerá e ilustrará cuanto circuye el océano, y vencedor de los obstáculos y émulo del sol, medirá la anchurosa tierra. Un hijo de Liguria será el primero que se atrevirá a surcar estas olas desconocidas, y ni el espantoso mugido de los vientos, ni los mares inhospitalarios, ni los climas ignorados, ni el temor de los mayores peligros, nada alcanzará a que su mente inquieta se contenga dentro de los estrechos límites del mundo antiguo.

«¡Oh, Colón! tú dirigirás tu nave afortunada a un polo

tan remoto, que la fama que tiene cien plumas y cien ojos podrá apenas con su mirada seguir tu vuelo. Cante ella a Baco y a Alcides, pues basta que señale tan sólo alguno de tus hechos a las generaciones futuras, para dar materia a la historia y el más hermoso asunto a la epopeya» (119).

Dice, y la navecilla, en tanto, vuela hacia Poniente y dobla al Mediodía.

Los dos guerreros ven al sol sepultarse delante de ellos en el abismo, y renacer a sus espaldas con el día; mas cuando la aurora derramaba ya sobre el Universo sus dorados rayos y su rocío, distinguieron una montaña oscura que escondía su frente entre las nubes.

Disípanse éstas a medida que se acercan y se les aparece semejante a las Pirámides, aguda en su cima y espaciosa en su falda. De vez en cuando exhala de su seno torbellinos de humo cual el que oprime al gigante Encélado (120), que de día empaña el cielo con sus vapores y lo ilumina de noche con sus llamas.

De repente se ofrecen a sus ojos un grupo de islas y algunas montañas más humildes y menos escarpadas: eran las islas llamadas por los antiguos Afortunadas. Eran, según fama, tan amadas del Cielo, que producían los más sabrosos frutos sin necesidad de cultivo, y las viñas daban los más exquisitos racimos sin auxilio del arte.

Jamás florecen allí en vano los olivos; mana la miel del hueco de sus árboles; los ríos de agua dulce se desprenden de lo alto de las montañas con suave murmullo; los céfiros y los rocíos templan de tal guisa los ardores del verano que nunca resultan excesivos. Tan bellas son, en suma, estas islas, que la antigüedad colocó en ellas los Campos Elíseos y las hizo mansión de los bienaventurados.

«Tocamos ya al término de nuestro viaje — dijo la guía a los guerreros, dirigiendo hacia allí su navecilla —. Tenéis delante de vosotros las islas Afortunadas, tan célebres como poco conocidas. Son ciertamente fértiles, deliciosas y risueñas,

(119) Dominaba en el siglo XVI el espíritu de los descubrimientos; publicábanse en él los viajes a las Indias Orientales y Occidentales; revelábanse las costumbres, los hábitos y las creencias de infinitos pueblos desconocidos hasta entonces, siendo este el motivo por que Tasso se extiende con tanto gusto en la expedición de Ubaldo y de su compañero. Parece que hasta preparaba un poema sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, cuyo proyecto estorbaron llevar a cabo los pesares de sus últimos años y su falta de salud.

(120) Gigante a quien Júpiter sepultó bajo el monte Etna.

mas no tanto como la fama las ha exagerado.» Así diciendo, se acercaron a la primera de las diez islas.

«Si lo permite la alta empresa a que nos guía — dijo el escudero danés — permíteme, ¡oh, mujer misteriosa! que salte a tierra y observe estos países desconocidos, sus habitantes, sus cultos y creencias, y todo lo que puede excitar la curiosidad de un hombre sabio. ¡Cuánto me alegraré de poder contar a los demás tantas maravillas y poder decir: yo las vi!»

«Digna es de ti la súplica — repuso ella —, mas ¿qué puedo hacer yo, si el Cielo opone a tus nobles deseos un decreto severo e inviolable? No ha llegado todavía la época que ha fijado el Señor para este gran descubrimiento y os está además vedado revelar al mundo los secretos del vasto océano. Por gracia singular os ha sido permitido surcar este mar en que han venido a perderse hasta ahora el arte y la experiencia de los navegantes, penetrar hasta la cárcel donde está encerrado el guerrero y volverlo a la otra parte del mundo. Básteos esto, pues aspirar a más sería orgullo y locura y querer luchar contra el destino. Calló al decir esto. La isla primera parecía ya hundirse en el océano y levantarse más y más la segunda.

Todas las islas tienen igual dirección hacia Oriente, y están a igual distancia unas de otras. Los peregrinos cuentan siete de ellas en las cuales distinguen casas, tierras cultivadas y otras señales de ser habitadas. Las otras tres están desiertas, y en sus bosques y en sus montes tienen seguro asilo las fieras.

En una de estas tres existe un lugar donde se encorva como un arco la ribera; extiéndese hacia fuera en forma de dos largos cuernos, entre los cuales se abre una espaciosa ensenada. Un escollo que protege su entrada la convierte en seguro refugio, y contra él vienen las altas olas a romperse. Dos altas peñas, que surgen de las aguas a ambos lados, sirven de guía al navegante.

El mar duerme tranquilo dentro de ella; coronan sus montes oscuros bosques y en medio de ellos muestra abierta su boca una caverna amena por sus sombras y por sus aguas. Ningún cable ni áncora asegura allí jamás ninguna nave. La mujer que guía a los dos guerreros penetra con la suya en aquel sitio retirado y aferra sus velas.

«¿Veis — les dice en seguida — aquel palacio inmenso edificado en la cima del monte? Allí vegeta el campeón de Cristo entregado al ocio, a los placeres y a los festines. Al salir el sol treparéis por esas escabrosas rocas. No os sea eno-

josa esa tardanza, pues, excepto la mañana, os sería funesta cualquiera otra hora en que emprendieseis vuestra marcha. Aprovechad en tanto la luz del día que brilla aún y acercaos hasta el pie de la montaña.»

Los guerreros se despiden de su noble guía; saltan a la deseada playa, y encuentran tan suave la senda que conduce allí, que la recorren sin cansarse. De este modo, antes de que el sol se hunda en el océano, alcanzan ellos el término de su viaje. Observan desde allí que defienden la orgullosa y elevada cima ruinas amontonadas y precipicios, que los caminos están cubiertos de escarcha y de nieve, al paso que crecen en aquella las hierbas y las flores; que los árboles extienden sus verdes cabelleras, las rosas sus encendidas corolas y los lirios sus blancas hojas sobre los témpanos de hielo: tal es la fuerza de los encantos hasta sobre la Naturaleza.

Los dos guerreros se detuvieron al pie del monte en un sitio desierto y silvestre, rodeado de sombras. Mas apenas el sol, fuente inagotable de resplandores, doró el Cielo con sus nuevos rayos: «¡Arriba, arriba!» — exclamaron entrambos—, y prosiguieron su viaje con nuevo ardor y nuevos bríos. De repente, no se sabe de dónde, y cruzándose en medio del camino, una serpiente fiera y espantosa les sale al paso. Levanta su cabeza defendida en escamas amarillentas; la ira hincha sus venas, chispean sus ojos, sus narices exhalan un humo denso, y obstruye con su cuerpo todo el camino. Ya se repliega sobre sí misma, ya se alarga y desenrosca sus escamosos anillos; mas nada logra detener los pasos de los dos guerreros.

Ubaldo empuña ya el acero y embiste al monstruo: «¿Qué haces? — le grita el otro —. ¿Qué pretendes? ¿Crees por ventura vencer con tales armas y por la sola fuerza de tu brazo al monstruo que defiende este paso?» Dicho esto, agita la maravillosa varita de oro, y amedrentado el monstruo a su silbido, huye veloz y se esconde dejándoles libre el camino.

Más arriba les cierra el paso un fiero león, que ruga y lanza torvas miradas, eriza su melena y abriendo sus hondas y ensangrentadas fauces se azota los costados con la cola para excitar su ira. Mas apenas le presentan la varita, un secreto horror hiela su natural intrepidez y huye a su guarida.

Los dos guerreros prosiguen veloces su camino, mas de repente se encuentran con una hueste formidable de fieras de aspecto y voz y movimientos distintos, y que reúne cuantos monstruos vagan desde el Nilo a los confines del Atlante, o

encierran en su seno África y las frondosas selvas de Hircania.

Mas ni este crecido y formidable ejército pudo detenerles ni resistirles; apenas agitaron la varita y se dejó oír su débil silbido, huyeron los monstruos también. La victoriosa pareja llega sin obstáculo a la falda del monte, y si algo retarda su marcha son únicamente los hielos y la aspereza del camino.

Luego que hubieron vencido estas barreras y dejado atrás las nieves y los senderos escarpados, encontraron en la cima del monte una vasta llanura y un cielo transparente de verano. Respírase allí un aire puro y embalsamado, sin que la marcha del sol comunique, como suele en otros puntos, movimiento o reposo a sus alientos. Tampoco alternan allí como en otras partes el calor con las escarchas, ni las nubes con el tiempo sereno, sino que su cielo se viste siempre de purísimos resplandores, y rechaza lejos de sí el calor y los fríos. Los prados se adornan de hierbas, y las hierbas de flores, que conservan siempre su fragancia, como los árboles sus sombras. El palacio de la encantadora, asentado en medio de un lago, señorea los mares y los montes.

Cansados los dos guerreros de tan larga y penosa subida caminaban por aquella senda de flores, ora apresurándose, ora con lento paso; descubren, de improviso, una fuente, que les convida a humedecer los sedientos labios; precipítase el agua en abundantes chorros entre las peñas; pero, unida después, forma un profundo canal, que descorre entre verdes orillas. Bajo la sombra de frescas espesuras se aleja murmurando, tan transparente y pura que nada de lo que hay en su fondo queda oculto. El césped que engalana sus riberas ofrece un blando y delicioso asiento a los dos guerreros.

«He aquí la fuente de la risa — exclaman éstos —; he aquí el río tan funesto a los que beben de sus aguas. Mucho nos importa tener a raya nuestros deseos y ser prudentes. Cerrremos los oídos al dulce y pérfido canto de las falsas sirenas de los placeres.» Y diciendo así llegaron a donde el río se derrama por un lecho más vasto y forma un lago.

Hay en su orilla una mesa llena de los más exquisitos manjares. Dos jóvenes graciosas y lascivas retozan por la superficie de las aguas, ora bañando su semblante, ora desafiándose a quién llegará a nado la primera a un sitio señalado; ya zambulléndose en las ondas, ya sacando fuera la cabeza y el dorso.

Ablándase el duro corazón de los guerreros a la vista de las hermosas y desnudas ninfas, y se detienen a mirarlas, en

tanto que éstas prosiguen en sus juegos. Levantóse entonces una de ellas, mostró fuera los senos blancos, mostró el vientre, quedando lo demás bajo las aguas como cubierto por un velo transparente.

A la manera que sale del mar la estrella de la mañana, resplandeciente y humedecida por el rocío, o como nació en otro tiempo de la fecunda espuma del océano la diosa de los amores, así apareció aquella joven destilando perlas por sus dorados cabellos. Vuelve en seguida los ojos a los dos guerreros, y se sonroja fingiendo que los ve por vez primera. Desata en seguida su cabellera que tenía recogida con un solo lazo, y cubre como un velo de oro, el marfil de su rostro y de su seno. ¡Oh, de qué bello espectáculo les priva! No fué, sin embargo, menos hermoso el que se les ofreció en pos de éste, pues saliendo más del agua y desviando los cabellos que ocultaban su semblante, se mostró a los guerreros entre alegre y ruborosa.

Alterna su sonrisa con el sonrojo, siendo éste más hermoso con la sonrisa, y más bella ésta con el rubor que tiñe su semblante delicado, y habla en seguida con acento tan dulce que abrasaría al corazón más frío: «¡Oh, felices extranjerros! — exclama — a quienes ha sido dado penetrar en esta morada de delicias. Éste es el puerto del mundo; aquí encontraréis un remedio a vuestros pesares, y disfrutaréis de los bienes de que gozaron los humanos en la antigua Edad de Oro. Abandonad con confianza estas armas que tan útiles os fueron hasta ahora, y colgadlas de esos árboles frondosos, pues de aquí en adelante seréis guerreros del amor tan sólo. Vuestros campos de batalla serán los lechos y los campos alfombrados de verdura. Nosotros os conduciremos a la presencia de la reina de esta morada, que hace felices a los que la rodean, y os recibirá en el número de los elegidos para compartir con ella sus placeres. Mas antes tened a bien purificar en estas aguas vuestro cuerpo lleno de polvo y comer de los manjares que hay en esta mesa.»

Así les habló la una, mientras la otra les incitaba a aceptar el convite con sus ademanes y miradas, bien así como en la danza los sonidos de las canoras cuerdas acompañan los pasos ora vivos ora lentos de los bailarines. Mas los dos guerreros oponen una alma sorda e inflexible a sus pérfidos halagos; así su rostro seductor y sus palabras lisonjeras mueven apenas sus sentidos. Y si de tal dulzura penetra alguna parte en su corazón y excita su deseo, muy pronto la razón,

armada para combatirlo, la ahoga apenas ha nacido. La hermosa pareja queda vencida y burlada; la otra se aleja victoriosa sin siquiera despedirse; las doncellas se zambullen en el agua, bajo la cual ocultan su despecho, y los guerreros entran en el palacio.

CANTO DÉCIMOSEXTO

Los viajeros penetran en el vasto laberinto, dulce prisión de Reinaldo; logran inflamar el despecho y el ardor guerrero del héroe y le determinan a partir con ellos. — En vano la maga emplea el llanto y los ruegos para retenerle a su lado. — Armida, en el exceso de su dolor, destruye su palacio y se eleva por los aires.

EL suntuoso palacio de Armida es de forma circular y tiene en su centro un vasto y delicioso jardín que excede en riqueza y elegancia a los más célebres que florecieron jamás. Mil confusas revueltas y tortuosos senderos y galerías, obra de los espíritus malignos, protegen aquel impenetrable recinto.

Los dos guerreros penetran por la principal entre las cien puertas que conducen al palacio; son las puertas de plata bruñida y giran suavemente sobre goznes de luciente oro. Parados en el umbral, contemplan sus relieves, cuyo trabajo deja atrás el valor de la materia; creyéranlos animados a no faltarles el habla; y ni aun esto les falta si hubiese que dar crédito a los ojos. Vese allí retozar a Alcides con la ruca en medio de las esclavas de Meonia. El que expugnó el infierno y gobernó las estrellas maneja ahora el huso, mientras el amor le contempla y se sonríe. Vese también a Yole manejar, por escarnio, con su débil diestra las armas homicidas, y cubierta con la piel de león, peso hartamente grave para sus espaldas delicadas. Frente a estos relieves extiende el mar sus cerúleos campos salpicados de argentada espuma, en medio del cual se ostentan dos hileras de naves erizadas de armas resplandecientes. Brillan las olas con el fuego del oro y parece que arde todo el Leucate con el incendio de las batallas. Aparecen de un lado

Augusto con sus romanos y Antonio del otro con los egipcios, los árabes, los indios y demás pueblos del Oriente.

Hubiérase dicho que flotaban por el mar las islas Cícladas arrancadas de sus bases, y que los montes se entrechocaban con violencia, tal era el ímpetu con que se embestían las ferradas naves. Vuelan de una y otra parte los dardos y los fuegos, y cúbrese el mar de nuevos y terribles estragos. Muéstrase indecisa un momento la victoria; mas de improviso la reina bárbara se declara en fuga. Huye también Antonio, renunciando a la esperanza de regir el mundo. Pero no, no huye: el altivo guerrero no conoce el temor, mas sigue a la fugitiva, que le atrae a sí con sus encantos. Los dos guerreros le contemplan mirando alternativamente el encarnizado y dudoso combate y los buques dispersos, a guisa de hombre que tiembla a la vez de amor, de rubor y de coraje.

Luego se le veía retirado en las orillas del Nilo, esperando al parecer la muerte en los brazos de su amiga y endulzando su triste destino con el placer de contemplar su hermoso semblante. Todas las puertas de brillante metal de aquel palacio estaban adornadas con relieves de ese estilo. Ubaldo y el Danés, tras haberlos contemplado y admirado, penetran en el laberinto (121).

A la manera que el Meandro se desliza retozando por un cauce tortuoso, y ya salta, ya se deja resbalar; ora retrocede hacia sus fuentes, ora corre hacia el mar perdiéndose las aguas que van en las que vuelven (122), tales y aun más intrincados son los senderos del laberinto de Armida; mas el plano que les regaló el Mágico los reproduce y los revela con exactitud y guía a los viajeros.

Apenas salieron del complicado y tortuoso laberinto se ofreció a sus miradas el delicioso jardín, con sus lagos cristalinos, claras fuentes, variadas flores, plantas y arbustos diversos, ásperas colinas, valles umbrosos, y con sus bosquecillos

{121} El poeta se detiene con placer en la descripción de los magníficos relieves de las puertas de plata y de cobre que adornaban el palacio de Armida. También Homero y Virgilio hermosearon sus inmortales poemas con bellísimas descripciones de esta especie.

{122} Este pasaje es una traducción casi literal de esos hermosos versos de Ovidio, lib. VIII, de las *Metamorfosis*:

*Non secus ac liquidus Prygiis Maeandrus in arvis
Ludit; et ambiguo lapsu refluitque, fluitque
Occurrensque sibi venturas adspicit undas:
Et nunc ad fontes, nunc ad mare versus apertum
Incertas exercet aquas.*

y sus cuevas. El arte ha creado estas maravillas, mas de tal suerte que les ha comunicado su belleza procurando ocultarse al propio tiempo.

Así se confunden allí las tierras incultas con las de cultivo, y de tal modo, que parecen naturales los sitios y los adornos, o que el arte se haya complacido en imitar a su modelo la Naturaleza. Hasta el céfiro obedece allí a la voz de la maga, y hace que los árboles brillen siempre floridos, que las flores y los frutos sean eternos, y que maduren unos mientras nacen otros.

Sobre el mismo tronco y entre las mismas ramas crece el higo tierno al lado del viejo, y cuelgan de un mismo ramo la manzana tierna y la muy madura, envuelta aquélla en su piel verde y en dorada piel la segunda. En la parte del jardín más expuesta a los rayos del sol crece la parra; despliegan con orgullo las riquezas de sus ramas y de sus pámpanos, y sostienen aquí racimos todavía verdes y más allá racimos dorados y henchidos de dulcísimo néctar. Mil pájaros graciosos ensayan entre las verdes ramas sus bellísimos conciertos; murmura la brisa retozando entre las hojas y las aguas a las que agita en mil maneras; cuando callan las aves, susurra en alta voz el céfiro, y cantan las aves cuando calla el céfiro, y sea casualidad o bien artificio, ora acompaña sus cantos esta música armoniosa, ora los repite.

Vuela entre aquéllos uno de matizado plumaje y pico de color de púrpura; su acento se parece al del hombre, y su lengua prodigiosa articula palabras y encadena razones. Callan las demás aves para escuchar sus cantos, y hasta los céfiros suspenden sus murmullos.

«¿Ves esta rosa tímida — decía —, que medio abierta aún y medio cerrada, ostenta apenas su modesto y virginal botón? Ella es más hermosa cuanto menos se muestra. Pronto desplegará orgullosa sus matices y descubrirá su seno; mas pronto también marchitará y no parecerá ya la misma flor, tan envidiada antes por doncellas y amadores. Así se agosta y muere con el día la flor de la existencia, sin que recobre su lozanía ni sus colores por más que torne la primavera. Cojamos la rosa en la mañana de este hermoso día, y antes que la tarde la marchite, cojamos la rosa del amor. Amemos mientras puede nuestro amor ser correspondido.»

Calló, y las demás aves, en concertado coro, prosiguieron sus cantos cual si aprobasen sus razones. Las palomas redoblaron sus arrullos y todo viviente sintió con más fuerza la

necesidad de amar. La encina robusta, el casto laurel, toda la numerosa familia de las plantas, la tierra y las aguas parecen animarse y suspirar de amor.

Los dos guerreros, entre tanto, caminan en medio de aquellas seducciones. Rígidos y constantes, avanzan sordos a los halagos de los placeres. Hasta que sus miradas, penetrando por entre el espeso ramaje, creen distinguir, y distinguen en efecto, al guerrero y a la maga; ésta sentada sobre la hierba y aquél reclinado en su seno (123).

Cae su velo, dejando ver el seno descubierto, y flotan sus cabellos a merced de las brisas de verano; un brillante sudor embellece sus mejillas inflamadas; brilla en sus ojos, cual rayo de luz en las olas, una trémula y lasciva sonrisa. Inclina sobre Reinaldo su cabeza; la apoya él sobre su húmedo seno, clava sus ojos en los de ella, y deteniendo en ellos sus ávidas miradas, se consume en su fuego. Armida se inclina más y más sobre el guerrero y derrama sus besos sobre su semblante y los recoge de su labios y en sus mejillas. Reinaldo exhala un suspiro tan hondo que parece que su alma va a confundirse con la de la hermosa. Los dos guerreros contemplan escondidos esta escena de amor.

Colgaba del costado de Reinaldo, extraño arnés para un paladín, un terso y luciente espejo; Armida lo toma y pone en las manos de su amante aquel instrumento, intérprete de los misterios del amor. Ella con ojos risueños y él con miradas encendidas, contemplan dentro de él uno solo de entre tantos objetos como retrata; ella se mira en el cristal bruñido, y él hace espejos de los ojos de su bella. El uno se gloria de su esclavitud, y de su imperio la otra: Armida no ve más que a sí misma y Reinaldo no más que a Armida. «Vuelve — le decía — vuelve hacia mí, guerrero, esos ojos donde leo tu dicha y la mía, pues mejor que en este espejo se retratan en mi corazón, sin tú saberlo, tus bellezas y su forma, y sus maravillas. ¡Ah! si me desdeñas, admira al menos tus propias per-

(123) En el siglo XVIII, época de las estatuas y de los amorcillos graciosos de la escuela de Buches y de Vanloo, estuvieron muy de moda los jardines de Armida. Voltaire había dicho: «¿Qué no se perdona en gracia de Armida y de Herminta?», sancionando de esta suerte la afición a esta clase de descripciones. Por lo demás, ya es sabido que Boyardo y Ariosto tienen, lo mismo que Tasso, sus jardines poéticos.

La figura de Armida, aunque graciosa, no es una creación, puesto que se encuentra su tipo en la *Enéida*. ¿No hay por ventura más de un rasgo de semejanza entre Dido y Armida, entrambas bellas y amantes, y abandonadas entrambas?

fecciones, y tus ojos que no se fijan con placer en ningún objeto, gozarían de sí mismos. Un breve espejo no puede producir tan bella imagen, ni cabe en un reducido cristal todo un paraíso. Sólo el cielo es digno espejo para ti: si quieres verte, mira las estrellas.»

Sonrióse Armida a estas palabras, mas no por eso cesó de engalanarse con nuevos adornos. Trenzó su cabellera, poco antes desordenada, repartióla en elegantes anillos y cubriólos de flores, cual se esparce el esmalte sobre el oro; puso después algunas rosas sobre los nevados lirios de su seno, y compuso su velo.

Ni el altivo pavón despliega con tanto orgullo su plumaje con mil cambiantes colores, ni se muestra el Iris más hermoso cuando extiende ante el sol su arco matizado y húmedo de rocío. Pero el más bello adorno de Armida es su cinturón, que nunca deja; para formarlo mezcló substancias que ninguna otra mano podía reunir. Tiernos desdenes, plácidas y tranquilas repulsas, dulces caricias, amorosas palabras, blandas sonrisas, cariñosas lágrimas, suspiros entrecortados y suaves besos, todo esto fundió ella y lo reunió y lo templó al fuego lento de las antorchas, y formó con ello aquel admirable ceñidor que engalana su cintura.

Pone, por último, fin a sus caricias, se despide del franco, y dándole un beso, se separa de él.

Va a consultar sus libros mágicos, cosa que acostumbra hacer todos los días. Reinaldo permanece allí, pues no le es permitido seguir sus pasos, vagando por el jardín y los laberintos, única cosa que no le está vedada cuando no está en los brazos de la encantadora. Mas cuando viene la noche con sus sombras, y con su silencio favorece a las caricias de los amadores, Armida y Reinaldo pasan felices las horas bajo un mismo techo, en medio de los bellos jardines.

Apenas, pues, la encantadora abandonó el jardín y sus placeres para dedicarse a más graves tareas, los dos guerreros, ocultos hasta entonces entre los árboles, se mostraron a Reinaldo cubiertos de su esplendente armadura.

A la manera que el fogoso corcel, que fué arrebatado después de la victoria al peligroso honor de los combates y condenado a un vil reposo entre rebaños y abundantes pastos, si llega a sus oídos el sonido de una trompeta, o hiere su vista el brillo del acero, se dirige relinchando hacia el sitio de donde procede y desea que le ciñan los arreos, que le rija su señor y arremeta contra otros en la pelea, así el animoso

joven, al herir de repente sus ojos el resplandor de las armaduras, sintió excitado su valor. A su brillo, todo su ardor guerrero y su feroz intrepidez despertaron en él del largo letargo en la embriaguez de blandos placeres y en vergonzosa molicie.

Ubaldo se le acerca, en tanto, y le presenta el bruñido escudo de diamante. Vuelve el héroe los ojos al brillante escudo y se ve en él tal cual va, engalanado todo con vanos adornos, con la cabellera y el manto respirando aromas y lascivias. Sólo cuelga de su costado la espada, que desaparece bajo las galas femeninas, más bien como un adorno inútil que como instrumento de muerte.

Cual vuelve en sí el hombre tras un largo y plúmbeo sueño, así le pareció a Reinaldo despertar al verse en aquel estado. Lleno de vergüenza puede apenas soportar su propia vista; inclina los ojos y los clava en el suelo, tímido y avergonzado. Quisiera ocultarse, si posible fuera, en el seno de las olas o de las llamas.

Entonces le dirigió Ubaldo estas razones: «Toda el Asia y la Europa toda están en guerra; los que tienen en algo su honor y adoran a Jesucristo combaten en las llanuras de Siria; tú sólo, ¡oh, hijo de Bertoldo!, permaneces en el ocio en un rincón de la tierra; tú sólo, campeón de una joven, no tomas parte en ese movimiento del mundo entero. ¿Qué sueño o qué letargo ha adormecido tu valor? ¿Qué debilidad se ha apoderado de ti? Vamos, vamos; Godofredo te llama, te reclama el ejército, y te esperan la fortuna y la victoria. Ven, valiente guerrero; ven a poner fin a una empresa tan noblemente empezada, y la secta impía que conoce ya tu denuedo caiga bajo los golpes de tu espada.»

Dijo, y el noble joven permaneció algunos instantes confuso, inmóvil y callado; mas luego que cedió la vergüenza al despecho, hijo del valor y de la razón, y que al encarnado de sus mejillas sucedió un nuevo fuego más vivo y más ardiente, rasgó sus vanos adornos y sus indignas galas, tristes señales de esclavitud, y apresurando su partida, salió de las tortuosidades del laberinto.

En tanto Armida, viendo al fiero guardián de su palacio tendido en el suelo sin vida, sospechó primero, y adquirió bien pronto la certeza de que Reinaldo se dispone a partir; y vióle, ¡triste espectáculo!, volviendo la espalda a su dulce morada. Quiso gritar: «¡Ah, cruel, en qué soledad me dejas!» Mas el dolor le anudó la lengua; sus apagados acentos resonaron tan sólo en su corazón, aumentando la amargura de sus

pesares. ¡Desgraciada!, un poder superior al suyo le arrebató el objeto de sus deseos. Ella lo ve, y procura retenerle a su lado y echa mano de sus artificios; mas todo es en vano.

Todas las palabras profanas que nunca maga tesala pudo pronunciar con sus inmundos labios; lo que tiene poder para detener los astros, para evocar las sombras de sus antros profundos, todo lo puso en juego, pues todo lo sabía, mas fué en vano: no puede conseguir que el infierno secunde sus intentos. Renuncia a los hechizos y quiere probar si será mejor y más poderosa maga su hermosura.

Corre, sin escuchar la voz del honor, siguiendo las huellas del guerrero. ¡Ah! ¿qué se han hecho sus triunfos, su altivez? Poco antes avasallaba al mismo Amor con una sola mirada; sus desdenes eran iguales a su orgullo; quería ser amada y odiaba a los amadores; en una palabra, sólo se amaba a sí misma, y creía hacer un acto de generosidad cuando dirigía sus ojos a un amante. Mas ahora, abandonada, escarncida, va detrás del que huye de ella y la desprecia, y procura adornar con sus lágrimas su belleza que a tantos rehusara. Parte sin que le detengan las nieves y las asperezas que laceran sus delicadas plantas; envía delante de ella como por mensajeros sus clamores y alcánzalo por fin en la playa.

Fuera de sí gritó: «¡Oh, tú que te llevas una parte de mí misma y me dejas la otra, o toma también ésta, o déjame la que me robas, o da muerte a la vez a las dos! Detén, detén tus pasos, y recibe no ya mis últimos besos, sino mis postreras razones; pues sé que no han de faltarte hermosuras más dignas de ti. ¿Qué temes, impío, si te quedas? Pues que pudiste huir, podrás también rehusar escucharme.»

«Señor — le dijo Ubaldo —; no te niegues a escuchar a esta sirena que, armada de su belleza, de sus ruegos, de sus dulces lágrimas y de sus amargos pesares, se acerca a ti. Si logras resistir sus miradas y sus razones, serás invencible en adelante: óyela, y acostumbra a la razón a avasallar a los sentidos.»

Detúvose entonces el caballero, y ella se acercó desalentada y llorosa, tan hermosa cual ninguna y tal vez tan affigida como bella. Clavó sus miradas en Reinaldo, y fuera despecho o timidez, o que reflexionare, no le dirigió ni una palabra. El joven no la miró, y si lo hizo fué sólo a hurtadillas y como avergonzado.

Cual hábil músico, que antes de desplegar toda su voz, prepara los ánimos de los oyentes con suaves preludios y estu-

diados modos, así Armida, que aun en medio de su quebranto no olvida sus artificios y sus engaños, deja escapar primero sus suspiros como para disponer el ánimo de Reinaldo a fin de que mejor se graben en él sus razones. Y luego dice: «No esperes, cruel, que te ruegue cual amante a su amado. Hubo un tiempo en que me diste este dulce nombre; mas hoy, si es que te pesa este recuerdo, si ya no me quieres, escúchame al menos como enemigo. Un adversario no rechaza los ruegos de otro adversario; y tú puedes otorgarme lo que te pido, sin que debas por eso dejar de serlo mío. Si me aborreces y te gozas en tu aborrecimiento, persiste en él; no pretendo privarte de ese gusto: ¿no aborrecí yo a los cristianos? ¿No te miré con horror a ti mismo? Nací pagana; empleé cuantos medios me parecieron buenos para destruir vuestro imperio; te perseguí, labré tu perdición y te alejé de los combates y te traje a esta tierra extraña y desconocida. Añade a estas ofensas otras mayores que deben de exasperarte más: yo te seduje y te alimenté con mi amor, y ¡seducción impía, artificio culpable! te di la flor de mi juventud, te hice dueño de mi hermosura, y te ofrecí como un don lo que, como recompensa, había rehusado a tantos amores.

»Tales son mis engaños; sean éstos en buena hora la causa de tu aborrecimiento, y de que me dejes en mires con horror esta tu morada que te fué tan grata. Parte, traspasa el mar, lucha y destruye nuestra fe; yo misma te insto a ello. Mas ¿qué digo nuestra fe? ¡Ah, ya no es la mía! Tú eres mi único dios, y sólo a ti te adoro. Permíteme únicamente que te siga, lo que se concede hasta a los enemigos. El ladrón no abandona nunca su presa, ni el vencedor sus prisioneros. Tu campo me contará entre tus trofeos, y añadirá un elogio a los que te tributa: que la que se burló de ti se vea a su vez escarnecida y señalada con el dedo como una esclava. ¿A qué fin conservar, siendo sierva despreciable, esta cabellera que se ha envilecido a tus ojos? Yo la cortaré, pues es justo que el adorno acompañe al estado. Yo te seguiré en medio de los enemigos, cuando ruja con más furia la batalla; valor tengo y bríos suficientes para conducir tus corceles y llevar tu lanza. Seré lo que quieras, tu escudero o tu escudo; no rehusaré sacrificarme en tu defensa, y los dardos tendrán que atravesar mi seno o mi cuello desnudo antes de que te alcancen a ti. Quizá no habrá un guerrero tan bárbaro que te quiera arrancar la vida a costa de la mía, y sacrificará el placer de la venganza a esta hermosura que tú desprecias. ¡Desgraciada! ¿y me

atrevo aún a envanecerme de una belleza que ya no alcanza nada?» Quería proseguir, mas se lo vedó el llanto que manaba de sus ojos como una fuente de una roca.

Entonces procura asir las manos de Reinaldo o su manto, en actitud suplicante, mas éste retrocede, y se resiste y triunfa: el amor encuentra cerrada la entrada a su corazón, y el llanto la salida. El amor no puede avivar en su seno la llama antigua que apagó la razón; mas penetra en él la compasión, casta compañera de aquel dios, y le conmueve de tal suerte que apenas puede refrenar sus lágrimas. Sin embargo, encierra dentro de sí su pasión, compone su semblante y disimula.

Luego le responde: «Tu destino me aflige, ¡oh, Armida!, y si estuviese en mi poder, desvanecería el ardor que inflama tu pecho. No aspiro a vengarme, ni recuerdo tus agravios, ni tú eres mi esclava ni mi enemiga. Erraste, es verdad, y traspasaste los límites de la razón, ora despertando el amor, ora los odios. Mas ¿qué importa? Tus faltas son propias de los humanos, y las disculpan tus creencias, tu veleidad y tu sexo. También yo soy en parte culpable, y no temas que te condene porque me niegues tu compasión. Tu memoria me será siempre grata tanto en medio de los placeres como de los pesares, y seré tuyo en cuanto me lo permitan la guerra del Asia, mi honor y mi fe. ¡Ah! pongamos fin a nuestros errores y a nuestra vergüenza, y dejemos sepultada su memoria en el seno de estos desiertos confines. Que su recuerdo no se mezcle jamás a la relación de mis altos hechos en Europa y en los dos Continentes vecinos. ¡Oh! no permitas que se manchen con tan innoble pasión tu belleza, tu valor y tu ilustre cuna. Quédate en paz, puesto que no te es dado seguirme y que se opone a ello mi guía; quédate aquí en paz, o busca la verdadera senda de la felicidad y sigue los consejos de la prudencia.»

Mientras habla así el guerrero, Armida no puede refrenar su turbación, y después de haberle mirado un buen espacio con airados ojos, prorrumpe al fin en estos denuestos:

«No, tú no eres hijo de la bella Sofía ni perteneces a la estirpe de los Este. Debiste de nacer en medio del mar enfurecido, o entre las nieves del Cáucaso, y mamar la leche de una tigresa de Hircania. ¿Por qué he de disimular ya más? El cruel ni siquiera dió señal de abrigar un sentimiento humano. ¿Cambió ahora de color? ¿Acaso mi dolor bañó al menos sus ojos o le arrancó un solo suspiro? ¿Qué debo callarle o qué decirle? Dice que será mío, y huye de mí y me aban-

dona. Como vencedor generoso olvida las ofensas de sus enemigos y perdona sus errores. ¡Oíd cómo aconseja! ¡Oíd al púdico Senócrates cómo razona de amor! ¡Oh, Cielo! ¡oh, dioses! ¿Cómo sufrís que viva este impío, ya que lanzáis vuestros rayos sobre los muros y sobre vuestros templos?

»Huye, cruel, llevando contigo esa paz que pretendes dejarme; huye para siempre, impío; pronto mi sombra seguirá doquier tus pasos; cual furia armada de serpientes y con la antorcha en la mano, te acosaré en todas partes tanto como te he amado, si tu destino te saca con bien de las olas y de los escollos y te permite tomar parte de nuevo en los combates. Allí, entre los muertos, tu sangre y tus dolores me vengarán de mis penas. Tú invocarás entonces el nombre de Armida, y Armida te escuchara, mas...»

Aquí faltó el aliento a la infeliz y no pudo terminar sus razones. Cayó al suelo sin sentido, cerráronse sus ojos, y esparcióse por sus miembros un sudor frío.

Tus ojos se cerraron, Armida, y el Cielo se negó a endulzar tus martirios. Ábrelos otra vez, desgraciada, y verás cuál brota el amargo llanto de los de tu enemigo. ¡Oh, si pudieses oírlo, cómo calmarían tus dolores el sonido de sus sollozos! Te da cuanto darte puede, y al despedirse, deja caer sobre ti una mirada compasiva. ¿Qué debe hacer? ¿Abandonará sobre la desierta arena a la joven moribunda? La cortesía y la compasión le retienen a su lado; mas la necesidad le arrastra a pesar suyo. Parte; los céfiros retozan en la cabellera de su guía; vuela la ligera navecilla sobre el océano, mas Reinaldo no desvía sus ojos de la playa, que desaparece a lo lejos.

Armida recobra en tanto sus sentidos y sólo ve en torno suyo soledad y silencio. «Partió el ingrato — exclama — ¿y ha podido abandonarme moribunda? ¿No vaciló un momento y se fué sin proporcionarme el más leve auxilio? ¿Y le amo todavía? ¿Y permanezco aún sentada en esta playa llorando en vez de vengarme? ¿Qué me importan las lágrimas? ¿No tengo, por ventura, otras armas, otros recursos? ¡Ah! yo perseguiré al impío. Ni en el cielo, ni en los abismos estará a cubierto de mi furor. ¡Yo le alcanzaré, y le arrancaré el corazón, y esparciré sus miembros por el suelo, para escarmiento de los malvados; yo le venceré en crueldad!... Mas ¿dónde estoy? ¿Qué digo? ¡Infeliz Armida! Tú debiste desplegar tu furor sobre él cuando era tu prisionero. Entonces sí hubiera sido asequible tu venganza; mas ahora tu despecho es tardío, y tardío el enojo en que te abrasas. Sin

embargo, si mi belleza y mi ingenio son impotentes, no lo serán mis deseos. ¡Oh, hermosa mía despreciada! ¡Como fué tuya la injuria, tuya ha de ser la venganza! Sí, tú serás el premio del guerrero que me presente la aborrecida cabeza de Reinaldo. ¡Oh, amantes míos! Yo os impongo una empresa arriesgada, pero honrosa. Mi persona y mis tesoros serán el galardón de una venganza, y si aún soy indigna de ser comprada a tal precio, diré que la hermosura no es más que un vano don de la Naturaleza. Don funesto, yo te rechazo, y te aborrezco tanto como mi vida, como el haber nacido, como el ser reina, y si aliento todavía es porque me sostiene el dulce placer de la venganza.» Así dice con voz entrecortada por el despetho, y se aleja en seguida de la desierta playa. Sus cabellos esparcidos, su mirar torvo, y su rostro encendido revelan a las claras su furor.

Apenas vuelta a su palacio, llamó con lengua impía a las divinidades del Averno. Encapótase el cielo en un instante, y palidece el eterno planeta; sopla el viento sacudiendo con furor los altos riscos, se oye bramar el infierno debajo de la tierra, y suenan espantosos silbidos, gritos y aullidos alrededor del palacio. Sombras más densas que las de la noche ciñen la morada de la encantadora, y no brilla en ellos otra luz que la que despide de vez en cuando algún relámpago. Desvanécese por último las tinieblas, vuelve a brillar el sol y el aire en parte se serena; mas el palacio ha desaparecido, y no queda señal por la que pueda decirse: «Aquí existía.»

A la manera que las nubes forman en el aire imágenes gigantescas que duran poco, pues las disipan los vientos o el sol, o como se desvanecen los sueños de un enfermo, así desapareció en un momento aquel albergue encantado, quedando tan sólo los riscos y los horrores que derramó en aquellos lugares la Naturaleza. Armida subió a su carro, que tenía siempre dispuesto, y remontóse hacia las nubes como acostumbraba.

Hiende las nubes y la atmósfera ceñida de nieblas y de torbellinos, y traspasa riberas sujetas al otro polo, y tierras pobladas de habitantes desconocidos; atraviesa las columnas de Alcides. Ni siquiera el país de los hechiceros la detiene, ni el de los moros, y se cierne sobre los mares hasta llegar a las fronteras de la Siria.

No dirige su carro hacia Damasco, sino que se desvía de su patrio suelo, tan querido en otro tiempo, y se traslada a la infecunda playa donde se eleva su castillo entre las olas. Allí

evita la presencia de sus esclavos y de sus doncellas, y escoge el sitio más retirado para entregarse mejor a sus pensamientos; pronto, empero, cede la vergüenza a la ira. «Yo iré — dice — a reunirme con el rey de Egipto antes que mueva sus huestes, y echaré mano de nuevo de mis artes, y presentaréme bajo mil formas diversas; yo manejaré el arco o la espada, y me haré esclava de los más poderosos, y les concitaré a porfía contra el ingrato. ¿Qué me importan el respeto y el honor con tal que satisfaga mi venganza? No me acuses a mí ¡oh, mi tío!; acúsate a ti mismo que eres la causa de todo. Tú me inspiraste osadía para que me emplease en oficios indignos de mi estado y de mi sexo; por tus consejos pasé a ser una mujer errante; tú hiciste que renunciase al pudor, excitando mi audacia. Caigan sobre ti cuantos actos indignos hice para el amor, y cuantos haré para satisfacer mi enojo.»

Así dijo, y reuniendo sus damas y caballeros, sus pajes y hombres de armas, ciñóse sus ricos vestidos, donde despliega todos sus artificios y una pompa real y se puso en camino. Caminó día y noche sin tomarse un descanso, y no tardó en llegar a Gaza, en Egipto, y reunirse con las tropas que cubrían las ardientes llanuras.

CANTO DÉCIMOSÉPTIMO

El rey de Egipto pasa revista a su inmenso ejército y lo dirige contra los francos. — Armida va a reunirse con las tropas del bárbaro; desea la muerte de Reinaldo y se ofrece por premio al que le presente su cabeza. — Durante este tiempo Reinaldo se ciñe una armadura en la que están grabados los hechos preclaros de sus abuelos.

EN los confines de Judea está situada la ciudad de Gaza sobre el camino de Pelusio y a la orilla del mar. Rodéanla por todas partes inmensos desiertos de arena, que cual las olas del océano levanta el viento en espantosos torbellinos. El peregrino no encuentra, si no es con gran fatiga, en aquellas llanuras movibles, un refugio contra sus tempestades. La ciudad fué arrebatada hace tiempo a los turcos por el rey de Egipto, y sirve de frontera a sus Estados.

Como más inmediata a Jerusalén, Gaza era la más a propósito para la grande empresa que meditaba; y así, dejando a Menfis y su suntuoso palacio, ha trasladado su imperial asiento, y reunido allí innumerables huestes de diferentes provincias (124).

(124) La antiquísima ciudad de Gaza era una de las cinco que poseían los filisteos, y recibió este nombre persa, que significa *Tesoro*, cuando Cambises depositó en ella sus riquezas al trasladarse a Egipto. Esta ciudad sufrió no pocas veces los horrores de la guerra, habiendo caído en poder de sucesivos dominadores. En la época de la expedición de Godofredo a Tierra Santa, Gaza acababa de ser destruída por uno de esos terremotos tan frecuentes en Siria. Baldovino III, quinto rey de Jerusalén, la mandó reedificar sobre las alturas que la circuían, construyó en ella una fortaleza y la dió a los Templarios para que la posesen perpetuamente y la defendiesen contra los sarracenos. El puerto de Gaza, hoy cegadó, era muy vasto, y la ciudad contenía hermosos monu-

¡Oh, Musa! recuérdame el estado en que se hallaba entonces la contienda; cuáles eran los aliados, los tributarios, las fuerzas y la pujanza del gran emperador cuando ató a su carro de guerra todos los reyes y los pueblos todos desde el Mediodía hasta los confines del Oriente; sólo tú puedes traer a mi memoria los escuadrones y los caudillos que se juntaron allí de medio mundo para los combates.

Después que Egipto se apartó del Imperio griego y renegó de su fe, se apoderó de su trono, erigiéndose en tirano suyo e introduciendo en él su religión, un guerrero descendiente de Mahoma. Se le llamó Califa, y sus sucesores han heredado el título con el cetro. De esta manera volvió el Nilo a ver otra nueva dinastía de Faraones y de Ptolomeos.

La marcha de los siglos dió tanta firmeza y extensión a este Imperio que llegó a cubrir el Asia y África, desde las riberas de la Siria hasta los confines de la Marmárica y de Cirene; siguió luego las riberas del Nilo y se dilató más allá de Siene hasta los campos inhabitados de Saba y el caudaloso Éufrates. A derecha e izquierda encierra la Arabia llena de perfumes, y el mar y sus riquezas, dilatándose por la otra parte del Eritreo hacia las regiones donde nace el sol. El imperio es en sí muy fuerte, y mucho más lo hace aún el rey que lo gobierna, rey ilustre digno de tal puesto, no sólo por su cuna, sino por su experiencia en el arte de reinar y en el de la guerra. Combatió muchas veces contra los persas y los turcos con fortuna varia, pero siempre más grande cuanto más desgraciado. Su edad avanzada no le permite ya ceñir la pesada armadura, y colgó la espada, mas no depuso con ella sus bríos marciales ni la ambición de honores y de imperios. Hace la guerra por medio de sus generales, y conserva tanto vigor en su mente y en sus palabras, que sostiene, sin que le parezca pesado, el grave peso de la monarquía. Su solo nombre hace temblar de espanto a los reyezuelos del África; los indios le respetan; aquéllos le abastecen voluntariamente de soldados, y éstos le proporcionan el oro.

Celoso este gran monarca de las victorias y de la fortuna de los francos, reúne sus escuadrones y se prepara a dirigirlos contra el naciente Imperio de los cristianos. Mientras pasa revista a sus disciplinadas y ordenadas huestes en un espacioso campo fuera de los muros de Gaza, llega Armida a reunírsele.

mentos y abundantes riquezas. El recuerdo de que Sansón transportó sobre sus espaldas las puertas de Gaza a la cima de la montaña hacía esta ciudad muy grata a los peregrinos.

El monarca está sentado en un rico y elevado trono, al cual se sube por cien gradas de marfil, bajo el dosel de un cielo argentado, y hollando con sus pies una alfombra de púrpura, tejida de oro. La riqueza de sus alas aumenta el brillo de su real esplendor, y su turbante blanco cual la nieve forma, envolviendo su cabeza, una soberbia diadema alrededor de su ancha frente. Su diestra empuña el cetro; su barba nevada le da un aspecto venerable y severo, al paso que sus ojos conservan aún toda la osadía y el vigor de sus años juveniles; cada uno de sus gestos corresponde a la majestad de su edad y de su Imperio. En tal actitud representaron sin duda Apeles o Fidias a Júpiter fulminando sus rayos.

Tiene a cada lado un sátrapa (125), los más grandes de su Imperio: el primero y más digno sostiene la espada desnuda de la justicia, y el otro el sello del Estado, emblema de su dignidad; éste, depositario de los secretos del rey, está encargado de los negocios civiles; jefe aquél de los ejércitos, tiene la obligación de imponer los castigos.

Cual espesa corona de guerreros ciñen su trono sus fieles circasianos, armados de lanzas y cubiertos de tersas corazas, de cuyo costado pende el bien templado y corvo alfanje (126). Así sentado, contemplaba el emperador desde lo alto de su solio los pueblos allí congregados; todas las huestes inclinan al pasar por delante de él, como en señal de adoración, sus armas y estandartes.

Desfilan los primeros egipcios, capitaneados por sus cuatro caudillos, dos del alto Egipto y dos de las tierras bajas que fecunda el celeste Nilo. El mar las cubrió un tiempo, mas su fértil lodo robó a las olas su lecho, y una vez seco lo surcó el arado. Así creció el Egipto, que encierra ahora muy adentro en su seno los campos por donde en otro tiempo pasearan las naves.

Componen el primer escuadrón los que habitan las ricas llanuras de Alejandría y sus fecundas riberas al Occidente que empiezan a ser playas de Africa. Araspe es su caudillo, más poderoso por su ingenio que por el vigor de su brazo; es maestro en preparar celadas, y nadie le aventaja en las astucias moras de la guerra. Vienen en la segunda escuadra los

(125) El nombre de Sátrapa pertenece a la antigua Persia y no al moderno Oriente.

(126) Los circasianos formaban, en efecto, la guardia de los califas: eran montañeses, y prestaban a sus monarcas el mismo servicio militar que los albaneses a los bajás griegos.

pueblos que habitan las costas orientales del Asia; su jefe, Aronteo, es más famoso por sus títulos que por sus hechos y virtudes; jamás oprimió sus miembros peso de armadura, ni le despertó trompeta matutina; mas, de repente, la ambición le ha arrancado del seno de los placeres y le lleva a arros-trar los peligros.

La que ocupa el tercer puesto no es una simple escuadra, es una hueste inmensa: es la de Egipto, y apenas se osaría creer que tenga aquel país tantos brazos que cultiven y aren sus tierras; y, sin embargo, es una ciudad sola la que envía a aquel campo tanta gente, ciudad émula e igual de las provincias y que encierra otros mil en su seno. Hablo de El Cairo. Su ejército es indisciplinado y no avezado a los combates, y Campson es su caudillo.

Marchan a las órdenes de Gazel los que siegan los trigos de las cercanías de aquella ciudad y de los campos que se extienden hasta la segunda catarata del Nilo. Los guerreros egipcios vienen armados tan sólo de arco y espada, pues no pueden soportar el peso del casco y la coraza. Su traje es suntuoso, por lo que inspiran más bien codicia de botín que temor de muerte.

Vese en seguida desfilar a las órdenes de Alarcón la plebe de Barca, desnuda y desarmada, que pasa famélica su vida en playas desiertas alimentándose tan sólo del pillaje. Viene en pos de ella el rey de Zumara con su cohorte menos misera, pero no más apta para los combates, y sigue a éste el rey de Trípoli, diestros uno y otro en la pelea de escaramuzas. Presentáronse detrás de éstos los que cultivan la Arabia Pérea y los de la Arabia Feliz, los cuales, si no miente la fama, no experimentaron jamás los rigores del invierno ni los ardores del estío. En su patria se crían el incienso y los perfumes, y renace el Fénix inmortal, que tiene sepulcro y cuna en medio de plantas aromáticas. El traje de estos pueblos es menos rico, pero sus armas son iguales a las de los egipcios. Desfilan en seguida otros árabes sin hogar fijo, sin patria conocida, viajeros eternos, que llevan de una parte a otra sus tiendas y sus ciudades; tienen la talla y acento de mujeres, negros y crecidos los cabellos, y tostado el semblante. Sus armas son largas cañas de la India con cortas puntas de hierro, y cuando corren montados en sus corceles se diría que vuelan en alas de los torbellinos, si es que los vientos forman torbellinos tan veloces. Sifax guía su primera escuadra, acaudilla Aladino la segunda, y la tercera, Albiazar, fiero ladrón y homicida más bien que caballero.

Aparecen en pos de éstos los que pueblan las islas del mar Árábigo, en el cual se pescaban en otro tiempo las conchas llenas de ricas perlas. Vienen con ellos los negros que ocupan las playas de la izquierda del mar Rojo. Acaudilla a los primeros Agricalte, y a los segundos Osmida, que desprecia toda ley y toda creencia.

Pasan en seguida los etiopes de Meroé, de la isla de Meroé, situada entre el Nilo y el Astroborá, y que encierra en su vasto recinto tres reinos y dos religiones. Son sus caudillos, Canaro y Asimir, adoradores de Mahoma, reyes entrambos y tributarios del Califa. El tercer monarca profesa más santa fe y no ha venido con ellos.

Llegaron después de éstos otros dos reyes, también tributarios, al frente de dos escuadrones armados de arcos y de flechas. El uno es Soldán, de Ormuz, tierra noble y hermosa situada en el seno del golfo Pérsico; el otro de Boecan que se convierte en isla al subir la marea, y a la cual, cuando baja, puede llegar a pie el viajero.

Ni a ti, Altamoro, pudo retenerte en el honesto lecho el amor de una esposa idolatrada. Lloró, se hirió los pechos y mesó sus dorados cabellos para hacerte desistir de la empresa. «¡Cruel! — decía —, ¿prefieres, pues, a la vista de mi semblante el mar bravío? ¿El acero es un peso más grato a tu brazo que tu inocente hijo y sus dulces caricias?»

Altamoro es rey de Samarcanda; su diadema independiente es el menor de sus títulos, y junta a una brillante intrepidez una fuerza prodigiosa y el arte de la guerra. Pronto lo sabrá, me atrevo a predecirlo, el pueblo franco que con razón le teme. Sus guerreros ciñen coraza y espada, y cuelgan al arzón de su caballo la ferrada maza.

Se presenta en seguida el feroz Adrasto, que vino de los confines de la India y de donde nace la aurora. Su armadura consiste en una piel verdosa de serpiente sembrada de manchas negras, y fatiga con su talla gigantesca un elefante cual si fuese un caballo. Los pueblos que acaudilla habitan las riberas del Ganges y se bañan en el mar que ciñe la India.

Viene en la escuadra que le sigue lo más escogido de la milicia del rey. Estos soldados cargados de honores y riquezas, y tan aptos para la paz como para la guerra, oprimen el lomo de robustos corceles adiestrados en los combates, y su sola presencia inspira terror. Visten mantos de púrpura, y el cielo brilla con el resplandor del acero y del oro de sus arreos. Descuellan entre ellos el fiero Alarco, Odemaro, diestro en orde-

nar los escuadrones; Hidraorte, Rimedón, famoso por su intrepidez y que desprecia a los mortales y a la muerte; Tigrane y Ropoldo, el gran corsario tirano de los mares; Ormondo el Fuerte, y Marlabusto el Arábigo, llamado así por haber domado a la rebelde Arabia.

Vense también entre ellos a Orindo, Armón, Pirga, Bri-marte, el destructor de ciudades; Suifante, el domador de caballos; Aridamanto, célebre en las luchas, y a Tisafernes, rayo de la guerra, a quien nadie puede gloriarse de igualarle, ya combata a pie o a caballo, ya maneje la espada, ya la lanza.

Un guerrero de Armenia, que renegó de la fe verdadera cuando joven, acaudilla este escuadrón. Llamóse Clemente, cuyo nombre cambió por el de Erimeno. El rey de Egipto le aprecia sobre cuantos oprimen los ijares de un potro, como el más fiel de todos. Es a la vez caudillo y caballero esclarecido por su valor, por su mente y por el vigor de su brazo.

Habían pasado ya todos, cuando se presenta de improvisto Armida y despliega sus batallones. La encantadora se adelanta sentada en una carroza, vestida a la ligera y con la aljaba a la espalda. De tal guisa se confunde el nuevo despecho que la embarga con la dulzura natural de sus facciones, que da mayor dignidad a su semblante; parece que amenaza con sus enojos, mas aun amenazando hechiza. Su carro de topacio y de rubíes parecía el del astro del día; cuatro unicornios tiraban de él guiados por su diestra mano; cien doncellas y cien pajes armados de flechas y de aljabas la rodean, montados en blancos corceles tan ágiles en sus movimientos como veloces en la carrera. Sigue detrás su ejército y Aradino con los pueblos de Siria que tomó Hidrastra a sueldo (127). Así como el Fé-

(127) La intervención de los ejércitos egipcios en las guerras de Palestina, en el siglo XI, era un resultado de las relaciones que no podían menos de existir entre Egipto y Siria. La situación territorial de ambos Estados no permite que se vea amenazado el uno sin que lo esté igualmente el otro.

Cuando Jerusalén cayó en poder de los cruzados era califa de Egipto Aboul Casium Mostali, joven de veinticinco años, sin talento y sin carácter, que se dejaba avasallar por su visir Afdal y que no tomó la menor parte en los acontecimientos de su reinado. Tasso, por consiguiente, se desvía aquí de la verdad histórica. Toda la actividad guerrera se hallaba concentrada en aquel visir, y él fué quien atravesó el territorio de Gaza, teniendo a sus órdenes un ejército de doscientos mil hombres, según el cómputo de las crónicas de los francos, muy superior en este punto a los cálculos de Ibn Giouzo y de los historiadores árabes, que evalúan las tropas del visir en veinte mil jinetes escasos. Afdal iba a combatir con los cristianos, a quienes encontró en las llanuras de Ascalón un mes después de la toma de Jerusalén.

nix al renacer muestra a los etíopes sus lustrosas plumas de cambiantes colores y la dorada corona con que le engalanó la Naturaleza, las aves que le siguen y rodean como un ejército alado y los mortales se sienten llenos de admiración; así pasa haciendo ostentación de su belleza, de su gracia y de sus espléndidos vestidos. No hay corazón tan inhumano y tan esquivo al amor que se muestre insensible a sus encantos. Si hoy que se la ve airada seduce tantos hombres de tan diversos países, ¿qué hará cuando placentera, con su dulce sonrisa y sus tiernas miradas, halague los corazones?

Después que Armida hubo pasado, el rey de tantos reyes llama a Erimeno, al que pretende enaltecer sobre tantos famosos capitanes y nombrarle caudillo supremo. Erimeno, que sabe que se le prepara este honor, se acerca a recibirlo con noble actitud, que revela que es digno de él. Los guardias circasianos le abren paso hasta las gradas del solio; él sube hasta el monarca, y llegado ante él, inclina la cabeza y las rodillas y cruza las manos sobre el pecho. Entonces el rey le habla de esta suerte: «Toma este cetro; te confío mis tropas; acaudíllalas en mi nombre, y socorriendo a mi rey tributario, deja caer sobre los francos mi enojo y mi venganza. Ve, mira y vence; no dejes restos de vencidos y da muerte a los prisioneros.»

Tal fué el discurso del tirano. Erimeno acepta el mando supremo y dice: «Acepto el cetro de tu invencible mano, poderoso señor; vuelo bajo tus auspicios a esta noble empresa, y espero, siendo tu capitán, vengar las graves ofensas del Asia. No volveré sino vencedor, pues si fuere derrotado me verían muerto, pero no sin honra. Ruego al Cielo que si nos amenaza alguna desgracia, lo que no creo, haga estallar sobre mi cabeza la fatal borrasca, y permita que vuelva salvo y vencedor el ejército, por más que tenga que sucumbir su jefe.»

Dijo, y siguió a sus razones un confuso clamoreo mezclado con el ruido de los instrumentos bélicos.

El rey de los reyes desciende de su solio en medio de las aclamaciones y el estruendo, y rodeado de sus magnates se dirige a su espaciosa tienda, donde está preparada una espléndida mesa para los caudillos. El monarca se sienta a otra mesa de honor desde la cual ora les habla, ora les envía manjares, honrando a todos igualmente. Armida encuentra en la alegría y el juego ocasión favorable para desplegar sus artes.

Levantadas ya las mesas, observa la maga que atrae todas las miradas; conoce claramente que ha infestado los corazones con su ponzoña; se levanta, y dirigiéndose al soberano

desde su asiento, con ademán altivo a la par que reverente, esforzándose por aparecer en el semblante y en sus acentos fiera y magnánima, le dice:

«Supremo monarca, también yo vine para combatir por la fe y por la patria. Soy mujer, pero mujer de estirpe real, y una reina no es indigna de manejar el acero. Quien pretende gobernar debe conocer las artes que lo enseñan, pues una misma mano empuña el cetro y la espada. La mía, que no desfallece bajo el peso del acero, sabrá herir y hacer correr sangre de las heridas. No creáis que sea ésta la vez primera que un noble ardor me arrastra a tales hechos, pues estoy ya avezada a combatir en pro de nuestra ley y de tu Imperio. Tú conoces ya muchas de mis hazañas; sabes que no miento y tampoco ignoras que hice prisioneros a muchos de los más ilustres campeones cuyo pecho decora la cruz colorada. Te los enviaba cautivos, cargados de hierros, y hoy gemirían todavía en el fondo de una prisión bajo tu custodia y estarías más seguro de la victoria y de terminar con honor esta querrela, a no haberlos puesto en libertad el fiero Reinaldo dando muerte a mis guerreros. Conoces ya a Reinaldo y sabes también las innumerables proezas que de él se refieren. Éste es el hombre de quien recibí la más cruel ofensa, sin que haya podido todavía vengarme. El despecho y la razón se ayudan en excitar mi furia y me llaman con más ardor al combate. Sería largo referiros sus injurias; básteos saber por ahora que aspiro a vengarlas. Y lo alcanzaré, que no en vano rasgan las flechas en el aire, y el Cielo dirige siempre contra los culpables los dardos que dispara la mano de la inocencia. Sin embargo, si alguno de tus súbditos me presenta la cabeza aborrecida del bárbaro inhumano, recibiré con placer tal venganza, no obstante que me fuera más grata si fuese obra mía; lo recibiré con tanto placer que le concederé cuanto esté en mi mano darle: le daré mis tesoros y a mí misma; me tendrá por mujer, si me quiere, por premio a su proeza. Así lo prometo formalmente y sello mi promesa con inviolable juramento. Ahora bien, si hay alguno de los que me escuchan que crea que el galardón es digno del peligro, que hable, que se presente.»

Mientras hablaba la hechicera, Adrasto clavaba en ella sus cúpidas miradas. «No permita el Cielo — exclama al fin — que tus dardos hieran jamás al bárbaro homicida, pues no es digno un corazón tan villano, ¡oh bella flechera!, de servir de blanco a tus disparos. Yo me ofrezco a ser el ministro de tu

cólera, y a presentarte la odiada cabeza. Sí; yo le arrancaré el corazón y daré a comer sus destrozados miembros a los buitres.»

Así dijo Adrasto el indiano, mas Tisafernes no pudo tolerar tanta jactancia. «¿Y quién eres tú — le preguntó — para desplegar tanto orgullo en presencia del rey y de nosotros? Por fortuna no falta aquí quien obscurecerá tus audaces razones con sus hechos, y que no obstante calla.»

«Hombre soy — repuso el fiero indiano —, cuyas obras superan a sus promesas y razones. Si lo que dijiste aquí lo hubieses dicho en otra parte, los denuestos que acabas de dirigirme hubieran sido los últimos.»

Pasaran más adelante, pero el rey les impuso silencio extendiendo su diestra: «Gentil doncella — dice a la encantadora —, el Cielo te ha dotado de un corazón noble y magnánimo. Eres digna de que estos dos guerreros depongan a tus pies sus enojos, y te ofrezcan ambos sus aceros para que los emplees contra el impío que robó tu destino.» Dicho esto calló, y ambos guerreros a porfía se comprometen a vengar a Armida.

No fueron ellos solos; los más preclaros capitanes publicaron su valor y su celo. Todos le ofrecieron su brazo; todos juraron descargar su venganza sobre la execrable cabeza. ¡Ah!, ¿es posible que concite tantos aceros y que despierte tantos enojos contra el guerrero a quien amó tanto?

Por su parte, Reinaldo, después que abandonó aquellas remotas playas, llega con felicidad al término de su viaje. La navicilla en que navega vuelve por las mismas olas que había surcado, y los vientos que hinchaban sus velas favorecen su regreso. El intrépido joven ora contempla el Polo o las dos Osas, ora admira las resplandecientes estrellas, que les guían en la noche oscura, ora en fin los ríos, y los montes que levantan sobre el mar sus rugosas frentes. Ya atiende a la situación de las tierras, ya se informa de las costumbres de sus habitantes.

Cuatro veces había brillado el sol en el Oriente desde que surcaba la salada espuma, e iba a desaparecer la luz de aquel día cuando tocó la nave en tierra. «He ahí las playas de Palestina — dijo entonces la misteriosa guía —, he ahí el término de vuestro viaje.» Y dejando a los tres guerreros en la ribera desaparece rápida como el pensamiento.

La noche, en tanto, extendía sus alas dando una forma igual y un color uniforme a las cosas más diversas, e impi-

diendo que pudiesen distinguirse, en medio de aquel arenal desierto, ni rastro de habitación humana, ni pisadas de hombre o de caballo, ni nada en fin que pudiese orientarles.

Reinaldo y sus compañeros permanecieron dudosos un momento, mas por último emprendieron su marcha dejando el mar a sus espaldas. De repente, ven ante sí no saben qué resplandece, que con rayos de oro y de plata esclarece la noche y hace la sombra menos densa. Van hacia allí, y apenas han andado algunos pasos, descubren ya el misterio de aquella luz. Ven un tronco de árbol y unas armas colgadas en él donde la luna se refleja. Las piedras preciosas que decoran el yelmo de oro y los arneses, resplandecen más que las estrellas en el cielo; sobre el ancho escudo brilla la luna, y a su luz descubren los más delicados relieves. Un anciano que guarda, al parecer, aquellas armas, levántase al ver a los guerreros y les sale al encuentro.

Ubaldo y el Danés reconocen al momento por su venerable rostro al sabio amigo. El anciano recibe sus saludos, les acoge cortés, y dirigiéndose a Reinaldo que le mira en silencio: «Ilustre joven —le dice—, hace tiempo que te estaba esperando sólo en este sitio. Ignoras que soy tu amigo y lo que por ti hice, mas pregúntaselo a tus compañeros, que vencieron con mi auxilio los encantos en medio de los cuales arrastrabas una existencia miserable. Ahora presta atento oído a mis acentos, opuestos a los cantos de las sirenas; escúchalos sin enojo y grábalos en tu corazón hasta que unos labios más santos te revelen mejor la verdad.

»La virtud y sus bienes no moran bajo apacibles sombras en anchos prados, entre fuentes y flores, y ninfas y sirenas, sino en la cima de una montaña escarpada. Para llegar allí es preciso arrostrar los hielos del invierno y los ardores del verano, y huir de los placeres. Ahora bien, ¿preferirías arrastrar tu vida lejos de aquella altura, como pájaro altivo en un inundo valle? La Naturaleza, que te dió una frente que mirase al cielo, te infundió un ánimo generoso y sublime para que te enaltezas y eleves hasta los supremos honores con tus ilustres hechos. Puso asimismo en ti una cólera impetuosa y pronta, no para emplearla en civiles discordias ni para servir a sentimientos bastardos y contrarios a la razón, sino para que tu valor, armado de ella, te hiciese más temible a tus contrarios y pudieses reprimir más fácilmente las pasiones, crueles enemigos interiores del hombre. Así, pues, deja al piadoso Godofredo que dirija tus bellas prendas y las emplee en los usos

para los cuales te fueron concedidas, y que ora las vuelva ardientes, ora frías, ora la refrene, ora les dé rienda.»

Reinaldo escuchaba avergonzado y con los ojos fijos en el suelo esas graves palabras llenas de sabiduría, y las grababa en su corazón, mientras el anciano, penetrando sus pensamientos secretos, proseguía de esta suerte:

«Levanta la cabeza — ¡oh, hijo mío! —, fija los ojos en este escudo donde verás grabadas las hazañas de tus mayores. Verás la fama de sus preclaros hechos divulgándose por los más remotos y solitarios parajes. ¡Cuán atrás te dejan en el ilustre camino de la gloria! ¡Ea, ea, despierta ya, y sean estos relieves otros tantos incitativos de tu valor.»

Mientras así le hablaba, Reinaldo contempla atónito el rico escudo. Un hábil artista ha trazado con maestría infinitas figuras en limitado espacio. Véase en él la augusta estirpe, no interrumpida, de Accio, trayendo su origen puro e incorruptible de la antigua Roma. Todos sus príncipes ciñen inmarcesibles laureles; el anciano le refiere sus guerras y sus victorias.

Le enseña primero a Cayo. Cuando el Imperio se hallaba próximo a su ruina e iba a caer en manos de las naciones bárbaras, Cayo fué llamado al trono, viniendo a ser así el tronco de la Casa de Este. Sus vecinos, más débiles y que no tenían quien les rigiese, se sometieron a su autoridad. Después de él, bajo el reinado de Honorio, volvieron a presentarse los godos.

Muéstrale en seguida a Aurelio salvando la libertad de sus súbditos del furor de los bárbaros que devastan a sangre y fuego y esclavizan a Italia, que amenazan con una ruina inevitable a Roma, su prisionera y esclava. Luego le hace ver a Foresto oponiéndose al huno dominador del Norte.

El joven guerrero reconoce al momento al fiero Atila por sus ojos de dragón, por su rostro de perro. Cualquiera creería al mirarlo que rechina los dientes o que deja oír sus ladridos. Vencido en singular combate se le ve refugiarse en medio de sus tropas, y el valiente Foresto, el Héctor de Italia, se encarga de la defensa de Aquileya. En otra parte se ve representada su muerte y su destino, que es también el de la patria. Su hijo Ascarino, digno de tal padre y de heredar su gloria, llega a ser el campeón del honor italiano. Vese asimismo a Altino, vencido por el hado, no por los hunos, buscando un sitio más seguro, funda en un valle del Po una ciudad compuesta de mil aduares. Opone un dique a las inundaciones de aquel río orgulloso, y eleva la ciudad que debía en los siglos venideros ser-

vir de asiento a los magnánimos príncipes de la Casa de Este. Osténtase vencedor de los alanos, mas vencido a su vez por Odoacro, muere combatiendo por Italia. ¡Muerte gloriosa, que le hace partícipe de los laureles de su padre!

Vese asimismo a Alforisio sucumbiendo a su lado, y a su hermano marchando al destierro y volviendo a establecerse en su patria por medio de las armas y del talento después de la muerte del rey de los Hérulos. Inmediato a éstos se ofrece a las miradas de Reinaldo el Epaminondas de la Casa de Este, con el ojo derecho atravesado por una flecha, sonriéndose en la muerte y satisfecho por haber vencido a Tótila y salvado su escudo querido. Hablo de Bonifacio; Valeriano, su tierno hijo; sigue las huellas de su padre. Cien escuadrones de godos no pudieron resistir a su brazo vigoroso y a sus bríos. No lejos de él, Ernesto, de feroz semblante, derrotaba a los Esclavones, y el intrépido Aldoardo arrojaba de Montecelso al rey de Lombardía.

Allí estaban también Enrique y Berenguer, quien ocupa siempre el primer puesto como ministro o como capitán, dondequiera que despliegue el gran Carlos sus estandartes. Milita después bajo las órdenes de Ludovico, quien le concita contra su sobrino que reina en Italia, y lo vence y hace prisionero. Después de éste viene Otón con sus cinco hijos.

Veíase cerca de éstos a Almerico, marqués de la ciudad situada en las orillas del Po y fundador de iglesias, levantando al cielo sus piadosas miradas. Frente a él habían grabado a Azzo II luchando con Berenguer; la fortuna, adversa al principio, le favorece después, y triunfa y queda dueño de Italia.

Su hijo Alberto pasa a establecerse entre los germanos y se distingue por su valor; vencedor de los daneses en las batallas y en las justas, Otón lo aceptó por yerno y dióle un crecido dote. Detrás de él está el impetuoso Hugo, el que logró desbaratar las águilas romanas, que se hizo marqués de Italia, y cuyo poder saludó con júbilo toda la Toscana.

Más lejos se veía a Tedaldo, y cerca de éste a Bonifacio y a Beatriz, su consorte, mas no tenían nadie junto a ellos para heredar su ilustre nombre y su inmensa fortuna. Sigue después Matilde, cuyo mérito suple su juventud y el sexo; prudente y virtuosa, es más grande que el cetro que empuña y que la corona que ciñe. Su noble semblante respira firmeza, y brilla en sus ojos un vigor varonil. Aquí ahuyenta a los norman-

dos y a su caudillo Guiscardo, poco antes invencible; allí desbarata el ejército de Enrique IV y le toma el estandarte imperial que ofrece a Dios en un templo, y más tarde repone al Soberano Pontífice en la Silla de San Pedro, en el Vaticano. Azzo V la acompaña y la ayuda en sus hazañas, como quien la honra y ama. La posteridad de Azzo IV, fecundá y afortunada, extiende a lo lejos sus ramas. Güelfo, hijo de Cunegunda y animoso renuevo de los romanos, vuela a Germania y hace florecer los campos de Baviera.

El árbol, ya agostado, de los Güelfos, encuentra un apoyo en la Casa de Este; sus ramas recobran su vigor y brillan floridas de cetros y coronas. Pronto con el favor del Cielo crece hasta tocar las estrellas y cobija con su sombra a toda Germania.

El real trono italiano no es menos ilustre ni sus ramas menos floridas. A la par de Güelfo se ve a Bertoldo y a Azzo VI igualando el lustre de sus abuelos. Tal es la serie de esos héroes que parece que alientan y que se muevan sobre el bronce donde están esculpidos. Reinaldo les contempla y su vista despierta en su alma el honor y el desnudo. Arde en su pecho el fuego de la emulación, y deja arrojarse de tal suerte que cree realidades lo que imagina; ya le parece ver asaltada la Santa Ciudad y muertos sus defensores. Su esperanza se transforma en hechos; se arma precipitadamente, triunfa y previene la victoria con el pensamiento.

Entonces el escudero danés, el que le refiriera ya la muerte de Esveno, heredero del cetro de su patria, pone en sus manos la real espada. «Acéptala — le dice —, y no menos justo y piadoso que valiente, empléala en defensa de la fe cristiana, y venga a su primer poseedor, que tanto te amó y que en ti confía.»

«Plazca a los Cielos — exclama el guerrero —, que esta mano que empuña la espada vengue a su señor, y le satisfaga con ella lo que por la misma le debe.» En breves palabras, con alegre semblante, le manifiesta el escudero su gratitud. Luego, el anciano se adelanta y apremia a los guerreros para que prosigan su viaje.

«Tiempo es ya de que vayas adonde Godofredo y sus huestes te esperan — dijo a Reinaldo —, y adonde llegarás en ocasión muy oportuna. Partamos, pues; por más obscura que esté la noche sabré guiaros a las tiendas cristianas.» Así diciendo, sube a su carro; hace subir con él a los tres guerreros,

y tomando las riendas de sus corceles, les excita con el látigo y se dirige hacia Oriente. Marchan silenciosos en medio de las sombras que les cercan; mas de repente, el anciano se dirige de nuevo al intrépido joven y le habla en estos términos: «Viste ya el antiguo y elevado tronco y las ramas de tu noble estirpe; pues, como ha sido fértil en héroes e ilustres varones desde su principio, lo será igualmente en adelante. Los siglos no han disminuído su vigor. ¡Ojalá que pudiera revelarte lo que serán tus descendientes en las edades veínderas, cual te hice conocer, a pesar de los siglos que sobre su memoria han pasado, a tus ínclitos abuelos! ¡Que no pueda hacer que el Universo les conozca antes de su nacimiento, para que te fuese dado contemplar una estirpe no menos numerosa en héroes y no menos rica en hechos preclaros! Mas no es permitido a mis artes descubrir la verdad que se oculta detrás del velo del porvenir, sino de una manera obscura e incierta cual una luz detrás de la niebla; y si te afirmo con certeza lo que ha de suceder, no me culpes de audaz por esto, pues lo sé por quien descubre sin velo los secretos del Cielo. Te predigo lo que le reveló la voz divina y que me descubrió.

»Jamás ninguna nación griega, latina o bárbara, en los siglos pasados o modernos, fué tan rica en héroes cual lo será tu posteridad; tus descendientes igualarán a los varones más preclaros de Esparta, de Cartago y de Roma. Y entre ellos veo descollar a un Alfonso, el segundo de este nombre, mas en valor el primero, que nacerá cuando, corrompido y degradado el mundo, apenas se verán en él capitanes ilustres. Ninguno sostendrá mejor que él la espada, el cetro y el peso de las armas y de la diadema, y llenará de irmensa gloria su nombre excelso.

»Joven todavía, dará pruebas de un valor no común en fieros ejercicios de guerra; será terror de bosques y de fieras y ceñirá los primeros premios en los torneos. Más adelante regresará de los combates no fingidos cargado de ricos despojos y de palmas, y no pocas veces ceñirán su frente coronas de laurel, de encina o de grama. Más entrado en edad, adquirirá la gloria, no menos digna de establecer la paz y el reposo en sus Estados, de conservar tranquilas y sosegadas sus ciudades en presencia de los poderosos ejércitos de los reinos vecinos, de alimentar y proteger las artes y los ingenios, de celebrar pomposos juegos y fiestas magníficas, de pesar con fiel

balanza los premios y los castigos y de prevenir con su prudencia los males futuros.

» ¡Oh, si nos diesen que, en estos tiempos aciagos en que los impíos infestarán la tierra y los mares y darán leyes a los pueblos más preclaros, se erigiese él en caudillo y en vengador de los templos por ellos destruídos y los profanados altares, cuán triste y cuán terrible sería su venganza sobre el tirano y su nefanda secta!

» En vano le opondrían el turco y el moro sus escuadrones armados; él llevaría triunfantes más allá del Éufrates o de las nevadas cordilleras del Tauro o de los Imperios donde reinan eternamente los ardores del verano, la cruz, el águila blanca y los dorados lirios de su familia, y descubriría las ignoradas fuentes del Nilo y bautizaría las negras frentes de sus moradores.» (128).

Reinaldo escuchaba con rostro alegre las sabias palabras del anciano. La idea de la gloria de su posteridad llena su corazón de un dulce júbilo.

Aparecía, en tanto, la aurora, mensajera del día, matizando el cielo de Oriente, y veíanse ya flotar los estandartes que coronaban las tiendas de los francos. «El Sol brilla sobre vuestras frentes — prosiguió el anciano —, y sus rayos amigos iluminan las tiendas, el llano, la ciudad y el monte. Yo os he guiado hasta aquí por caminos extraviados, preservándoos de todo obstáculo e insulto; en lo que resta de camino podéis

(128) La Casa de Este, una de las más antiguas de Europa, tuvo la suerte de ser celebrada por dos grandes poetas: Ariosto y Tasso, los cuales quisieron en ello imitar a Virgilio, que había cantado a Augusto, mas la profunda obscuridad de la mayor parte de los príncipes de aquella familia distaba mucho de igualar la gloria de César. Tasso atribuye a Reinaldo un escudo donde están grabadas las imágenes de sus antepasados, cuyas proezas le refiere un anciano, de la misma manera que Virgilio hace descender del cielo un escudo donde estaban esculpidas las futuras hazañas de los descendientes de Octavio; y como Virgilio en la *Eneida*, Ariosto y Tasso describieron en sus poemas genealogías fabulosas. El origen de la familia de Este no se remonta hasta los romanos, sino que es preciso buscarlo entre los duques y marqueses soberanos de la Toscana en el siglo IX. Obesto I, que gobernaba en 931 la Lunigiana y el condado de Obertenga, parece ser el tronco de esta familia.

El duque Alfonso II, tan ensalzado por Tasso, debía ser un día su perseguidor y el que le encerraría por loco en el hospital de Santa Ana, de Ferrara. Este príncipe, a quien el poeta deseaba ver al frente de una cruzada contra el turco, no hubiera sido digno ni capaz de tal empresa: dotado de una inteligencia mediana, y presuntuoso sin energía, pasó su vida en medio de las fiestas, de los torneos y de las justas.

marchar sin guía; no me sería permitido pasar más adelante.»

Dijo, y despidiéndose de los guerreros, les dejó que continuasen a pie su camino. Prosiguieron ellos su marcha hacia la parte por donde sale el día, y llegaron así a las tiendas latinas. La fama divulgó al momento el deseado regreso de los tres adalides, y el piadoso Godofredo se levantó de su asiento y salió a recibirlos.



CANTO DÉCIMOCTAVO

El intrépido Reinaldo deplora sus errores, va a la selva a destruir sus encantos y regresa vencedor. — Recíbese la noticia de que se acerca el ejército pagano y Vafrino se traslada en medio de los enemigos para espiar sus proyectos. — Trábase un áspero combate en los muros de Sión, y los cristianos se apoderan de la Ciudad Santa.

LEGADO Reinaldo a la presencia de Godofredo, prorrumpió en estas razones: «Celos de honor, Señor, me excitaron a vengarme del guerrero noruego; si te ofendí, ya lo pagué con el pesar y el arrepentimiento que me desgarró el corazón. Ahora vuelvo a tu voz dispuesto a hacer lo que me ordenes para granjearme de nuevo tu amistad.»

Así le dijo, inclinándose con respeto; y Godofredo le estrecha entre sus brazos: «Olvidemos los tristes recuerdos de lo pasado — le dice — y no mentemos más lo que fué. Sólo te exijo que, en reparación de tus errores, cumplas las proezas que llevaste siempre a cabo. La principal y más urgente es de momento que en nuestro pro y en daño de los infieles libres la selva de los encantos que la hacen a nosotros impenetrable, pues debes saber que la antiquísima selva que nos suministraba madera abundante para nuestros usos se ha convertido, no sé por qué motivo, en espantosa morada de encantamientos. No hay ya, desde entonces, quien se jacte de haber derribado uno solo de sus árboles, y, sin embargo, fuera loca temeridad expugnar la ciudad sin máquinas de guerra. Haz, pues, brillar tu intrepidez en el sitio donde han palidecido los más valientes.»

Dijo, y el caballero, en breves palabras, se ofrece a arrosar sólo los peligros y fatigas de aquella empresa. Lo hace en

breves palabras, mas bien se echa de ver en su actitud que cumplirá más de lo que promete. Luego, con alegre semblante, se vuelve hacia sus amigos (Güeldo y Tenero y todos los caudillos habían acudido a verle) y les va tendiendo la mano. Tras ellos, después de haberles reiterado sus más vivas protestas de amistad, Reinaldo saluda con afabilidad a las clases más inferiores del ejército. No fueran más ruidosos los gritos de alegría, ni más espesa la muchedumbre que le rodea si hubiese vuelto montado en un rico carro de triunfo después de haber vencido a todos los pueblos de Oriente y del Mediodía.

Diríjese en seguida a su tienda rodeado de halagos y se sienta en medio de un círculo de amigos. Contesta extensamente a sus preguntas y les interroga a su vez sobre el estado de la guerra y sobre los hechizos de la selva. Mas después que se hubieron separado y despedido todos, el santo ermitaño le habló de esta suerte: «Tú has hecho un viaje peregrino y maravilloso y visto muchas cosas. ¡Cuán agradecido debes de estar al supremo Monarca del Universo!. Él te ha arrancado del encantado palacio; te ha vuelto, oveja descarriada, a su rebaño y te ha acogido en su redil; Él, en fin, te ha elegido, por medio de Godofredo, para que llesves a cabo lo que te ordena. Mas no conviene que armes aún tu mano profana para dar cima a nuevas hazañas. De tal suerte te has sumergido en las tinieblas del mundo, de tal suerte te has mancillado con las torpezas de la carne, que las aguas del Nilo, del Ganges o del océano no serían suficientes para lavarte. Sólo la gracia divina puede purificarte de tus errores; así que, vueltos tus ojos y tu espíritu al Cielo, confiesa tus culpas, implora tu perdón y ruega y llora.»

Así lo dijo, y Reinaldo se lamenta en su interior de su orgullo y de sus locos amores; luego se arroja a sus pies, triste y compungido, y le confiesa sus pecados. El ministro del Cielo le concede su remisión: «Mañana — le dice en seguida — irás, apenas despunte el día, a orar al Eterno en la cima de esa montaña que recibe los rayos del sol naciente. Desde allí te trasladarás a la selva, residencia de fantasmas y de engañosas visiones. Tú domarás, lo sé, sus monstruos y gigantes con tal que no caigas en nuevos errores. ¡Ah, que tu corazón no se deje ablandar por el dulce acento o por los suspiros de ninguna belleza que solloce o cante, o que te sonría o mire con ternura! Desprecia sus falaces semblantes y sus mentidas querellas.»

Así le aconseja, y el guerrero se prepara a la alta empresa estimulado por el deseo y la esperanza. Pasa pensativo el día y la noche, y antes que la aurora ilumine el cielo, se ciñe su más hermoso arnés y una sobrevesta nueva y de color extraño, y dejando a sus compañeros, sale de su tienda, a pie, solo y silenciosamente.

Las sombras luchaban todavía con los primeros resplandores del día, que empezaba a iluminar el Oriente, y decoraban aún el cielo algunas estrellas, cuando dirigió sus pasos hacia el monte Olivete, admirando con los ojos fijos en el cielo las divinas y eternas bellezas de la moribunda noche y de la aurora que nacía.

«¡Oh, cuántas esplendentes antorchas — decía en sus adentros — iluminando el templo de los cielos! El día tiene su carroza de oro, y la noche ostenta en su manto las estrellas brillantes y la argentada luna; y sin embargo no hacemos caso de estas maravillas y vivimos en medio de obscuridad y tinieblas, seducidos por las miradas y la sonrisa de un semblante mortal.»

Embebecido en estas reflexiones llegó a la cumbre del monte. Postróse allí y levantó reverente su pensamiento al Cielo y fijó los ojos en el Oriente: «Oh Padre mío y Señor! — exclamó —. Mira con ojos de clemencia mi juventud y mis primeras faltas; derrama sobre mí los tesoros de tu gracia y devuelve a mi corazón su primitiva pureza.» (129). En tanto que así oraba, frente a él se asomaba la aurora, cuya luz doraba ya su casco y su armadura y la verde cima del monte. El suave aliento de la brisa acariciaba su semblante y su pecho, mientras que desde el seno de la hermosa aurora se derrama un suave rocío sobre su cabeza. El rocío del cielo se derrama asimismo sobre sus vestidos, que parecen de color de ceniza, y de tal modo los empapa que les quita su palidez y les deja una luciente blancura. De la misma manera el frío de la mañana embellece las agostadas flores y las hojas; y asimismo también la serpiente, al rejuvenecerse, deja su antigua piel y se viste la nueva de brillantes colores. El mismo Reinoldo, contemplándola, admira la hermosa blancura de su

(129) La confesión de faltas entraba también en las costumbres de la caballería. Jamás un paladín emprendía una expedición lejana y peligrosa sin reconciliarse antes con Dios; observaba un ayuno riguroso y juraba de rodillas los Evangelios. No sólo tenían efecto estas piadosas demostraciones antes de las batallas, sino hasta en los torneos y regocijos.

veste. Luego, con pasos tranquilos, se dirige hacia la antigua selva. Estaba en el lugar donde los más osados retrocedieron de terror a la sola vista de los árboles. Sin embargo, nada ve que le infunda miedo, antes al contrario, todo le parece halagüeño y delicioso.

Intérnase en la selva y oye una armonía lejana que se esparce suavemente por el aire, y el suave murmullo de un río, y el viento que suspira entre las hojas, y el canto melancólico del cisne, y las quejas del ruiseñor que llora; oye aún un concierto de voces humanas, órganos y cítaras; tantos y tan suaves sonidos se exhalan de un único sonido.

El guerrero, como les sucediera a los otros, esperaba oír truenos espantosos; pero en vez de truenos oye sólo el dulce son que forman las voces concertadas del aura, de las aguas y las aves, de las ninfas y las sirenas. Detiéndose admirado y luego prosigue su camino suspenso y lentamente, sin que encuentre más obstáculo en su marcha que el que le opone un arroyo pacífico y transparente. Tapizan sus márgenes risueñas alfombras de verdor que exhalan un suavísimo aroma, y con sus vueltas, cual guirnaldas de plata, ciñe su corriente el espacioso bosque, mientras uno de sus brazos se interna por él y lo separa en dos. Baña el bosque, y el bosque le da sombra, y así intercambian aguas y frescuras.

Mientras busca el guerrero por dónde vadearlo, se ofrece a su vista un puente admirable de oro, sustentado por sólidos arcos, que ofrece a su intrepidez un ancho paso. El héroe lo atraviesa, mas apenas pone el pie en la orilla opuesta, cuando el puente se desploma y es arrebatado por la violencia del río, que, de manso, se convierte en un instante en torrente impetuoso.

Reinaldo se vuelve y lo contempla desbordado, como río engrosado por las nieves, y ve sus ruidosas olas que giran sobre sí mismas formando rapidísimos remolinos. Sin embargo, un deseo irresistible de novedades le atrae a penetrar donde la selva es más espesa, y en aquellas soledades silvestres se ofrecen a cada paso nuevas maravillas a su vista.

Doquier que pone la planta parece que fructifique el suelo o que se cubra de flores. Aquí se abre un lirio, allí una rosa descubre de repente su cáliz; acá nace una fuente, más allá se desliza un arroyo; por todas partes la añosa selva parece rejuvenecerse; reverdece la corteza de los árboles y las plantas recobran su matiz y lozanía. Un maná celeste salpica las

hojas cual el rocío, y las cortezas vierten sabrosa miel. Déjase oír de nuevo la suave y extraña armonía de cantos y lamentos. Mas ¿de dónde parten tales voces humanas, que dejan atrás en melodía a las del cisne, de las olas y de los vientos? ¿Dónde están los que exhalan aquellos acentos? ¿Dónde los instrumentos de aquel concierto? Reinaldo no logra saberlo.

Mientras mira en torno suyo, negándose a creer a sus sentidos, ve un mirto apretado que se eleva en medio del claro en que termina aquel sendero, extendiendo y lanzando al aire sus ramas que dominan al ciprés y a las más altas palmeras, cobijando con sus sombras a los demás árboles, como altivo monarca de la selva. Detiéndose el guerrero en aquel claro y se ofrecen a su vista nuevos prodigios. Ve abrirse una encina y salir de su hueco y fecundo tronco una joven ninfa, extrañamente vestida, y abrirse al propio tiempo otros cien árboles y saltar de su seno otras tantas ninfas.

Cual vemos en la escena o pintadas en los cuadros las divinidades de las selvas, con los brazos desnudos, corto y flotante el traje y calzando leves coturnos, así se le aparecieron las fantásticas hijas de los árboles, salvo que éstas no sostenían arcos y aljabas; sostenían, al contrario, laudes y melodiosas arpas.

Apenas surgidas empezaron a desplegar sus danzas, haciendo una guirnalda de sí mismas; rodearon y ciñeron al guerrero, rodearon al mirto con su ancho círculo, y con suavísimos acentos lanzaron al aire este canto: «En hora afortunada llegaste a esta apacible mansión, ¡oh tú, esperanza y amor de nuestra reina! Ella espera de tu llegada que curarás sus amorosos pensamientos y las heridas que abrieron en su corazón las flechas del amor. Esta selva tan negra poco antes y tan en armonía con su existencia triste, se ha embellecido y revestido con tu presencia de las más graciosas formas.» Así cantaron ellas, y al terminar, el mirto entreabrióse y exhaló a su vez una nota melodiosa.

En la antigüedad se admiraban las maravillas que encerraba en su seno un rústico tronco, mas aquel mirto elevado deja ver en el suyo bellezas más raras y perfectas. Ofrece a los ojos de Reinaldo una mujer cuyo engañoso aspecto tiene algo de celestial; el guerrero la mira y le parece reconocer el semblante de Armida y su dulce sonrisa.

La encantadora le contempla con lánguidos y alegres ojos: ¡cuántos y cuán encontrados afectos revelan sus miradas! «Te

vuelvo a ver por fin; por último, tornas a los brazos de que huiste. ¿A qué vienes? ¿Vuelves, quizá, a alegrar mis tristes días y a hacerme olvidar mis noches en que he llorado viuda, o a moverme nueva guerra y a perseguirme en mi retiro? ¿Por qué me ocultas el rostro y me muestras las armas? ¿Vienes como mi amante o como mi enemigo? Ciertamente no preparaba para mi contrario el rico puente, ni abría para él las flores, los arroyos y las fuentes, ni para él desviaba los obstáculos y facilitaba el camino. Depón ya el yelmo, descubre la frente, vuelve a mí tus ojos amigos, acerca tus labios a mis labios, a mi seno tu seno, o al menos estrecha en tu diestra la mía.»

Así iba hablando y volvía sus bellos ojos implorando piedad, palidecía y fingía suspiros, sollozos y tiernas lágrimas. Martirio como el suyo hubiera enternecido un corazón de diamante; mas el caballero, avisado aunque piadoso, cierra el oído a sus razones y empuña el desnudo acero.

Dirígese al mirto, mas la encantadora se abraza a su tronco y protegiéndolo con su cuerpo: «No — exclama —, no es posible que me infieras tan cruel ofensa y que destruyas mi árbol. Depón la espada, ingrato, o más bien húndela en el seno de la infeliz Armida. Sólo traspasando mi seno y mi corazón podrá abrirse tu acero paso hasta mi hermoso mirto.»

Levanta el ardoroso héroe su acero, cerrando los oídos a sus súplicas; mas ¡oh nuevo prodigio! la encantadora se transforma, bien así como en los sueños se multiplican las figuras. El cuerpo de Armida engrosó considerablemente, sus facciones se ennegrecieron, desapareció su tez de marfil y de rosa, y convirtiéndose en enorme gigante, en un Briareo con cien brazos. Empuña cincuenta espadas y abraza cincuenta escudos, y llena de furor le amenaza; también las ninfas se arman, convertidas en Cíclopes horrendos. Mas tampoco ahora Reinaldo se amedrenta, antes redobla sus golpes y hiere con mayor fuerza al defendido mirto, que cual un ser animado, responde a los golpes con gemidos. Los campos del espacio se pueblan de monstruos y prodigios, y parecen las llanuras estigias (130).

El trueno retumba por el vasto cielo y los relámpagos rasgan el aire; ruge y se estremece la tierra; bajo sus plantas

(130) Los bosques eran, por lo regular, el teatro de las hazañas de la caballería. No hay un romance de la Edad Media que no emplace en ellos las mayores aventuras. Quizá Tasso ha sacado la idea de su selva encantada de las maravillosas descripciones de Lucano en *La Farsalia*.

los vientos batallan entre sí con violencia y lanzan la borrasca contra el héroe. Mas ni el horror de la selva ni el furor de los elementos logran detenerle, y sus golpes furiosos no dan en el vacío. Cae el tronco por fin bajo sus golpes, y es un tronco no más; el mirto no es más que mirto. El encanto se desvanece y huyen los fantasmas.

Vuelve a serenarse el cielo y a apaciguarse el viento; la selva torna a su estado natural, despojándose del horror de que la llenaron los encantos, y quedó sólo envuelta en su espesura y en su obscuridad. El vencedor busca aún si hay en ella otros obstáculos que puedan estorbar el que se corten sus árboles, y sonriéndose, exclama para sí: «Vanas apariciones; insensato es, en verdad, el que huye en vuestra presencia.»

Regresa al punto al campamento. En él el Ermitaño gritaba ya a los caballeros: «Quedan desvanecidos ya los encantos de la selva; ya vuelve de ella el vencedor guerrero... Vedlo...» Y en seguida, allá a lo lejos vieron su manto blanco que resplandecía. Su andar es noble y orgulloso, y su águila de plata brilla a los rayos del sol con nuevos fulgores.

El campo saluda su regreso con altos gritos de alegría. El piadoso Bullón le honra saliendo a recibirle, y no hay guerrero que no sienta el orgullo de lo que ha hecho ni sienta celos de los elogios que se le tributan. «Fuí, como lo ordenaste, a la selva temida — dice el guerrero al capitán —; vi y dispersé los hechizos; nuestros soldados pueden ya ir allá seguros; yo les he abierto el camino.»

Van todos a porfía a la antigua selva y cortan los árboles necesarios para las máquinas. Un oscuro obrero construyó sin arte las primeras torres; ahora una mano más diestra y más ilustre corta y reúne los maderos, y esta mano es la de Guillermo, capitán de los genoveses, poco antes pirata y rey del mar.

Forzado a retirarse y a ceder el imperio de las ondas a las grandes escuadras de los sarracenos, condujo al campo de los fieles a sus marinos y las armas y municiones de sus naves. No hay quien le aventaje en las artes mecánicas o de ingenio, y tiene a sus órdenes cien operarios que ejecutan lo que él idea.

Construyó primero catapultas, ballestas y arietes, destinados a derribar las sólidas murallas y a estorbar que las defendan los enemigos; pero luego emprendió una obra mayor: la construcción de una torre, admirable por su trabajo, hecha por dentro de pinos y de abetos y forrada en su exterior de

cueros para ponerla a cubierto de otro incendio. Sale de su parte inferior una larga viga que remata en una cabeza de carnero y que sirve para batir las murallas; lánzase de su centro un puente para dejarlo caer sobre los muros enemigos, y tiene en su cima una pequeña torre que se eleva o se baja según conviene.

La inmensa máquina, sostenida por cien ruedas, puede moverse sin trabajo por un terreno llano cargada de armas y de soldados. La multitud contempla admirada la presteza con que avanza la obra y la destreza de los operarios. Dos torres más, semejantes en todo a la primera, se levantan a la vez a su lado (131).

No ignoraban en tanto los sarracenos las obras que se hacían el campamento; los guardias colocados en las altas murallas y en los sitios más inmediatos a los reales, para espiar lo que pasaba en ellos, veían conducir del bosque robustos troncos de olmos y de pinos, y las máquinas que levantaban, aunque no podían distinguir sus formas.

Los paganos, por su parte, disponen también instrumentos de guerra, fortifican las torres y las murallas, y las levantan por la parte más débil para sostener el choque de un asalto. Creen ellos que no hay esfuerzo humano capaz de derribarlas; pero, a pesar de todo, Ismeno prepara para su defensa los fuegos más extraños y voraces.

El cobarde mágico compone una mezcla de azufre y de betún cogida en el lago de Sodoma, o quizá, según creo, en el río que gira nueve veces alrededor del infierno. Fabrica con la mezcla una mixtura fétida y abrasadora jurándose vengar con ella las injurias hechas a la antigua selva.

(131) En los siglos X y XI los pisanos y genoveses eran los más hábiles constructores de navíos, y prestaron grandes servicios a los cruzados fabricando las torres y las máquinas para el sitio de Jerusalén. Sin embargo, según se desprende de las crónicas, no fué Guillermo, capitán de los genoveses, sino Gastón de Bearne, quien dirigió aquellos trabajos. Las máquinas que se empleaban entonces para el asalto de las ciudades eran imitadas de las antiguas, y especialmente de las romanas.

La forma de las torres movibles era casi igual a la de una casa de madera de muchos pisos, y se componía de gruesas vigas y planchas de madera capaces de resistir a las piedras disparadas por las ballestas.

El arbitrio más seguro contra las máquinas era el fuego, y pocas veces se dejaba de acudir a él: los infieles, sin embargo, tenían un medio muy sencillo para impedir que se acercasen las torres a los muros, y que los sitiadores pudiesen apoyar en ellos los puentes: consistía en adelantar unas largas vigas con puntas de hierro que iban a apoyarse contra las máquinas.

Mientras el ejército se dispone para el asalto y los de la ciudad para la defensa, se ve pasar por el aire, sobre el campamento, una paloma que atraviesa ligera el espacio batiendo veloces sus alas.

La extraña mensajera descendía ya del seno de las nubes hacia la ciudad, cuando he aquí que salió, no se sabe de dónde, un alcón de pico encorvado y garras afiladas, que persiguiéndola, se coloca entre la ciudad y el campo. La tímida paloma no espera a su enemigo; mas éste, apresurando su vuelo, la impele hacia la tienda del capitán, y la hubiere alcanzado, pues tenía ya las garras sobre su tierna cabeza, a no haberse refugiado en el seno del piadoso Godofredo.

El caudillo la recoge y la defiende; mas luego, examinándola, ve con sorpresa que colgado del cuello por un hilo y oculto debajo de un ala trae un billete cerrado. Lo desata al momento, lo abre y lee escritas en él estas pocas palabras: «El caudillo Egipcio saluda al rey de Judea: No temas, Señor; resiste hasta el cuarto o quinto día, en que verás vencido a tu enemigo y libres de sus amagos estos muros.» Tal era el secreto que encerraba el billete escrito en caracteres bárbaros, y confiado al alado mensajero de que se valía a menudo el Oriente en aquellos tiempos (132).

Godofredo da libertad a la paloma, mas ella, reveladora de tan gran secreto, teme acaso volver a su dueño, y vuela sin ardor. El caudillo de los francos, en tanto, reúne a sus capitanes y les enseña el billete: «Ved — les dice —, cómo la providencia del Rey del Cielo nos revela lo que conviene que sepamos. No es tiempo ya, a mi parecer, de retardar el asalto; ensayemos una nueva arremetida, no perdonemos sudores ni fatigas para derribar los muros por la parte del Mediodía. Penosa empresa es abrírnos paso por este lado, pero es posible; por mí mismo he examinado el lugar y los pasos. Esta parte de la ciudad que defiende el mismo terreno es la que estará más desprovista de guerreros y fortificaciones.

»Tú, Raimundo, conducirás allí las máquinas y atacarás con ellas sus murallas, mientras que yo me dirigiré con el grueso de mi ejército contra la puerta del Norte; de esta

(132) No creemos necesario hacer observar que el billete encontrado por Godofredo debajo del ala de una paloma no tiene nada de oriental. Tasso conocía muy poco las costumbres de aquel pueblo. Formado en el estudio de las crónicas de los francos, tomó de Raimundo de Agiles, el crédulo historiador, la idea de aquella paloma que fué a buscar un asilo en las tiendas de los fieles.

suerte los sarracenos, engañados, se opondrán tan sólo en este punto a nuestro impetuoso ataque, en tanto que nuestra gran torre llevará a otra parte la guerra y la desolación. Al mismo tiempo Camilo acercará la torre tercera a las murallas, no lejos de nuestros guerreros.» Dijo, y Raimundo, que, sentado cerca de él, reflexionaba escuchándole, dijo: «Nada puede suprimirse ni añadirse al proyecto de Godofredo; sólo propongo que se envíe un explorador al campo enemigo, que espíe sus secretos y que nos dé a conocer con exactitud y veracidad el número y los proyectos de los contrarios y cuantos datos pueda.»

«Pláceme proponer para esta misión — añade Tancredo — a mi escudero, hombre inteligente, ágil, astuto, que reúne la prudencia a la audacia, que habla varias lenguas y que cambia a su voluntad de acento, de porte y de ademanes.»

Preséntase al momento y al oír lo que Godofredo y su señor le encargan, levanta sonriéndose el semblante, iluminado de gozo. «Parto al instante — dice —. Penetraré sin ser conocido en las tiendas de los paganos; lo haré en medio del día y enumeraré los hombres que tiene, uno por uno, y los caballos.

»Os prometo revelaros la fuerza de sus huestes y los designios de su caudillo, y me lisonjeo que sabré descubrir su estado de ánimo y sus pensamientos más secretos.» Así dice Vafrino, y sin tardanza, cambia su traje por una larga túnica, descubre su cuello y ciñe su cabeza con los numerosos pliegues de un turbante. Ármase de una aljaba y arco sirio, e imita las maneras de un bárbaro. Su facilidad en hablar diversas lenguas deja atónitos a los que le escuchan; Menfis le hubiera tomado por un egipcio, y por un fenicio, Tiro. Dispuesto ya todo, monta en un corcel tan ligero que apenas estampa sus uñas en la menuda arena, y parte para el campo enemigo. Entre tanto, los francos, antes que llegue el tercer día, allanan y recomponen los caminos, y concluyen sus máquinas, trabajando y fatigándose día y noche sin tomar descanso. En adelante nada habrá capaz de retardar o destruir los últimos esfuerzos de su pujanza.

Godofredo pasa en oración gran parte del día anterior al asalto, y manda que todos sus guerreros hagan la confesión de sus culpas y se acerquen a la mesa del Señor para comer el pan de vida. Hace alarde, después, de todas sus fuerzas y de sus máquinas en el punto en que menos piensa emplearlas, mientras el incauto pagano se regocija ante tales

preparativos contra la parte más bien defendida de sus murallas.

Mas durante la noche, en la cerrada obscuridad, el piadoso caudillo manda trasladar la inmensa y movable torre adonde la muralla es más débil. Raimundo, con la suya preñada de soldados, se instala en una eminencia desde la cual domina la ciudad, y Camilo arrima la suya a las murallas situadas entre el Norte y el Occidente.

Apenas se esparcieron por la parte de Levante los rayos mensajeros del sol, los paganos advierten, no sin turbarse, que no está la torre donde solía, que se elevan no lejos de sus muros dos torres que no habían descubierto hasta entonces, y que les amenazan por todas partes un sinnúmero de catapultas, arietes, ballestas y otras máquinas de guerra.

Los defensores de la ciudad no se muestran por ello perezosos en transportar sus medios de defensa al punto que amenaza Bullón con sus máquinas de guerra. Mas éste, que no olvida que tiene a sus espaldas la hueste de Egipto, ha tomado ya la ofensiva, y llamando a sí a Güelfo y a los dos Robertos: «Manteneos a caballo dispuestos a combatir — les dice —; y haced que mientras voy a atacar aquel punto de la muralla, que me parece el más flaco, no se acerque por la espalda ninguna hueste enemiga y nos mueva guerra.»

Dijo, y ya los cristianos dan el rudo asalto por tres distintos lados, al paso que Aladino, que ha vuelto aquel día a empuñar su acero, les opone sus guerreros divididos también en tres ejércitos.

El mismo rey, trémulo y debilitado por los años, ciñe su cuerpo con la armadura, no usada desde mucho tiempo y cuyo peso apenas puede sostener; y así armado, se adelanta contra Raimundo. Opone Solimán a Godofredo, y el fiero Argante a Camilo, que lleva en su compañía al sobrino de Boemundo; la fortuna favorece a este guerrero y le pone en presencia del enemigo a quien debe vencer.

Empezaron a disparar los arqueros, con sus armas impregnadas de mortal veneno; el cielo pareció obscurecerse bajo una inmensa nube de dardos. Pero con mayor fuerza, con golpes más terribles, disparaban las máquinas de guerra. Enormes y pesadas bolas de mármol volaban por el aire contra el muro, y las enormes vigas, con sus puntas de acero, batían las murallas.

Cada piedra semeja un rayo, y de tal suerte tritura arneses y miembros, que no sólo arranca el alma y la vida al enemigo,

sino que ni siquiera deja a su cuerpo forma humana. Los venablos que despiden no se paran en las heridas que abren: atraviesan los cuerpos, salen por el lado opuesto, y en su impetuoso vuelo siembran la muerte por todas partes.

Tantos estragos no impiden, sin embargo, a los sarracenos el correr a la defensa. Había ya opuesto a los violentos choques telas ligeras y otras materias blandas, para atenuar la fuerza de los golpes que abaten las murallas, y a los dardos contestan con sus dardos, que caen como lluvia donde la multitud de sitiadores es más espesa.

Los cristianos no cejan, entre tanto, en su triple asalto: los unos se ponen a cubierto, detrás de las máquinas, de la granizada de dardos que llueve en vano sobre ellos; los otros empujan hacia los muros las torres, que los paganos rechazan con todas sus fuerzas, y procuran echar sus puentes sobre los muros, que los arietes sacuden con sus frentes de bronce.

En tanto, Reinaldo, que cree indigno de su valor aquel peligro, que tiene en poca estima el honor adquirido recorriendo con la multitud de los guerreros las sendas conocidas y comunes, se para un instante dudoso, pasea en torno suyo sus ojos y se complace en tentar la senda que evitan todos: quiere asaltar los muros por el lado en que son más elevados y se hallan mejor defendidos.

Así, dirigiéndose a los famosos guerreros que militaron hacía poco a las órdenes de Durón: «¡Oh vergüenza! — exclama —. ¿Dejaremos en paz a ese muro que permanece en pie rodeado de nuestras armas? El valor supera los peligros; para los animosos todos los peligros son llanos. Movámonosle guerra y formemos con nuestros escudos un denso muro impenetrable a las flechas enemigas.»

A estas palabras rodean todos a Reinaldo, y levantando los escudos sobre sus cabezas y uniéndolos entre sí, forman un techo de hierro a cuyo abrigo desafían la tempestad horrible. El valiente escuadrón se abalanza a las murallas así cubierto: ni las piedras, ni las armas que lanzan sobre ellos logran detenerles: armas y piedras se estrellan sobre el broquel inmenso.

Al llegar al pie de los muros, Reinaldo arrima a ellos una escala de cien gradas, que maneja con brazo robusto, tan ligera como el viento la caña. Llueven sobre el guerrero vigas y trozos de columnas sin que logren detener sus pasos: en su intrepidez no lograrían intimidarle aunque se desplomasen sobre él el Olimpo y la Osa.

Una nube de flechas cae sobre sus espaldas, y un monte de escombros sobre su escudo, mas él no cesa; con una mano cubre su cabeza, con la otra toca ya la muralla. Su ejemplo excita a sus compañeros a acometer cual él grandes hazañas. Ya no está sólo en el asalto; muchos arriman a los muros altas escalas, mas su destino es desigual como su denuedo.

Mueren unos, caen otros derribados al fofo. Él, en su ardor sublime, continúa subiendo, animando a unos, lanzando a otros amenazas. Tan alto está que alcanza ya los merlones con su brazo. Los paganos corren allí de todas partes y lo empujan; esfuérganse en derribarlo; mas en vano. ¡Oh prodigio! Un hombre solo, suspendido en el aire, resiste a todo un ejército colocado sobre un terreno firme.

Sí, le resiste, y avanza y cobra nuevos bríos, y cual la palmera a la que doblega un fuerte peso, acrece su valor cuanto más la resisten y se levantan más cuanto más la oprimen, vence al fin a todos sus contrarios, rompe las lanzas y las picas que retardaban su ascenso, se hace dueño del muro y facilita y allana el camino a los que le siguen.

Él mismo alarga su victoriosa mano al hermano menor de Godofredo, que estaba a punto de caer, y le concede el honor de ser el segundo en el asalto. Entre tanto, el caudillo, en otra parte, sufría las suertes varias y peligrosas de la fortuna, pues no solamente peleaban allí los hombres, sino que hasta las máquinas se hacían entre sí la más cruda guerra.

Los sirios habían colocado sobre el muro un pesado leño que sirviera en otro tiempo de mástil de navío; sostenido por una gruesa viga ferrada, sujeta por dos cabos, lánzanlo adelante, y lo vuelven atrás, para lanzarlo de nuevo. Diríase una cabeza de tortuga, que asoma fuera y se oculta de nuevo en su concha.

De tal manera choca la viga con la torre y tan impetuosos son sus golpes, que rompe sus bien trabadas tablas, y la rechaza y entreabre. Mas de la inmensa máquina, armada también para aquel evento, surgieron dos grandes hoces, que, dirigidas con arte contra el leño, cortaron las cuerdas que lo sostenían (133).

(133) Es de notar que siempre que se trata de expediciones mañosas y de ardidés de guerra, el poeta las atribuye a la raza meridional. Esta raza era diestra y astuta. Las crónicas están atestadas de hechos de destreza de los provenzales; mientras los caballeros del Norte combatían lanza en ristre y con el rostro descubierto, los provenzales echaban mano de la astucia; eran no menos valientes, pero más ladinos.



A la manera que un enorme peñasco, minado por los años o arrancado de su asiento por la fuerza del huracán, rueda con estruendo y arrastra en su caída y desmenuza los rebaños, los edificios y los árboles, así la viga, al caer de la altura en que estaba colgada, arrastra consigo armas, guerreros y merlones. Hasta la torre experimentó la sacudida y temblaron las murallas y se estremecieron las colinas.

Godofredo se adelanta victorioso; cree ser dueño de las murallas, mas le detienen en su marcha los fuegos ardientes y fétidos que le arrojan. Jamás el Mongibelo exhaló tantas llamas de su cavernoso seno, ni el cielo de la India despidió jamás tan ardientes vapores en medio de los calores del estío. Acá surcan el aire vasos, dardos y globos de fuego; allá serpentean llamas negras o rojizas. La fetidez infesta el aire, el ruido ensordece, el humo ciega, y el incendio que provoca se propaga y lo devora todo; muy pronto los cueros húmedos que cubren la torre no podrán defenderla del fuego que los seca; y los arrolla cual pergaminos. La máquina va a ser pasto de las llamas si tarda el Cielo en socorrerla.

El magnánimo Bullón se mantiene a la cabeza de sus tropas, tranquilo como siempre e inalterable, y da aliento a los que con el agua prevenida al efecto riegan los quemados cueros. Mas el agua empézaba ya a faltar y los fieles se hallaban reducidos a un peligroso extremo, cuando he aquí que se levanta un viento impetuoso que rechaza las llamas contra los que las suscitaron.

Retrócede el incendio, y dirigiéndose en torbellino hacia el sitio en que tendieron sus telas los paganos, se comunica a ellas y pronto circuye las murallas otro muro de fuego. ¡Oh capitán glorioso!, el Eterno te ama y te protege. El Cielo combate por ti y los vientos soplan obedientes al sonido de tus trompetas.

El impío Ismeno ve volverse contra él sus fuegos de betún y azufre, pero quiere tentar de nuevo sus artes falaces para avasallar a la Naturaleza y a los hombres. Presentóse a vista de todos en la muralla en medio de dos mágicos que quisieron seguirle. Al ver sus torvos ojos, su negro y flaco semblante y su barba espesa, se le tomara por Caronte o Plutón en medio de dos furias.

Oíase ya el murmullo de sus palabras, que hielan de terror al mismo Cocito y Flagetonte; veíase ya obscurecido el cielo, y ceñirse el disco del sol de negras nubes, cuando un enorme peñasco, fragmento de una montaña disparado de lo alto de

la torre, vino a darles de lleno; los tres cayeron muertos, aplastados por un solo golpe, y con miembros y sangre confundidos. Las tres impías cabezas quedaron desmenuzadas y trituradas cual los granos de trigo debajo de las ásperas y pesadas muelas, y los tres espíritus malignos se despidieron gimiendo del aire puro y de la luz del sol, yendo a refugiarse en el seno de las tinieblas infernales. Mortales: escarmentad con su ejemplo.

La torre, salvada del incendio por el viento, se acerca a los muros, hasta poder echar y apoyar su puente sobre ellos; mas el intrépido Solimán vuela allí, y procura cortar el angosto paso. Redobla sus golpes, y hubiera conseguido su objeto a no haber aparecido de repente una nueva torre. La inmensa máquina se alarga y crece hasta sobrepujar a los más altos edificios. Los sarracenos, ante tal prodigio, huyen aterrados; sólo el fiero turco, no ceja, por más que se desploma sobre él una nube de piedras, ni desconfía de cortar el puente, alentando y llamando con sus gritos a los que temen.

Entonces se apareció al piadoso Godofredo el Arcángel Miguel, invisible a los demás guerreros, ceñido de su celeste armadura, cuyo resplandor oscurece el del propio sol cuando no le empaña nube alguna. «Godofredo — le dice —, ha llegado la hora en que Sión va a salir de su cruel servidumbre; no inclines, no, tus ojos asustados: mira con cuántas fuerzas viene el Cielo en tu auxilio.» Levanta los ojos y admira el inmenso ejército inmortal reunido en los aires. Yo disiparé la densa nube de tu humanidad que envuelve tus sentidos mortales, y verás a los espíritus celestes y podrás sostener por un momento los rayos de sus resplandores angelicales. Contempla las almas, que ahora habitan en el Cielo, de los que fueron campeones de Cristo, que pelean en tu favor y quieren acompañarte en la gloria de poner fin a tu gran conquista. ¿Ves aquellos torbellinos de polvo y humo y aquellas ruinas? Hugo combate en medio de ellos y mina los cimientos de las torres enemigas. Más allá verás a Dudón, que ataca con el hierro y el fuego la Puerta Norte, abastece de armas a los combatientes, les excita al asalto y al mismo tiempo arrima al muro las escalas. El que contemplas en aquella colina, vestido con traje sagrado y en cuya cabeza brilla la corona sacerdotal, es el obispo Ademaro, alma bienaventurada, que bendice a tus guerreros. Levanta más los atrevidos ojos y mira la hueste inmensa de los Cielos.» Bullón obedece y ve reunidos innumerables ejércitos alados, compuestos de tres escuadrones,

cada uno de los cuales se divide en tres círculos; el centro lo ocupan los más pequeños; los otros se dilatan y ensanchan más cuanto más apartados (134).

Deslumbrado, el caudillo inclinó los ojos, pero volvió a alzarlos en seguida. El augusto espectáculo había desaparecido ya. Entonces, volviendo la vista a los suyos, ve que la victoria les sonríe por todas partes. Los más intrépidos seguían a Reinaldo, y los sarracenos, estrechados, sucumbían por doquier. Entonces Godofredo, en su impaciencia, coge el estandarte de las manos de su fiel Alfiero, y se lanza el primero por el puente, mas el fiero Solimán le detiene en su mitad, y en aquel estrecho paso se desplegó, aunque en pocas acciones, un valor inmenso. «Sacrifico mi existencia para la salud de todos — grita el fiero pagano —; cortad el puente, amigos, detrás de mí; yo me defenderé y haré ver a los francos si soy o no una presa fácil.»

Mientras así habla, ve venir a Reinaldo, cuyo temible aspecto ahuyenta a los infieles. «¿Qué haré? — se dice Solimán —. ¿Debo sacrificar mi vida inútilmente?» Su mente se detiene en un nuevo medio de defensa, y deja libre el paso al capitán, que le sigue con ademán amenazador y clava en los muros el santo estandarte de la cruz.

La vencedora enseña flota en mil pliegues y los extiende con orgullo. Parece que hasta los vientos la acarician con respeto, que el sol le prodigue sus resplandores más vivos, que todos los dardos o flechas que le asestan, o se desvíen o retrocedan, y que hasta Sión y el opuesto monte la adoren gozosos e inclinen ante ella sus frentes. A su vista todos los escuadrones levantaron al cielo gritos de júbilo y de victoria, que resonaron en los montes repitiendo sus últimos acentos.

Casi en aquel mismo instante, rompe y supera Tancredo todos los obstáculos que le opusiera Argante, y bajando el puente de su torre, se lanza veloz a las murallas y clava también en ellas la cruz. Mas por la parte del Mediodía, donde combaten el anciano Raimundo y el tirano de Palestina, los guerreros de Gascuña no han logrado aún arrimar la torre a los muros. Aladino, rodeado de lo más escogido de sus tropas, les opone tenaz resistencia; y si el muro es más débil

(134) La idea de estos tres círculos que distinguen a los bienaventurados estaba muy generalizada en la Edad Media, y se ve reproducida en los frescos del camposanto de Pisa y en la mayor parte de los cuadros religiosos de la escuela italiana.

por aquella parte, es también la parte que está mejor defendida.

No sólo la inmensa mole encontró en aquel punto los caminos menos expeditos; tampoco el arte pudo tanto que no venciese allí la Naturaleza.

Sarracenos y gascones oyen, entre tanto, la señal de la victoria, que avisa al tirano y al de Tolosa que la ciudad ha sido tomada por la parte del llano.

«Compañeros, la ciudad está en nuestro poder — grita Raimundo a los suyos —. ¿Es posible que los vencidos nos resistan todavía? ¿Seremos los únicos que no tengamos parte en esta gloriosa empresa?» Mas el monarca ceja al fin y abandona aquel punto, cuya defensa le parece desesperada e inútil, y se refugia en la fortaleza, donde espera sostener un nuevo asalto (135).

Por murallas y puertas, derribado, destruído, o presa de las llamas cuanto se opusiera hasta entonces a su paso, el ejército vencedor penetra entonces en la ciudad. El hierro siembra por todas partes la desolación y la muerte, y el luto y el horror, sus compañeras. La sangre forma lagos o corre en arroyos que arrastran en su curso cadáveres y moribundos.

(135) El jueves 14 de julio de 1099, por la mañana, los francos dieron el asalto general a la Ciudad Santa, asalto mortífero y que duró hasta el día siguiente. Poco faltó para que los cruzados no fuesen también rechazados. Los infieles opusieron a sus esfuerzos la astucia, la destreza, y el valor. Jerusalén, pues, cayó en poder de los cruzados el viernes, 15 de julio de 1099, a las tres de la tarde, y después de un sitio de treinta y nueve días. Jesucristo había muerto también en un viernes y en la misma hora, y los caballeros, en la relación de su victoria, no olvidaron esta piadosa coincidencia.

Los detalles que da Tasso sobre el ataque general y la toma de Jerusalén está tomada palabra por palabra de Guillermo de Tiro, y sobre todo de Raoul de Caen: el poeta, convertido en historiador, ha conservado las menores circunstancias del asalto, y su relación está absolutamente conforme con las crónicas. Jerusalén había estado en poder de los infieles por espacio de cuatrocientos sesenta y un años, desde que se apoderara de ella el califa Omar en el 16 de la hégira (638 de J. C.).

CANTO DÉCIMONONO

Tancredo vence a Argante en singular combate. — Aladino se refugia en la fortaleza. — Herminia encuentra a Vafrino y le revela un importante secreto; entrambos toman el camino de la Ciudad Santa y encuentran a Tancredo moribundo. — Herminia cura sus heridas. — Godofredo sabe por Vafrino las asechanzas que le tienden los paganos.

LA muerte, la prudencia y el miedo han alejado a todos los paganos de las murallas; sólo el tenaz Argante permanece en los muros asaltados. Pelea todavía con sus contrarios mostrándoles su frente altiva y serena; más que a la muerte teme a la infamia de la fuga, y aun muriendo no quiere parecer vencido.

Sobre él se precipita Tancredo, el más temible de sus adversarios. En su talante, en sus ademanes y en sus armas el circasiano reconoce al momento al enemigo que peleó ya con él y que faltara a su promesa no volviendo al sexto día. «¿Es así — le gritó Argante — cómo cumples tu palabra? ¿Así tornas al combate? ¡Vuelves tarde y acompañado! No importa; no rehusaré combatir contigo y darte una prueba de mi valor, sin embargo de que a mi ver viniste aquí, no como guerrero, sino cual inventor de máquinas. Hazte un escudo de tus soldados; llama en auxilio nuevas astucias y nuevas armas; intrépido asesino de mujeres, ya no puedes escapar de mis manos, ni evitar la muerte.»

Sonrióse con desdén Tancredo y respondió así a sus altivas razones: «He vuelto tarde, mas no tardará en parecerte que ha sido demasiado pronto mi regreso ni pasará mucho tiempo sin que desees que te separen de mí las olas del mar o las rocas de los Alpes, pues luego te haré ver que si tardé

en venir no fué ni por temor ni por vileza. Sígueme, vencedor de gigantes y de héroes: el asesino de mujeres te desafía.» Así le dice, y volviéndose a los suyos les indica que se alejen: «Cesad de molestarle — gritó —; ese pagano es mi enemigo más bien que vuestro; un empeño de antiguo me obliga a pelear con él.» «Ya vengas solo o acompañado — repuso Argante —, ora me conduzcas a un lugar habitado o desierto, te seguiré doquiera, sean cuales fueren los peligros o las ventajitas.» Dicho esto, se ponen ambos en marcha con igual paso hacia la temible lid. El odio acompaña sus pasos, y hace que el uno, de defensor, se convierta ahora en enemigo.

Grande es la sed de gloria, y tan inmenso el deseo de Tancredo de derramar la sangre del pagano, que no creería satisfecha su cólera si otra mano vertiese de ella una sola gota. Cubre al infiel con su escudo y prohíbe le hieran a cuantos encuentra a su paso, arrancando de esta suerte sano y salvo a su enemigo de los brazos airados y vencedores de sus compañeros.

Los dos campeones salen de la ciudad; dejan tras de sí las tiendas de los francos, y por un camino tortuoso, por sendas excusadas, llegan a un angosto y obscuro valle; se extiende este valle entre colinas a manera de teatro, o cual si estuviese destinado a servir de palenque para los combates o de sitio para la caza.

Detiéndense allí los dos guerreros, y Argante dirige a la ciudad una última y triste mirada. Tancredo ve que su adversario viene sin escudo y tira el suyo, y le dice: «¿Qué pensamiento te ocupa? ¿Imaginas tal vez que se acercan tus últimos momentos? Si tus temores son hijos de tal idea, son a fe mía bien tardíos.»

«Pienso — responde el circasiano — en esta ciudad, antigua capital del reino de Judea, perdida en hora aciaga, y cuya fatal ruina me esforcé en evitar; pienso que tu cabeza, que pone en mis manos el Cielo, no basta a satisfacer mi venganza y mi furor.» Calló dicho esto, y los dos se embistieron con cautela, pues conocían su mutua intrepidez.

Tancredo es más ágil y desembarazado en sus movimientos y más veloz en el herir y en huir el cuerpo; el circasiano, de talla gigantesca, le aventaja más de un palmo de estatura. Vese al primero, encorvado y encerrado dentro de su arnés, avanzar o retroceder, empleando mil medios para desviar la espada de su rival, que encuentra siempre al paso.

Argante alto y erguido, despliega la misma destreza aun-

que de diferente modo; alarga los brazos cuanto puede y busca, no el acero, si no el cuerpo de su enemigo. Tienta Tancredo a cada instante nuevas astucias, mientras que el otro dirige siempre su espada al rostro; amenaza y desvía los golpes furtivos e imprevistos.

No de otra suerte en un combate naval, cuando soplan los vientos del Norte y del Mediodía sobre la superficie de los mares, luchan con igual ventaja dos buques de desigual tamaño, puesto que uno suple por la velocidad de sus movimientos la fuerza que le falta y que tiene el otro por su mayor volumen; el más pequeño va y vuelve y ataca al otro una y otra por la popa o por la proa; mientras que éste permanece inmóvil, amenazando destrozar a su enemigo si se atreve a acercársele.

El latino procura entrar a su adversario desviando su acero, Argante blande con viveza la espada y le presenta la punta a los ojos; Tancredo se apresura a evitar el golpe, mas el pagano, velocísimo, le descarga un violento fendiente que le abre una ancha herida en el costado, y le grita: «Famoso esgrimidor, fuiste vencido en tu arte».

Lleno de vergüenza y de despecho, Tancredo abandona sus astucias; de tal suerte le aguijonea el deseo de venganza que cree una derrota todo triunfo tardío. Responde a los ultrajes con el acero que dirige al capaceté del pagano. Para éste el golpe, mas Tancredo, entre enojado y resuelto, cruza con él la espada.

Mueve en seguida el pie izquierdo, y cogiendo con la siniestra mano el brazo derecho de su rival, le abre en el costado con la otra mortales y hondas heridas. «Así es cómo contesta — dice — el famoso esgrimidor vencido al famoso esgrimidor vencedor.» Estremécese el circasiano, y forcejea y pugna inútilmente para desasir su brazo de la mano que le sujeta. Suelta entonces la espada, dejándola pendiente del cinto y se precipita sobre Tancredo. El cristiano hace lo mismo y entrambos, abrazados, forcejean luchando a brazo partido. No con más fuerza peleó Alcides con el enorme gigante y le levantó del suelo; no con más vigor le ahogó entre sus fuertes y nervudos brazos.

Tales fueron sus arremetidas, tales sus esfuezos, que ambos cayeron al suelo a la vez derribados. Argante, por destreza o por casualidad, quedó con el brazo derecho libre y con el izquierdo debajo del cuerpo, mientras Tancredo lo hizo con su diestra bajo el costado del pagano. Vió el cristiano el

peligro, y con esfuerzo sobrehumano, desembarázase de su rival y logra ponerse en pie.

El sarraceno, menos ágil, quiere levantarse a su vez, pero antes de que lo logre, recibe un golpe terrible. Va a perecer, mas su pujante valor se reanima cuanto más cerca está de la muerte, de la misma manera que el pino levanta con más bríos la cabeza que el viento doblégó un instante. Vuelven a descargarse golpes a porfía y prosigue la lucha con menos arte, pero con más encarnizamiento.

Tancredo pierde sangre por más de una herida, pero el pagano vierte la suya, y sus fuerzas desfallecen como la llama no alimentada. El guerrero cristiano se da cuenta de que los golpes de Argante son cada vez más débiles; su corazón magnánimo depone al punto su furor, y retirándose algunos pasos, le habla así con blandas razones:

«Ríndete, valiente, y reconoce por tu vencedor a mí o a la fortuna. No quiero ni tus despojos, ni triunfar de ti, ni me reservo ningún derecho sobre tu vida.» Ante estas palabras, el feroz circasiano reúne todas sus fuerzas. «¿Y osas alabarte de llevar lo mejor del combate? — exclama —; ¿y osas proponer una acción cobarde al invencible Argante? Aprovecha tu suerte que yo nada temo, y no quiero dejar impune tu locura.»

A la manera que una antorcha próxima a extinguirse se reanima y despide más resplandor, así el pagano, supliendo con la ira la sangre que le falta, vuelve a recobrar sus bríos perdidos y quiere ilustrar sus horas postreras con una muerte gloriosa. Empuña el acero con entrambas manos y lo deja caer con doble fuerza; en vano le opondrá Tancredo su espada; la fuerza del golpe la desvía, alcanza el hombro a su enemigo, y resbalando de costilla en costilla le abre de un golpe numerosas heridas. Mas el cristiano no se inmuta, pues la naturaleza le dotó de un ánimo inaccesible al miedo. Descarga el infiel su nuevo golpe horrible, pero su ímpetu se pierde inútilmente en el aire y el viento, pues que Tancredo, atento y vigilante, desvió el cuerpo y lo evitó. Tú solo, Argante, por tu propio peso diste contra el suelo y no lo pudiste evitar; caíste, pudiendo tenerte por dichoso de que nadie pueda atribuirse la gloria de haberte derribado.

Ábrense sus heridas con la caída, y mana de ellas espesa y abundante sangre; apoya, sin embargo, su mano izquierda y su rodilla en el suelo y se dispone a defenderse: «Ríndete — le grita el generoso vencedor, ofreciéndole una rendición

de que no pueda avergonzarse. Mas el pagano acometiéndole por descuido, le hiere en el talón, y le amenaza todavía.

«Traidor — le dice Tancredo enfurecido —, ¿así abusas de mi compasión?» Y le hunde dos veces el acero en la visera, donde ésta le ofrece fácil paso. Sucumbe Argante y muere cual vivió, audaz y amenazando siempre. Sus últimas palabras, sus postreros movimientos fueron altivos y feroces (136).

Tancredo vuelve el acero a la vaina, y da gracias a Dios por la victoria. Su triunfo, empero, le ha dejado sin fuerzas. Teme, y con motivo, que su vigor agotado no podrá soportar las fatigas del regreso; pónese, no obstante, en marcha y deshace lentamente y con cansada planta el camino que recorrió poco antes.

Pronto ve que se agotan sus fuerzas, y se siente más débil cuanto más se afana; se ve, al fin, obligado a sentarse y apoya su cabeza sobre su diestra que tiembla como una caña. Le parece que giran los objetos a su alrededor; que el día se cubre de tinieblas y cae desvanecido, como muerto y de tal modo, que apenas sabría distinguirse entre el vencedor y el vencido.

Mientras se desarrolla aquí esta lucha, a la que una cuestión personal tanto ardor infundió, la ira del vencedor llena la ciudad de estrago y se ceba en el pueblo inocente. ¿Quién sería capaz de trasladar al papel el doloroso cuadro que ofrecía la ciudad conquistada, o reproducir con palabras aquel atroz y lamentable espectáculo?

Reinaba por doquier la matanza, y por doquier amontonábanse cadáveres; aquí se confunden los heridos con los muertos, más allá, bajo muertos insepultos, yacen los moribundos

(136) La sangrienta lucha entre Argante y Tancredo pertenece a estos combates que las leyes de caballería llamaban a *todo trance*, y en él no se daban o se concedían muy rara vez cuartel uno u otro adversario. El combate a todo trance empezaba por la lanza; cada caballero tomaba terreno o carrera, esto es, se embestían mutuamente lanza en ristre: si uno de los combatientes era arrancado de la silla, el otro se precipitaba sobre él espada en mano, y tenía derecho a matarle, a menos que la cortesía le inspirase sus sentimientos generosos, como se ve casi siempre en los poemas de la Edad Media. A veces la lanza, hecha de madera de encina, se rompía en astillas sobre la coraza o escudo: entonces cada uno se afirmaba en los estribos, empuñaba el acero y volvía a renovarse la lucha con mayor furor. Las armaduras eran, sin embargo, impenetrables a la espada, que no lograba abrirse paso ni por las junturas. Entonces venía el tercer período del combate: los dos adversarios se aferraban y luchaban cuerpo a cuerpo con el puñal de gracia o con la maza de armas en la mano.

sepultados. Huían las desgraciadas madres, con los cabellos sueltos apretando a sus hijitos contra su seno, y los saqueadores cargados del botín y de despojos asían a las doncellas por los cabellos.

Por la parte de Occidente, y por las calles que conducen a la colina más alta donde se eleva el templo, Reinaldo, teñido en sangre enemiga, acosa y persigue al pueblo impío. El generoso caballero deja caer su espada sobre los infieles que ciñen armas, y hace en ellos cruel carnicería; los escudos y los cascos son débiles obstáculos para sus golpes; la defensa más segura contra ellos es el estar desarmado. Sólo emplea su noble acero contra el acero, y se desdeña de ser cruel con los débiles; el que no es valeroso o no está armado, huye ante su mirada o ante el fiero sonido de su voz. ¡Quién hubiese podido presenciarse todos los prodigios de valor que llevó a cabo! Ya desprecia, ya amenaza, y da la muerte; pueblo y soldados procuran escapar con la fuga del peligro desigual que les amaga.

Habíase refugiado con los tímidos habitantes una tropa numerosa de guerreros en aquel templo, que a pesar de haber sido quemado y reedificado muchas veces, conserva el nombre de su primer fundador Salomón, quien había empleado en su construcción los cedros, los mármoles y el oro. No ostenta ya riquezas, pero, en cambio, se yergue, altiva fortaleza, con sus altas torres y sus puertas de hierro.

Llega el intrépido caballero al vasto edificio donde se ha precipitado la atemorizada multitud, mas encuentra cerradas las puertas y coronada la cima de instrumentos de defensa. Dos veces le examina de arriba abajo con torvos ojos, y otras tantas da la vuelta a su alrededor por ver si se descubre alguna entrada.

Bien así como en medio de las tinieblas de la noche el lobo gira en torno del redil, secas las ávidas fauces y estimulado en su hambre por la ira y por su natural ferocidad, de la misma manera Reinaldo examina los muros del templo y procura descubrir algún resquicio, por donde, bien o mal, pudiera penetrar en él. Párase por último en medio de la anchurosa plaza, mientras que en lo alto del edificio se ve a los infelices sarracenos esperando el asalto.

Había no lejos de allí, ignórase a qué uso reservada, una enorme viga; jamás ninguna nave de Liguria llevó entenas que en altura y grosor la aventajaran. Reinaldo la volvió hacia la recia puerta con sus fuertes brazos y blandiéndola

como una lanza la impelió contra ella con ímpetu increíble. Ni mármol ni metal resisten la violencia de sus golpes, más recios cada vez, más terribles. Despréndense de las paredes los goznes chirriadores, rómpense las cerraduras, y las puertas caen derribadas. El ariete y el cañón, instrumentos de muerte, no podrán jactarse jamás de haber acumulado tanto estrago. Los infieles se precipitan como un torrente en el templo, y Reinaldo les secunda.

El noble edificio, morada en otro tiempo de Señor, se convierte en teatro de horrores. ¡Oh justicia del Cielo! cuanto menos pronta más terrible eres para los culpables: ¡tú posees el secreto poder de encrudecer y despertar la ira en los corazones más específicos y compasivos! El impío pagano lavó con su sangre el templo que profanara.

En tanto, Solimán se ha refugiado en la torre principal llamada de David, y conducido allí los pocos guerreros que le quedan, para que cierren con estorbos y defiendan sus avenidas. Aladino se dirige también allá: «Ven, célebre monarca — le dice el Soldán al verle —; ven, pongámonos al abrigo de esta fuerte roca. Sola ella puede salvar tu vida y tu reino del furor del acero enemigo.»

«¡Ay de mí! — responde el monarca —; su bárbaro despocho destruye la ciudad hasta sus cimientos, y siento que se derrumban mi existencia y mi imperio. Viví y reiné, mas ya ni vivo ni reino. Con razón podemos decir que hemos sido, pues se acerca para todos el último e inevitable instante.»

«¿Dónde está, señor, tu antiguo denuedo — replica contristado el fiero turco —. La suerte enemiga podrá despojarnos de nuestros reinos, mas nos queda el valor y nadie podrá arrancárnoslo. Enciértrate allí dentro; descansa así de tus fatigas y restaura tus fuerzas agotadas.» Así le habla a la vez que, empujándole levemente, obliga al anciano rey a refugiarse en la bien defendida torre.

Solimán toma la ferrada maza, cuelga al cinto su leal espada y se coloca intrépido en medio del paso y lo defiende contra el pueblo franco. Sus terribles mazazos siembran la muerte, y cuando no, el terror, y huyen los guerreros a la sola vista de su maza.

Llega en aquel momento Raimundo de Tolosa seguido de sus valientes; el audaz anciano corre veloz al peligroso paso y desafía los horrendos golpes. Hirió el primero al pagano, más inútilmente; Solimán, más afortunado, le descarga la

maza sobre la frente, y lo derriba en el suelo, trémulo, aturdido y con los brazos abiertos.

Vuelve a renacer en los vencidos el desnudo que el temor debilitara, al paso que los francos vencedores o son rechazados o caen muertos en el estrecho paso. Solimán, entre tanto, viendo a sus pies y entre los muertos a Raimundo casi sin vida: «Traslada a ese caballero a la torre — grita a los suyos —, y retenedle prisionero.»

Adelántanse aquellos a ejecutar lo mandado, más pronto experimentan cuán ruda y peligrosa es la empresa. Los soldados de Raimundo no lo desamparan y vuelan todos a su defensa; pelea por una parte el furor, por otra el afecto; noble combate en que los unos batallan para proteger la libertad y la vida de un varón eminente y los otros para arrebatársela.

Solimán, tenaz en su venganza, hubiera al fin triunfado, pues de nada sirve oponer a su formidable maza pesados escudos o bien templados yelmos; mas, de repente, ve llegar un nuevo y poderoso refuerzo a sus contrarios, y que vienen, corriendo hacia allí de dos opuestos lados, el supremo caudillo y el guerrero.

A la manera que el pastor cuando oye rugir la tempestad y los truenos, y ve obscurecerse el día con las nubes surcadas por los rayos, retira sus rebaños de los prados, les busca solícito un asilo contra la ira del Cielo, les reúne con sus gritos, y marcha detrás de ellos dirigiéndoles con su cayado, así el pagano, viendo acercarse la inevitable borrasca que llenaba el espacio con su clamoreo y con el estruendo de sus armas, manda retirar a los suyos a la sólida torre, y se refugia en ella el postrero, cediendo al peligro cual valiente que escucha los avisos de la prudencia.

Apenas se ha retirado, no sin dificultad, a la torre y cerrado sus puertas, cuando, rotas las barreras, Reinaldo llega al umbral de las mismas, excitado por el deseo de vencer a un adversario que no reconoce igual en los combates, y por el juramento que hizo y no ha olvidado de dar la muerte al que la dió al Danés. Su brazo invencible se hubiera tal vez atrevido contra los inexpugnables muros, y quizá el Soldán no se hubiera creído allí dentro seguro de su fatal enemigo; mas el capitán manda tocar retirada, pues cubrían ya las sombras todo el horizonte, y acampa en aquel mismo sitio para renovar la lucha con el nuevo día.

«El Dios de los Cielos ha favorecido nuestras armas —

decía con rostro placentero a sus valientes —: hemos llevado a cabo lo principal, y pronto terminaremos sin temor lo poco que nos falta. Mañana atacaremos esa torre, débil y postrera esperanza de los infieles; entre tanto, mostraos compasivos con los heridos y enfermos.

»Id y cuidad a los que nos han conquistado una nueva patria con su sangre, lo cual sienta mejor al caballero de Cristo que el deseo de los tesoros y de la venganza. ¡Ah! ¡Demasiados horrores hemos presenciado en este día; harto ha dominado en algunos la sed de las riquezas! Os prohíbo en adelante saquear y mostraros crueles; que las trompetas proclamen al instante mis preceptos.» Dijo, y se traslada en seguida donde sufre y gime el Conde, vuelto en sí de su estupor.

Solimán, entre tanto, habla a los suyos con no menos audacia y disimula sus íntimos dolores. «Compañeros — exclama —, mostraos invencibles ante las andanzas de la fortuna, mientras nos quede todavía un resto de esperanza. Hoy es menos grave nuestro peligro, si bien lo exagera más un falso terror. Los enemigos son dueños únicamente de los muros, de las casas y de la plebe, mas no de la ciudad, la cual reside en el monarca, en vuestro valor y en la fuerza de vuestros brazos. El rey y sus más ilustres defensores están a salvo; estas altas murallas nos defienden. Dejemos a los francos el vano triunfo de una tierra desierta, que acabarán al fin por perder.

»La perderán, sí, lo aseguro, pues insolentes y audaces en la prosperidad, se entregarán a la matanza, a la rapiña y a los nefandos placeres, y serán dentro de poco sorprendidos y destrozados en medio de los estragos, del botín y de los desórdenes, si no tarda, como espero, en reunírseos la hueste de Egipto, que no puede estar lejos. Entre tanto, podremos señorear con nuestras piedras los altos edificios de la ciudad y quitar a los enemigos con nuestras máquinas todas las calles que conducen al Sepulcro.» De esta suerte, infundiendo vigor a los corazones abatidos, renueva la esperanza de los desgraciados infieles.

Mientras se sucedían en la ciudad estos acontecimientos, erraba Vafrino en medio de los batallones armados. Elegido para espiar las tropas enemigas partió este guerrero al declinar el día, y recorrió sendas ignoradas y solitarias cual peregrino nocturno y desconocido. Estaba más allá de Escalón antes que asomase la mañana en el balcón de Oriente, y llegó

a la vista del formidable ejército al brillar el sol en la mitad de su carrera. Vió ante sí innumerables tiendas en cuyos remates ondean estandartes azules, amarillos y de color de púrpura; oyó después tantos idiomas distintos, tantas trompetas, tambores, bocinas (137) e instrumentos bárbaros, y tantas voces de camellos y elefantes entre el relinchar de los fogosos potros, que dijo para sí: «Sin duda se han reunido en este sitio toda el Asia y el África.»

Examina ante todo la fuerza del ejército, su situación y sus medios de defensa, y en seguida, sin ocultarse de nadie ni buscar sendas tortuosas y solitarias, se encamina directamente a las puertas reales, y pregunta y responde a su vez, y siempre astuto, muestra en sus preguntas y contestaciones un semblante audaz y tranquilo.

Recorre solícito las plazas, las tiendas; examina detenidamente los guerreros, las armas y los caballos, y estudia sus movimientos y sus astucias y aprende los nombres de sus caudillos. No satisfecho aún con eso, aspira a recoger más noticias y espía y penetra sus designios más ocultos. Tanto hizo, manejóse con tanta destreza, que logró acercarse hasta la tienda del supremo jefe.

Examínala con detenimiento y descubre en la tela una abertura; por ella puede oírse y verse todo, pues la abertura corresponde al sitio donde están las más secretas estancias reales, y revela los secretos de su señor a cualquiera que esuche desde fuera. Vafriño, fingiéndose encargado de reparar el roto, espía entre tanto a su través. Ve al caudillo con la cabeza descubierta, revestido de su armadura, cubierto con su manto de púrpura y apoyado en una lanza; dos pajes sostienen, a alguna distancia de él, su yelmo y su escudo. Tenía la vista fija en un guerrero que había a su lado de talla gigantesca, robusto y de aspecto fiero y amenazador. Vafriño escucha, y oyendo pronunciar el nombre de Godofredo, presta más atención a sus razones.

«¿Conque estás seguro — dice el caudillo al otro —, de dar la muerte a Godofredo?» «Lo estoy — responde el gue-

(137) Los orientales fueron los primeros inventores de los instrumentos de música militar: siguiendo atentamente a los historiadores árabes se ve que los francos trajeron de Oriente los clarines, las bocinas, y más adelante los timbales, instrumentos de los más principales en las demostraciones militares, tales como las describen los historiadores de Oriente; vense además muchos manuscritos adornados de dibujos de trofeos, de triángulos, timbales y clarines musulmanes, que son casi iguales en forma a los de nuestros tiempos.



rrero —, y juro no volver a tu Corte si no regreso vencedor. Aventaré a los mismos que me acompañaron en la conju- ración, y no quiero más recompensa sino que se me permita elevar en El Cairo un trofeo con sus armas, y poner debajo de ellas esta inscripción: «Ormundo arrebató estas armas al cau- dillo de los francos, destructor del Asia, cuando le quitó la vida, y las colgó aquí para perpetuar la memoria de esta hazaña.» «No se dirá — replica Emireno — que nuestro monarca dejó sin recompensa tan importante proeza y no sólo te concederá lo que pides, sino que añadirá a ello más noble premio. Apronta, pues, tu disfraz y tus armas; se acerca ya el día de la batalla.»

«Todo está preparado» — replica el guerrero. Y dicho esto callaron los dos. Quedó Vafrino, al escucharles, atónito, dudoso, y revolviendo en su mente, sin poderlo adivinar, cuá- les debían de ser las armas, el disfraz y los medios de que echaría mano aquel guerrero para cumplir sus propósitos.

Retiróse de allí y pasó toda aquella noche sin cerrar los ojos; mas cuando el día siguiente el campo desplegó, sus es- tandartes a las brisas de la mañana, Vafrino marchó confun- dido con los demás guerreros, parándose cuando el ejército se paraba y recorriendo las tiendas de una en una, a fin de descubrir lo que tanto le preocupaba.

Ve a Armida sentada en un elevado y rico trono en me- dio de sus caballeros y sus doncellas; la heroína suspira y parece que hable con sus pensamientos; apoya su mejilla en su mano de nieve y fija en el suelo sus amorosas miradas. No sabe si llora o no, pero sí que tiene los ojos humedecidos, y caen de ellos de vez en cuando líquidas perlas.

Frente de ella descubre al fiero Adrasto, tan embebecido en contemplar a la hechicera y con la vista y los deseos tan fijos en ella, que parece que no viva ni aliente; mientras que Tisafernes ora contempla al uno, ora a la otra, ora se irrita, ora se inflama en amor, y pinta sucesivamente su semblante el color del cariño y del enojo.

Descubre también a Altamoro, un poco apartado y en me- dio de un círculo de hermosas, refrenando su pasión y diri- giendo con reserva sus cúpidas miradas tan pronto al sem- blante y a las manos de Armida, como a sus atractivos secre- tos que cubre apenas un delicado velo.

La encantadora levanta por fin la vista, serena algún tanto su frente y hace que brille de improviso una dulce sonrisa en medio de la nube de sus pesares. «Señor — decía a Adrasto —,

el recuerdo de tu valor basta a disipar la tristeza de mi alma, que espera ser vengada muy pronto, y cuya esperanza endulza mi despecho.»

«Aleja tus pesares — responde él —, y serena por Dios tu triste rostro, pues no se pasará mucho tiempo sin que ponga a tus pies la aborrecida cabeza de Reinaldo, o sin que te le presente prisionero con esta mano vengadora. Te lo juro.» Tisafernes le escucha y nada dice, pero roen los celos sus entrañas.

«Y tú, señor, ¿qué piensas?» — le dice Armida dirigiéndole una dulce mirada —. «Yo — responde Tisafernes con aire burlón —, seguiré de lejos y con paso tímido el valor de tu temible y denodado guerrero.» Estas palabras irritan el amor propio de Adrasto. «Haces bien — le contesta — en seguirme de lejos y en querer evitar el compararte conmigo.»

Entonces, levantando Tisafernes su altiva frente: «¡Que no sea dueño de mi valor! — exclama — ¡que no pueda manejar libremente la espada para hacerte ver quién de los dos es más osado! No me espantan tu denuedo ni tus amenazas; temo sí al Cielo y a mi amor enemigo.»

Dijo, y Adrasto se levantaba ya desafiante. Mas Armida se interpuso entre ellos.

«Caballeros — les dice —, ¿por qué me priváis de un don que he esperado en vano tantas veces? Sois mis campeones, y este solo título debería bastar para establecer la paz entre vosotros; insultándoos mutuamente, me insultáis también; ya lo sabéis: vuestras injurias a mí van dirigidas.» Así les habla, y logra que se concierten bajo su yugo de hierro las almas enemigas de los dos paganos.

Vafrino ha presenciado la escena, lo ha oído todo, y se aleja de allí por ver si puede descubrir lo que se trama; mas sus pesquisas resultan infructuosas; un misterioso silencio reina en torno a ello por todas partes. En vano hace preguntas importunas; en vano indaga por doquier y lucha. Los obstáculos acrecen todavía su ardor, y Vafrino jura que volverá a su campo con el secreto o perderá en la empresa la vida.

Echa mano de todos los medios, medita sin cesar nuevas astucias, sin que pueda llegar a descubrir ni las armas ni los detalles de la oculta conjuración; sólo la casualidad hace lo que él no pudo desenredar los lazos de sus dudas. Vafrino averigua, por fin, con toda certeza las asechanzas que amenazan al piadoso Bullón.

Había vuelto a la tienda donde Armida estaba sentada en medio de sus campeones, guiándole la esperanza de que allí donde se hallaba reunida tanta gente y de tan diversos países podría descubrir algún indicio de lo que se tramaba. Acercóse a una joven, y como conociéndola de tiempo, cual si le uniese a ella una antigua amistad, háblale así con tono afable: «También yo quisiera ser campeón de una hermosa — le dice con tono placentero — y poder derribar con mi acero la cabeza de Reinaldo o de Godofredo; pídemme, si la deseas, la vida de alguno de esos bárbaros barones.» Así comienza, esperando conducir esta chanza a una conversación más grave.

Mas al decir esto sonrió, e hizo, riendo, un ademán muy suyo. Una joven que había llegado en aquel punto, le oyó, miróle y acercándose a él, le dijo: «Yo pretendo robarte a mis compañeras; no tendrás por mal empleado tu amor. Te elijo mi caballero, y como a tal quiero hablarte a solas.»

Llevóle pues aparte y le dijo: «Vafrino, te he conocido y tú debes conocerme también.» Túrbase interiormente el astuto escudero, pero se domina y se vuelve a ella sonriendo: «No me acuerdo — replica — haberte visto nunca; eres digna por cierto de ser admirada, pero me das un nombre muy distinto del que llevo. Nací en las ardientes llanuras del Bizerta; mi padre fué Lesbino y yo me llamo Almanzor.»

«No ignoro quién eres — repuso la desconocida — ni quiero oponerme a tus proyectos. Nada ocultes a la que es tu amiga y que expondría su existencia en tu favor. Yo soy hija de un rey, Herminia, que fué un tiempo esclava de Tancredo y tu compañera. Confiada a tus cuidados pasé dos meses felices en suave cautiverio, ya que tú me trataste siempre con extrema cortesía. Soy la misma; mírame bien, soy la misma.» La examina él con atención y no tarda en reconocer aquel gracioso semblante. «Puedes vivir tranquilo a mi lado — añadió ella —; te lo juro por el sol y por los Cielos.

» ¡Ah, cuánto desearía que me volvieses a mi querida prisión! Mi vida y mi libertad están llenas de noches tristes y de días tenebrosos. Y si has venido aquí cual espía, la fortuna te favorece; yo te revelaré conspiraciones y lo que por otros medios no te fuera dado nunca conocer.»

Así se expresa Herminia; Vafrino la contempla en silencio, y recuerda entre tanto, a la falaz Armida. Las mujeres — se dice entre sí — son falsas e indiscretas; quieren y no quieren a la vez, e insensato el hombre que fía en ellas.

«Bien — le dice por fin —, si te agrada venir conmigo yo seré tu guía: ocupémonos en esto por ahora, y guarda tus revelaciones para más oportuno momento.»

Ensillan al instante sus caballos y se disponen a huir sin tardanza. Vafrino sale de la tienda el primero, y Herminia vuelve adonde están sus compañeras y se detiene un momento con ellas; háblales de su nuevo campeón en tono de burla; sale luego y reunida con Vafrino, abandonan entrambos el campo.

Se hallaban ya en un lugar solitario y habían perdido de vista las tiendas de los sarracenos, cuando Vafrino le habló de esta manera: «Dime, ¿cuáles son los lazos que se tienden contra la existencia del piadoso Godofredo?» Entonces Herminia le manifiesta y explica la inicua trama. «Son los conspiradores — le dice —, ocho guerreros de la Corte del rey, entre los cuales es el más famoso Ormundo el invencible. Éstos, sea venganza u odio, han trazado este infame plan: el día en que los dos formidables ejércitos se disputarán en horrenda batalla el imperio del Asia, estos guerreros pintarán la cruz roja sobre su coraza, y se vestirán de cruzados con trajes blancos y oro como la guardia de Godofredo. Cada uno de ellos, empero, llevará una señal en el yelmo para ser conocido por los paganos. En medio de la confusión del combate se pondrán en marcha, y fingiéndose sus amigos y defensores, pondrán asechanzas al intrépido caudillo. Sus aceros estarán emponzoñados, a fin de que sean mortales sus heridas. Sabiendo los paganos que conocía yo vuestros usos, trajes y armaduras, me hicieron dibujar sus disfraces; me obligaron a ejecutar esta obra culpable. Tales son los motivos de mi huida: huyo de sus ineludibles órdenes, de cumplir actos que aborrezco y con los cuales no quiero mancillarme.

»Tales son los motivos de mi fuga, pero también hay otros.» Dicho esto calló, tiñó el rubor sus mejillas, inclinó los ojos, y hubiera querido retener aquellas palabras apenas las hubo pronunciado. El escudero procura arrancarle el secreto que ella se esfuerza en ocultar: «¿A qué viene — le dice — esta desconfianza? ¿A qué disimular los verdaderos motivos a tu fiel criado?»

La joven deja escapar un hondo suspiro de su corazón, y le habla con voz trémula y apagada: «Huye para siempre, intempestivo rubor, cuyas leyes tan mal he guardado: ya no tienes ningún imperio sobre mí. ¿Por qué pretendes tan inútilmente ocultar con tus esquivos fuegos los del amor? En

otros tiempos pude y debí ceder a tus respetos, mas no ahora que voy sola y errante por el mundo.»

Y en seguida añade: «En aquella noche tan funesta para mí y para mi patria en que fuí hecha esclava, perdí más de lo que me pareció que perdía, pues de ello dimanaron mis desventuras. Me hubiera sido menos sensible la destrucción de mi reino, si sacrificando mi poder y mis Estados no me hubiese sacrificado a mí misma; mi mente loca, mi corazón y mis sentidos me abandonaron en aquella hora menguada y no los he recobrado jamás.

»Tú lo sabes Vafriño: al ver tanto estrago y tanta muerte, corrí llena de temor hacia tu señor y mío a quien vi penetrar el primero armado en mi real morada, y postrándome a sus pies: «Vencedor invicto — le dije —, sé clemente, sé piadoso conmigo; no te suplico que me salves la vida, sólo sí que defiendas mi honor y la flor de mi inocencia.»

»El caballero me alargó la mano sin aguardar el fin de mi súplica: «Hermosa virgen — me respondió —, no en vano en mí confías: yo seré tu defensor.» No sé qué de suave y muy tierno penetró en aquel instante en mi pecho, que derramándose por el alma se transformó a la vez en llaga y en incendio.

»Visitóme él a menudo y consolóme con dulces palabras y tomó parte en mis sufrimientos.» «Yo te devuelvo tu entera libertad» — me decía —, y de mis despojos no quiso tomar prenda alguna. ¡Ay de mí!, me arrancaba lo que quería darme; y en forma de un presente me hacía un hurto. Tancredo me restituía lo que yo tenía de menos precioso y usurpaba a la fuerza el imperio de mi corazón. Mal se esconde el amor. Muchas veces te hablaba ansiosa de mi dueño, y tú viendo las señales de mi enfermedad, «Tú amas, pobre Herminia» — me decías —. Yo te lo negaba, pero un suspiro ardiente venía a revelarte el estado de mi alma, y mis miradas manifestaban el fuego en que me consumía mucho mejor que mis palabras. ¡Desgraciado silencio! ¿Cómo no solicité entonces el remedio de mis males, ya que debía más adelante y cuando de nada serviría, romper el freno de mis deseos? En fin, partí llevando oculto en el corazón la cruel llaga de que creí morir; hasta que por último, buscando un alivio a mi triste vivir, impulsada por el amor, me olvidé de todo recato. Fuí de nuevo a encontrar a mi señor, la causa de mi enfermedad y aquel en quien estaba mi remedio; pero mientras iba en su busca, me topé con una tropa de gente ruin y des-

piadada. Poco faltó para que cayese en su poder; sólo a la fortuna debí mi salvación; refugiéme en un lugar desierto y apartado donde viví algún tiempo en una cabaña solitaria, transformada en pastora y en habitante de los bosques.

»Mas después que volvió a renacer en mí aquel deseo que debilitara por algunos días el temor, el mismo pesar me infundió nuevos bríos para tentar otra vez el camino hacia Tancredo. En vano lo intenté. Una partida de ladrones egipcios, que merodeaba por aquellos parajes, me cogió en su poder. Me llevaron a Gaza, entregándome allí a su capitán. Expliquéle mis desventuras y le convencí de que desde mi estancia con Armida había conservado intactas mi honra y mi virginidad. De esta suerte fui hecha esclava muchas veces y otras tantas me subtraje de la servidumbre; tales son mis amargas aventuras; mas tanto libre como en la esclavitud he conservado y conservo todavía mis primeras cadenas.

»¡Ah! Quiera el Cielo que el ilustre paladín que me ha aprisionado el alma con esos vínculos indestructibles, no me diga jamás: «Virgen errante, busca otro asilo lejos de mí» y me arroje de su lado; antes al contrario, agradezca compasivo mi regreso y me reciba en mi antigua prisión.» Tales fueron las palabras de Herminia al escudero.

Entre tanto, caminaban los dos días y noche, y alternaban sus razonamientos. Vafrino evitaba los caminos frecuentados y buscaba sendas más breves y más seguras. En el momento en que el sol estaba en su ocaso y empezaban a asomar las tinieblas por Oriente, llegaron a un sitio inmediato a la ciudad. El camino en aquel punto aparecía salpicado de sangre, y no tardaron en descubrir el cadáver de un guerrero, que obstruía el camino, y cuyo rostro vuelto hacia el cielo parecía proferir aún amenazas. Por sus armas y por su extraño porte echábase de ver que era pagano; Vafrino pasó sin detenerse; mas no lejos de allí otro guerrero, que yacía en el suelo, atrajo sus miradas. «Este es cristiano» — dijo para sí —; el color obscuro de su traje le infunde una horrible sospecha. Se apea al momento y le descubre el rostro: «¡Ay de mí! — exclama —, ¡es Tancredo! ¡Tancredo herido de muerte!»

La desventurada Herminia se había detenido a contemplar el feroz guerrero, cuando los dolorosos gritos de Vafrino vinieron a herir su corazón. Al nombre de Tancredo corre hacia él desesperada, fuera de sí; y vió su hermoso semblante sin color, y más que apearle, se lanzó del caballo. Y de-

ramando sobre él torrentes de lágrimas, mezcladas con ardientes suspiros: «En qué terrible instante — exclamó — me conduce aquí mi destino. ¡Triste y dolorido espectáculo! Después de tan larga separación vuelvo a encontrarte casi sin vida, te vuelvo a ver sin que tú puedas verme, por más que esté a tu lado, y te recobro de nuevo para perderte para siempre. ¡Infeliz de mí! ¿Cómo hubiera podido creer que tu presencia debía serme tan funesta? Ahora quisiera ser ciega para no verte, y no me atrevo a mirarte. ¡Ay de mí! ¿Dónde está el fuego que brillaba antes en esos hermosos ojos? ¿Dónde están tus miradas? ¿Qué se ha hecho del bello color que brillaba en tus frescas mejillas? ¿Cómo se perdió la serenidad de tu frente? ¡Mas qué! Aun pálido y desfigurado me atraes con el mismo amor. Alma hermosa, si mis quejas penetran hasta ti, perdona mis audaces deseos y mi ardor temerario. Quiero de tus labios fríos robar los besos que esperé ardorosos; tal vez arrebataré parte de su presa a la muerte besando esos labios helados y exánimes. Recibe mi alma y permítele, en cambio, seguir a la tuya.»

Así se lamenta Herminia deshecha en lágrimas, que vierten sus ojos a raudales. Aquel humor vivificante llama a Tancredo a la vida; entreabre el héroe los labios, y con los ojos siempre cerrados, exhala un gemido que se confunde con los de la joven.

Herminia le siente suspirar y un suave alivio penetra su alma. «Abre los ojos, Tancredo — exclama —, y verás cuál corre mi llanto; mírame; quiero acompañarte en el viaje a la eternidad, quiero morir a tu lado. Mírame, no huyas de mí tan pronto; no deseches mi súplica postrera.»

Tancredo vuelve a abrir sus ojos apagados y moribundos y vuelve a cerrarlos al instante: Herminia prosigue en sus lamentos: «No ha muerto todavía — le dice Vafrino —; curémosle primero, que tiempo nos quedará después para llorarle.» Y mientras habla, va quitándole su armadura, y ella le ayuda con mano trémula y cansada. Examina después sus heridas, y como diestra que es en curarlas, no desconfía de poder devolverle la salud. El desfallecimiento que le abate — lo ve bien —, se debe a la fatiga y a la pérdida de sangre, que vierte aún en abundancia. Pero en medio de aquellos parajes desiertos no tiene a mano sino su velo para poder vendar sus heridas. El amor le proporciona, sin embargo, nuevas vendas y sugiere a su piedad recursos nuevos. Enjuga su sangre con sus cabellos, y cortando sus trenzas, sujeta con

ellas el velo. Mas su ligero velo no basta para tantas y tan grandes heridas. Carece de dictamo o de otro remedio; pero, en cambio, conoce para tales casos fórmulas mágicas y poderosas. El guerrero sacude poco a poco su mortífero sueño, y entreabriendo sus débiles ojos ve junto a sí a su esclavo y a la compasiva joven con su traje pagano.

«Vafrino — le pregunta —, ¿cómo y cuándo has llegado a este sitio? ¿Y tú quién eres, compasiva joven?» Herminia suspira entre tímida y alegre, y tíñese su rostro de un bello rubor. «Todo lo sabrás — responde —; ahora, te lo mando como médico tuyo, calla y descansa. Yo te devolveré la salud; prepara tú la recompensa.» Dice, y apoya la cabeza del guerrero sobre sus rodillas.

Meditaba, en tanto, el escudero cómo podría conducirlo a su morada antes que la noche fuera más oscura. Apareció, de pronto, una partida de francos. Vafrino reconoce en ellos a los soldados de Tancredo, los mismos que le acompañaban cuando topó con el circasiano y le desafió a singular combate. No le siguieron entonces porque él se lo prohibiera, y le andaban buscando a la sazón recelosos de su larga ausencia. Muchos otros guerreros les acompañaban, y ya al lado del herido, forman con sus robustos brazos una especie de camilla y le sientan y acomodan en ella. «¿Y dejaríais al intrépido Argante para presa de los cuervos? — les dice entonces Tancredo —. ¡Ah!, no le abandonéis, por Dios; no le privéis de los últimos honores y de la sepultura. Yo no conservo ningún rencor contra ese tronco mudo e inanimado; sucumbió, cual valiente, y tiene derecho a las honras fúnebres, única cosa que nos queda en la tierra después de la muerte.» Ayudado por ellos, Tancredo se pone en camino, y hace llevar detrás de él los restos de su enemigo. Vafrino marcha al lado de Herminia, como custodio de un objeto precioso.

«Quiero que me conduzcáis a la ciudad — añade el príncipe —, no a mi tienda; pues si amenaza alguna desgracia a este frágil cuerpo, deseo que me alcance allí; tal vez el lugar donde expiró el Hombre-Dios me facilitará el camino del Cielo, y quedarán satisfechos mis piadosos pensamientos de haber llegado al término de mi peregrinación y de mis votos.»

Trasladado a Jerusalén, fué puesto en un lecho de plumas y se durmió con un sueño tranquilo. Vafrino encuentra un asilo secreto para la joven, no lejos del de Tancredo; en seguida va a encontrar a Godofredo; le halla ocupado en pen-

sar los consejos y los proyectos para su nueva empresa, pero no por ello vacila en llegarse hasta él.

El capitán está sentado al lado del lecho donde yace el cuerpo abatido y doliente de Raimundo, rodeado de sus más sabios e ilustres guerreros, que forman como una corona en torno suyo. Mientras el escudero le habla, guardan todos el más profundo silencio:

«Señor — le dice —, fuí como me ordenaste, y examiné el campo de los infieles. No esperes que te cuente todas las huestes que vienen con el inmenso ejército. Yo le vi cubrir los montes, los llanos y los valles; vi que donde planta sus tiendas, donde se detiene, asuela la tierra y seca los ríos y las fuentes, pues no bastan a apagar su sed todas las aguas de Siria ni sus cosechas a alimentarle. La mayor parte de sus jinetes y de sus infantes son, sin embargo, inútiles para la guerra; son gentes sin orden ni disciplina, que no saben manejar el acero y tan sólo combaten de lejos. Hay, no obstante, entre sus huestes algunas tropas valientes y escogidas que militan bajo los estandartes persas; las más temibles de entre éstas son las que compone la guardia inmortal del rey.

»Llábase así porque su número está siempre completo, y porque se reemplazan los hombres que faltan con otros nuevos y escogidos. Emireno es el caudillo del ejército, y pocos hay o ninguno que le iguale en valor y prudencia. Su rey le ha mandado que eche mano de todas las armas para provocarte a una lucha campal.

»No creo que pasen dos días sin que se presente a nuestra vista el enemigo. Mucho te conviene, oh Reinaldo, defender esta cabeza que tantos ambicionan; los más famosos y valientes campeones han aguzado contra ella sus aceros y su ira, pues Armidá se ha ofrecido a sí misma como galardón al que la haga saltar de tus hombros. Cuéntanse entre ellos el valeroso y noble persa Altamoro, rey de Samarcanda; Adrasto, de talla gigantesca, que tiene su reino donde nace la aurora, hombre desprovisto de todo sentimiento de humanidad, distinto de los demás y que monta en vez de caballo un elefante; y en fin, Tisafernes, a quien la fama pregona con voz unánime valiente.»

Tal es el discurso de Vafriño. El rostro del joven Reinaldo se enciende en ira, sus ojos chispean: quisiera hallarse ya entre los enemigos y se agita en su asiento y no cabe en sí mismo. El escudero, en tanto, se vuelve a Godofredo: «Señor — añade —, lo que dije hasta ahora es poco o nada.

Sabe el colmo de la infamia y el fin de todos: los bárbaros se disponen a emplear contra ti las armas de Judas.» Y le explica punto por punto la horrible intriga que se trama contra su vida, y le revela las armas, los disfraces, las bravatas y los premios y recompensas ofrecidos. Le dirigen todas preguntas; él responde, y luego se produce un breve silencio, hasta que fijando el caudillo sus ojos en Raimundo: «¿Cuál es tu parecer?» — le dice.

«Mi dictamen es — responde éste — que mañana al despuntar la aurora no se asalte la torre, como estaba determinado, sino que se estreche su asedio, a fin de que no puedan salir los que en ella se encerraron; entre tanto, podrán descansar nuestras tropas y recobrar sus bríos para el nuevo combate que se prepara. Ahora piensa tú si será mejor luchar al descubierto o tener cercados a los enemigos. Mas ante todo juzgo necesario que no expongas temerariamente tus días; pues por ti vence y por ti reina nuestro ejército. ¿Quién, si tú sucumbieses, sería nuestro apoyo, nuestro guía? Haz cambiar el vestido de tus guerreros, a fin de que los traidores no puedan ponerte asechanzas; de esta suerte descubrirán sus fraudes los mismos que se valieron de ellos.»

«Acabas de darme, cual acostumbras, otra prueba de amistad y de prudencia — contesta el capitán —, pero quiero dejar determinado lo que no te atreves a resolver: saldremos a recibir al ejército enemigo. La hueste vencedora de Oriente no debe permanecer encerrada detrás de los muros o de un foso; vean los impíos, a la luz del sol y en campo abierto, hasta dónde alcanza nuestro valor. No podrán sostener el esplendor de nuestras victorias, y mucho menos nuestro imponente aspecto y la vista de nuestras armas. Domaremos su pujanza; levantaremos nuestro Imperio sobre los restos de su Imperio deshecho. La torre, o no tardará en rendirse, o nos será fácil tomarla cuando no haya quien nos lo estorbe.» Calló dicho esto el magnánimo caudillo y retiróse, pues las estrellas, que empezaban a transponerse, convidaban al sueño.

CANTO VIGÉSIMO

Las tropas de Egipto llegan y atacan al ejército de los fieles. — Aladino y Solimán abandonan la fortaleza sitiada y van a combatir en el llano, mas sucumben a los golpes de dos famosos guerreros. — Reinaldo calma la desesperación de Armida. — Los cristianos hacen una horrible carnicería en los enemigos, y corren al templo a dar gracias al Señor.

EL sol había llamado ya a los mortales a sus faenas; había sonado ya la hora décima del día, cuando los infieles colocados en lo alto de la gran torre descubrieron a lo lejos una especie de nube, semejante a la niebla que cubre los montes por la tarde. Poco después vieron claramente que eran las huestes amigas; se acercaban levantando torbellinos de polvo que obscurecían el cielo y velaban las montañas y el llano.

Desde lo alto de las almenas lanzan los sitiados al cielo sus gritos de alegría, formando una algazara semejante a la de las grullas cuando al acercarse los fríos se reúnen y abandonan sus nidos de la Tracia cerniéndose sobre las nubes, y van en busca de playas más calurosas y de climas más templados. Los bárbaros, reanimados por la esperanza, llevan veloces sus manos a las flechas y prorrumpan en denuestos contra los francos.

Pronto advierten aquéllos de dónde proceden la ira, las amenazas, el nuevo ímpetu. Tienden la vista a lo lejos y ven aparecer el poderoso ejército; enciéndese al momento en sus pechos el ardor guerrero, y piden que se les conduzca al combate. La altiva juventud reunida en aquel sitio: «Invencible capitán — gritaba —, da la señal de guerra».

Mas el prudente caudillo no quiere presentar la batalla antes de los nuevos albores y mucho menos que se prueben

las fuerzas del contrario con escaramuzas y choques parciales, y refrena su audacia. «Es justo que os dé un día de descanso, para reponeros de tantas fatigas» — les dice —. Tal vez es su objeto infundir una loca confianza en los ánimos de sus enemigos.

Cada guerrero hace sus preparativos, esperando con impaciencia que amanezca la nueva aurora. Jamás se mostró tan sereno y despejado el aire como en aquel memorable día. El alba risueña parecía que hubiese reunido en torno suyo todos los rayos del sol; los cielos resplandecieron con doble fulgor cual si quisiesen contemplar sin velos las brillantes proezas de la gran batalla que se preparaba.

Apenas vió despuntar los primeros albores, Godofredo conduce sus bien ordenadas tropas fuera de los muros: manda que Raimundo y todos los fieles que vinieron de los países vecinos a la Siria para auxiliar a sus hermanos permanezcan alrededor de la torre que defiende el tirano de Palestina. Eran ya en gran número, pero, no obstante, dejó aún con ellos una partida de gascones.

Sale con su ejército, y su noble aspecto es presagio cierto de victoria; brilla en él un nuevo favor del Cielo, que le hace aparecer más grande y magnánimo, y el honor que resplandece en sus facciones las pinta con los vivos colores de la juventud. Sus miradas, sus ademanes, semejan los de un inmortal.

No tardan los cristianos en llegar a la presencia del ejército pagano y de sus tiendas. Godofredo hace ocupar al momento una montaña que se eleva a espaldas y a la izquierda de su hueste; despliega después sus batallones en orden de combate, de modo que presentan un largo frente, y coloca en medio de la línea a los infantes y da alas a sus extremos pres-tándoles las de sus caballos. Coloca a ambos Robertos en el ala izquierda que se extiende y se apoya en la árida montaña que ocupan los suyos; encarga a su hermano el mando del centro y él se pone al frente del ala derecha, que está en campo abierto en el lugar más peligroso y es la más expuesta a ser envuelta por las fuerzas, muy superiores a las suyas, de sus enemigos.

Coloca allí el caudillo sus loreneses y sus guerreros escogidos y mejor armados, y pone entre los arqueros a caballo algunos infantes avezados a pelear entre los jinetes. Forma después un escuadrón, que hace situar cerca de sí, al lado derecho, formado de la flor del ejército y de los aventureros, y nombra a Reinaldo por su caudillo.

«Señor — le dice —, de ti depende la victoria y en ti estriba el dar cima a esta empresa; oculta un tanto tu hueste detrás de esas grandes y espaciosas alas; ataca por su flanco al enemigo cuando se acerque, y procura hacer vanos sus proyectos. Si no me engaño, el intento de los paganos es envolvernos por la espalda y por los lados.»

Godofredo, montado en su potro, parece volar de escuadrón en escuadrón entre infantes y jinetes; su visera levantada deja al descubierto su semblante; su aspecto y sus miradas fulminan rayos. Conforta a los tímidos y acrece el ardor de los impacientes; recuerda sus proezas a los valientes y a los fuertes sus hechos, y promete a los unos recompensas y honores a los otros.

Detúvose, en fin, donde estaban reunidos los primeros y más nobles escuadrones, y subiendo a una eminencia, les dirige un discurso que enciende el entusiasmo. Como se precipitan a torrentes las nieves derretidas desde las cimas de los Alpes, así manan fáciles y suaves los sonoros acentos de los labios del capitán.

«Azote de los enemigos de Jesús — exclama —; ejército vencedor del Oriente: he aquí el último día de vuestros trabajos; he aquí llegado el instante que tanto anhelaíais. No sin poderosos motivos ha permitido el Cielo que se reuniese aquí su pueblo enemigo. Él os le entrega congregado, a fin de que terminéis de una vez sola muchas guerras. Recogeremos en uno muchos triunfos, y terminarán nuestros peligros y fatigas. No temáis, no, al ver reunidas tan numerosas huestes de bárbaros dominadas por la discordia y que ignoran el orden y la disciplina. Será escasísimo el número de sus combatientes; a muchos les faltará denuedo, y espacio a muchos otros.

»La mayor parte de nuestros adversarios vienen desprovistos de armas, sin valor y sin destreza; sólo la violencia les ha arrancado de su ociosidad o de sus ocupaciones serviles. Veo ya vacilar en sus manos sus espadas, sus escudos y sus estandartes; oigo sus acentos confusos, y preveo en ellos su derrota.

»Aquel caudillo, que, cubierto de oro y púrpura, de vista torva, organiza sus escuadrones, venció quizá al árabe y al moro, pero no podrá resistir a nuestro arrojo. ¿Qué hará, por grande que sea su destreza, en medio de la confusión y del miedo de sus soldados? Mal conocido es, a lo que creo, y mal conoce él a los suyos; pocos hay entre ellos a quienes pueda

decir: «Tú estuviste en tal parte, y yo estuve contigo». En cambio yo, caudillo de un ejército escogido, he combatido muchas veces y tantas otras he triunfado junto con vosotros. Hace tiempo que os dirijo a mi albedrío: ¿De quién de vosotros ignoro la patria o el linaje? ¿Qué espada me es desconocida? ¿De cuál saeta no sabría decir, aun mientras voltea por los aires, si es francesa o de Irlanda, o cuál es el brazo que la ha disparado?

»Sólo reclamo de vosotros el valor habitual; muéstrase cada cual en este trance cual le he visto en otros; despliegue el mismo celo y recuerde su honor, y el honor de Cristo y mío. Id, abatid a los impíos, hollad sus miembros destrozados, y robusteced nuestra santa conquista. ¿A qué fin deteneros por más tiempo? Lo leo distintamente en vuestros ojos: volveréis vencedores.»

Apenas pronunció estas palabras pareció que descendía del cielo un rayo de luz esplendente; no de otra suerte una noche de verano acostumbra sacudir de su manto alguna exhalación o una de sus estrellas. Puede creerse, sin embargo, que era el sol quien produjo aquel resplandor que parecía girar en torno de las sienes de Godofredo, presagio para algunos de su Imperio futuro. Tal vez, si es que puede un mortal atreverse a penetrar los arcanos del Cielo, era el ángel custodio, que descendió de los divinos coros, y vino a cobijarle con sus alas.

Mas en tanto que Godofredo ordena sus escuadrones y que habla a sus guerreros, no se muestra el capitán egipcio perezoso en disponer y animar a los suyos. Luego que vió de lejos venir el pueblo franco, hizo salir al suyo de sus tiendas; formólo también en dos alas; colocó los infantes en el centro y en los flancos la caballería, y él reservóse el mando del ala derecha, confiando la izquierda a Altamoro; Muleaso conduce en medio de ellos la infantería, y Armida se sitúa en el centro del ejército.

A la derecha, bajo el mando de Emireno, se ven al monarca de los indios, a Tisafernes y al real escuadrón, y en el lado en que los paganos pueden desplegar holgadamente su ala izquierda, están Altamoro y los soberanos de los persas y de los africanos y los príncipes que reinan en el país más ardiente de la tierra. De esta parte del campo deben salir las piedras, las jabalinas y los dardos.

Emireno distribuye de esta suerte sus escuadrones y recorre también las filas del centro y de los flancos; ora habla

a los suyos por intérpretes, ora por sí mismo, y mezcla los reproches y las alabanzas, las promesas de recompensas o de castigo. «Soldados —dice tal vez a unos—, ¿a qué vienen estos semblantes tan abatidos? ¿Qué teméis? ¿Qué puede uno solo contra ciento? Bastarán vuestra sombra y vuestros gritos para ahuyentar a los contrarios.» Y a los otros: «Intrepidos guerreros, id a recobrar con vuestro valor la rica presa que nos han robado.» Recuerda después algunos y les presenta y señala con el dedo la triste imagen de su patria suplicante, y de su familia abatida y aterrada. «Creedme —exclama—, es la patria lo que os habla e implora por mis labios vuestros auxilios. Conservad mis leyes, os dice; no permitáis que bañe y lave mis sagrados templos con mi propia sangre, proteged a las vírgenes y los sepulcros y las cenizas de vuestros abuelos contra los impíos. Los venerables ancianos, llorando los tiempos que fueron, os muestran sus blancos cabellos, y vuestras esposas ofrecen a vuestras miradas sus pechos desnudos, los tálamos nupciales, los hijos y sus cunas.

»Asia os ha elegido campeones de su honor —añade a otros—, y espera de vosotros una venganza cruel, pero justísima, contra ese puñado de bárbaros ladrones.» De esta guisa alienta a las diferentes huestes con sus discursos variados y con sus astucias. Callaron entrambos caudillos. Un corto espacio separaba los dos ejércitos.

Era por cierto un grandioso y admirable espectáculo ver cuál se adelantaban los dos campos enemigos, y cómo cada escuadrón se disponía impaciente y en orden perfecto para el combate. Los estandartes, desplegando sus alas, flotaban a voluntad del viento, y ondeaban las flexibles plumas sobre las orgullosas cimeras. Los trajes, los adornos, los blasones, las armas de oro y de acero centelleaban a los rayos del sol deslumbrando los ojos.

Dos espesos bosques semejan con sus lanzas innúmeras ambos ejércitos. Todos los arcos están tendidos y en ristre todas las lanzas; los honderos hacen voltear sus hondas, y vibran sus dardos los flecheros. Cada corcel se apresta para el combate y secunda el furor y los odios de su jinete: bate el suelo, lo escarba, relincha, se vuelve de una parte a otra, hincha las narices y respira humo y fuego.

Hasta el horror es bello en tan hermoso espectáculo; de en medio del temor brota el gozo, y hasta la trompa horrible con su sonoro acento suena agradable y a la vez fiera a los oídos. Sin embargo, el ejército cristiano, aunque menor en

número, ofrece un conjunto más impresionante; el son de sus trompetas suena más belicoso y más vibrante, y sus armaduras resplandecen con más vivos destellos.

Dan la primera señal los bélicos instrumentos cristianos, y los infieles contestan y aceptan el combate. Póstranse los francos, y después de haber adorado al Señor, besan la tierra. Va acortando poco a poco el espacio que separa a los dos ejércitos hasta desaparecer del todo. Cierran el uno contra el otro los pueblos rivales: ríñese ya con encarnizamiento en las dos alas, y adelántanse a combatir los infantes.

¿Quién fué el primer valiente de los cristianos que se hizo digno de los lauros del honor? Tú fuiste, Gildipe, que heriste y rasgaste el seno al temible Ircano, soberano de Ormuz; el Cielo concedió esta gloria al brazo de una mujer. Cayó el pagano, y al venir al suelo, oyó a los contrarios celebrando con grandes gritos el golpe que le había derribado.

Empuña luego la guerrera la espada con su mano viril, pues que ha roto la lanza, y espoleando a su caballo, se arroja contra los persas y se abre paso entre sus cerrados escuadrones. Alcanza de un revés a Zopiro en la cintura y lo derriba partido casi en dos; luego hiere en la garganta al cruel Alarco y le corta así el paso de la voz y del sustento. De un revés abate a Artajerjes y clava a Argeo su espada por la punta; el uno cae herido, el otro muerto. Hiere luego a Ismael en la muñeca izquierda y hace rodar la mano, que al caer, suelta el freno. El golpe resonó en los oídos de su caballo, que, al sentirse libre, huyó a través de las filas, sembrando en ellas el desconcierto. La guerrera dejó sin vida a éstos y a muchos otros cuyos nombres se perdieron en el silencio de las edades.

Reúnense los persas y se precipitan sobre ella deseosos de ganar sus despojos; mas el esposo fiel, que teme por su amada consorte, vuela en su auxilio. Así enlazada, la amorosa pareja dobla con su unión sus fuerzas. Vierais combatir a los dos amantes de una manera nueva y nunca usada; uno y otro olvidan la defensa de su propia vida para acudir a la de su pareja. La audaz guerrera rechaza los rudos y fieros golpes que se dirigen a su caro Odoardo, y éste opone el escudo, y opondría si preciso fuese su desnudo pecho a los que amenazan a su compañera. Entrambos hacen propia su mutua defensa y común su mutua venganza. Él da la muerte al atrevido Artabano, que gobernaba la isla de Boecán, y a Albante,

que osó herir a su adorada; y ella partió la frente a Ar-
monte cuando éste acababa de lastimar a Odoardo.

Mientras tan terrible estrago causaban éstos entre los
persas, mayor lo causaba en los cristianos el rey de Samar-
canda, quien, dondequiera que volvía al acero y su potro, ma-
taba y derribada infantes y jinetes. Feliz el que muere al pri-
mer golpe y no tiene que gemir bajo los pies de su pesado
corcel, que muere y pisotea al que deja aún con vida la
espada.

Brunelón el nervudo y Ardonio el grande caen a los gol-
pes de Altamoro; de tal suerte divide el yelmo y la cabeza
del primero, que cuelga en dos trozos de sus hombros; y hie-
re al otro en el mismo sitio donde se forma la risa y se
dilata y expande el corazón: ¡extraño y horrible espectáculo!
Ardonio ríe por fuerza y riendo expira.

La espada homicida no sólo arrancó de esta dulce vida a
estos dos guerreros, sino que fueron muertos con ellos Gen-
tonio, Guasco, Guido y el buen Rosmundo. ¡Oh! ¿quién
sería capaz de contar las víctimas que amontonó Altamoro
y las que despedazó su caballo? ¿Quién podría revelar sus
nombres, y el género de sus muertes y de sus heridas? No
hay quien se atreva a medirse con él, ni quien dé muestras
de querer atacarlo; sólo Gildipe se le enfrenta y no teme
someterse a tan dudoso trance. Jamás amazona alguna en las
riberas del Termodonte embrazó el escudo o blandió el acero
con tanta audacia cual la que opone ella a la formidable fu-
ria del persa.

Hirióle en el yelmo donde brillaba una diadema de oro
y de diamantes, y rompiósele obligándole a doblegar su
enhiesta y altiva cabeza. Siente el rey que aquel golpe no ha
partido de una débil mano, y la vergüenza y el furor le enar-
decen. No tarda en castigar el ultraje, pues fueron casi a un
tiempo la venganza y el agravio. Hirióla, casi al instante,
en la frente, y de tal modo, que la quitó el sentido y el vigor,
y hubiera venido al suelo a no sostenerla su fiel esposo en la
silla. Fuese fortuna suya o fuese valor, el rey pagano no se-
cundó el golpe, a la manera que el león magnánimo des-
precia a su enemigo vencido y derribado, le mira y pasa ade-
lante.

En tanto, Ormando, a quien está encargado dar cima a
la horrible intriga, juntamente con sus compañeros disfrazados
todos, se confunde entre los cristianos. Así en medio de
la obscuridad de la noche el lobo imita los movimientos del

perro, y ocultando la cola bajo el vientre, se acerca a los rediles y espía el modo de introducirse en ellos.

Los conjurados se adelantan, y ya el fiero pagano se colocaba al lado del piadoso Godofredo; mas el capitán ve los dorados y el color blanco de los sospechosos trajes, y grita: «Aquí está el traidor, que quiere parecer franco bajo un simulado vestido; aquí están rodeándome sus compañeros.» Y así diciendo, arremete contra el pérfido.

Hirióle mortalmente, mas el cobarde infame no hiere, ni se defiende, ni se para, sino que cual si tuviese ante sus ojos la cabeza de Medusa, el que poco antes se mostraba tan audaz, tiembla de miedo. Dirígense entonces contra los bárbaros lanzas y espadas; sirven de blanco a las saetas y así quedaron despedazados Ormondo y sus cómplices, y de tal suerte que ni siquiera conservaron sus cadáveres su forma primitiva.

Cuando se ve teñido de sangre enemiga, Godofredo se arroja a la batalla hacia donde ve que el caudillo persa, que andaba por allí cerca, rompía y desbarataba los más espesos escuadrones. Ve que su hueste huye dispersa de sus golpes cual la arena del desierto delante de los vientos del Mediodía; se vuelve hacia él, llama y amenaza a los suyos, y deteniendo a los fugitivos, arremete al que los ahuyenta.

Los dos aventajados comienzan un combate cual no lo presenciaron jamás el Ida ni el Janto, mientras que en otra parte, entre los campeones de Baldovino y de Muleaso, se batalla con no menos encarnizamiento. No es menos áspera y tenaz la refriega entre los caballeros cerca de la colina y en una de las alas, donde el caudillo de los bárbaros combate en persona, secundado de dos intrépidos guerreros.

Emireno y uno de los Robertos luchan cuerpo a cuerpo, dando iguales muestras de denuedo, mas Adrasto, el indiano, rompe el casco del otro Roberto y le hiende y destroza su armadura. Tisafernes no ha encontrado todavía un rival digno de él, y vuela por entre los grupos más compactos y bajo mil formas distintas siembra por doquier la muerte.

De esta suerte se combatía, y la fortuna ponía en dudosa balanza las esperanzas y los recelos. El campo está sembrado de lanzas rotas, de escudos hechos pedazos, de corazas destrozadas y de espadas clavadas en los cuerpos o tiradas por el suelo. Entre los moribundos, los unos tienen el rostro vuelto al cielo, y otros parecen morder el polvo. Yace el corcel al lado de su jinete, el amigo cerca del amigo, el franco conti-

guo al sarraceno, el herido sobre el finado, y no pocas veces el vencedor sobre el vencido. No reina allí el silencio ni se oye tampoco distintamente ningún grito, mas llena los aires un rumor ronco y confuso, compuesto de los gritos del furor, de los murmullos de la cólera y de los gemidos de los heridos y de los que expiran.

Las armas que poco antes eran recreo de los ojos, ofrecen ahora un aspecto horrible y sombrío. El hierro ha perdido su brillo; el oro sus destellos. Nada queda ya de los brillantes colores que ostentaban. Huellan los pies las plumas y los adornos que engalanaban los cascos y los arneses; mancha el polvo lo que la sangre ha respetado; tanto uno y otro campo habían cambiado en su aspecto.

Los árabes, los etíopes y los moros, que ocupaban la extremidad del ala izquierda, empezaban entonces a moverse, extendiéndose a la vez, con el fin de envolver al enemigo. Los arqueros y honderos molestaban ya de lejos a los francos, cuando movióse con su escuadrón Reinaldo. Ni trueno ni terremoto promueven tan grande estruendo como este ejército avanzando.

Asimir de Meroe se presenta a la cabeza de los más valientes entre el negro escuadrón de los etíopes; Reinaldo lo alcanzó en la garganta y le derribó entre los muertos. Después que el placer de la victoria hubo excitado la sed de sangre y de matanza del fiero vencedor, llevó éste a cabo proezas increíbles, horrendas, monstruosas. Dió más muertes que golpes, y sin embargo, no da descanso al brazo en el herir; y así como la serpiente parece que vibra tres lenguas por la velocidad con que mueve la suya, así los infieles, asustados, creen ver centellear tres aceros en su mano. El ojo, engañado por la presteza de los movimientos, se figura descubrir lo que no existe, y el terror da pábulo a su fe en los prodigios.

Reinaldo derribó sin vida a los tiranos de la Libia y a los reyes negros, teñidos los unos en la sangre de los otros. Sus ilustres compañeros, inflamados por el ejemplo de su valor y émulos suyos, arremetieron contra el pueblo bárbaro. Caían los infieles sin defenderse; el combate se había convertido en carnicería, pues mientras los unos peleaban con los aceros, hacíanlo los otros sólo con sus gritos.

No oponen los bárbaros por mucho tiempo sus pechos a las espadas, antes vuelven el rostro, y de tal modo les aco- sa el terror, que se desordenan y huyen por todas partes a

la desbandada. El joven guerrero no deja de perseguirles, hasta que los dispersa totalmente. Una vez dispersados se vuelve, pues desdeña el mostrarse cruel con los que huyen.

A la manera que el viento, cuando se le opone un bosque o una colina, redobla en la contienda su impetuosidad y su ira y respira más plácido y suave por el llano; o bien así como el mar hierve y rompe en espuma en los escollos, y despliega sus olas tranquilas en la playa, Reinaldo siente disminuir su furor cuando menos resistencia se le opone. Desdeña malgastar en vano su noble enojo en los fugitivos, y vuelve el caballo contra la infantería, a cuyos flancos estaban el árabe y el africano. Ningún cuerpo la protege, pues los que debían sostenerla, o ya murieron o están lejos. Reinaldo la embiste de través e irrumpe con los suyos por entre sus filas.

Hace astillas las lanzas y vence los obstáculos; penetra en medio de sus batallones y los derriba y desbarata. La tempestad y el viento abaten con menos facilidad las flexibles mieses. El suelo, inundado de sangre, está sembrado de armas, de miembros, de cadáveres, y la caballería en su carrera los pisotea sin piedad.

Llega Reinaldo así hasta el carro de oro donde, con ademán amenazador, rodeada y defendida por sus amantes y los guerreros que la siguen, se sienta la encantadora. Ella reconoce al héroe y le mira con ojos trémulos de ira y de deseo. Él muda un tanto sus facciones, y ella, de hielo que era, se muda en fuego.

Reinaldo evita el carro y pasa, y finge que le llama la atención otro objeto; más el escuadrón conjurado contra él no le deja retirarse sin combatir y hasta ella coloca una flecha en su arco. El despecho excita su mano y la vuelve cruel, mientras el amor la contiene y aplaca su cólera.

Levantóse el amor contra la cólera y reveló el fuego que tenía oculto. Tres veces tendió el arco, y lo aflojó y lo contuvo otras tantas. Mas al fin vence la cólera; tiende el arco y lanza a volar la alada flecha. Voló el dardo, mas a la par de él, voló también el deseo de ella de que no diese en el blanco.

Armida hubiera deseado que la aguda saeta hubiese retrocedido para venir a dar en su corazón. Si tanto podía en ella el amor vencido, ¿qué no alcanzará vencedor? Pronto, empero, se arrepiente de su debilidad, y crecen sus furioses en su ánimo agitado. De esta manera, ora teme, ora de-

sea que hiera el dardo a aquel a quien lo destina, y lo sigue con los ojos.

No fué el golpe disparado en vano; dió en la coraza del guerrero, pero la flecha no penetró: se embotó en el arnés bien templado, sin que pudiera en él hacer mella el tiro disparado por mano de mujer. Vuélvele Reinaldo la espalda, y ella, que atribuye a desprecio su ademán, ardiendo en ira dispara su arco repetidas veces sin conseguir abrir ninguna herida, y mientras ella hiere inútilmente, Amor la hiere a ella.

«¿Es por ventura invulnerable —decía para sí—, que tan poco se cuida de los dardos enemigos? ¿Acaso su cuerpo está revestido del mismo mármol de que está revestida su alma? Nada pueden en él los rayos que le dispara la mano ni los que le lanzan los ojos, tal es el temple del rigor que le defiende. Soy vencida con armas y sin ellas; amante o enemiga, me desprecia igualmente. ¿A qué astucias podré acudir o de qué transformaciones echar mano? ¡Desgraciada! Nada debo esperar de mis campeones; todas sus fuerzas, todas sus armas, estoy cierta de ello, son frágiles recursos para contrarrestar su pujanza.» Y, en efecto, ve a la mayor parte de sus guerreros muertos o derribados.

Sola, sin defensa, se ve ya prisionera y cautiva. Tiene su lanza al lado y empuña el arco; mas ¿de qué le servirán las armas de Diana o de Minerva? A la manera que el tímido cisne pliega sus alas y se encoge al ver cernerse en los aires al águila de corvo pico y fieras garras, así Armida se pliega ya bajo el temor.

Mas el príncipe Altamoro, que procuraba detener a los persas fugitivos, que a no ser por sus esfuerzos se hubieran desbandado, viendo en tal peligro a la que adora, se olvida del honor y de su hueste para volar en su auxilio: ¿qué le importa que perezca todo con tal que ella se salvé? Escolta su mal defendido carro y le abre paso con la espada. En tanto, Godofredo y Reinaldo dan muerte y ponen en fuga a sus guerreros; el infeliz lo ve y no se opone a ello; el amante ha olvidado que era caudillo. Deja a Armida en lugar seguro y vuelve a prestar un auxilio tardío a sus soldados vencidos.

El ejército pagano es aquí dispersado y destruído sin que nada lo pueda evitar; en cambio, en el ala opuesta los cristianos han vuelto las espaldas a los infieles y abandonado el campo de batalla. Uno de los Robertos, herido en el

pecho y en el rostro, puede apenas escapar con vida, mientras que el otro es hecho prisionero del feroz Adrasto. Los desastres eran iguales en ambos ejércitos.

Godofredo aprovecha entonces una ocasión oportuna; reúne sus escuadrones y vuelve sin tardanza al combate. Las dos alas enemigas se embisten y entrechocan. Entrambas se adelantan teñidas en sangre, y triunfan entrambas y se cubren de despojos. En ambos ejércitos reinan la victoria y el honor; la Fortuna y Marte no se atreven a declararse todavía.

Mientras con tanto encarnizamiento se luchaba entre cristianos y paganos, se asomó a los merlones de la torre el fiero Solimán, y desde allí, cual si estuviese en un teatro o en un circo, estuvo contemplando la trágica contienda, los diferentes ataques, el horror de la mortandad y la inconstancia de los juegos del azar y de la fortuna.

Quedó de pronto atónito e inmóvil ante aquel espectáculo, mas inflamóse luego su denuedo, y ya no sosiega hasta poder tomar parte en las proezas y en los peligros de los suyos. No dilata un instante su deseo: añade el yelmo al arnés de que estaba cubierto y «Ea, ea — grita a los suyos —, no más demora, es preciso que triunfemos hoy o que muramos.»

Ya fuese que la Divina Providencia infundiera en su mente aquel loco furor para que quedasen deshechos en aquel día los restos del Imperio palestino, o ya que le estimulase el deseo de ir a la muerte que le amenazaba de cerca, abrió Saladino rápida e impetuosamente la puerta y se lanzó de improviso sobre los cristianos.

No espera que acepten la fiera invitación sus compañeros; sale solo, y solo desafía a los escuadrones enemigos y se lanza contra ellos. Su intrepidez arrastra a los demás, y hasta al propio Aladino le sigue; los prudentes y los cobardes olvidan sus temores; más que la esperanza les impulsa el furor.

Los primeros que encuentra a su paso el fiero turco caen a sus imprevistos y terribles golpes, y es tal su prontitud en dar la muerte que apenas se le ve herir a sus víctimas. Comunica el terror de los primeros a los últimos; crece el doloroso clamoreo de tal suerte, que la multitud de los fieles de Siria casi se desbanda en el mayor tumulto. Aunque más expuestos al peligro, a pesar de verse atacados y batidos de manera inesperada, los intrépidos gascones mantie-

nen el orden y sus posiciones. Jamás los dientes de ninguna fiera se ensangrentaron con los de otra fiera, ni garras de ave de rapiña con los de otra ave, como la espada de Solimán se teñía en sangre de cristianos. Dejérase que, hambriento, cebábase sólo en los miembros mientras despreciaba la sangre.

Aladino y los que le siguen acosan y desbaratan a los sitiadores. Mas el buen Raimundo corre al sitio donde desordena el fiero turco sus batallones, y no lo evita, sin embargo de que conoce la fiera mano que le hizo sufrir tan mortales angustias. Le asalta de nuevo, pero vuelve a caer herido en el mismo sitio en que lo fué la vez primera. Cae, sí, mas es culpa de su edad que no puede sostener el peso de tan recio golpe. Cien escudos y cien espadas se levantan casi al instante para protegerlo; mas Solimán, ora sea que lo cree muerto o que tenga aquel por su triunfo demasiado fácil, lleva su furor a otra parte. Cierra con los demás, y mata y destroza haciendo prodigios de valor en poco espacio. Arrastrado por su furor, va a buscar en otra parte más víctimas en que cebarse; y de la misma manera que un hombre estimulado por el hambre deja una comida frugal para sentarse a una opípara mesa, así se lanza donde arde con más encarnizamiento la guerra para apagar el ardor combativo que le devora.

Por los ruinosos muros sale al llano; se dirige precipitado hacia el campo de batalla, sin que disminuya con su partida el furor de sus compañeros ni el vil temor de sus enemigos. Su hueste procura llevar a cabo la victoria que su caudillo dejó imperfecta, y la otra se resiste, si bien su resistencia anuncia ya su fuga.

Los gascones ceden, aunque con orden, al paso que los sirios huyen desbandados. Estaban cerca del albergue donde yacía el buen Tancredo. Al oír los clamores yergue el héroe con esfuerzo su cuerpo cubierto de heridas, sube a un lugar elevado, pasea sus miradas en derredor y ve al conde de Tolosa tendido en el suelo, y a los suyos parte dispersos y parte cediendo.

El valor, que nunca abandona a los intrépidos y que no se debilita por más que desfallezca el cuerpo, infunde nuevos bríos a sus miembros llagados cual si supliese a la sangre o al espíritu que les falta. Arma su brazo izquierdo con el pesado escudo, que en su ardor le parece liviano, y a pesar de hallarse casi exangüe, empuña con la diestra la cortante espada; estas armas bastan a su denuedo; ya no va-

cila en lo que debe hacer. Se lanza ante los fugitivos, y les grita: «¿Adónde vais, dejando abandonado a vuestro jefe? ¿Permitiréis que levanten un trofeo con sus armas en sus bárbaros templos y mezquitas? Volveos a Gascuña y decid al hijo de vuestro caudillo que vosotros huíais despavoridos mientras su padre expiraba.» Así les habla, y presenta su desnudo y llagado pecho a toda una hueste armada y victoriosa.

Con su pesado escudo, compuesto de siete pliegues de cuero y que cubre por detrás una lámina de acero de fino temple, pone a Raimundo al abrigo de las espadas, lanzas y saetas, y rechaza con su hierro a los enemigos, haciendo que el buen anciano regrese seguro a su sombra. Se levanta luego el buen Raimundo defendido siempre por aquel muro y siente inflamarse en doble fuego el corazón con el del despecho o con el del rubor el rostro. Pasea en torno suyo sus ojos centelleantes, tratando de descubrir al que le ha herido; y al no verle, tiembla de coraje, y se prepara a vengarse cruelmente en sus secuaces.

Retroceden los aquitanos y siguen a su caudillo atento sólo a su venganza. La hueste, tan osada poco antes, tiembla ahora, y recobran la audacia los que la perdieron. Cejan los que acosaban y los que cejaban acosan; en un instante cambia el combate de aspecto. Raimundo se venga ya y lava su afrenta por su propia mano con la sangre de más de cien infieles.

Mientras se esfuerza en desahogar su enojo en la cabeza de los más destacados, ve al usurpador de Palestina, que combate en la primera fila, cierra con él, le hiere en la frente y redobla sus terribles golpes; el monarca lanza un grito espantoso y cae, y muerde la tierra en que ha reinado.

Privados de sus caudillos, de los cuales el uno les ha abandonado y el otro está expirando, los sarracenos abrazan diversos partidos. Los unos, semejantes a fieras irritadas, se precipitan sobre los aceros de los cristianos; los otros, guiados por el terror, se esfuerzan en salvar la vida y en ganar de nuevo la torre; mas el vencedor entra también en ella confundido con los que huyen y ponen fin a la gloriosa conquista.

Cae la torre en poder de los francos; los que se refugiaron en ella mueren en su escalera o caen derribados ante la entrada. Raimundo asoma en lo alto, empuña con su diestra el noble estandarte y lo despliega al viento, a la vista de los dos ejércitos.

Mas el Soldán, ya lejos de los muros, llegando entonces al campo de batalla, no ve brillar la enseña. El campo a donde llega está teñido en sangre y se enrojece más por momentos, de tal modo que se diría que es aquél el imperio de la muerte y que despliega y pasea por aquel vasto llano sus triunfantes estandartes. Solimán ve un caballo que va errante por el campo con la rienda colgando y sin jinete, y cogiéndolo por el freno y montándolo de un salto, lo espolea y se precipita con él al combate.

Su presencia llevó a los infieles, despavoridos y cansados, un grande pero breve auxilio. Dejérasele ardiente y fugaz rayo, que estalla inesperadamente, y deja de su paso señales indelebles en las rocas deshechas. A cientos cayeron a sus golpes; pero no permita el Cielo que muera la memoria de dos de sus víctimas.

Gildipe y Odoardo, si mis versos son dignos de tanto honor, yo haré conocer a las naciones extranjeras vuestras crueles y amargas desventuras y vuestras dignas y nobles acciones, a fin de que las edades futuras os citen y señalen como modelos de virtud y de amor, y a fin de que las lágrimas del amante fiel honren vuestra muerte y mis rimas.

Apenas la magnánima guerrera advierte cómo el barbaro desbarata los escuadrones, lanza de pronto su potro contra él; dos golpes le descarga con su espada, y le parte el escudo, hundiéndole el acero en un costado. El infiel le reconoce al punto por su armadura: «He aquí a la prostituta y al amante — le grita —; mejor te defenderían el huso y la aguja que tu amante y tu espada.»

Calló dicho esto, y transportado de ira, le asestó un golpe tan terrible, que rompió su coraza y rasgó su seno, digno tan sólo de las heridas del amor. Ella, sueltas de repente las riendas de su caballo, se siente desfallecer con ansias de muerte. Bien la ve el mísero Odoardo y corre hacia ella, mas llega demasiado tarde. ¿Qué debe hacer en tan grave caso? La ira y la piedad combaten en su pecho y le llaman en un mismo tiempo a distintos puntos: ésta le excita a sostener a su amada que sucumbe; aquélla a vengarse de su perseguidor. El amor le convida a satisfacer a la vez su furor y su ternura, y abrazando con la izquierda a la guerrera, emplea la derecha en su venganza. Mas sus deseos y sus fuerzas así divididos resultan impotentes ante la fuerza del pagano; de tal modo, que ni sostiene a ella ni consigue dar muerte al que la dió a su dulce alma. El Soldán, de un

tajo, le cercena el brazo apoyo de la fiel consorte. Ella cayó, y él se dejó caer sobre ella, y en un estrecho abrazo cayeron ambos confundidos.

A la manera que el olmo con quien se une y entrelaza la pampanosa vid, si viene al suelo a los golpes de la segur o de los embates del viento, arrastra en su caída la planta amiga, la despoja de sus verdes hojas, aplasta sus sabrosos racimos y parece que, indiferente a su propia suerte, se conduce sólo del destino de la que muere a su lado, así perece Odoardo, y sólo se compadece de la que el Cielo le dió por compañera inseparable. Los dos quisieran hablarse; en vez de palabras consiguen sólo exhalar suspiros. El uno mira a la otra, y se abrazan como solían mientras les quedan fuerzas para ello; en un mismo instante se desvaneció para entrambos la luz del día, y sus piadosas almas volaron juntas al Cielo.

La Fama despliega entonces su vuelo y publica la triste noticia. El rumor llega a oídos de Reinaldo; apenas lo osa creer, cuando se lo confirma un mensajero. La cólera, el deber, la amistad y el sentimiento le excitan a una terrible venganza. Mas Adrasto le cierra el paso y se le opone en la misma presencia del Soldán.

«Por tus insignias — le grita el feroz monarca — veo que eres aquel a quien busco y deseo. No hay escudo que no haya yo examinado y todo el día voy llamándote por todas partes por tu nombre. Ahora satisfaré a mi diosa con tu cabeza y cumpliré mis votos de venganza. Tú eres el enemigo de Armida; yo soy su campeón; pronto: pongamos frente a frente nuestra ira y nuestro coraje.

Así le desafía, y le hiere con furia en las sienas y en el cuello; no logra hendir su casco, pues es invulnerable, pero hace vacilar más de una vez al paladín en su silla. Éste le contesta, y de un golpe, le abre en el costado una herida contra la cual serían vanas las artes de Apolo. Cayó el enorme gigante y rey invicto, debiendo su muerte a un solo golpe. El espanto y el terror hielan la sangre en los corazones de los presentes, y el Soldán, que ha presenciado la hazaña, se turba y palidece; le parece ya inevitable su muerte, y no sabe resolverse, ni atina, cosa asombrosa en él, en lo que debe hacer. Mas ¿qué voluntad humana y qué sucesos no están sujetos aquí abajo a la ley eterna?

Así como el enfermo y el demente ven en sus agitados ensueños confusos fantasmas, y al querer huir les parece que cansan en vano sus miembros y que se fatigan en vano, pues

sus manos y sus pies no secundan sus esfuerzos, y hasta expiran las palabras y el acento en sus labios al querer hablar, de la misma manera Solimán querría y se esfuerza en atacar a su contrario, mas no encuentra en sí mismo ni la fuerza ni el furor que le sostuvieron siempre. Un secreto terror refrena su denuedo, y aunque revuelve en su mente mil distintos proyectos, no piensa, sin embargo, en cejar ni en retirarse.

Reinaldo, vencedor, ataca al irresoluto Soldán; su rapidez, su furor, su misma estatura no tienen nada de mortal a sus ojos. El fiero sarraceno se defiende apenas, mas aunque muere, no olvida lo que fué viviendo: ni huye a los golpes que le descarga su rival, ni se le escapa la menor queja, y todo en él, en su último momento, es noble y grande.

De esta suerte cayó para no levantarse más aquel nuevo Anteo, que en el curso de tan dilatadas guerras se mostró siempre más fiero después de cada caída. La fama de su derrota resonó hasta muy lejos de allí. La Fortuna, que hasta entonces divagara incierta y dudosa, no osó dejar por más tiempo la victoria indecisa: fijó su rueda y fué a reunirse con los caudillos francos y combatió con ellos (138).

(138) En el gran episodio militar que sigue a la toma de la Ciudad Santa se deja ver el trabajo que se ha tomado Tasso en reunir en una sola batalla la mayor parte de las proezas que refieren los cronistas de la campaña que hicieron los cruzados desde Nicea y Antioquia a Jerusalén. El poeta lo ha confundido y amalgamado todo a fin de dar un color más brillante a esa magnífica descripción que termina su poema. Cuando se compara la *Jerusalén libertada* con la Historia, se ve que Tasso ha estudiado muy particularmente el sitio de Antioquia y las hazañas épicas que acaecieron durante el mismo; aquel asedio arroja de sí acontecimientos militares mucho más curiosos que el de la ciudad santa. Así es que al describir aquella memorable batalla, Tasso supone que acaeció cerca de los muros de Sión, y que los fieles conservaban todavía una torre en su poder, todo lo cual es lo que pasó exactamente en el sitio de Antioquia. Apenas se apoderaron los cristianos de los muros de Jerusalén, no encontraron ya más resistencia que la que les opuso el emir Iflikhar-Eddualé, que se refugiara con sus mejores tropas en la torre de David y que se rindió, dos días después del asalto, a Raimundo de Saint-Gilles. Este valiente guerrero tuvo bastante influencia para impedir que fuesen degollados y hacerlos conducir sanos y salvos a la ciudad de Ascalón.

Transcurrieron veinte días sin alarmas, cuando al cabo de ellos se presentaron unos mensajeros pidiendo hablar a Godofredo, anunciándole que se acercaba para combatir a los francos un formidable ejército egipcio, bajo las órdenes del visir Afdal, y que lo habían visto dirigirse a Ascalón.

Empeñóse el combate el 15 de agosto, un mes después de la toma de Sión, y los sarracenos fueron deshechos, cogiendo los cruzados un

La hueste real, esperanza y apoyo de Oriente, huyó como las demás; aquella tropa llamada inmortal poco antes, perece ahora con mengua de aquel pomposo título. Emireno detiene en su fuga al guerrero que lleva el estandarte, y le habla con estas ásperas razones: «¿No eres tú el que había elegido entre mil para defender la ilustre enseña de mi señor? No te la confié, Rimedón, para que huyeses con ella. ¡Cobarde! ¿Conque ves a tu caudillo peleando con sus enemigos y le abandonas? ¿Qué esperas? ¿Quieres salvarte? Ven a mi lado; la senda que sigues conduce a la muerte. Combata aquí quien desee no perecer: el camino del honor lo es también de la vida.»

Rimedón, lleno de despecho, vuelve a la pelea, mientras que Emireno dirige violentos reproches a los demás fugitivos; ora les amenaza, ora les hiere, haciendo que desprecien por temor suyo los aceros enemigos. De esta suerte logra rehacer parte del ala desordenada, y no pierde aún del todo la esperanza que alienta sobre todo en Tisafernes, el cual no ha cejado aún ni un paso en la pelea.

Tisafernes realizó aquel día prodigios de valor; él solo desbarató a los normandos y dió sangrienta y terrible cuenta de los flamencos; Garnier, Rugiero y Gerardo expiran a sus golpes. Después de haber escrito su nombre en el eterno templo del honor con sus proezas, cual si nada le importase la vida, busca los mayores peligros del combate. Ve a Reinaldo; le reconoce al punto, por más que el azul de su coraza haya desaparecido bajo la sangre y que haya teñido con ella su águila de plata: «He aquí—exclama—, el mayor de los peligros; secunde el Cielo mi audacia y sea testigo Armida de la venganza que desea. ¡Oh, Mahoma! Si triunfo juro colocar en tu mezquita esas armas siempre vencedoras.»

Así oraba el infiel, pero su profeta no atiende su plegaria. A la manera que el león se agita y se azota con su propia cola para despertar su natural ferocidad, así Tisafernes excita su enojo, y lo aguza y lo enciende en el fuego del amor; reúne todas sus fuerzas, se cubre en su armadura, y espoleando a su potro, se lanza a la pelea mientras el latino se precipita a su vez contra él. Los que les rodean les ceden el campo libre y se paran a contemplar el espectáculo. Tantos

rico botín y quedando afianzadas definitivamente sus conquistas de Palestina.

y tan espantosos son los golpes que se descargan el héroe italiano y el sarraceno, que los demás, atónitos, se olvidan de sus odios y de sus propios afectos y proezas. El uno sólo golpea; el otro, mejor armado y más robusto, golpea y abre heridas. El infiel, hendido el yelmo y roto el escudo, inunda el campo con su sangre. Armida ve a su campeón maltrecho, con el arnés roto y abatido, y mira a sus otros defensores pálidos todos de terror, y se siente ya desamparada. La que marchaba rodeada y defendida por tantos guerreros, se encuentra ahora sola en su carro; ella aborrece la vida, teme la esclavitud y desespera de poder vengarse. Dividido su ánimo entre el temor y el despecho, desciende de su asiento, monta apresurada en uno de sus caballos, y se aleja huyendo: el odio y el amor huyen con ella, cual dos lebreles a sus flancos.

Así en los siglos antiguos huyó sola Cleopatra del terrible combate, dejando a su fiel esposo batallando con el infortunado Octavio en medio de los peligros del inconstante piélagos; rebelde a sí mismo, Antonio obedeció al amor y siguió las solitarias velas de su amiga. También Tisafernes, como aquél, hubiera querido acompañar a su amada, mas Reinaldo se lo impidió.

La desaparición de la encantadora parece privar al pagano de la luz del día y del sol, y revolviéndose desesperado contra el que tan a pesar suyo le detiene, le hiere en la frente. El martillo de Bronte no cae con tanta pesadez sobre el rayo que forja; de tal modo castiga el terrible golpe a su enemigo, que la cabeza bate sobre el pecho.

Mas enderézase Reinaldo al momento con mayor brío; blande con tal cólera su acero, que la maciza coraza de su rival cae, al golpe de hacha, rasga el seno y alcanza el corazón, centró de la vida. Párase entonces Reinaldo a considerar dónde dirigirá sus ataques y a quiénes prestará sus auxilios, pero no ve más que infieles dispersos y estandartes barriendo el polvo. El noble joven pone fin al estrago, y parece que se amortigüe en él el ardor marcial que le animaba, mas en aquel instante de calma recuerda a la hermosa que huía sola y afligida.

Presenció su fuga, mas ahora la piedad y la cortesía le exigen que se preocupe por ella. Trae a la memoria que la prometió al despedirse ser su caballero, y vuela a su alcance, siguiendo las huellas de su caballo. Llega, entre tanto, Armida a un solitario y oscuro albergue, donde poder morir ignorada.

Plácele que el hado haya encaminado sus errantes pasos a aquellos valles sombríos, y saltando del caballo, abandona allí su arco, su aljaba y sus armas. «Armas sin ventura y deshonradas — exclama —, que salisteis del combate limpias de sangre, yo os abandono; quedad aquí olvidadas, ya que tan mal vengasteis mis injurias.

» ¡Ah! ¿No habrá una, entre tantas flechas, que no tema bañarse hoy en sangre? Ya que los demás pechos son para vosotras de diamante, atravesad al menos el seno de una mujer; cúmplanse mis deseos y triunfad vosotros en el mío, que os ofrezco desnudo. Él es sensible a los golpes; dígalo si no Amor, que nunca le envió sus dardos en vano. Mostraos fuertes y agudas contra mi corazón, que os perdona vuestra antigua debilidad. ¡Infeliz Armida! ¡A qué extremo te encuentras reducida cuando sólo de ellos puedes ya esperar la salud! Puesto que todo otro remedio sería para mí inútil; puesto que mis heridas sólo pueden sanarse con otras heridas, curen las llagas de mis flechas las del amor y sea la muerte la medicina de mi corazón. Feliz yo si muriendo no infecto el infierno con mi veneno. Quédese aquí el amor, y sígame tan sólo el despecho y sea mi eterno compañero en las tinieblas; torne con él, después, del imperio de las sombras, para atormentar al que hizo escarnio de mi amor, turbando sus tristes noches con sueños interrumpidos y horribles visiones.»

Calló dicho esto, y firme en su propósito, escogía ya el dardo más fuerte y penetrante, cuando llegó hasta ella el caballero. Miróla él, tan cerca ya de su suerte extrema, ya altiva y firme en su atroz decisión, con el rostro cubierto de una palidez de muerte. Se le adelanta rápido por la espalda y le sujeta el brazo, ya levantado para herir.

Vuélvese Armida, y se sorprende al ver al guerrero cuyas pisadas no había sentido. Exhala un fuerte grito, desvía desdenosa sus ojos de aquel semblante querido, y se desmaya: semejante a una flor cortada, deja caer su cabeza sobre su pecho. Reinaldo la sostiene, le ciñe el delicado talle con un brazo, y le desata los lazos de su ropa.

Sus lágrimas compasivas humedecen el hermoso rostro y el blanco seno de la desventurada, y cual se reanima la marchita rosa al bañarla el argentado rocío de la mañana, Armida vuelve en sí poco a poco, humedecido el rostro por las lágrimas, que no son suyas. Tres veces abrió sus ojos y los cerró otras tantas para no ver al objeto de su cariño. Es-

fuérase en rechazar con lánguida mano el robusto brazo que la sostiene; intentólo muchas veces, mas sólo alcanza que la ciña y la estreche con más fuerza. Retenida, por fin, entre aquellos lazos que le fueron dulces en otro tiempo y que lo son tal vez aún, mas sin mirarle, y derramando lágrimas a torrentes empezó a hablar al caballero:

«¡Oh, tú, igualmente cruel en tu fuga y en tu regreso! ¿Quién te conduce aquí? ¿Cosa extraña! Tú me privaste de la vida y quieres arrancarme de las manos de la muerte. ¿Quieres salvar mis días? ¿Para qué afrentas, para qué tormentos quieres guardar a Armida? Conozco tus artificios, oh, infame, mas sería muy débil contra ellos si no pudiese morir. Creerás tal vez menguado tu honor si no paseas encadenada a tu carro de triunfo la mujer a quien hiciste traición y que cautivas ahora por la fuerza; quizá ése fuera para ti el mayor de los títulos y de las proezas. Hubo un tiempo en que te pedía la paz y la existencia; hoy día me sería más grata la muerte; no la solicito empero de tu mano, pues nada hay que viniendo de ti no me parezca odioso. Espero substraerme por mí misma a tu crueldad, pues por más que falten a la infeliz prisionera tósigos, armas o precipicios, conozco, gracias al Cielo, medios seguros y que no podrás estorbarme para apresurar mi muerte. Cesa, pues, de prodigarme tus cuidados. ¡Ah, cómo finge todavía! ¡Cómo halaga mi esperanza moribunda!»

Así se lamenta, y Reinaldo mezcla el afectuoso llanto que arranca de sus ojos la compasión, con las lágrimas que hacen destilar de los de la encantadora el amor y el despecho. «Armida — le dice con dulce acento —, calma la agitación de tu alma: no te reservo afrentas, sino un trono; no soy tu enemigo, sino tu campeón, tu esclavo. Lee la lealtad de mis promesas en mis ojos, ya que no quieres dar crédito a mis palabras. Juro volver a sentarte en el trono que ocuparon tus abuelos. ¡Ah! Plazca al Cielo iluminar tu mente con alguno de sus rayos y rasgar el velo de la falsa religión que la cubre, y haré que no te iguale en poderío ninguna princesa del Oriente.»

Así le habla y ruega, y sus ruegos mezcla con raras lágrimas y con suspiros. De la misma manera que se derrite la nieve a los rayos del sol o al tibio aliento de los céfiros, así se desvanece en Armida la cólera y quedan sólo en su pecho los demás deseos. «Soy tu esclava — le dice —, dispón de mí a tu placer; tu voluntad será mi ley.»

Entre tanto, el caudillò egipcio contempla derribado por el suelo el real estandarte, y ve caer al valiente Rimedón a los golpes del invicto Godofredo; el resto de sus guerreros o perecen o son dispersados. No quiere mostrarse cobarde en el trance postrero, y corre a buscar, y no lo busca en vano, un brazo ilustre que le dé la muerte.

Lanza su caballo contra el piadoso Bullón, pues no encuentra otro adversario más digno de él, dejando por donde pasa y adonde llega señales terribles de su desesperación. Antes, empero, de llegar adonde estaba aquél: «Vengo a morir a tus manos — le grita desde lejos — mas al sucumbir haré lo posible para arrastrarte en mi caída.»

Así le dijo, y los dos guerreros se embisten mutuamente para combatir. El caudillo franco, roto el escudo y desarmado, recibe una herida en el brazo izquierdo; más descarga a su vez un terrible golpe con la espada en la mejilla izquierda de su adversario que le hace vacilar sobre su silla; quiere enderezarse y viene al suelo herido de muerte en las entrañas.

Muerto Emireno, sólo quedan ya algunos restos de aquel ejército inmenso. Godofredo da rebato a los vencidos, mas se detiene a la vista de Altamoro, que a pie, teñido en sangre, se defiende aún con medio yelmo y media espada, de cien lanzas que le rodean y amenazan. «Retiraos — grita Bullón a los suyos —, y tú, príncipe, ríndete prisionero; yo soy Godofredo.»

Altamoro, cuyo espíritu magnánimo no se humilló jamás a un acto de debilidad, al oír aquel nombre cuya fama se extiende desde la Etiopía a los dos polos: «Haré lo que me exiges, pues eres digno de vencerme — le dice entregándole sus armas —. La victoria que alcanzas sobre Altamoro aumentará tu gloria y tus riquezas. Mi tierna esposa comprará mi rescate con todo el oro y las piedras preciosas de mi reino.» «El Cielo — responde Godofredo —, no me dió un corazón codicioso de tesoros; guarda para ti las riquezas que te envía la India y que encierra la Persia. Yo no vendo la vida de los hombres; he venido al Asia para guerrear, no para negociar en ella.»

Dijo, y confiando la custodia del príncipe a su guardia, prosigue el alcance de los fugitivos. Retíranse éstos a sus trincheras, mas no logran con esto evitar su muerte. Los cristianos se apoderan del campo y siembran en él la muerte y el estrago. La sangre corre a ríos de tienda en

tienda, mancha las ricas preseas y corrompe los adornos y las pompas de los bárbaros.

Así triunfa Godofredo, y aprovechando el espacio de día que aún le queda, conduce a los vencedores a la ciudad conquistada, al santo altar de Jesucristo. Sin despojarse de su manto ensangrentado, acude al templo con sus guerreros, cuelga en él sus armas, y cumpliendo sus votos adora devotamente el Santo Sepulcro (139).

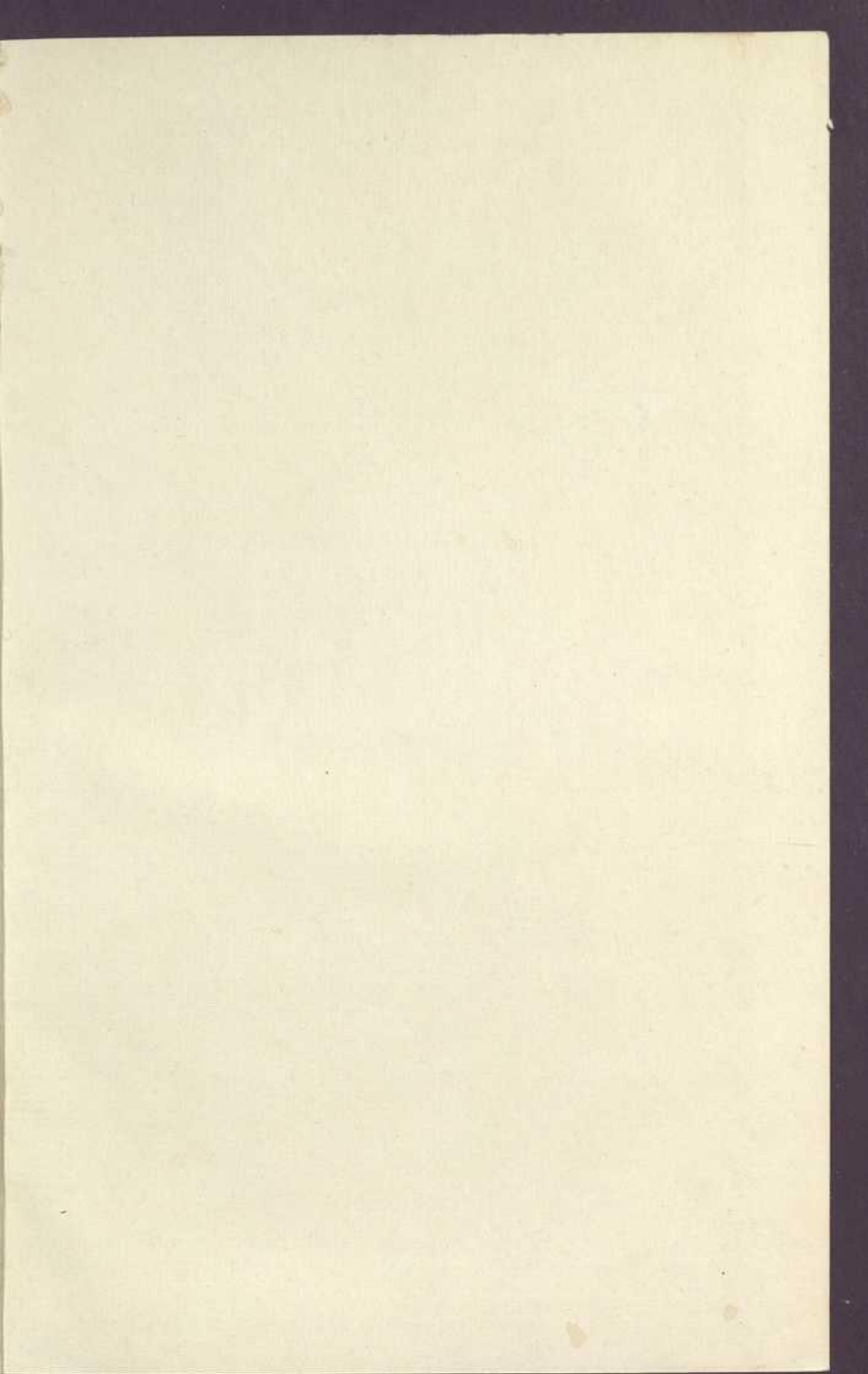
(139) Mientras que Tancredo se dirigía al templo del Señor para apoderarse de las riquezas que contenía, cuenta Alberto de Aix, mientras que todos los principales buscaban con ardor los despojos de los turcos y que todo el pueblo cristiano hacía una atroz carnicería en los infieles, el duque Godofredo, acompañado de sólo tres de sus compañeros, Baudri, Stabulón y Adelbold, se desciñó su coraza, y envolviéndola en un vestido de lana, salió descalzo fuera de las murallas, recorrió con toda humildad su recinto exterior y volviendo a entrar en la ciudad por la puerta fronterera al Monte de los Olivos, fué al sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, derramó copiosas lágrimas, rogó y cantó alabanzas al Señor, dándole las gracias por haberle juzgado digno de ver lo que tan ardientemente había deseado.

Diez días después de la conquista se reunió el Consejo de los Príncipes para el nombramiento de los que debían elegir un jefe supremo para el nuevo reino cristiano, y en cuyo número se contaba a Godofredo de Bullón; Roberto, conde de Flandes; Roberto, duque de Normandía; Tancredo y Raimundo de Saint-Gilles. Recayó la elección en el primero, mas el piadoso caballero rehusó el título de rey y la corona de oro y se hizo llamar simplemente *Defensor del Santo Sepulcro*. «Rehusa — dicen en francés antiguo las *Ordinaciones* — ser consagrado y coronado rey de Jerusalén, porque no quiere llevar corona de oro en el lugar donde el Rey de Reyes, Jesucristo, Hijo de Dios, ciñó corona de espinas en el día de su Pasión.»

El reinado de Godofredo apenas duró un año. Después de haber consolidado el poder de los francos por medio de algunas afortunadas expediciones contra los árabes de las orillas del Jordán, y de haber mandado redactar el famoso Código conocido por el nombre de *Ordinaciones de Jerusalén*, murió el 18 de julio de 1100, llorado por todos los fieles que había conducido a la victoria y por los pueblos cristianos que había librado de la servidumbre. Su cadáver fué colocado cerca del sepulcro de Jesucristo, y se grabó en la piedra el epitafio siguiente: *Hic jacet inclitus dux Gothofridus de Bullum, qui totam istam terram acquisivit cultim christiano, cujus anima regnet cum Christo. Amen.*

FIN

F. 11





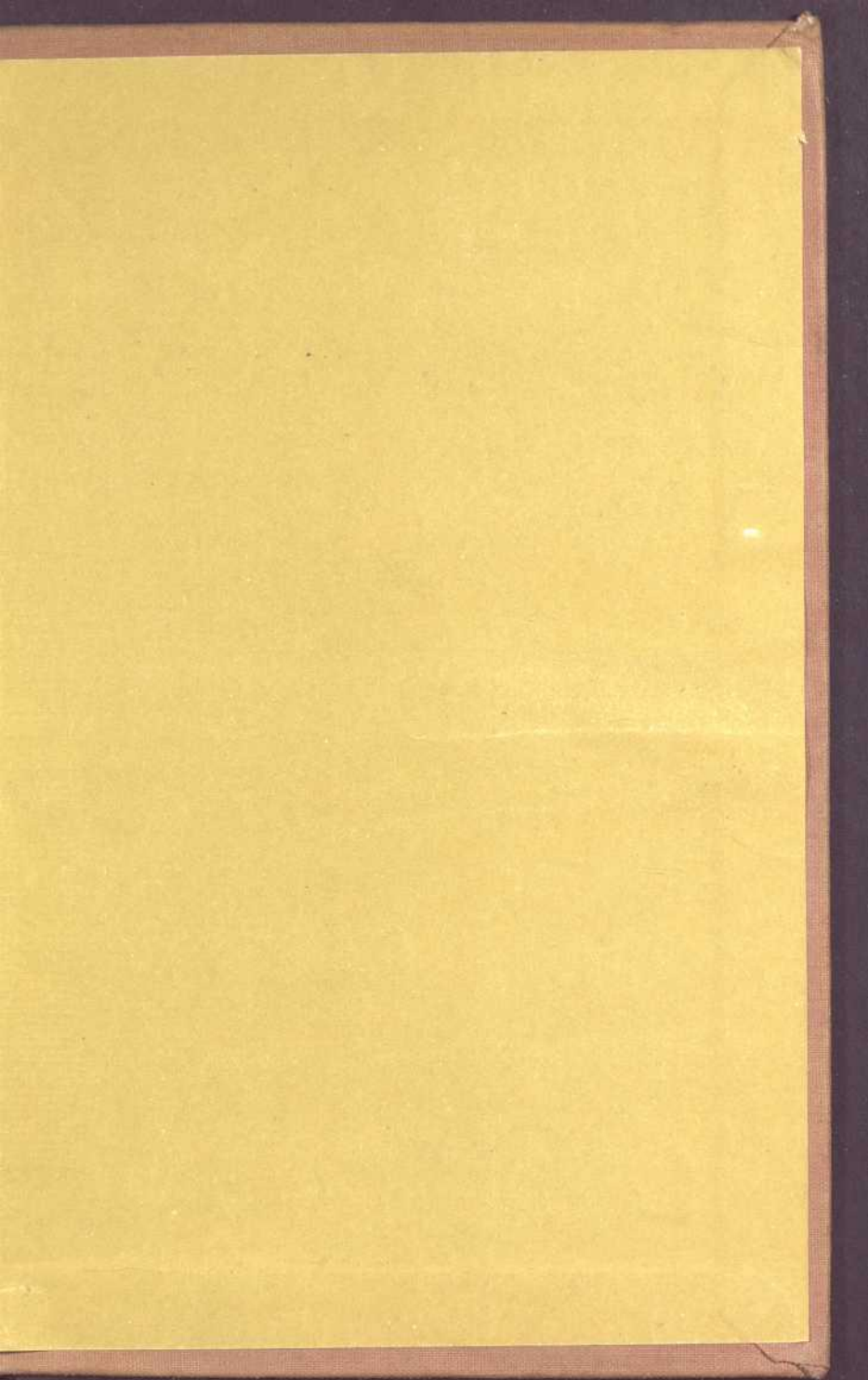
MAESTRAS *

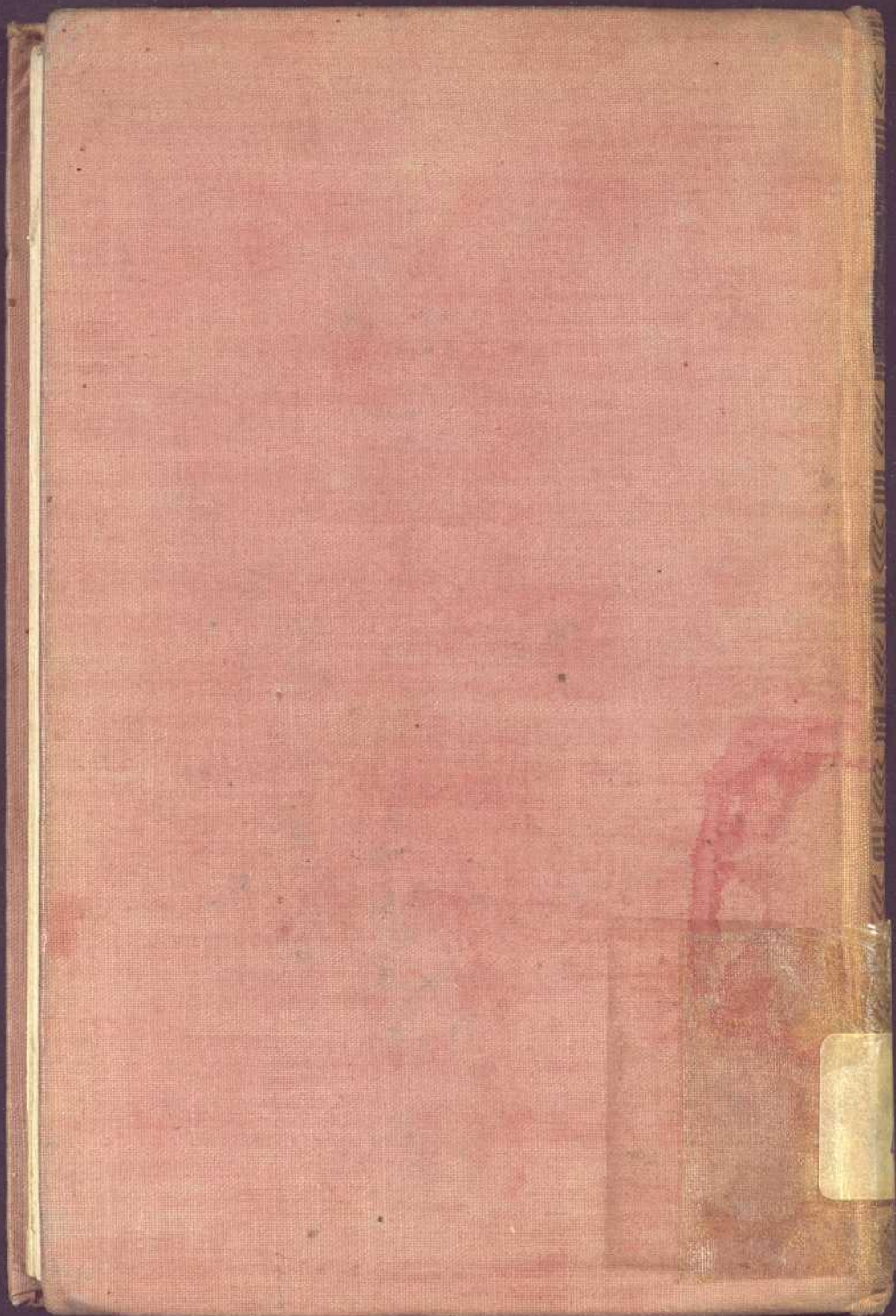
O
B
R
A
S



MAESTRAS *

* O B R A S





TASSO

JERUSALIM
LIBERTAD

F A

4539